

RUBY KNIGHTLEY

HIDDEN *Girl*



RUBY KNIGHTLEY

HIDDEN
Girl

Plataforma
Editorial



OceanofPDF.com

Primera edición en esta colección: febrero 2014

© Ruby Knightley, 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B.3514-2014

ISBN: 978-84-16096-13-8

Realización de cubierta: Dianna M. Marquès

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

OceanofPDF.com

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Notas

OceanofPDF.com

1. La partida

«Recuerdo las últimas palabras que mi madre me dijo antes de fallecer:

—La soledad, silenciosa como la noche, es triste y fría cuando no tienes a nadie a tu lado con quien compartirla, Christine.

En aquellos momentos, no supe descifrar el significado de aquellas palabras; tan sólo era una niña. Pero ahora, a mis diecisiete años, comprendo el mensaje que mi madre quiso trasmitirme aquella lúgubre noche de diciembre. Ella sabía, a ciencia cierta, que lo único que me esperaba a partir de ese momento sería soledad.»

Extracto del diario de Christine

Christine miraba con insistencia el reloj de la estación. Las nubes recortaban el horizonte y su lento movimiento era la única evidencia de que el tiempo no se había detenido. Era la única persona que no se resguardaba en la sala de pasajeros del duro sol de verano que quemaba las tardes de Saint-Marie, un pequeño pueblo de los Pirineos que lindaba con Francia y cuya industria se basaba en la alimentación.

Su corazón palpitaba con tanta fuerza que le costaba respirar. Sentía miedo e impaciencia por comenzar su nueva vida en Nueva York, romper con todo aunque sólo fuera por un año y demostrarse a sí misma que era capaz de conseguir todo lo que se propusiera. Pero la despedida media hora antes con su padre le había dejado una sensación de tristeza que empañaba sus ganas y su ilusión de comenzar esa nueva etapa.

Cuando llegaba por las tardes a casa era como si estuviera sola. Su padre apenas respondía a su saludo; se quedaba como hipnotizado frente al

televisor, lo mismo daba que estuvieran echando un documental sobre las gacelas en el Serengueti que un *reality show* en el que las parejas se tiraban de los pelos por celos. Había sido despedido de su trabajo en la empresa de seguros hacía tres meses.

Y, por supuesto, encima de la mesa siempre había un vaso. La sola visión de ese vaso provocaba pesadillas en Christine. Porque ese vaso siempre estaba lleno... el color variaba, pero su contenido siempre tenía, al menos, un ingrediente esencial: alcohol. En ocasiones era vino tinto; otras veces, cerveza. Eso era lo más común. Pero algunas tardes, en los últimos tiempos, Christine había visto licores, bebidas de mucha más graduación (ginebra, sobre todo) y la reacción de su padre era diferente. Se tornaba hosco, desagradable. Christine rogaba por las noches que no llegase a volverse violento, aunque de momento aún no había sucedido.

Un par de semanas antes, por ejemplo, por la noche, su padre se enfadó porque no encontraba una foto de su madre que solía estar en el salón. Christine la había retirado —con todo el dolor de su corazón— hacía meses, pues su padre, en la fase inicial de su adicción a la bebida, solía hablar con ella, con voz pastosa, casi sin recordar que ya no estaba entre ellos y la chica tuvo que ser fuerte por los dos. Eliminó la foto de la ecuación, pues la voz de su padre hablando con su madre como si estuviera viva le partía el corazón y a su padre tampoco parecía hacerle ningún bien.

Alguna vez pensó en pedir ayuda a alguien, a Eduardo, quizá, un amigo de su padre que de vez en cuando lo visitaba. En realidad, la única alma que aún se acordaba de él, pues a los demás les había alejado con sus malas maneras o simplemente no abriendo la puerta o no cogiendo el teléfono hasta que se cansaban. Pero Eduardo seguía haciendo una visita cada dos semanas. Lamentablemente, solía compartir con su padre unas cervezas, por

lo que, de esa forma, era imposible que se diera cuenta de que su amigo tenía un problema.

Christine había llorado a solas por las noches y había soñado con escapar de esa vida. Ella no estaba hecha para ese mundo de soledad, tristeza y autocompasión. Era una luchadora, como su madre, y, al igual que ella, deseaba extraer todo el jugo posible a la vida. Su madre se lo había dicho además muchas veces:

—Christine, cada día es como un viaje a un país desconocido. No lo desperdicias mirando hacia atrás por la ventanilla del tren: mira hacia adelante, disfruta de lo que viene.

Eso se lo había dicho cuando ya estaba enferma y, por supuesto, la chica le había hecho caso. Y el milagro había sucedido: ahora estaba a punto de subirse a un tren para viajar, de verdad, a un país desconocido a vivir una aventura increíble. Se había pasado las últimas semanas sumida en una nube de fantasía y emoción, una excitante montaña rusa.

Y, aunque seguía feliz, ahora, sola en la estación, con los nervios propios de un cambio tan grande como era ir a otro continente, hablar otro idioma, estudiar en un instituto nuevo y vivir con una familia desconocida, sentía que añoraba el hecho de no tener a alguien a su lado con quien compartir tal emoción. En ese instante, deseó con todas sus fuerzas que todo fuera como antes, que su madre estuviera ahí para darle un afectuoso abrazo de despedida y la apaciguase con sus tiernas palabras.

Una ráfaga de viento caliente removi6 algunas hojas del suelo, y los olores tan característicos del verano en Saint-Marie la llevaron directamente a un pasado que intentaba desterrar, pero que le pertenecía en cierto modo. Sus ojos comenzaron a empañarse de lágrimas e intentó no llorar.

«Solo tienes este momento, Christine —se dijo—. Sólo tenemos el AHORA. Vívelo.»

Así que respiró hondo y se apoltronó en el asiento, disfrutando de todo el placer de la sensación que sentía. Algo nuevo iba a empezar, su vida iba a cambiar por completo.

«El tren con dirección a Madrid está a punto de hacer su entrada en la estación. No olviden recoger sus pertenencias.»

La voz mecánica que salía del altavoz la devolvió inevitablemente a la realidad. Todas las personas que estaban en la sala se levantaron repentinamente de sus asientos y se agolparon en la puerta de salida hacia el andén con la impaciencia propia del viajero.

Con el tren a su espalda, Christine volvió a contemplar, en forma de un último adiós, el hermoso paisaje que había sido su hogar desde que nació.

Subió al tren y, tras buscar el asiento número nueve, levantó con dificultad la enorme maleta que llevaba para introducirla en el portaequipajes.

«Genial —pensó—. Me ha tocado ventanilla. Al menos podré distraerme un poco mirando el paisaje.»

Christine se sentó y, mientras sacaba un pañuelo del último paquete de *kleenex* que le quedaba, lanzó una mirada a su maleta para comprobar que seguía en su sitio.

Sacó de la mochila el iPod y, en un desesperado intento por alejar la tristeza, el miedo y los nervios que la atenazaban, buscó a Lady Gaga en su reproductor, subió el volumen al máximo y, cerrando los ojos, se hundió en la butaca número nueve del tren con dirección a Madrid.

2. Un nuevo comienzo

«¿Acaso el destino preservaba mi razón sólo para arrastrarme irresistiblemente a un final más horrible e impensable de lo que haya podido soñar nadie?»

Howard Phillips Lovecraft

Christine se quedaba numerosas noches en casa de su vecina y amiga Mía mientras su padre consumía lentamente su vida bebiendo y malgastando el dinero en los bares. Las dos charlaban hasta las tantas de la madrugada de chicos, ropa y de su pasión común: el cine. Seguramente, Christine había heredado de su madre el amor al séptimo arte. En realidad no era extraño, pues su madre justamente la había llamado Christine en honor a una de sus películas favoritas, *La reina Cristina de Suecia*, de su adorada actriz Greta Garbo. Solía decir que la Garbo era la única mujer capaz de resultar irremediablemente hermosa siendo rebelde (y disfrazada de hombre para evitar un destino que no le gustaba, como en la película).

En una de esas charlas surgió el tema de estudiar el último año de instituto en Nueva York. Estaban recordando escenas de películas que transcurrieran en la ciudad de los rascacielos y, tras evocar una interminable lista que comenzaba inevitablemente con Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, pasaron por *King Kong* escalando el Empire State, el vuelo de la falda de Marilyn en la avenida Lexington, Al Pacino pactando con el diablo, Tony Manero paseando por Brooklyn o Will Smith conduciendo por Central Park en *Soy Leyenda*. Cuando las películas se agotaron,

comenzaron con las series de televisión: *Sexo en Nueva York*, *Friends*, *CSI* o *Los Soprano*. La lista ya estaba agotada, pero dio paso a una interesante idea que, en menos tiempo del que hubiera imaginado, iba a convertirse en realidad. ¿Y si su destino, como su nombre, estaba unido al de las grandes estrellas como Garbo, Hepburn, Elizabeth Taylor...? Dedicarse al cine y luchar contra cualquier impedimento que surgiese, como la protagonista de *La reina Cristina de Suecia*. ¡Sí, lo intentaría!

Al día siguiente, comenzó a buscar en Internet información sobre becas para Estados Unidos. Al parecer, en la provincia de Huesca solamente se habían realizado becas para ese país en los institutos privados y a estudiantes universitarios. Cuanta más información tenía, más negro lo veía.

El lunes, dándolo todo por perdido, preguntó a su profesora de inglés si sabía algo de los programas y, contra todo pronóstico, ésta le indicó que precisamente esos días se estaba debatiendo en la junta directiva la posibilidad de ofrecer por vez primera becas para ese país. Aunque aún no era nada definitivo, una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Christine.

Dos semanas después, la profesora le preguntó:

—¿Has visto el cartel que he colgado en el tablón esta mañana?

—No —dijo despreocupada. Pensaba que se refería a las notas de la tercera evaluación y, como ella nunca había tenido problemas con el inglés, tampoco se mostró muy interesada—. ¿No me habrás suspendido, verdad?

—Aún no he corregido los exámenes —contestó la profesora disfrutando con la situación.

—¿No me digas que...? —gritó, sin acabar la frase y dirigiéndose a todo correr hacia el tablón de anuncios.

Llegó exhausta y no tuvo que leer nada para comprender que se trataba de la información para inscribirse en un programa de becas al extranjero. El

folleto lo presidía una fotografía de la Estatua de la Libertad neoyorquina y otra del puente Golden Gate de San Francisco.

—No me lo puedo creer —se dijo a sí misma mientras leía y releía el encabezado:

PROGRAMA DE BECAS PARA ESTADOS UNIDOS

Este año, nuestro instituto, en colaboración con la Consejería de Cultura, Educación y Ciencia de la comunidad de Huesca, se suma a una iniciativa promovida desde el Exchange Visitors Program de Estados Unidos. El programa está dirigido a alumnos mayores de quince años y menores de dieciocho años y seis meses en el momento de matricularse en el colegio norteamericano. Debido al reducido número de plazas disponibles, valoraremos positivamente un alto conocimiento de la lengua inglesa. Si quieres vivir una inolvidable y enriquecedora experiencia estudiando un curso escolar en Estados Unidos, pide el formulario en secretaría y entrégalo antes del 18 de junio en el Departamento de Inglés.

¡No dejes pasar esta maravillosa oportunidad!

Después de leer el anuncio por tercera vez, se dio cuenta de que no estaba soñando y salió disparada hacia la secretaría para rellenar allí mismo el formulario y subirlo al Departamento de Inglés a entregarlo.

Aunque no necesitara, por el momento, la autorización legal de su padre, nadie la libraba del papelón que suponía decirle que se marchaba un año entero. No tenía ni la menor idea de cómo iba a tomárselo, ni de cómo reaccionaría.

Su amiga Mía enseguida comprendió lo que suponía para ella marcharse del pueblo. Aun así, insistieron en repasar los aspectos negativos de la situación y, por un momento, hasta ella misma dudó de las bondades del programa. Tras ese momento de debilidad mental, se instaló en la más absoluta de las euforias, absorbida por la necesidad vital de encontrar cualquier información sobre experiencias de exalumnos en otros institutos

que habían conseguido esa beca. Los días que pasaron hasta el veinticinco de junio, fecha de publicación de los admitidos y sus destinos, fueron todo un suplicio.

Inexorablemente, la ansiada fecha se presentó. Christine miraba desde la distancia a un numeroso grupo de alumnos que escudriñaba varias listas de calificaciones. No se atrevía a dar un paso hacia el tablón de anuncios. De los nombres que aparecieran en aquella lista dependían sus anhelos y esperanzas de futuro. ¿Y si resultaba que, después de todo, su nombre no aparecía? ¿Cómo iba a encarar un año más en aquel diminuto pueblo que se empequeñecía hasta el ridículo comparándolo con las situaciones que había imaginado en Nueva York?

Conocía de memoria los cuatro requisitos fundamentales para acceder al programa:

- No haber repetido curso.
- Ser mayor de 15 años y menor de 18 años y seis meses en el momento de la matrícula.
- No haber hecho previamente un intercambio.

El último punto era el que más la preocupaba:

- Demostrar madurez, buen carácter y aptitud académica.

Lo de la aptitud académica estaba claro, pero «¿cómo valoraban la madurez y el buen carácter?», acababa pensando siempre.

Cuando se armó de valor para mirar la lista, el número de alumnos que se había congregado alrededor del exiguo tablón de anuncios había crecido hasta el punto que sólo logró distinguir desde la distancia una pequeña cuartilla con una bandera de Estados Unidos en la parte superior. La lista

que podía cambiar su vida estaba a unos escasos dos metros y ni siquiera podía acercarse a leer los nombres. Dentro del gentío que la separaba de su destino, distinguió a Mía, que apuntaba los resultados de los exámenes en un cuaderno apoyado en su carpeta.

—Eh, Mía. —La chica ni se inmutó—. ¡Mía! —gritó esta vez Christine para que su amiga la escuchara.

—¡Qué susto, tía! —dijo girando la vista hacia atrás y volviendo a sus anotaciones.

—Hazme un favor, Mía, mira a ver si mi nombre aparece en la hoja esa de la banderita —le dijo señalándola.

—¿Y por qué no lo miras tú? —le contestó subiéndose las gafas de pasta que resbalaban por su pequeña nariz.

—¡Porque no puedo! —respondió como si no resultara lo más evidente del mundo.

La verdad era que ella misma podía haberse abierto paso con un par de empujones, pero el miedo a averiguar por ella misma si su nombre figuraba o no en aquel estúpido papel la hacía mantener una «distancia de seguridad».

—A ver, espera —dijo condescendiente. Se acercó al listado y resolvió el que probablemente sería uno de los momentos más importantes en la vida de Christine.

—¡Sí sales, Chris! —exclamó con entusiasmo a la vez que le daba un fuerte abrazo y, tras ello, desapareció entre la multitud en dirección al aula de dibujo técnico.

Christine se quedó paralizada. Se había imaginado la escena miles de veces. En todas ellas, acababa dando saltos de alegría y abrazando a cualquiera que se cruzara en su camino. Sin embargo, todos los músculos de su cuerpo se habían quedado rígidos. No podía ni siquiera pestañear. Se

sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y esperó a que el tumulto desapareciera. Cuando se encontró completamente sola, se acercó a comprobar por sí misma el listado.

PROGRAMA DE BECAS A ESTADOS UNIDOS

LISTADO DE ADMITIDOS

Forner Amores, Rubén (San Francisco)
Herrero García, Iván (San Francisco)
Rodríguez Ferrer, Christine (Nueva York)
Ochoa Ruano, Matilde (Nueva York)
Sánchez Ramírez, Carlos (San Francisco)
Soler Romira, Carlos (Nueva York)

—Joder, joder, joder, estoy dentro, no me lo puedo creer —murmulló mientras se alegraba de su doble suerte, al verse incluida en el grupo de los que iban a Nueva York.

Aquellos alumnos que figuren en la lista deberán presentarse mañana a las 16:15 en el Salón de Actos. Se ruega la asistencia de los padres o tutores (obligatoria en el caso de los estudiantes menores de edad). Todas las familias recibirán información detallada de la normativa que regula el programa de intercambio por correo certificado.

«Notificación por correo», pensó.

Aunque tarde o temprano su padre tenía que enterarse, Christine no deseaba empañar con una gran discusión su gran momento de felicidad. Decidió contarlo todo el día que recibiera la carta, así que aún tenía un par de días o tres por delante para disfrutar de su nueva situación. Salió del instituto sin pisar el suelo. La nube en la que viajaba caminaba por ella.

Al día siguiente, asistió a la sesión informativa del programa y la tutora, extrañada de no verla acompañada por un adulto, se dirigió a su pupitre esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Y su padre, señorita Rodríguez?

—Me temo que no va a poder venir, lo siento. Lleva desde anoche con fiebre. —Su corazón latía con fuerza a la vez que su respiración comenzaba a acelerarse. Odiaba tener que mentir, pero no tenía otra opción—. ¿Tiene algún inconveniente si me quedo yo a escuchar la charla?

—Por supuesto que no. Pero sí que necesitaría que me entregase toda la documentación firmada lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Claro, descuide —respondió Christine con alivio.

La tutora volvió a sonreírle amablemente y se encaminó hacia la pizarra; la sesión informativa iba a comenzar.

Christine escuchó distraída la aburrida retahíla de reglas y normas mientras paseaba mentalmente por Times Square, Central Park y Broadway.

—... y a las familias de acogida se les enviará un resumen del expediente académico, así como cualquier información personal de relevancia.

Esas palabras la trajeron de vuelta a la Tierra, pero no la preocupó demasiado. Después de todos los escollos que había salvado, supuso que ya se le ocurriría algo cuando llegara el momento para salvaguardar el gran secreto de su pasado. Desde su torre de marfil, todo parecía tener solución.

Al llegar a casa, la torre de marfil cayó como un castillo de naipes. Su padre la esperaba sentado en la mesa de la cocina con una carta abierta sobre la mesa. Las circulares se habían enviado el día anterior, justo después de conocer la resolución del programa y colgar en el tablón de anuncios la lista de candidatos admitidos.

—Tú no te vas a ningún sitio —bramó el padre con cara de pocos amigos—. Y, además, enterarme así. ¿No pensabas decirme nada?

—Lo siento. No creía que fueran a enviar la carta tan rápido. Además... tengo diecisiete años, ya no soy una niña. No puedes negarte —argumentó Christine midiendo sus palabras. No quería que se desatara una tercera guerra mundial. Con o sin su consentimiento iba a marcharse, pero prefería una despedida amistosa.

—Es por esos pájaros que sigues teniendo en la cabeza, ¿verdad? —le preguntó mientras se guardaba la carta en el bolsillo izquierdo de su pantalón—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que las personas que llegan al cine es porque tienen un buen padrino o porque...?

—... No hace falta que sigas. Ya sabemos todos cuál es el problema —le cortó Christine mientras sus ojos castaños se encharcaban de lágrimas—. Ya me lo sé de memoria, no vuelvas a repetírmelo.

—Mira todos los problemas que has tenido en este pequeño pueblo de diez mil habitantes por ser distinta, ¿cómo vas a desenvolverte en una gran ciudad como Nueva York?

—¿Cuándo has decidido preocuparte por mí, papá? ¿Ahora? Porque, si no recuerdo mal, hace un par de horas ni tan siquiera me has dicho adiós cuando he salido por esa puerta. Que alguien me lo explique porque no logro entenderlo —respondió Christine intentando controlar sus emociones.

Tras unos segundos en silencio, su padre acertó a decir:

—De acuerdo, haz lo que te dé la gana. Todo esto se lo debo a tu madre por aprobar desde siempre todos tus caprichos y consentirte demasiado.

—Sabes de sobra que mamá no me consintió, ella logró entender lo que me sucedió y me quiso. Cosa que tú nunca podrás llegar a hacer.

Christine temblaba a causa de contener la cólera que en aquellos momentos corría por sus venas y mantuvo la mirada firme en el angustioso rostro de su padre antes de marcharse de la cocina sin decir ni una sola

palabra más. La discusión había terminado y, por vez primera, Christine había ganado la batalla.

OceanofPDF.com

3. ¡Upper East Side!

«Jamás dejes que las dudas paralicen tus acciones. Toma siempre todas las decisiones que necesites tomar, incluso sin tener la seguridad o certeza de que estás decidiendo correctamente.»

Paulo Coelho

Una semana después, el entusiasmo inicial había dejado paso a preocupaciones de carácter práctico, y poco a poco fue recuperando el control de sus emociones. O al menos eso creía, ya que al recibir una llamada del instituto para que fuera a recoger la información de la familia de acogida su torrente sanguíneo volvió a descontrolarse. El gran sobre marrón que le dieron incluía una póliza de seguro a su nombre, un documento con la firma de los «padres de acogida» en el que se detallaban sus derechos y deberes, y una foto de ellos enganchada con un clip a un tarjetón con los datos personales de ambos.

«No me lo puedo creer», pensó.

—Perdona, ¿estás segura de que este sobre es el mío? —preguntó con incredulidad a la mujer que le había dado la documentación.

—¿Y tú estás segura de llamarte Christine Rodríguez Ferrer? —respondió la secretaria dando a entender que no era un error y que tenía cosas más importantes que hacer.

Peter y Nathalie Dawson vivían nada más y nada menos que en la Quinta Avenida, en pleno barrio del Upper East Side, en Manhattan. Esta última

palabra, tantas veces repetida en su cabeza, se convirtió en una especie de mantra cuasi religioso. «Manhattanmanhattanmanhattan...» Ni en el mejor de sus sueños hubiera imaginado tanta suerte. La Gran Manzana la esperaba. «The Big Apple», pensó sintiéndose un poco idiota, mientras se le escapaba una sonrisa de satisfacción.

El Upper East Side era uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. Miraba con orgullo a Central Park, el pulmón de la ciudad, y en ella se encontraba la joyería Tiffany's, Cartier o el Empire State Building.

«¿Qué hace un matrimonio como éste participando en un programa así?», la pregunta pronto se desvaneció en el aire; la verdad era que en ese momento no le importaba demasiado.

En casa terminó de leer la documentación que le habían dado y el resto de instrucciones. Buscó en Google información sobre los Dawson y resultó que Peter era un prestigioso abogado y Nathalie una galerista conocida fundamentalmente por su ojo para descubrir nuevos talentos y por ocuparse de la dirección de *NY Arts*, la revista de tendencias artísticas más importante de la ciudad. Lo cierto era que Christine se sentía un poco abrumada. «¿Cómo voy a estar a la altura?», pensaba. Pasar de un pequeño pueblo de diez mil habitantes a una gran ciudad de veintidós millones de almas era un salto bastante grande. Además, vivir en uno de los barrios más prestigiosos, junto a dos profesionales de éxito, le imponía un poco. Por no decir bastante. Seguro que se sentiría como el patito feo, no tendría ropa apropiada a ese estilo de vida y todo el mundo pasaría a conocerla como la española sin clase.

Unos días después le llegó el primer correo electrónico de su familia de acogida. Eran muy amables y se los veía con muchas ganas de conocerla. Christine les respondió al instante.

—*Dear Mr. and Mrs. Dawson* —dijo en voz alta mientras presionaba las teclas de su portátil.

PARA: Dawson.UPE@gmail.com

DE: Chris.Rodriguez@gmail.com

ASUNTO: Christine from Spain

Acabo de recibir su correo. Antes de nada me gustaría darles las gracias por acogerme durante un año escolar en su casa. Estoy muy contenta con esta estupenda oportunidad que mi centro educativo me ha facilitado. Tengo muchas ganas de conocerles y vivir una gran experiencia. Disculpen si mi inglés no es del todo correcto. Allí, sin duda, tendré la ocasión de poder mejorarlo.

El resto del correo lo dedicó a responder a algunas de las preguntas que le habían hecho acerca de sus preferencias culinarias, estudios, nivel de inglés o acerca de qué le gustaba hacer en su tiempo libre.

Adjuntó un par de fotos para que la reconocieran cuando fuesen a por ella al aeropuerto.

En la primera foto aparecía con su amiga Mía en una cafetería que solían frecuentar muchas tardes, vestía unos vaqueros, camiseta clara y un sencillo recogido. Su sonrisa encantadora de labios carnosos y sus enormes ojos almendrados color café seguramente los conquistarían. En la segunda foto, que fue tomada en la boda de un familiar, llevaba un elegante vestido de diseño clásico, sin mangas, sin escote, con un diminuto cinturón que marcaba su figura y su cabello largo y ondulado resplandecía a la luz del sol; era una foto preciosa y una de sus preferidas.

Cuando pulsó el botón de enviar suspiró y se recostó sobre la cama. Ya no había vuelta atrás.

Justo en ese momento escuchó la voz de su padre llamándola desde el salón:

—¡Niñaaa!

De golpe y porrazo, Christine volvió a la realidad actual: a su pequeño cuarto, a su casa, que ahora era como un territorio hostil en el que había que moverse con cuidado, pues podía estallar una granada cuando menos te lo esperabas.

—¡Voy, papá! —gritó, y respiró hondo antes de levantarse.

—Niña, ¿qué horas son éstas? ¿Cuándo estará la cena?

Christine odiaba a ese señor: ya no era su padre, era como un jefe, alguien desconocido que la trataba como a una criada, sin cariño, sin confianza, sin respeto. Sintió una oleada de desesperación que la invadía, pero entonces repitió mentalmente para sí su mantra: «Manhattan, Manhattan, Manhattan...» Instantáneamente, la alegría la invadió y consiguió incluso esbozar una pequeña sonrisa. Desgraciadamente, eso no pareció sentarle bien a su padre.

—¿Qué pasa, de qué te ríes? ¿Te ríes de mí?

—No, papá, claro que no. Es que he tenido una buena noticia, sobre el viaje a Nueva York, ya sabes...

Su padre se sirvió otro vaso de ginebra.

—Bah, ya estamos con las tonterías.

—Pero, papá —contestó Christine, sentándose a su lado en la mesa—, no es una tontería, recuerda que estuvimos hablando de eso, firmaste el permiso para que me vaya un año a estudiar allí.

Su padre la miró de arriba abajo y por un momento la chica creyó ver un atisbo de cariño en sus ojos. Era como si estuviera pensando en lo mucho que la echaría de menos.

—Papá... —murmuró.

—Bien —respondió él al instante tomando un sorbo de ginebra y apartando la mirada—, así dejarás de darme problemas. Ya tengo

demasiados y tú no haces más que complicarme la vida. ¡Si tu madre pudiera verlo!

A Christine se le llenaron los ojos de lágrimas. Se levantó y fue hasta la cocina para recalentar el pollo de la noche anterior. No, repitió para sí, su madre estaría orgullosa de ella. Eso lo sabía.

«Christine, tú estás hecha para brillar —solía repetirle—. Este pueblo es muy pequeño para ti. ¡Eres una estrella! Mi pequeña gran estrella.»

Esas palabras conseguían que se sintiera importante, única, como de hecho lo era. Comenzó a sacar el mantel y los platos para poner la mesa, repitiendo en voz baja:

—Manhattan, Manhattan, Manhattan, Manhattan...

Al momento se sintió brillante y poderosa, como una estrella que iluminase un firmamento entero.

OceanofPDF.com

4. La llegada

Pasó todo el trayecto hasta Madrid observando cómo cambiaba el paisaje al otro lado de la ventanilla y haciendo un repaso mental de los dos últimos meses de su vida. Había ido todo tan rápido que no se había parado a pensar en la vida que la esperaba al otro lado del charco porque si lo hacía le entraba un nerviosismo cercano al miedo que prefería apartar de momento.

Había rellenado un par de días antes el formulario en línea requerido para poder entrar al país y había alucinado con las preguntas:

¿Piensa matar al presidente de Estados Unidos?

¿Su intención es quedarse a vivir en Estados Unidos de América?

¿Piensa cometer un acto terrorista?

«¿Piensan que si alguien tuviera la intención de hacer algo así iba a responder afirmativamente?», pensó con escepticismo.

Las ocho horas del vuelo se le pasaron en un suspiro. Vio dos películas de estreno y consiguió dormir un par de horas antes de aterrizar en el impresionante aeropuerto JFK. Hasta ese momento había mantenido los nervios a raya, pero al atravesar el *finger* y poner los pies en el reluciente suelo de mármol de la terminal de llegada su corazón comenzó a latir de forma incontrolada. Le parecía un sueño estar en Nueva York. A su alrededor, un enjambre de personas se movía en un perfecto baile de idas y venidas.

Siguió al resto de pasajeros hacia el control de pasaportes y, tras recoger su maleta, se encaminó hacia la aduana. La larga cola serpenteaba hasta ramificarse en los diferentes mostradores de entrada. Sobre sus cabezas, varias pantallas proporcionaban información acerca de la documentación a presentar y las mercancías consideradas ilegales en suelo estadounidense. Avanzando lentamente sobre las huellas invisibles de miles de viajeros, llegó su turno.

La agente de aduanas, una enorme mujer negra de edad indefinida, le pidió la solicitud de entrada y el pasaporte. Tras mirarlos detenidamente, le hizo una fotografía con una pequeña cámara de brazo articulado y le tomó sus huellas dactilares.

—¿Ha estado alguna vez en Nueva York? —preguntó mirándola a los ojos de forma inquisidora.

—Sí, digo no, no, no —acertó a responder.

—¿Algo que declarar? —dijo alargando la mano hacia una grapadora.

—No —respondió bruscamente por miedo a confundirse de nuevo.

Con un golpe seco, la mujer grapó el visado de entrada a su pasaporte y Christine dirigió sus pasos hacia la puerta de salida, que se abría y cerraba intermitentemente al ritmo de los viajeros.

5. New York, New York

«Nuestra querida ciudad de Nueva York es el escenario de muchas películas famosas. Es el segundo centro de producción cinematográfica de Estados Unidos después de Hollywood. ¿Y es que a quién no le seduciría la idea de grabar un film en la Gran Manzana rodeado por sus imponentes rascacielos?»

New York Films, pág. 6

Ahí estaba ella, andando hacia la puerta de salida de la terminal de llegadas con una gran sonrisa iluminando su rostro. A su alrededor, ajeno a tan importante momento de su vida, el mundo seguía girando.

Los Dawson, que seguían con expectación la salida de viajeros, reconocieron al instante a la guapa chica de melena larga y ondulada que miraba confundida a la multitud que esperaba ansiosa.

Un hombre alto y rubio, vestido con un impecable traje negro y una gorra de conductor coronando su cabeza, se acercó a Christine mostrándole un cartel en el que aparecía su nombre.

—¿La *senorita Rodrigues*? —dijo éste en un idioma parecido lejanamente al español.

—Sí, soy yo —notó cómo la sangre caliente enrojecía sus mejillas.

El chófer de los Dawson recogió su maleta y se retiró, dejando paso a Peter y a Nathalie.

—*Oh, so nice to meet you, Christine* —dijo Nathalie mientras la abrazaba afectuosamente. Según le habían contado, los norteamericanos no eran tan efusivos, por eso, aunque agradecida, se mostró un poco desconcertada.

Peter le entregó un precioso ramo de flores de bienvenida y juntos caminaron hacia el aparcamiento.

Eran un matrimonio encantador. Rozaban los cuarenta y desprendían entusiasmo en cada cosa que hacían. Nathalie era una mujer esbelta, de cabello rojizo, tez blanca como la nieve y unos bonitos ojos esmeralda que hechizaban a cualquiera. En cuanto a Peter, era un hombre muy atractivo, elegante y pulcro, de profundos ojos azul marino y cabello color trigo, de dorada tez y una sonrisa perfecta. Ambos eran la viva imagen de la felicidad. Al menos, eso pensó Christine cuando los conoció. Sin embargo, bajo esa capa de fortuna, se abría paso la tristeza que les producía no poder tener hijos. Christine aún no lo sabía, pero ésa fue la razón principal por la que la pareja se apuntó al programa de intercambio.

Aunque deseaban hacerle todo tipo de preguntas, los Dawson dejaron que Christine disfrutara de las vistas de la ciudad a través de los cristales tintados del coche que los llevaba a Manhattan. Atravesaron todo el distrito de Queens y, poco antes de penetrar en el viejo puente de Queensboro, el *skyline* de la ciudad se presentó rotundamente ante sus ojos. Las primeras luces de los grandes edificios se encendían tímidamente mientras se escondía el sol y comenzaba a dibujarse el Nueva York nocturno que tantas veces había visto en las películas. Jamás olvidaría esa primera impresión de la ciudad.

El edificio en el que vivían los Dawson se encontraba en la esquina de la Quinta Avenida con la calle 79. Exteriormente tenía cierto aspecto anodino, pero en su interior escondía algunos de los apartamentos más exclusivos de toda la isla. Por supuesto, entre ellos estaba el ático en el que viviría durante el siguiente curso. A la planta veinticuatro se accedía con una llave especial y, una vez allí, las puertas del ascensor se abrían directamente al recibidor del piso.

—Ésta es tu casa, Christine —dijo Peter ofreciéndole un juego de llaves.

—Muchas gracias —respondió Christine con cierta vergüenza.

A pesar de la naturalidad de sus padres de acogida, no podía evitar sentir cierta sensación de incomodidad.

El enorme salón, decorado con cierto gusto minimalista, ofrecía unas espectaculares vistas de Central Park y distribuía a la derecha el estudio de Nathalie y a la izquierda la cocina. Un precioso piano Steinway dormía en un rincón de la estancia, dando paso a una moderna escalera sin pasamanos que parecía estar suspendida en el aire. Desde la escalera se accedía a la segunda planta del apartamento, donde se encontraban los dormitorios y el despacho de Peter. Este último estaba presidido por un antiguo escritorio de madera de caoba que daba la réplica a una gran librería que ocultaba, literalmente, dos de las paredes de la sala. En sus estantes no sólo había libros de derecho o literatura, sino decenas de obras de arte traídas de los más variopintos lugares de la Tierra. A Peter le apasionaba viajar y tenía una sección de antiguos libros de viajes escritos por exploradores del siglo XIX. Nathalie aprovechaba los viajes para visitar galerías de arte, y para descubrir y comprar obras de talentosos artistas desconocidos.

Después la guiaron hacia su habitación. Como todas las de la casa, la suya tenía un baño completo con bañera, equipo de sonido wifi y ducha de cromoterapia.

«¡Qué pasada! Esto no puede estar pasándome a mí», pensó perpleja.

Durante la cena, los Dawson quisieron saber cuáles eran las ilusiones de Christine, qué esperaba de su estancia en Nueva York. La chica, mientras tomaba una delicia de canapé con pasta de queso francés y olivas, respondió:

—Me gustaría aprovechar al máximo esta oportunidad. Deseo mejorar mi inglés, aprender todo lo posible y, si tuviese la ocasión, hacer algo de teatro en el instituto o en algún pequeño grupo de barrio.

—Tu inglés es fantástico, Christine, no sabíamos que ibas a hablar tan bien —dijo inmediatamente Peter.

—Es porque desde pequeña siempre he sentido un cariño especial por este idioma, pero seguro que todavía me queda mucho para hablar realmente bien.

—No te preocupes, seguro que te pones al día enseguida. ¡Casi no tienes acento! —exclamó, maravillada, Nathalie mientras daba un sorbo a su Martini—. Y me encanta que tengas ambiciones, es importante para llegar lejos, míranos a nosotros. Yo fui abogada durante algunos años, divertido y emocionante, pero con una jornada de catorce horas al día. Lo dejé y ahora tengo mi propia galería de arte, es algo que siempre me ha gustado.

Peter le guiñó un ojo:

—Además es una aventurera, aquí donde la ves ha subido a la cumbre de algunos de los picos más altos del planeta, como el Aconcagua.

—¿Y usted no subió, Peter? —preguntó Christine.

—Yo en esa ocasión me quedé abajo esperándola en el hotel, disfrutando de la piscina y de una buena parrillada argentina.

Todos rieron y Nathalie explicó que su marido era profesor de Derecho Civil en la Universidad de Cornell, una de las mejores del país. Se habían conocido en la facultad de Columbia cuando ambos estudiaban Derecho.

—¡Algún día te enseñaremos fotos de aquella época! Era el final de los años ochenta, vas a reírte mucho de nuestra pinta...

La velada continuó en ese tono distendido y agradable, hasta que Christine empezó a notarse cansada y los Dawson, que se dieron cuenta de ello, la animaron a que fuera a la cama.

—Buenas noches, querida —dijo Nathalie.

—Descansa —añadió Peter—, mañana será un gran día.

Christine les dedicó una pequeña sonrisa y se dirigió su cuarto. Antes de acostarse, como hacía frecuentemente, se lavó los dientes y se pasó el cepillo varias veces por su ondulado cabello castaño. Después se puso su pijama y abrió la cama, donde las sábanas frescas de flores rojas y rosadas la recibieron con cariño. Se durmió mientras seguía atisbando, por la ventana, los rascacielos de la ciudad de sus sueños. Una ciudad que ahora era su realidad.

OceanofPDF.com

6. *Ring, ring goes the bell*

«Toda señorita de la alta sociedad debe tener en cuenta tres puntos antes de asistir a su primer día de clase:

- Llevar perfectamente planchado el uniforme; no nos gustan las arrugas.
- Traer, preferiblemente, bolso en lugar de mochila.
- Ir adecuadamente peinada.»

«**Normas de institución**», *Upper East Side's News*

Aunque ya había visto algunas fotos del instituto en su página web, Christine se quedó de piedra al observar sus colosales proporciones. Cuatro columnas de estilo dórico decoraban la entrada principal y estilizaban el edificio, de estructura neoclásica. Con más de cien años de antigüedad, el instituto Magnificence era una de las instituciones educativas más prestigiosas de la ciudad y, probablemente, de todo el país. Cuatro de cada diez estudiantes continuaban sus estudios en Harvard, Standford o Yale y de su escuela de artes escénicas habían salido actores como Mel Gibson, Philip Seymour Hoffman o Ben Stiller.

Christine escudriñaba el horario de las clases intentando descifrar el sentido de los números anotados junto a cada asignatura. Lunes, primera hora, Biología, número diecisiete.

Mirando las puertas de las aulas pronto se percató de que éstas estaban numeradas; sin embargo, no parecían seguir un orden lógico.

«¿Dónde demonios estaba el aula diecisiete?»

La campana sonó y, al instante, el pasillo en el que se encontraba quedó desierto. No se había atrevido a preguntar a nadie por el paradero de su aula perdida, pero ahora no le quedaba otro remedio que vencer su timidez inicial y preguntar al profesor de guardia.

Llegó con la lengua fuera y el corazón acelerado. El señor Cohen la miró con el ceño fruncido bajando ligeramente la cabeza para mirar por encima de sus gafas, aposentadas en la punta de la nariz.

«Estupendo —pensó Christine—. Yo que quiero pasar desapercibida y ahora toda la clase está asistiendo a mi triunfal entrada. Tierra trágame.»

Avanzó hacia la última fila con la vista puesta en los dos únicos sitios libres que había en la clase.

—Supongo que usted será Christine Rodríguez —inquirió con voz profunda.

—Sí, soy yo —contestó girándose tímidamente.

—Tome asiento. La clase ha comenzado hace siete minutos.

Más que sentarse, se dejó caer en el refugio temporal que era la silla y su pupitre en esos momentos. A su lado, una chica con unas enormes gafas Ray-Ban graduadas, leía *La evolución de las especies*, de Darwin. Tan abstraída estaba en su lectura que ni siquiera se había percatado de quién se había sentado junto a ella.

Algunas cabezas se giraban para mirar al nuevo bicho raro de la clase, pero pronto todo volvió a la normalidad.

A pesar de su alto nivel de inglés, le costaba seguir el ritmo de la explicación. El inglés americano era más cerrado que el británico y, si no afinaba rápidamente el oído, se vería en serios apuros.

Pasada una hora, el timbre de cambio de clase la rescató de sus divagaciones mentales y, tras recoger sus cosas a gran velocidad por miedo a llegar tarde a Literatura, salió del aula.

—¡Hola! Yo me llamo Mylene y ésta es Clare —oyó nada más salir.

—Hola —respondió con una tímida sonrisa—. Yo soy Christine.

—¡Y yo soy Chelsea! —apostilló la chica junto a la que se había sentado, que se encontraba de espaldas, consultando la oferta de asignaturas extraescolares.

—No te preocupes por el señor Cohen. No es tan hueso como parece.

—Pues a mí me ha asustado de verdad —respondió Christine, provocando la risa de sus nuevas amigas.

—Supongo que no tienes compañera para la próxima clase. Si quieres puedes venir con nosotras y sentarte con Chelsea. Nadie se sienta con ella porque es demasiado callada. Prefiere llenarse el cerebro de libros que hablar de chicos o cotillear.

—Sí —dijo Mylene—, no se entera de nada.

—Perdona, seguramente me entero de muchas más cosas que tú, lista —contestó ligeramente irritada—. Tú eres la nueva, ¿verdad? —preguntó mirándola de arriba a abajo como si fuera la primera vez que la veía.

—Me temo que sí. Me he sentado a tu lado en la clase de Biología —contestó Christine con una sonrisa de felicidad.

Christine pensaba que le iba a ser más difícil relacionarse. No había pasado más que una hora y ya estaba charlando amistosamente con tres compañeras. Estaba exultante.

—¿En serio? No me he dado cuenta. La verdad es que si hay un buen libro por medio, no me entero de nada —contestó Chelsea dibujando una blanca sonrisa en su rostro de ébano.

Al sonreír, aparecían en sus mejillas dos simpáticos hoyuelos. Chelsea estaba adelantada dos cursos y perseguía el sueño de convertirse en escritora, mientras tanto devoraba libros a la velocidad del rayo y llenaba las páginas de sus cuadernos Moleskine con una bella caligrafía.

Mylene y Clare comenzaron a caminar en dirección al aula de Literatura y Chelsea y Christine las siguieron, ajenas a las miradas de algunos chicos que se preguntaban quién era aquella preciosa chica.

La señora Grant era toda una institución en el Magnificence. Comenzó a trabajar en el instituto en 1955, el año en el que nació el *rock and roll*. Tenía por entonces veintiún años y fue noticia en todos los diarios por ser la primera mujer en graduarse cum laude en una universidad norteamericana. Era una profesora muy exigente y entregada en cuerpo y alma a la enseñanza.

—¿Señorita Rodríguez? —preguntó mirando la lista de alumnos.

Christine levantó la mano.

—Venga aquí, por favor.

«Otra vez no», pensó mientras se dirigía hacia la mesa de la profesora. La señora Grant le dijo algo en voz baja y Christine se giró hacia la clase. Aunque se había negado dos veces, le había pedido que se presentara frente al resto de compañeros. Su inglés era muchísimo mejor que lo demostrado en la presentación. Los nervios provocaron varias equivocaciones y un acento marcadamente extranjero. Al acabar, bajó la cabeza y se dirigió a su asiento. Prefería no ver las risas burlonas de algunos compañeros.

A la hora de la comida, la bochornosa experiencia de la clase de Literatura había dejado de tener importancia.

Christine, Clare y las demás eligieron una mesa libre, dejaron caer las mochilas con alivio y, tras tomar una bandeja, se acercaron a la cola de reparto de comida.

Entre plato y plato Christine conoció algo más a sus nuevas amigas.

Mylene era la hiperactiva. Colaboraba en la revista semanal del instituto, dirigía un programa de radio y su cuenta de twitter, @magnificencenews,

era seguida por decenas de alumnos ávidos de material interesante con el que cotillear.

Chelsea era el polo opuesto. Tranquila y pausada. Sin embargo, si alguien pudiera asomarse a su apasionante mundo interior, se quedaría maravillado con la cantidad de proyectos literarios en los que trabajaba constantemente.

El equilibrio perfecto entre las dos amigas era Clare. Conseguía mediar entre ambas y sus propuestas de ocio siempre reunían el consenso general. Christine las escuchaba hablar y, de vez en cuando, miraba de reojo a su alrededor. Casi siempre cazaba alguna mirada furtiva. Era lógico que la miraran. Era una alumna nueva y extranjera. Sin embargo, ella se sentía intimidada por la vigilancia dispensada. Comenzó a sentir una inseguridad que creía desterrada.

«Tranquilízate, Chris, nadie sospecha lo más mínimo», pensó aturdida.

Ajenos a sus inquietantes pensamientos, lo único que la gente de la cafetería veía era a una guapa chica latina (España entraba en el mismo saco) de metro sesenta y ocho con una larga y ondulada melena color chocolate.

La sala que acogía el comedor era un largo rectángulo iluminado por amplios ventanales. El suelo oscuro contrastaba con el blanco roto de las paredes. Colgadas de ellas, decenas de fotografías y láminas enmarcadas repasaban la historia del Magnificence. Las mesas, para ocho personas, jalonaban la estancia en un orden irregular. Cada grupo ocupaba su mesa de forma inamovible. Como en cualquier instituto, los cerebritos tenían su propia mesa, lo más alejada posible de los deportistas y, entre medias, las mesas del resto de los estudiantes, las mesas de todos aquellos que no destacaban en la oligarquía que era el instituto.

El mejor sitio de la cafetería lo ocupaba un grupo de chicos que hablaban y bromeaban constantemente. Sus ademanes, sus aires de suficiencia y sus

miradas despreciativas los delataban. Eran los más populares. Mimados por los profesores en su calidad de hijos de benefactores y envidiados por el resto de compañeros, desprendían una insultante seguridad en sí mismos. Christine ya había conocido idiotas como éstos en el pueblo, pero comparar a aquellos niños de papá sin gusto para vestir o educación con el grupo que tenía ante sus ojos se le antojaba ridículo.

—Se lo montó con Kevin Lawrence, el del club de informática. Desaparecieron juntos durante la hora de Química —decía Mylene convincentemente.

—Qué va. Eso es un bulo. Yo no me acostaría con el vampirucho ése ni muerta —contestó Clare.

—Lo que yo creo es que Fisher está colada por Nathan —comentó Chelsea sin despegar la vista de su libro. Era capaz de seguir cualquier conversación sin perder el hilo de sus lecturas.

—¿Qué dices? Si se la ve súper enamorada de Brandon —añadió Clare. Mylene arqueó las cejas en señal de incredulidad.

—Porque sabe actuar ante la gente. Parece mentira que no la conozcas.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó una interesada Christine, ávida de conocer los chismorreos del instituto.

—De Hailey Fisher, la más guapa, la más lista y la mayor arpía con la que te podrás topar nunca —sentenció Clare.

En realidad, Hailey no hacía mucho esfuerzo por conseguir lo que se proponía. Daba la impresión de que las puertas se le abrían delante de las narices por arte de magia. Gozaba de una libertad de movimientos absoluta. En el instituto podía hacer lo que le viniera en gana. El profesorado y la dirección tenían que andar con pies de plomo. Su padre, y antes que éste su abuelo, eran benefactores con derecho a veto. Hacía dos años, un profesor se atrevió a cuestionar la autoridad del doctor Fisher y al día siguiente ya

estaba saliendo por la puerta de atrás con una de esas cajas con asas en la que había metido sus objetos personales. Por supuesto, la razón oficial del despido era otra bien distinta pero, desde entonces, la figura del padre de Hailey comenzó a infundir más miedo que respeto. Los alumnos también le bailaban el agua. Ellos caían obnubilados a sus pies. No había chico (u hombre) que no sucumbiera a sus cantos de sirena. Con ellas, tres cuartos de lo mismo. Incluso las que la odiaban se fijaban cada día en el modelo que traía, el tipo de maquillaje o sus movimientos, para copiarlos. Muy a pesar de sus detractores, Hailey jamás cometía un error en público. Ni un resbalón, ni un tacón roto, ni una borrachera que la obligara a decir cosas de las que fuera a arrepentirse. Aparentemente, Hailey era perfecta.

—Es aquella que está en la mesa del fondo, junto a la cristalera —dijo Chelsea.

Christine giró la cabeza disimuladamente y observó con detenimiento al grupo de los privilegiados. A pesar de que charlaban y bromeaban amigablemente en pequeños grupos, todo parecía girar en torno a Hailey. El pelo le caía por la espalda en prietos tirabuzones y adornaba su larga melena rubia una sencilla diadema negra. Sus movimientos eran elegantes y silenciosos como una seductora pantera. En ella el uniforme del instituto parecía una pieza de alta costura. La corbata resaltaba su generoso busto y la falda de tubo, que a ella le llegaba a la mitad del muslo, mostraba unas preciosas y bronceadas piernas. Por un instante, sus miradas se cruzaron. Hailey, que no se molestó en disimular, mantuvo su altiva mirada fija en Christine un par de segundos antes de seguir el reconocimiento visual del comedor. Después, le dijo algo al oído a la chica pelirroja que estaba sentada a su lado y ambas se rieron sin levantar la vista. Christine supo que estaban hablando de ella y le hirvió la sangre.

—¿Y quién de ellos es Nathan? —preguntó Christine para alejar su malestar.

—Creo que hoy no ha venido. Seguro que está vagando por el cementerio...

—Qué mala eres, Mylene —dijo Chelsea mostrando su semblante más serio—. Debe de ser muy duro perder a una madre siendo un niño.

Christine sintió como si le clavaran un puñal en el corazón y su rostro, que minutos antes se mostraba excitado por desembuchar los cotilleos del instituto, se había tornado un tanto abatido ante aquellas dolorosas palabras.

—¿Y qué me dices de Don Casanova, eh? —preguntó Clare con sonrisa pícar—. He oído que deja las tierras inglesas para venir finalmente a vivir a Nueva York, ¿es eso cierto?

—Así es —afirmó Mylene—. Una de mis múltiples fuentes me lo confirmó anoche.

—Perdonad, pero... ¿Quién es Don Casanova? —preguntó Christine algo confusa.

—Nos referimos a Tristan, el hermano mayor de Nathan —respondió Chelsea a la vez que apartaba su libro hacia un lado para probar el apetitoso postre que reposaba, todavía intacto, en su bandeja.

—Todas las chicas de Manhattan darían lo que fuera por salir con él.

—Ingenuas, ésa es la palabra, Clare —añadió Mylene—. Creen poder cambiarlo, pero Tristan siempre será un hombre anticompromiso.

—O no... quizás algún día llegue una chica que realmente conquiste su corazón y se enamore —dijo Chelsea que, tras dar un último bocado al postre, retomó su lectura.

—Claro —contestó Mylene sonriente—, pero esa chica tendría que ser igualita a Scarlett Johansson.

—¿Tú crees? —rio Chelsea. Cerró su libro de golpe y alzó la mirada a Mylene, pensativa—. O quizás le atraigan más las chicas como Peggy Strauss.

—Venga, por favor! —exclamó Clare intentando contener la risa—. Esa chica debe pesar más de cien kilos... ¡acabaría asfixiándolo, por el amor de Dios!

Mylene se puso de pie soltando una carcajada y cogió su bandeja.

—Sea Peggy «la gorda» o Scarlett Johansson yo necesito fumarme un cigarrillo, ¿alguna me acompaña afuera antes de que suene el timbre?

—¿No lo estabas dejando? —preguntó Chelsea confusa.

—Sí, pero resulta que me he encontrado un paquete intacto en los baños y... tampoco estamos en tiempos de desperdiciar —sonrió guiñándole el ojo.

—¿Te quedas? —le preguntó Christine a Chelsea a la vez que se ponía su *blazer* color burdeos para salir del edificio.

—Sí, no soporto el desagradable aroma que desprende el tabaco —respondió Chelsea con una mueca de repugnancia mientras abría su libro para retomar la lectura.

—Está bien —Clare se puso de pie a la vez que Christine y cogió su bandeja—, como quieras, nos vemos en clase de la señorita Kees.

Y las tres amigas se marcharon del comedor dejando a una Chelsea sumida en un universo mitológico creado por Tolkien.

La última clase del día fue Francés. «¿Quién me manda a mí elegir este ridículo idioma como optativa? Seré idiota...», pensaba Christine mientras escuchaba cómo la señora Kees repetía: *être, suis, es, est, sommes, êtes, sont, être, suis, es, est, sommes, êtes, sont, être, suis, es, est, sommes, êtes*,

sont. «Menudo rollo. No tengo suficiente con el inglés como para complicarme la vida con esto.»

Siempre le había interesado el francés, por eso había elegido la asignatura. Pero ahora, el primer día de clase, se le antojaba un error garrafal.

La pequeña señora Kees, una mujer morena y de piel blanca como la leche, emitía una serie de sonidos guturales y frases sin erres y, más que conjugar verbos, parecía estar ahogándose por momentos. Y, para colmo, les mandó estudiar una lista interminable de verbos para el siguiente día de clase.

El timbre sonó como el fin de una condena y Christine se lanzó hacia la puerta de salida.

Fuera el cielo gris amenazaba lluvias. Una tormenta suponía quedarse en casa sin hacer nada, y Christine odiaba quedarse quieta. Siempre estaba haciendo algo. Jamás se aburría. Además, después del intenso primer día de instituto, necesitaba desconectar, relajarse con un paseo. Se despidió de sus nuevas amigas y bajó las escaleras que la separaban de la planta baja. Las prisas por llegar al coche que la esperaba al otro lado de la calle antes de que la lluvia hiciese acto de presencia provocaron que se tropezara con su propio pie en el *hall* de entrada.

—Seré estúpida... ¡El primer día de instituto y ya por los suelos! ¿Con qué me he tropezado? —maldijo Christine en perfecto castellano. Recogió los libros, que habían quedado desperdigados frente a ella, y se incorporó con más indignación que vergüenza. El *hall* estaba repleto de estudiantes, pero nadie se dignó a ayudar. No sólo eso. Nadie parecía haberse dado cuenta de su monumental caída. Por supuesto, era pura impostura. Aunque hicieran como si nada hubiera pasado, el tropezón de la nueva estaría al día siguiente en boca de todos... Para rematar la faena, ya había comenzado a

llover. Más concretamente, a diluviar. Allí estaba ella, con la cadera y el brazo doloridos por la caída y a punto de coger un resfriado. No era un comienzo muy esperanzador.

La lluvia caía a través de los cristales de su habitación y, por vez primera, Christine se sintió inmensamente sola. La calle era un hormiguero de personas en busca de taxis libres, algo paradójicamente imposible en Nueva York, con una flota de más de cuarenta mil vehículos amarillos. Las luces de los edificios del fondo, al otro lado de Central Park, comenzaban a encenderse y los semáforos orquestaban el tráfico en una sinfonía de movimiento continuo. La ciudad nunca dormía e imponía al visitante nuevo cierta sensación de ansiedad colectiva.

Terminó los deberes y encendió el ordenador deseosa de encontrar algún correo de su padre pidiéndole que le detallase su primer día de clase o si se encontraba a gusto con sus padres de acogida. Pero, lamentablemente, ningún correo nuevo se mostró en su bandeja de entrada.

«¿A quién pretendes engañar, Chris? Tu padre jamás se preocupará por ti», pensó a la vez que cerraba el portátil.

Inevitablemente comenzó a llorar. El vacío del pecho la había invadido por completo y comenzó a tiritar. Se puso dos chaquetas encima, pero el frío no la abandonó. Se tumbó en la cama y, como buscando el cariño de alguien, se abrazó a la almohada. A su lado estaba el archivador azul y amarillo del Magnificence. Ese objeto pasó a simbolizar sus anhelos de una nueva vida. Su presente y sus planes de futuro (acabar sus estudios y llegar a convertirse en actriz) estaban encerrados entre las tapas de esa carpeta. La distancia era un doloroso castigo y se preguntaba si merecía la pena tanto sacrificio por algo que ni siquiera sabía si llegaría a alcanzar.

Estaba lavándose la cara y componiéndose un poco el pelo cuando llamaron a la puerta.

—¿Christine? Peter dice que la cena está lista. Si quieres bajar y ayudarme con la mesa... —dijo Nathalie con voz suave.

Asomó la cabeza abriendo un poco la puerta y Christine sonrió sin ganas. Al instante supo que había estado llorando. Sin mediar palabra, caminó hacia ella y las dos se fundieron en un gran abrazo.

Peter salvó la noche. Consiguió levantar los ánimos de las dos mujeres de la casa haciendo bromas ingeniosas y contando divertidas anécdotas de sus viajes.

—¿Por qué no le cuentas a Christine cómo dejaste de fumar? —lo interpeló Nathalie.

—Oh, no, no me obligues a hacerlo. —Peter se tapó la cara con las manos y Christine miraba divertida.

—Vamos, no seas tímido. Si no lo haces tú, lo haré yo...

—Está bien. Allá vamos —dijo mirando a Christine—. Marrakech, año 2001. Estaba allí por trabajo. Tenía que preparar a un testigo para un caso importante del bufete. Una noche, tras la cena, salí a dar un paseo para fumarme el último pitillo antes de ir a dormir. Hacía una noche estupenda y comencé a caminar bordeando las murallas que rodeaban la Medina. Cuando me di cuenta de que me había alejado demasiado del centro, emprendí el camino de regreso. Al doblar una de las esquinas de la muralla, un joven con cara de pocos amigos y una navaja enorme en la mano me pidió que le diera todo lo que llevara en los bolsillos. No dudé ni un segundo. La situación no estaba para cometer ninguna tontería —dijo mirando a Nathalie—, puse en su mano mi Cartier, el dinero que llevaba en los bolsillos, la cartera, mi pitillera y un viejo encendedor Zippo que me acompañaba desde el instituto. El asaltante pareció conformarse, pero yo

necesitaba un cigarro que calmara mis nervios y a esas horas y sin dinero sería imposible conseguir uno, así que le pedí que me diera al menos un par de cigarrillos. El tipo, extrañado, me escrutó, abrió la pitillera con parsimonia, sacó un cigarro, me dio fuego y dijo: «Lárgate de aquí ahora mismo o te mato, puto inglés».

Christine y Nathalie se rieron a carcajada limpia.

—Y lo peor de todo —añadió Peter— es que no sé qué me sentó peor: que me robara o que me llamara inglés... Bueno, el caso es que al llegar a casa me di cuenta de que mi petición podría haberme costado la vida y decidí dejar de fumar.

A pesar de que todo parecía ir bien, Nathalie se sentía algo apesadumbrada. Había adquirido una responsabilidad muy importante y comenzaba a preguntarse si serían capaces de ejercer como padres durante todo un año.

Tras recoger la mesa, Christine se despidió y subió a su habitación. Estaba tremendamente cansada, pero no conseguía dormir. Su mente era un caldero en ebullición en el que los recuerdos, sentimientos y pensamientos se confundían los unos con los otros, provocándole extrañas y angustiosas sensaciones. Alargó el brazo para coger el iPod y activó el orden aleatorio confiando en que la música la ayudara a dormir.

7. Nathan

El taxi dejó a Nathan en la puerta de entrada del cementerio de Woodlawn. Tenía ganas de quedarse solo. Andó cerca de veinte minutos por el laberíntico camino que bordeaba lápidas, nichos y mausoleos y llegó hasta el lugar donde descansaba su madre. Se agachó para depositar sobre el frío mármol una rosa de pétalos anaranjados y comenzó el ritual de recuerdos, dolor y rabia. De vez en cuando pasaba alguna viuda que miraba desconfiada a aquel joven uniformado, como si la pena fuera exclusiva de los adultos. Llevaba la corbata desanudada, la parte inferior de la camisa asomaba por el pantalón y su espesa melena cobriza estaba completamente despeinada. Su aspecto exterior reflejaba perfectamente cómo se sentía. Había venido al cementerio buscando un poco de paz. Como un niño que se reconforta con el abrazo de su madre, Nathan se sentía tranquilo junto al lugar donde enterraron a su madre.

Apenas tenía recuerdos de aquel día. Murió cuando él tenía seis años y aún no comprendía aquello de «mamá se ha ido». Tras varios días preguntando cuándo regresaría su madre, su hermano Tristan, de doce años, le dijo que había muerto y que nunca regresaría. Aquellas palabras sí que las llevaba grabadas a fuego en su interior. A veces pensaba que la dureza con la que se lo dijo fue el inicio de la relación distante que siempre había tenido con él. De haber estado viva su madre, todo sería distinto. Tan concentrado estaba en sus pensamientos que sólo se percató de la llegada de un hombre cuando éste llegó a su altura.

—Hola, hijo —dijo con voz ronca a pesar de la emotividad de la escena.

—Padre —respondió sin levantar la vista de la lápida de su madre.

George Woodley era un hombre extremadamente pulcro. Su porte elegante y su sonrisa seductora lo habían ayudado a escalar posiciones hasta la clase alta de la sociedad neoyorquina. Con poco más de cuarenta años, George Woodley era segundo accionista de la cadena de hoteles Temperance, la tercera en importancia de todo el país. Lo del nombre de los hoteles sonaba un poco paradójico. Temperance significa templanza, y George Woodley no era conocido precisamente por ello. A su carácter distante, que algunos atribuían a la temprana muerte de su mujer, lo acompañaban con demasiada frecuencia episodios de ira incontrolada provocada por una creciente tendencia a buscar refugio en el alcohol.

Nadine Woodley, su esposa, había aparecido muerta en el salón de su casa. La hemorragia interna provocada por un fuerte golpe en la cabeza había acabado con su vida. Jamás atraparon al culpable. La policía zanjó el caso tras ocho meses de investigación, durante los cuales la única conclusión a la que llegaron fue que el móvil del crimen había sido el robo. Una o varias personas entraron en la casa para robar y, al verse sorprendidos, éstos le habrían propinado un fuerte golpe en la cabeza que le causó la muerte. La casa estaba completamente desordenada y faltaban las pocas joyas de valor que tenían y setecientos dólares en metálico que había en el primer cajón de la cómoda para pagar el alquiler de la casa en la que vivían. De haber ocurrido ahora, la policía no habría escatimado en tiempo y recursos. Sin embargo, hacía dieciséis años los Woodley era una familia anónima que vivía en uno de los suburbios de aquella enorme ciudad plagada de delitos.

George se fijó en la rosa solitaria que subrayaba con belleza el nombre de su mujer y, tras un profundo suspiro, se dirigió a su hijo.

—Me han llamado del Magnificence. Llevas cinco días sin aparecer por allí. No es que sea un comienzo muy alentador. Este año te juegas tu ingreso a Princeton. No hagas tonterías —dijo con voz mecánica.

El incómodo silencio se rasgó con la voz de Nathan.

—Sólo necesito un poco de tiempo para poner en orden mis pensamientos.

—Cuando te ganes el ingreso en la universidad tendrás todo el tiempo del mundo. Hasta podrás raparte la cabeza y comprar un puto billete para el Tíbet si te da la gana —exclamó socarrón—, pero mientras tanto céntrate en acabar tus estudios con la mejor nota de la clase.

Nathan no tenía ganas de discutir en el lugar en el que estaban, así que bajó la cabeza en un lejano gesto de sumisión. Los que conocían superficialmente a George Woodley lo tenían por un hombre culto de refinados modales y le suponían una noble ascendencia. Por el contrario, los que estaban expuestos al contacto diario con él, pronto descubrían que, tras la primera capa de pintura, se escondía un hierro oxidado de padre desconocido y con la sensibilidad de un ladrillo.

—No me obligues a tratarte como a un niño, Nathan. Acordamos que yo no me metería en tu vida, siempre y cuando cumplieras con tus obligaciones. Hasta ahora has cumplido. Espero que lo sigas haciendo. Soy una persona muy ocupada y tengo...

—... mejores cosas que hacer que ocuparme de ti —completó el chico—. Conozco esa frase. ¿Por qué no la mandas grabar en unas tarjetas de visita y te ahorras el discurso?

—Vamos, te llevo al instituto —respondió su padre sin inmutarse.

Durante el trayecto, Nathan comenzó a pensar en qué pasaría si se fuera de casa. La idea era seductora, pero lo primero que haría su padre sería cancelar sus tarjetas de crédito, así que sería mejor acabar el instituto y

largarse bien lejos. La universidad de Princeton estaba demasiado cerca de su alcance, así que, justo en ese instante, decidió aplicarse más para ser admitido en Harvard, al norte del país.

A pesar de estar rodeado de gente que, de una u otra forma, lo querían, Nathan se sentía inmensamente solo. Era un amor que no sabía reconocer como tal. Por eso iba a visitar a su madre. Recordaba su sincera sonrisa y las noches en las que se tumbaba a su lado para ayudarlo a dormir, mientras le contaba cuentos sobre niños que vivían en lejanos países. Sólo tenía seis años, pero aquello lo recordaba como si hubiera ocurrido el día anterior. Para él, ésa era la imagen del amor verdadero. Cuando murió, todo su mundo conocido se desmoronó sin esperanza de reconstrucción. A día de hoy, todavía luchaba por salir de aquellas ruinas.

Incapaz de ejercer como padre en solitario, George se distanció más aún de sus hijos.

A los catorce años, George envió a Tristan a estudiar al mejor internado de Inglaterra y allí había permanecido hasta hoy. Al principio, Tristan volvía a Estados Unidos un par de veces al año y llamaba a casa cada semana, pero cuando cumplió la mayoría de edad las visitas y las llamadas fueron disminuyendo hasta la práctica inexistencia. El hijo mayor acabó disfrutando de la soledad y ésta definió su carácter definitivamente, a pesar de ello, su sentido del humor era bastante mordaz y esto hacía las delicias de sus amigos, mientras que la lánguida nostalgia que envolvía sus gestos y miradas capturaba la atención de las mujeres de forma incontestable.

A través de los cristales del coche, Nathan observaba los grandes edificios y las calles abarrotadas de gente caminando con prisa para llegar a sus trabajos. A veces le gustaría ser una de aquellas personas que se pierden entre la multitud, protegidas por la libertad que les proporciona su anonimato. Soñaba con ser una persona común, lejos de las farsas de la alta

sociedad y de las presiones por ser el mejor. Deseaba una vida normal. Una vida sin un hermano ausente desde hacía años y un padre que ejerciera como tal. Lo llamaba padre, pero en realidad era lo más parecido a un jefe que se preocupa por sus empleados para que no disminuya la producción. Así era el mundo del señor Woodley: aséptico, mecánico y frío como el hielo.

Pasados unos fríos minutos, padre e hijo entraron al despacho del director Meyer. Era un espacio atemporal decorado al puro estilo inglés. Las paredes estaban revestidas con madera oscura, a juego con el barroco escritorio tras el que se sentaba. A su espalda, detrás de la butaca de alto respaldo, había la bandera del país y la de Reino Unido, en honor al fundador del Magnificence. A Nathan todo aquello le provocaba náuseas.

—Buenos días, señor Meyer —dijo George Woodley desplegando todos sus encantos.

—Yo no me atrevería a decir que son buenos, precisamente. No es la primera vez que su hijo se ausenta del instituto durante unos días —respondió abruptamente el director Meyer.

—Ya sabe, es una edad difícil. Se creen adultos cuando en realidad siguen siendo unos niños. No le demos mayor importancia, ¿no cree?

—Yo no falté ni un solo día al instituto. Y, aunque les cueste creerlo, también he tenido su edad. El claustro ha minimizado todas sus faltas, señorito Woodley, pero la próxima vez que ocurra algo similar no permitiré que quede impune, ¿le queda claro? —Nathan bajó la cabeza.

—¿Ya hemos acabado? —preguntó el señor Woodley subiéndose el puño de la camisa para ver el reloj—. Me esperan en una reunión importante... y no digo que ésta no lo sea; usted ya me entiende, director.

—Nos queda un último punto a tratar, señor Woodley.

Hablaron sobre la importancia que tenía el último año de instituto para la elección de la universidad. Ese año decidiría el resto de sus vidas. Ambos convinieron en que debía ponerse al día con los deberes y no hubo castigo. La conversación apenas duró unos minutos. Ninguno despertaba las simpatías del otro, así que era mejor zanjar cuanto antes la cuestión. El padre de Nathan dio por agotado el tema y se levantó de la silla para dirigirse a la puerta. Al llegar al zaguán, alzó su mano derecha como única señal de despedida sin tan siquiera volver la vista atrás. Para él, todo era una extensión de sus actividades empresariales.

—Ya sabe, una sola falta más y aplicaré el reglamento. No toleraré sus ínfulas de bohemio por más tiempo.

«Parece que esta vez habla en serio», pensó Nathan.

—De acuerdo, señor Meyer. No volverá a suceder.

—Puede marcharse, pero antes arréglese, que parece usted un vagabundo —sentenció el viejo director.

Nathan se metió la camisa por dentro y salió del despacho mientras se hacía el nudo de la corbata.

El timbre de cambio de clase le devolvió a la realidad del instituto y recordó que no había traído sus libros. Había dejado la mochila en casa. ¿Para que la quería si, en principio, no tenía ninguna intención de asistir hoy a sus clases? Resoplando, se pasó la mano por el pelo revuelto y se acercó al tablón de avisos, en el que durante las dos primeras semanas de clase colgaban los horarios de todos los cursos.

«A ver. Viernes, tercera hora, Biología, menuda mierda», pensó.

A su alrededor pasaban varias alumnas corriendo hacia sus respectivas clases. Como era costumbre, se detenían un segundo para saludar al joven atractivo de ojos grises y penetrantes que hacía suspirar a cualquier chica con sus aires de modelo de Calvin Klein.

—Hola, Nathan. —Una chica le sonrió con timidez antes de desviarse por el segundo pasillo en dirección a Música.

—¡Adiós, Nate! —exclamó otra joven.

—Nos vemos luego, Nathan —dijo en voz baja una última chica, ruborizada.

De repente, el pasillo quedó completamente vacío. Nathan caminó raudo a su taquilla y cogió un cuaderno usado que dormía allí desde el año pasado. Metió la mano para palpar el metal de la taquilla y no encontró ni un bolígrafo, ni un lápiz ni cualquier otro utensilio que sirviera para escribir. De camino, dio la casualidad de que se topó con un empollón que salía del baño y le hizo un gesto para que se detuviera.

—Luego te lo devuelvo, cerebritito —le dijo al chico mientras le tomaba un bolígrafo del bolsillo de su camisa.

—Eh, bueno, hum, te lo puedes quedar si quieres —contestó al aire, puesto que Nathan ya estaba en la otra punta del pasillo.

Entró al aula de Biología y eligió el pupitre más alejado de la mesa del profesor para desconectar sin que le llamaran la atención.

Al salir de clase, tras una tediosa hora de explicaciones sobre las funciones vitales de los organismos, se topó con sus colegas Joe, Brandon y Kendrick. Sólo coincidían los cuatro juntos en tres de las once asignaturas que cursaban.

—¿Dónde te has metido? —inquirió Brandon en calidad de mejor amigo —. Me la suda que hagas lo que te venga en gana, pero por lo menos avisa, joder.

Su preocupación le reconfortó de una manera extraña.

—Fuimos a tu casa, tu asistente nos dejó entrar y te copiamos la agenda del Mac para llamar a todo el mundo. Nadie sabía nada de ti —finalizó Brandon.

—Por cierto, ganarías una pasta vendiendo tu listín... ¿Sabes la de tías buenas que aparecen? ---dijo Joe suavizando la situación—. ¿Te las has tirado a todas?

—Siempre estás pensando en lo mismo, Joe —dijo Brandon estrechándole con el brazo derecho—. ¿Y tú no dices nada o qué? —preguntó dirigiéndose a Kendrick.

De todos ellos, Kendrick era el más serio. Eso no impedía que tuviera un inteligente y fino sentido del humor, pero su profunda religiosidad le incapacitaba de alguna forma para las bromas sexuales y eso, en jóvenes rebosantes de testosterona, era un asunto complicado. Era judío. Sus abuelos recalaron en Estados Unidos huyendo de una guerra inminente que asolaría Europa durante los cinco años siguientes. Establecieron un pequeño taller de joyería y las piezas que creaban pronto comenzaron a atraer las miradas de la alta sociedad. Su fama se consolidó definitivamente con las visitas del genial Salvador Dalí, quien les encomendó la fabricación de las piezas que diseñaba.

—¿Qué quieres que diga, que eres un pedazo de capullo? Eso ya lo sabes de sobra.

—¿Quién soy? —le preguntó Hailey a su novio Brandon mientras le tapaba los ojos con las manos.

Brandon le retiró las manos con cariño y, girándose sobre sí mismo, besó a su chica al tiempo que recorría con sus manos los brazos de ésta. Al llegar a los hombros, bajó hasta la cintura para asirla fuertemente y levantarla del suelo.

—No me hagas eso, sabes que no me gusta nada ---dijo Hailey en un tono que parecía indicar lo contrario.

Joe, Nathan y Kendrick dejaron solos a la pareja de tortolitos y emprendieron el camino hacia el comedor.

—¿Cómo te las arreglas para que tu padre no se entere de tus escapadas?
—preguntó Kendrick.

—Porque no son escapadas exactamente. Yo no me muevo de casa. Simplemente corto la comunicación y visito el cementerio más a menudo. Mi padre sólo tiene ojos para su negocio. Cuando llega a casa se sirve una copa y desaparece hacia su despacho. Nunca se fija en si hay más personas en la casa. Me juego el cuello a que no sabe ni el nombre de la cocinera, que lleva con nosotros siete años.

—Pues yo tampoco sé el nombre de la nuestra —dijo Joe—. ¿Eso es malo?

—Todo depende de la clase de capullo que seas... —zanjó Nathan.

No quería darle más vueltas al asunto, así que hizo una broma sobre lo posesivas que eran algunas chicas, lo que rápidamente consiguió que sus amigos se rieran y cambiasen de tema, y se sentaron todos en la mesa del comedor a la espera del resto del grupo.

—¿Ya has visto los nuevos fichajes del equipo? Menuda panda de nenazas —dijo Joe con sorna.

—Ya ves, que no les pase nada este año con las novatadas —respondió Nathan usando un malévolo tono compasivo.

—Pues tú tampoco vas a librarte del castigo del entrenador Hockins. Está furioso porque no has aparecido a los últimos cuatro entrenamientos. Me parece que vas a perderte el primer partido contra los Bears —añadió Kendrick.

—¿Qué te apuestas a que juego? —preguntó Nathan—. Sin mí estáis perdidos...

Las novatadas del equipo de *rugby* del Magnificence se habían convertido en toda una tradición. Tanto era así que la dirección del colegio había optado desde hacía años por hacer la vista gorda. Cada promoción se

veía obligada a superar a la anterior, en una terrible escalada de burla, humillación y desprecio. Brandon solía ser el más ingenioso. En su primer año lo metieron en la taquilla de material deportivo y lo obligaron a cantar una canción cada vez que alguien introducía una moneda por las rendijas. Si alguien osaba recordar aquella historia en su presencia, estallaba una pelea de inmediato. Era algo que no había podido olvidar; por ello, cada año, ejecutaba su particular venganza.

La cafetería se paralizó cuando entraron Brandon y Hailey. Parecían una pareja de actores de Hollywood. El cabello de ella resplandecía, iluminado ligeramente por el débil sol de septiembre que se colaba a través de las ventanas, y su piel, sutilmente bronceada, hacía destacar su mirada azul. Brandon tenía un atractivo muy diferente. Le apasionaban todo tipo de deportes y practicaba los que podía a la mínima ocasión. Debido a su afición, había moldeado un cuerpo perfecto, pero su belleza no era tan evidente como la de su novia. Aunque, dicho sea de paso, ¿podía alguien brillar al lado de Hailey?

Poco después de que la pareja se sentara en la mesa junto a Joe, Nathan y Kendrick, aparecieron las compinches de Hailey: Poppy y Yukino.

—Dichosos los ojos —dijo Poppy dirigiéndose a Nathan—. Estás vivo.

—¿Pero te ha pasado algo o ha sido otra de tus escapadas? —preguntó Yukino con interés. Nathan se limitó a torcer el gesto y a arquear las cejas. Aquélla fue toda su respuesta.

Con ellas se completaba el grupo. Poppy era una preciosa chica pelirroja, de pálido rostro y larguísimas piernas. Había aparecido en varios anuncios de televisión, pero consideraba todo aquello un mero pasatiempo del que disfrutar antes de entrar en Harvard para estudiar Derecho. Yukino era la más menuda de todos ellos. Su apariencia infantil contrastaba enormemente

con su inteligencia y capacidad de manipulación. Hablaba seis idiomas a la perfección y era preferible tenerla como amiga que como enemiga.

La mesa en la que se sentaban ofrecía las mejores vistas de la cafetería. Estaba situada al final del comedor, trazando una limpia diagonal hasta la puerta de entrada. Desde allí podían observar los movimientos de todo el mundo y divertirse con su juego favorito: criticar sin piedad. Cualquier excusa era buena para reírse de alguien. Un traspies, una bandeja caída, las gafas de un empollón o el nuevo peinado de una chica de primer curso podían dar inicio a mofas crueles, sin ningún tipo de disimulo.

Disfrutaban sabiéndose envidiados y odiados. Era como una especie de droga para ellos. La envidia del resto alimentaba su ego. No soportarían jamás la indiferencia.

La bandeja de Nathan estaba intacta. Miraba ausente a su alrededor mientras sus compañeros comían, reían y hablaban. Ya había captado en demasiadas ocasiones signos de flirteo de Hailey y eso lo ponía enfermo. Minutos antes, Brandon estaba besando a Hailey y ésta abrió un segundo los ojos buscando con su mirada el rostro de Nathan. No era que la chica no lo atrajera, al contrario. Si de él dependiese, intentaría ligársela, pero era la novia de su mejor amigo. Para aplacar sus hormonas, recordó una vez más aquel estúpido pacto de caballeros que habían hecho los cuatro amigos el curso anterior, tras una noche de alcohol.

—Jurad que nunca, bajo ningún concepto, saldréis con la novia de un amigo —dijo Kendrick, que parecía el más sereno de todos.

—Lo juramos —dijeron los otros tres mientras se fundían en un étlico abrazo.

—Y con las exnovias tampoco —añadió un estoico Nathan.

—Eso es demasiado, joder —protestó Joe—. No sabes las ganas que tengo de darme un revolcón con la novia de este gilipollas... —admitió

mientras le daba a Brandon un leve golpe en el brazo.

—Bueno. Con las ex sólo nos podemos enrollar si ya no existe ningún tipo de sentimiento —añadió Nathan.

—Parad antes de que me hagan vomitar vuestras niñerías —zanjó Kendrick zafándose del corrillo que habían formado con el abrazo.

En cierta forma, el recuerdo de aquella noche conseguía aplacar su deseo, pero ¿por cuánto tiempo lograría frenar a la insaciable Hailey? Que él supiera, la novia de su amigo siempre había conseguido aquello que se había propuesto. Era la única hija del afamado cirujano Henry Fisher, quien perdió a su mujer en un accidente de tráfico nueve años atrás. La forma que encontró para superar el dolor de la pérdida de su esposa fue dedicarle más tiempo a sus trabajos de investigación en el hospital en el que trabajaba. No pasaba mucho tiempo en casa y, para redimir el sentimiento de culpabilidad por no dedicarle mucho tiempo a su hija, siempre acababa regalándole alguna cosa o cediendo a sus caprichos.

A decir verdad, no es que Hailey se esforzara excesivamente en conseguir sus objetivos. El magnetismo que ejercía su belleza y el dinero que le proporcionaba su padre le abrían casi todas las puertas que pretendía cruzar. Una de las puertas que se le resistía era Nathan, y él se esforzaba cada día en que siguiera siendo así. No entendía por qué diablos estaba con su mejor amigo, pero comenzaba a formarse una ligera idea de sus intenciones.

Al compás de sus divagaciones mentales, Nathan recorría con la mirada cada centímetro de la cafetería. Si algo le interesaba, lo observaba durante un par de segundos y continuaba el ritual. Sin embargo, lo que acababa de ver ahora le llamaba muchísimo más la atención. En la mesa que había junto a la máquina de café había una chica nueva. Tenía el cabello ondulado y una intensa y misteriosa mirada. Por el perfecto bronceado de su piel

supuso que era una chica latina y enseguida le vino a la memoria lo que había oído sobre la estudiante de intercambio de los Dawson. No podía apartar la mirada de ella y Hailey, que vigilaba cada movimiento de Nathan, no tardó en percatarse de lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Desde ese mismo instante, Hailey se prometió que le haría la vida imposible a esa recién llegada.

—¿Y a ti qué te parece, Nathan? —preguntó Hailey maliciosamente.

—Eh, bien, supongo —contestó, apartando la vista bruscamente de la mesa de Christine.

—¿Entonces vendrás a la fiesta? —volvió a preguntar.

—¿De qué fiesta hablas? —contestó malhumorado, como si lo acabaran de despertar de un agradable sueño.

—Ya estamos. ¿Por qué nunca me escuchas cuando hablo? —le preguntó mientras se abrazaba a Brandon—. Tu amigo me ignora deliberadamente, ¿te das cuenta? —añadió enfurruñada como una niña pequeña.

—Tengo cosas más importantes en las que pensar, la verdad —dijo el chico, con la mirada fija en el vacío.

Hailey, intrigada y fascinada por el chico, no supo qué añadir, así que usó su mejor arma, su belleza física, para llamar su atención: se estiró poniendo la cabeza sobre las piernas de Brandon y rozando ligeramente el muslo de Nathan con la punta de sus pies. Era un gesto claro de provocación, una invitación al juego de seducción y coqueteo que tan bien sabía llevar ella. Ahora no tenía ninguna duda sobre las intenciones de Hailey. Movidó por su competitividad, se prometió a sí mismo que ganaría la partida. No caería en los brazos de esa niña caprichosa. Buscó con su mirada la mesa en la que había visto a aquella chica, pero ya no estaba.

—¿Y dónde será este año la fiesta? —preguntó Joe, fingiendo interés. Lo único que a él le interesaba era cuánto alcohol habría o con qué tía se

enrollaría.

—Este año se celebrará en la casa de mi abuela, en Brookside —contestó ufana.

—¿Qué dices? ¿En la mansión de la señora Butler? —preguntó una entusiasmada Yukino.

—Allí estaremos más cómodos. Hay mucho más espacio.

—Sí, además podrás presumir de casa, que es lo que realmente te importa —añadió un combativo Nathan.

—Pues sí. El hecho de alardear forma parte de todas las fiestas, si no, ¿qué sentido tiene celebrarlas?

Las fiestas de Hailey se habían convertido en un gran acto social que, de forma oficiosa, inauguraban el curso escolar. A la exclusiva fiesta tan sólo podían acudir doscientas personas. Elegía personalmente a las cien personas a las que daba la invitación y éstas podían acudir con un acompañante. La prensa local había bautizado aquellas fiestas como «El club de los 100» y durante años anteriores se había podido ver a Miley Cyrus, Kevin Jonas o Daniel Radcliffe, quien ya poseía cinco propiedades en Nueva York. Uno de los mayores atractivos para los jóvenes más conocidos era que se trataba de una fiesta de disfraces y, aunque muy pocos se resistían a ello, al menos tenían la opción de pasar desapercibidos.

Ese año, el motivo de la fiesta era la realeza europea. Muchos suspiraron aliviados al conocerlo. Eso era algo relativamente normal en comparación a la moda espacial del año pasado y el estilo *clochard* del anterior. Era cierto que a muy pocos les quedaba bien el estilo desaliñado de Julian Casablancas de los Strokes o el de los hermanos Followill de Kings of Leon, pero había que reconocer que aquel año fue uno de los más divertidos de todos.

—¿Pero qué mierda es esa de la realeza europea? —gruñó Joe.

—¿Sabes lo que es la monarquía o tengo que explicártelo? —respondió una ofendida Hailey—. Además, nadie te obliga a ir.

Yukino inició una conversación sobre cómo iban a ir vestidas y qué personaje elegirían, pero Hailey desconectó. Tan sólo había sacado el tema para entretener a Nathan y había merecido la pena porque el objeto de su distracción ya no estaba en la sala. Cuanto más se resistía Nathan, más crecía el deseo de estar con él. Con la llegada de Christine, la cosa parecía complicarse más, pero, aun así, confiaba en enderezar la situación.

«Estoy segura de que será una fiesta memorable», se dijo a sí misma.

OceanofPDF.com

8. Una visita inesperada

«Como cada año, la élite de Manhattan se prepara para la gran fiesta de disfraces de Hailey Fisher, la cual tendrá como motivo la realeza europea. Se dice que este año asistirán ni más ni menos que los actores Zac Efron, Emma Watson y Taylor Lautner. ¡Y lo bueno es que nosotras vamos a estar allí para contártelo después con todo lujo de detalles!»

«Famous Party», *Jet Set's Girls*

Ese viernes, Nathan se quedó en casa. Había sido una semana bastante complicada y prefirió no exponerse a las estupideces (y tentaciones) de su amiga Hailey.

Se estiró en el sofá chéster color marrón oscuro, apoyando la espalda en el reposabrazos, y sobre las piernas recogidas depositó su portátil. Se entretuvo buscando información sobre España. No le gustaría parecer un inculto si alguna vez hablaba con aquella chica. Conocía algunos de los tópicos del país, pero desconocía, por ejemplo, que se hablaban hasta ocho lenguas diferentes.

Desde la cocina le llegaban algunos de los aromas profundos de los platos que preparaba Margarita, la cocinera. No era que le gustara demasiado el picante, pero prefería callarse y disfrutar de aquellas recetas que ella preparaba con tanta devoción. Además, la mayoría de las veces que cocinaba platos mexicanos se quedaba a comer con él y eso era algo que agradecía. Margarita entró en el servicio poco tiempo después de fallecer su madre y, en cierta forma, se había convertido en una figura fundamental en

su vida. Ella tenía cuatro hijos, y a Nathan lo trataba como a uno más, regañándole o mimándole cuando era necesario.

En la televisión, con el sonido apagado, un coyote obstinado trataba de atrapar a una escurridiza avestruz.

—Con lo mayorcito que eres y todavía ves esa basura. Te juro que no te entiendo —dijo su padre deshaciéndose el nudo de la corbata.

George había hecho acto de presencia con el sigilo que lo caracterizaba.

—Tampoco pretendo que lo hagas. Me basta con que pagues la televisión por cable —no quiso decirle que *esa basura*, como él lo llamaba, le hacía compañía en aquella casa desolada, papel que debería cumplir su padre y que no recordaba que hubiera cumplido en su vida.

George soltó una sarcástica carcajada y se acercó a la cocina. A los dos minutos, apareció con la camisa por fuera y una cerveza en la mano.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó el padre.

—¿Hum? —respondió Nathan levantando la vista de la pantalla de su finísimo MacBook Air.

—No me hagas repetir las cosas.

George se sentó en el sillón y, tras pegarle otro trago a su cerveza de importación, miró a su hijo.

—¿Estás intentando conversar conmigo? ¿A qué debo tal honor? —inquirió con cinismo.

—Estaba. Hoy vi a Jerry charlando con su hijo y pensé que quizás yo podría hacer lo mismo contigo.

Nathan lo miró extrañado e incómodo.

—Pero ya veo que no te interesa. Buenas noches ---dijo levantándose del sofá y dirigiéndose a la puerta. Una vez allí, de espaldas, levantó la mano con la que sujetaba el botellín en lo que era su característico gesto de despedida.

Margarita le dijo a Nathan que la cena estaba lista, pero a éste se le habían quitado las ganas repentinamente. Entró en su correo y vio uno en la bandeja de entrada con la palabra «Invitación». Ya ni se acordaba. Abrió los dos archivos adjuntos. El primero era un escueto PDF imprimible que contenía la invitación.

Hailey Fisher tiene el placer de invitarle a la fiesta que se celebrará en la mansión Butler de Brookside.

El motivo elegido este año es la realeza europea.

Las coordenadas de GPS para llegar al aparcamiento son:

40°, 70'7710" (N)

74°, 34'6542" (E)

Fecha: sábado 21

El segundo documento incluía algunas de las normas de la caprichosa Hailey, entre las que se detallaba la obligatoriedad de asistir disfrazado o no excederse con el alcohol, cosa que, por supuesto, muy pocos cumplían.

«Este año no iré solo», pensó a la vez que alcanzaba su teléfono móvil.

Se le acababa de ocurrir algo bastante divertido.

—¿Brithany? Soy Nathan. ¿Puedes hablar? Mira, sólo quería preguntarte si has recibido la invitación.

—No seas idiota, Nathan. Ya sabes que ahora soy persona *non grata* para Hailey —respondió.

Hasta finales del curso pasado habían sido las mejores amigas, pero a diferencia del resto de chicas del grupo, Brithany tenía otros amigos e intereses al margen de la cuadrilla. Este hecho había despertado el recelo de Hailey en varias ocasiones, ya que entendía la amistad en términos de exclusividad. La negativa de Brithany de pasar las vacaciones de verano en la casa de los Fisher, en Rockport (Maine), supuso la ruptura total de

amistad y, tratándose de Hailey, no había términos medios. O eras su amiga o te convertías automáticamente en su enemiga.

—Me preguntaba si querías venir conmigo a la fiesta —dijo esbozando una pícaro sonrisa.

Nathan se levantó de la cama con una energía inusitada y bajó a la cocina. No veía el momento en que Hailey lo viera aparecer en la fiesta del brazo de Brithany. Puso a todo volumen el último CD de Snow Patrol y comenzó a prepararse unas tortitas. A diferencia de los jóvenes de su edad, a Nathan le gustaba cocinar.

«¿Dónde demonios está el sirope de arce?», se preguntó mientras abría y cerraba armarios.

Iba descalzo y en pantalón corto. Le gustaba el frío. En cierta forma le hacía sentirse vivo. Por fin encontró el sirope detrás de las cajas de cereales y lo dispuso sobre la mesa junto con las tortitas, el café recién hecho y el iPad para leer las noticias. Le encantaba ese momento. Abrió la página de deportes del *New York Times* y, cuando alargó la mano para asir la taza de café, sonó el teléfono.

—Joder, qué oportunos —dijo en voz alta—. ¿Quién llama un sábado a las nueve y media de la mañana?

Dejó que sonara.

«Si es importante volverán a llamar», pensó.

En efecto. Después de los cuatro tonos iniciales colgaron y volvieron a llamar. Nathan se vio obligado a responder.

—¿Diga? —nadie contestaba al otro lado. Una voz de mujer sonó en la lejanía, a través de unos altavoces—. ¿Quién es? —repitió.

—¿Nathan? —preguntó una voz grave y ligeramente familiar—. Soy yo. Tristan.

Nathan se quedó helado. Hacía varios años que no tenía contacto de ningún tipo con su hermano.

—Eh, hummm, ¿cómo estás? —preguntó aturullado.

—La pregunta no es cómo estoy, sino dónde estoy. Acabo de llegar a la ciudad. ¿Sería posible que vinieras a recogerme al aeropuerto JFK? —respondió, como si fuera algo de lo más natural.

—¿Pero qué haces aquí? —alcanzó a responder Nathan.

—Después te lo cuento, sabandija.

Hacía años que no lo llamaba así. Era una frase de la película *Solo en casa*. Les encantaba. Reírse de su situación era su particular forma de afrontar el hecho de no tener madre y carecer de la presencia de un padre. Se sentían identificados con Macaulay Culkin y solían repetir frases de la peli. La más famosa era aquella en la que, usando el audio de una vieja película de *gangsters*, le decía al pizzero: «Quédate con el cambio, sabandija asquerosa». Los recuerdos de infancia, desterrados de su mente hacía mucho tiempo, aparecieron como por arte de magia.

—Ya no soy un niño, Tristan. ¿Te tiras cuatro años sin dar señales de vida y pretendes que con una llamada corra como un perrito a tu lado? Lo siento, tengo cosas que hacer. ¿Por qué no llamas al viejo? —respondió, dejando aflorar el resentimiento acumulado durante los últimos años.

—Escucha un segundo, Nathan. Yo hablaba con el viejo una vez al mes y él me decía que no te llamara. Que sería una mala influencia. No me vengas ahora con ésas.

Nathan no sabía qué hacer. La voz de Tristan sonaba creíble. Además, se esforzaba por parecer amable cuando él se había puesto a la defensiva desde el primer momento.

«Qué demonios —pensó—. Ya me ha fastidiado el desayuno y no tengo nada que hacer.»

—Está bien. Voy a avisar a Alphonse, el chófer de papá. Quédate en la salida, en un sitio donde pueda verte. Si sigues teniendo la misma cara de tonto de siempre podré reconocerte —dijo, provocando la carcajada de su hermano.

Nathan colgó el teléfono y miró con resignación a sus tortitas.

No muy lejos de allí, un dependiente de Ferragamo abrió la puerta caballerosamente a Hailey y sus inseparables Poppy y Yukino.

—No hay mejor terapia para relajarse que ir de compras —aseguró Hailey atusándose el pelo con coquetería.

—A mí se me ocurre algo que relaja aún más... —añadió una picante Poppy.

—Bueno, no sé qué decirte. Todo depende del chico y del dinero que puedas gastarte —sentenció Yukino, provocando las risas de sus amigas.

—Por cierto, aún no nos has dicho cómo irás vestida esta noche —dijo Poppy dirigiéndose a Hailey.

—Os va a encantar. ¿Habéis visto la película *María Antonieta*, de Sofia Coppola? Pues papá me ha conseguido un vestido idéntico al que lleva Kirsten Dunst en el cartel de la película. Vais a quedaros de piedra cuando me veáis con él puesto.

—Mira que te gusta llamar la atención, ¿eh? —dijo Yukino.

—Una anfitriona siempre ha de ir perfecta en sus fiestas y, a ser posible, única entre las demás —sonrió Hailey con aires de superioridad.

—¿Quiénes van a ser tus invitados estrella este año? —preguntó Poppy.

—Es un secreto —respondió Hailey suavemente—. Si lo dijera se perdería esa chispa de curiosidad y emoción, ¿no creéis?

—Sí, pero... ¿ni tan siquiera a nosotras que somos tus mejores amigas? —insistió Yukino sonriente.

Hailey negó con la cabeza.

—Mira que eres reservada para lo que quieres —dijo Poppy, colocándose el liso cabello rojizo tras las orejas.

—Lo sé —sonrió Hailey con picardía—, y es algo que precisamente adoro.

Después de la parada obligatoria en Hermès y Carolina Herrera, las chicas entraron al Donna Karan de Park Avenue.

—¿Aquella no es la chica nueva? —les susurró Poppy a sus amigas.

A Hailey tan sólo le hizo falta una milésima de segundo para cerciorarse de que, efectivamente, se trataba de ella, pero su mayor sorpresa no fue encontrársela allí, sino encontrársela acompañada de Nathalie, la mujer de un viejo amigo de su padre. Hailey aprovechó la ocasión y se lanzó directamente hacia ellas para averiguar algo más sobre «la nueva».

—¡Hola, Nathalie! —Hailey puso su sonrisa más encantadora.

—Hola, qué sorpresa. Precisamente tenía pensado llamarte este fin de semana.

—¿Y eso?

—No sé si sabrás que Christine es una estudiante española que hemos acogido este curso. Como es nueva aquí y no tiene amigas había pensado que quizás podría salir con vosotras algún día.

—Hummm, bueno... pero hoy no podrá ser. Tenemos una fiesta de disfraces —se excusó Hailey.

—Pues mejor que mejor. Es una ocasión perfecta para que haga amigos. ¿No te parece? —dijo Nathalie con convicción.

Christine sonreía a ambas, pero no se atrevía a meterse en la conversación. Hailey no pudo negarse.

—Déjame que os presente entonces —Hailey le dio dos besos a Christine y después instó a sus amigas a abandonar la tienda.

—He tenido que invitar a *la nueva* a la fiesta de esta noche —dijo con resignación.

—Pues yo no pienso hablar con ella, que lo sepas —espetó Poppy, como si hablara de una apestada.

—Yo menos —añadió Yukino.

—Bueno, yo tengo que marcharme, ¿os dejo en algún sitio? —preguntó Poppy abriendo el maletero de su Mini Cooper color violeta y depositando en él todas sus compras.

—¿Puedes llevarme al Equinox de Madison Avenue? —inquirió Yukino.

—¿Vas ahora al gimnasio? ¡Qué valor! Yo me quedo por aquí. Terminaré la ronda de tiendas yo sola.

—OK. Nos vemos después de comer en tu casa. Besitos —afirmó Poppy.

Tristan dejó la única maleta de mano que había traído en el apartamento y, tras pegarse una ducha, fueron a tomar un café al Central Perk, el único bar de la zona con aparcamiento para motos. Tristan miraba a través del ventanal de la cafetería y Nathan escudriñaba fascinado el rostro adulto de su hermano en un silencio apacible. El último recuerdo que tenía de él era el de un adolescente un tanto desgarrado, con melena rubia y una mochila a la espalda, mostrando a la auxiliar de vuelo el billete para entrar al estrecho pasillo que lo llevaría al avión con destino a Inglaterra. Hoy aquel adolescente se había convertido en un apuesto joven de figura atlética y pelo corto. Su mirada, color azul cielo, desprendía una pasmosa seguridad en sí mismo.

—Eres un maldito suicida —comentó Tristan señalando con la mirada la moto de su hermano, una Triumph Speed Triple.

La verdad era que allí aparcada, ocupando su plaza obediente junto a otras motocicletas, no parecía tan peligrosa.

—Sí, eso dicen por ahí. Supongo que por eso papá no quiere comprarme un coche. Oye, ¿has venido para quedarte definitivamente? —preguntó Nathan, cambiando el tono de la conversación.

—No sé si me quedaré mucho tiempo en Nueva York, lo que es seguro es que no volveré a Europa. Estoy cansado. Quiero recuperar mi lugar aquí, echar raíces en mi país, formar una familia, ya sabes.

—Entonces, ¿cómo es que sólo te has traído una maleta de mano? Ahí no deben caber más que un par de pantalones y algunas camisetas.

—La verdad es que no tengo mucho apego por las cosas materiales. Cuando decidí venir, miré a mi alrededor y pensé que todos aquellos libros, la ropa y el resto de objetos serían un lastre en mi nueva vida. Lo más importante, los recuerdos y las experiencias, las llevo siempre conmigo, el resto ¿de qué sirve?

—Me parece imposible; nueve años por allí y te vienes con dos camisetas viejas —respondió Nathan extrañado—. Además, ¿no te quedaba un año para acabar la carrera?

—Qué va, yo le decía al viejo que repetía para que no cortara el grifo. En realidad acabé hace un año y hace tres semanas aprobé un doctorado en psicología clínica. ¡Al final resulta que tu hermano es todo un cerebritito!

La charla se inundó de anécdotas y recuerdos de su vida en común, como cuando tuvieron que llevar a Tristan al hospital por el mordisco y los arañazos que le había producido una ardilla en Central Park. Con ocho años, Nathan se había empeñado en tener una y su hermano mayor no paró hasta atraparla.

Acabaron la segunda taza de café y salieron a la calle. Nathan se sorprendió silbando suavemente. Hacía tiempo que no lo hacía. Estaba contento. A pesar del tiempo que habían pasado sin verse y el escaso contacto que habían mantenido, seguían siendo hermanos.

Nathan montó sobre la preciosa Triumph y Tristan le pasó su casco integral negro, con tres líneas rojas que lo surcaban de visera a nuca, a juego con la moto. Estaba a punto de coronarse cuando escuchó su nombre.

—¡Naaathaaan!

«No me jodas», pensó con un chasquido.

Delante de sus narices apareció Hailey, con un par de bolsas de Roberto Cavalli y Ferragamo en cada mano. Escaneó al acompañante de Nathan y le regaló una de sus seductoras miradas.

—Qué sorpresa más agradable. Me encantan las coincidencias, precisamente estaba pensando en ti —le dijo mientras le dibujaba un círculo en el brazo con el dedo índice—. ¿Acaso no vas a presentarme a este chico tan guapo?

Hailey se apoyó en la moto en una supuesta pose casual. Llevaba un ajustado vestido azul marino de cachemira que dejaba al descubierto sus interminables piernas y unos botines negros de terciopelo.

—Ya lo conoces, jugabas con él por los pasillos de tu edificio —respondió sin disimular las pocas ganas que tenía de hablar con ella.

—No me digas que tú eres Tristan. ¿Acaso vuelve el hijo pródigo?

—Eso parece, y tú debes ser Hailey Fisher, ¿no?

—Eso parece... —repitió ella en una clara acción de coqueteo—. Por cierto, ¿te quedarás por aquí mucho tiempo?

—Aún no lo sé. ¿Por qué lo dices?

—Porque esta noche doy una fiesta. Llevas casi diez años fuera de la ciudad y te vendrá bien volver a presentarte en sociedad.

«¿Qué estará tramando ésta?», pensó Nathan.

A Hailey no se la conocía precisamente por su generosidad y ese ofrecimiento para asistir a la fiesta era algo más que una pura fórmula de cortesía.

—¿Tienes novia?

—¿Qué te importa eso a ti? —contestó Nathan con enfado.

—No te pongas así, Nathan. No es que me importe que tu hermano tenga novia o no, sólo que tengo una acompañante para él y no voy a emparejarle si ya está comprometido, ¿no te parece? —contestó ella.

A Nathan le pareció una clara alusión al juego que mantenía con él.

—No, no tengo novia, rubia.

—Perfecto. ¿Te acuerdas de los Dawson?

A Tristan le cambió la cara.

—El caso es que han acogido a una chica de España, con eso de que no pueden tener hijos... Bueno, en fin, me he cruzado antes con ella y, como mi padre y Peter Dawson son amigos, me he visto obligada a invitar a la chica ésa a la fiesta. ¿Qué dices, te apuntas?

—Me parece que no tengo escapatoria —apostilló Tristan.

Hailey se volvió hacia Nathan.

—Encárgate de comprarle un buen traje real a tu hermano, ¿OK?

—Me he perdido, ¿de qué estabas hablando exactamente? —Esta vez no tuvo que mentir. Su mente estaba muy lejos de allí. No podía creerse su suerte.

—Eres único —respondió irritada—. Que te encargues de comprarle un buen traje y de pasar a buscar a su pareja a las ocho y media. Del resto me ocupo yo. Supongo que tú irás solo como todos los años, ¿verdad?

—Me parece que este año iré acompañado —respondió Nathan con una plácida sonrisa que a través del casco no pudo verse.

Tristan subió a la moto y la Triumph arrancó con un potente rugido, dejando a una rabiosa Hailey a solas con sus bolsas.

9. Extraños en una limusina

«Todas las chicas del Upper East Side saben que antes de asistir a una gran fiesta damos siempre el mismo consejo: no coger una cogorza de la que luego podáis arrepentiros. Cuando una está borracha no sabe lo que dice, podríais desvelar secretos inconfesables...»

NYC Society

A pesar de haber vivido en aquella casa durante varios años, Tristan se sentía extraño. Por más que lo intentaba, no lograba rescatar de su memoria ningún recuerdo agradable asociado con aquel lugar. Sólo cuando entró en el dormitorio de su hermano sintió la calidez del hogar. Aunque el mobiliario era nuevo, aún conservaba muchos de los recuerdos de su infancia. El banderín de los Mets que le regaló el mismísimo Gary Carter aún colgaba de la pared del escritorio y hacía compañía al póster con la fotografía del globo terráqueo tomada desde el Apollo XI. Tristan sonrió recordando los tiempos en que su hermano quiso ser astronauta. Pasó los dedos por la estantería donde Nathan apilaba los trofeos y dio un par de pasos hacia la mesilla, atraído por una fotografía. Un sencillo marco de madera protegía la foto de su madre. Ésa era la única imagen que quedaba de ella. En un ataque de cólera, su padre hizo desaparecer todo aquello que le recordara a su mujer. No podía soportar el dolor. Nathan pudo salvar aquella fotografía de su madre y hoy, dieciséis años después de su muerte, era lo último que miraba antes de dormir y lo primero que deseaba ver al despertar.

Estaba alargando la mano para tomar el marco de fotos cuando oyó a su hermano acercarse. Como si tuviera algo de lo que avergonzarse, Tristan se giró y dio un paso al frente.

—Acabo de llamar a Brithany. He quedado con ella en el edificio de los Dawson, así recogemos a las dos en el mismo sitio y no nos desviamos mucho. Por cierto, ¿ya has decidido qué vas a ponerte?

—Hummm, sí, sí. Llevaré lo mismo que tú —respondió azorado.

—Perfecto, pues entonces salimos a comprarte un traje. Yo paso de disfraces de niños.

—Pero, ¿no vamos a disfrazarnos? ¿No crees que haremos el ridículo en una fiesta de disfraces sin disfraz?

—Yo nunca lo hago. Además, ¿quién crees que va a hacer más el ridículo: un idiota disfrazado de Luis XIV o nosotros?

Aunque Tristan pensaba que lo divertido de ese tipo de fiestas era precisamente el hecho de ir disfrazados, prefirió solidarizarse con su hermano en aquella particular forma de protesta. Estaba claro que por alguna razón no quería seguirle el juego a Hailey y él no iba a llevarle la contraria en su primer día juntos después de varios años sin verse.

—Alphonse ya está aquí —dijo Nathan asomando la cabeza por la puerta del baño de la habitación de su hermano.

—¿Y cómo volverá el viejo?

—No te preocupes por él. Los fines de semana casi nunca duerme en casa. Prefiere que no le vea la cara que se le queda después de meterse una botella de *whisky* entre pecho y espalda. Duerme en el estudio que tiene junto a las oficinas.

Tristan terminó de arreglarse y bajaron al *parking* del edificio, donde los esperaba Alphonse.

A Tristan le gustaba la actitud de Nathan. Era una persona decidida y de fuertes convicciones. Decía las cosas con una naturalidad brutal, independientemente de que pudieran agradar o incomodar. Él decía lo que pensaba sin intención de herir a nadie y actuaba en coherencia con su forma de pensar. Lo de ir a la fiesta de disfraces sin disfraz no sabía si era porque simplemente le parecía ridículo o por su naturaleza desafiante, pero en cualquiera de los dos casos le agradaba. En silencio, los dos hermanos sentían cierta admiración el uno por el otro.

Alphonse se puso la gorra ante la llegada de los hermanos y encendió el silencioso motor de la limusina.

—Pasaremos primero por casa de los Dawson, Alf —dijo Nathan.

El reloj del salpicadero marcaba las 20:20. Nathan no se atrevía a articular palabra. Estaba nervioso. Un día antes estaba mirando desde la distancia a aquella preciosa chica castaña, y hoy se sentaría junto a ella en el coche que habría de llevarlos a la fiesta. Qué caprichoso era el destino. Por si eso fuera poco, como acompañante tenía a su hermano mayor, recién llegado a la ciudad.

Nathan, tan observador como su hermano, no perdió detalle de la cara de alegría que puso al ver en la puerta del edificio a aquella chica. Llevaba un complicado tocado a la Fontange decorado con plumas de ave y un precioso vestido color perla de escote extravagante que descubría parte de sus senos con tres faldas, una sobre otra, adornadas con lazos y bordados en color rojo vino; sin duda alguna, estaba perfecta. A Nathan le vino a la cabeza la imagen de madame de Pompadour y, por vez primera, se arrepintió de no haberse disfrazado.

Christine se quedó parada en la acera, con las mejillas sonrojadas por el frío de la noche y sin saber muy bien qué hacer. Su corazón palpitaba aceleradamente, la cabeza le ardía y una desagradable sensación de ahogo

se instaló en su pecho. Nunca antes había asistido a una fiesta tan sofisticada como la que esa noche se presentaba en la mansión de la señora Butler; además, el mero hecho de ir acompañada por una persona tan apuesta como lo era Tristan Woodley hacía que se sintiese azorada.

Nathan saltó del coche y se presentó. El mundo se detuvo un instante para los dos, pero Brithany los trajo de vuelta a la realidad.

—¡Hola! —dijo dándole dos golpecitos en el hombro a Nathan. Por un momento, se había olvidado de que había quedado con Brithany en el mismo lugar.

Llevaba un espectacular vestido color musgo. Un ceñido corsé apretaba su figura y elevaba sus pechos hasta cotas inimaginables. Tristan bajó de la limusina y, tras las presentaciones de rigor, se pusieron en camino.

Christine estaba impresionada con el lujoso interior del vehículo. Un sofá de cuero negro recorría la parte izquierda de la limusina, mientras que la derecha quedaba reservada al mueble bar, la pantalla de plasma que emitía vídeos musicales o el panel desde el que se controlaba el sistema de luces de discoteca.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en Estados Unidos, Tristan? —preguntó Brithany.

—En principio, no tengo ninguna intención de volver. He cerrado ciclo. Si todo va bien, me casaré, tendré hijos y moriré en tierra americana.

—¿Y no has dejado ningún corazón roto por allí?

—No puedo responder a esa pregunta si no es en presencia de mi abogado... —bromeó Tristan.

Todos rieron. Aún quedaba más de media hora de viaje hasta la mansión de los Butler. Christine hablaba poco y escuchaba con atención.

—Chicos, ¿os apetece una copa? —preguntó Tristan descorchando una botella de champán Moët & Chandon.

—¿Qué clase de pregunta es ésta, eh? ¡Por supuesto que queremos! —respondió Brithany hablando por todos—. Comencemos la fiesta como se merece.

Nathan, que se mantenía en silencio igual que Christine, la miraba con disimulo y sonreía como un niño cada vez que ésta murmuraba, con un suave movimiento de labios, las palabras más difíciles que escuchaba. Era una forma de practicar el idioma y ese gesto, que pasaba inadvertido para el resto de la gente, a él le pareció encantador.

OceanofPDF.com

10. La mansión de los Butler

Resultaba increíble que, a poco más de veinte minutos de la bulliciosa ciudad de los rascacielos, reinara la calma más absoluta.

El terreno boscoso se apropiaba gradualmente de la carretera y algunas tímidas colinas hacían su aparición rompiendo la simetría del horizonte.

El frescor de la naturaleza anunciaba la propiedad de los Butler. Una vez traspasado el rótulo de entrada a la propiedad, aún había que conducir un par de kilómetros más para llegar a la casa.

Aunque ya estaba más que acostumbrado al lujo, a Nathan le seguía impresionando aquella imponente mansión de estilo palladiano que tanto le recordaba a la fachada norte de la Casa Blanca.

Los Butler pertenecían al linaje, del mismo nombre, que durante siglos vivió en el castillo de Kilkenny. A principios del siglo xx, decidieron establecerse en Estados Unidos y de aquella época databa la casa, la fuente y el diseño del jardín. Christine jamás hubiera imaginado un escenario así. Para ella, ese tipo de casas sólo se veían en las películas. La fuente, que hacía las veces de rotonda, estaba decorada con un grupo de ninfas de mármol que bailaban alrededor de un sátiro. Más tarde supo que aquel grupo escultórico estaba basado en un famoso cuadro de William-Adolphe Bogueureau que también decoraba las paredes de la mansión.

La limusina conducida por Alphonse se detuvo ante la escalinata de la puerta de entrada y de él salieron los hermanos Woodley, quienes abrieron gentilmente las puertas a sus acompañantes. Un tipo enorme, que bien

podría ser el doble de Shaquille O'Neal, se encargaba de verificar las invitaciones y dar la bienvenida a los asistentes.

—¡Eh, Jake! ¿Qué haces aquí? —preguntó Nathan estrechándole la mano.

—¿Acaso no vendrías tú por mil pavos la noche? Además, controlar una fiesta de pijamas como ésta no me supondrá mucho trabajo —contestó prorrumpiendo en una enorme carcajada.

—Éste es Jake Hobson, antiguo base de los Boston Red Sox —dijo Nathan dirigiéndose con entusiasmo a sus amigos—. Ahora se encarga de la seguridad del Attic.

—Encantado de conocerte —dijo Christine adelantándose para estrechar su mano. De todos, ella fue la única que mostró cierta consideración hacia el entusiasmo de Nathan.

—Igualmente, preciosa. Entrad y pasadlo bien, chicos.

La suntuosidad que anticipaba la fachada principal y la fuente de la entrada se confirmaba pasado el umbral. Lo primero que se alzaba ante la vista era una espectacular escalera de madera labrada que comunicaba con las estancias de la primera planta en un enorme abrazo. Aunque se había prometido a sí misma no mirar a su alrededor como si fuera la primera vez que veía ese tipo de maravillas, Christine no pudo evitarlo. Alzó la vista hacia la cúpula de la estancia y se detuvo un instante, fascinada por el enorme vitral de estilo modernista. La tenue luz del cuarto creciente se filtraba a través de los cristales de colores y dibujaba en el suelo de mármol bellos signos de un lenguaje aún no inventado.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró Nathan poniéndose a su lado.

—Ya lo creo. ¿Tú ya habías estado aquí antes? —contestó Christine.

—Solía venir aquí cuando era un crío, pero uno nunca deja de sorprenderse ante tanta belleza —respondió él jugando con la ambigüedad

del significado de la frase.

Christine bajó la vista hacia el rostro de Nathan y ambos sonrieron.

Desde el gran salón, Hailey se fijó en los recién llegados y su expresión inicial de alegría al ver a Nathan se fue desdibujando cuando adivinó el rostro de Brithany.

—Será zorr... —Hailey se mordió la lengua. No quería perder la compostura delante de sus invitados.

—¿Qué pasa? —preguntó Yukino.

—Ven. —Hailey tomó a Yukino del brazo y se alejaron unos metros del grupo de gente con el que estaban hablando—. Mira hacia allí.

—No me lo puedo creer... ¡Qué arpía!

—¿Cómo ha tenido la poca vergüenza de venir a mi casa?

—Alguien la habrá invitado, ya sabes que a las ninfómanas se les abren muchas puertas...

—¿Ninfómana? —interpeló Hailey extrañada.

—¿No te has enterado? Dicen que se ha acostado con varios profesores para conseguir ser admitida en Harvard, pero no creo que ni así lo consiga. Lo único que está haciendo es dejar su reputación por los suelos.

—Vaya con la mosquita muerta...

Dicho eso, Hailey se encaminó al grupo de Nathan colmada de furia.

—¿Otra vez vas como te da la gana? Y veo que has ganado adeptos a tu causa —dijo mirando a su hermano mayor. Hailey estaba muy enfadada, pero Nathan sabía perfectamente que el motivo de su enfado no era el haber asistido a la fiesta sin disfraz. Su plan estaba dando los resultados previstos—. ¿Y qué se supone que hace ella aquí? —le susurró al oído mientras apretaba los puños.

—Calma, María Antonieta. En la invitación dice claramente que podemos traer un acompañante. Yo he decidido traer a Brithany. ¿Qué hay

de malo en eso?

Hailey lo miró irritada y se dio media vuelta sin decir una palabra más. Brithany, al sentirse utilizada como una simple arma de enfrentamiento, le propinó un sonoro bofetón a Nathan y siguió el mismo camino que su amiga.

—¿Te importa ir con ella, Tristan? Supongo que no querrá saber nada de mí en lo que queda de noche.

—Creo que ahora preferirá estar sola. No te preocupes. Después la busco y trato de calmarla.

—Vale. Voy a mirar si ha llegado el resto del grupo. Ahora nos vemos, ¿OK?

—Hasta ahora, sabandija —bromeó su hermano mayor, retomando la charla con Christine—. Y bien, Christine, ¿conoces Londres?

—Sí, adoro esa ciudad. He ido dos veces, pero lo que me gustaría de verdad es pasar una temporada larga viviendo allí, no sé. Siento una atracción especial por esa ciudad —respondió Christine.

—No te gustaría. ¡Los ingleses apestan! —respondió Tristan sacando a relucir la vieja rivalidad entre británicos y estadounidenses.

—Pues quién lo diría. Tú has estado allí... ¿Cuánto? ¿Diez años?

—Sí, pero mi caso ha sido un poco especial. Al principio, no tuve otra opción y después, cuando ya tuve edad para decidir, había comenzado la universidad y ¡qué demonios! Ya me había inmunizado contra su absurdo sentido del humor. —Christine rio divertida—. Lo peor de todo es que presumen de su sentido del humor; será porque ríen tres veces cada vez que les cuentas un chiste: la primera vez al oírlo, la segunda cuando se lo explicas y la tercera cuando lo entienden.

—Mira que eres malo, Tristan. Pobrecitos.

—Puedo ser mucho más malo aún... —espetó él con un tono no exento de doble sentido.

—¿Qué te retuvo allí? —preguntó ella, tanto por genuino interés como para evitar que la charla tomase un rumbo peligroso.

—Los benditos estudios. Allí comencé la carrera de Psicología. Mientras la cursaba me di cuenta de que el carácter inglés era un plato demasiado apetitoso para que un psicólogo que se precie rechace analizarlo... —Y sonrió.

Aquella era la sonrisa más atractiva que Christine hubiera conocido jamás.

—Siento cortar la charla, pero necesito ir al baño —le dijo en voz baja a Tristan.

—No pasa nada. Creo que están arriba, después seguimos, ¿vale? —respondió él también en voz baja, bromeando.

Tristan accedió al gran salón y Christine se encaminó hacia la escalera del recibidor dejando atrás la fiesta, la música y el sordo murmullo de la gente.

Al llegar al final de las escaleras, se encontró con un largo pasillo que distribuía habitaciones a derecha e izquierda. Ella se decantó por la derecha y, tras abrir las puertas de dos estancias vacías, por fin descubrió la que daba a un amplio aseo con pisos de mármol blanco y azulejos decorados con una delicada guarda celeste. Un espejo cubría por entero una de las paredes y Christine se acercó para confirmar que su maquillaje aún no necesitaba retoques. En efecto, lucía hermosa. Alisó un pliegue de su vestido, mientras se decía lo afortunada que era. Haber sido invitada a la increíble vivienda de los Butler y hallarse en compañía de un chico tan atractivo como Tristan le producía vértigo. Sus ojos azules la habían fascinado, pero era su inteligencia lo que la había deslumbrado. En las

pocas palabras que habían cruzado, se había mostrado agudo, incisivo y rápido: un hombre en el que se podría confiar en caso de problemas. De hecho, que se hubiera especializado en observar la conducta humana y descubrir los rincones más oscuros del alma le confería un aura de misterio que atraía a Christine aún más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Cómo sería su hermano? ¿Luciría también una sonrisa tan seductora como la de Tristan? Una vez más, pensó que todo lo que había pasado en su vida valía la pena, si ahora le permitía disfrutar de esta inmensa felicidad.

Salió del baño aún sonriendo con la intención de reunirse nuevamente con Tristan en la planta baja, pero antes de llegar a las escaleras la suave melodía de un piano traspasó puertas y paredes para llegar hasta ella. Por un momento pensó que se trataba de la música de la fiesta, pero al prestar más atención a la fuente del sonido llegó a la conclusión de que venía de alguna de las habitaciones. Siguió el sonido proveniente de las teclas de marfil y avanzó con delicadeza, como si el ruido de sus pasos pudiera entorpecer la interpretación del pianista. Llegó a la última puerta del pasillo y entreabrió ligeramente la puerta. Se trataba de una biblioteca, y en el centro mismo de la estancia estaba ubicado el piano.

Su corazón dio un vuelco cuando distinguió al pianista. Se trataba de Nathan. Mientras escuchaba aquella evocadora pieza, Christine pensó que no podía ser tan mal chico como opinaban algunas de sus compañeras del Magnificence. Creyó que ninguna persona con esa sensibilidad podía tratar tan mal a la gente.

Al apoyarse en el marco de la puerta, ésta se abrió provocando un leve chirrido, lo suficientemente alto para que Nathan se percatara de su presencia y levantara las manos del teclado.

—Pensaba que estaba solo —dijo Nathan.

—Lo siento, buscaba los baños y el sonido del piano me ha traído hasta aquí. Tocas de maravilla. ¿En qué curso estás?

—Toco de oído. Jamás he ido al conservatorio —respondió Nathan levantándose de la butaca y avanzando hacia Christine.

—Entonces tienes un don. Ha sido precioso.

—Gracias, creo que lo he heredado de mi madre. Ella tocaba el piano. Los recuerdos que guardo de ella son básicamente melodías de piano. Cuando las toco es como si me transportara a mi infancia.

—Me ha encantado escucharte.

—Ya conoces uno de mis secretos. Ven, sígueme. Te contaré otro...

—Vale —dijo Christine sorprendida.

Nathan conocía cada rincón de la casa. Hailey y él eran amigos de la infancia. A pesar de que eran dos niños muy diferentes, a ambos los unía la pérdida de una madre y las ausencias de un padre absorbido por su trabajo. La abuela de Hailey invitaba a Nathan cada verano y lo trataba como si fuera uno más de la familia. Durante los años cincuenta y sesenta fue una de las más destacadas diseñadoras de moda del país, y sus vestidos eran disputados por estrellas del momento como Marilyn Monroe, Brigitte Bardot o Elizabeth Taylor. De ella heredó Hailey su pasión por la moda, quien anhelaba entrar en la Escuela de Arte de la Universidad de Yale desde que tuvo uso de razón.

Atravesaron la biblioteca para llegar a una sala alargada, sin columnas, a la que daba la bienvenida una extensa colección de floretes.

—Ésta es la sala de esgrima. Creo que nunca la han utilizado para eso, pero como el castillo de los Butler en Irlanda tiene una, mandaron construir otra aquí. Ellos la usan como museo. Verás qué maravilla.

Nathan accionó el interruptor y la estancia se inundó de luz. Decenas de cuadros colgaban de las paredes forradas de tela. Cogió la mano de

Christine y, con delicadeza, la llevó hasta el cuadro que quería enseñarle.

—Es éste, ¿qué te parece?

Christine se retrasó un par de pasos para tomar distancia del lienzo y observó detenidamente la escena. Cuatro ninfas intentaban arrastrar a un sátiro al agua como castigo por espiarlas. El sátiro, que no sabía nadar, parecía forcejear con las semidiosas en un intento desesperado por no acabar en el agua.

—Es precioso. ¿Qué fue antes, la fuente o el cuadro? —preguntó ella.

—Veo que te has dado cuenta. El cuadro fue exhibido en 1873 por primera vez y la casa y la fuente se construyeron a principios del siglo xx, cuando la familia Butler decidió instalarse en Estados Unidos. De pequeño, cuando venía a esta casa, siempre me las arreglaba para entrar aquí. Podía quedarme horas en esta sala. Aislado del mundo. A solas con mis pensamientos. Miraba el cuadro e intentaba adivinar qué pasaría si las figuras cobraran vida. ¿Acabaría el sátiro en las aguas del río? ¿Se atrevería a utilizar su fuerza bruta contra las bellas semidiosas? ¿Le perdonarían las ninfas su atrevimiento? Pensaba en cada combinación y durante aquel espacio de tiempo me sentía bien. Hoy en día, si necesito pensar en algo agradable, visualizo el cuadro.

Christine bajó la mirada. Nathan se le había revelado un observador sensible y sagaz. Si una imagen era capaz de despertarle todas aquellas preguntas, ¿cómo saber qué cosas podría adivinar de sí misma con sólo acercarse a él? Su respiración se aceleró.

—Vaya, no sé qué decir. ¿Por qué me cuentas eso? Apenas nos conocemos...

—Sé que puedo confiar en ti. Tú no eres como los demás —respondió Nathan, bajando la mirada. Se volvió para seguir caminando por la sala y el dorso de su mano rozó levemente la mano de Christine.

El contacto la estremeció, aunque procuró disimularlo. La mano de él era cálida y ella siguió sintiendo aquel calor en la piel aún después de que él la retirara, como si al tocarla le hubiera impreso una marca indeleble.

—Muéstrame algún otro cuadro —pidió.

Nathan, tomándola del brazo, la condujo entonces ante una imagen de grandes dimensiones, enmarcada en dorado, que mostraba un pequeño Cupido disparando una flecha a una hermosa náyade envuelta en una túnica blanca, junto a un río.

—¿Quieres que te cuente la historia que se esconde en lo que ves? —preguntó él.

Ella asintió en silencio. Con el gesto, un mechón de su cabello se le deslizó sobre la frente.

—Un momento... —dijo él, con una sonrisa—. ¿Puedo?

Y, con timidez, alargó la mano para apartar un mechón castaño que había resbalado por la frente de la chica.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos. Los de Nathan translucían una admiración sin límites, como si estuviese contemplando a la mujer más hermosa del mundo. Christine se ruborizó sin poder evitarlo. Cuando él por fin se giró de nuevo hacia la imagen de la náyade, ella habría deseado sustituir a la ninfa junto al arroyo para capturar unos instantes más la mirada de aquellos ojos grises.

—Fíjate —pidió él—. Galatea se ha enamorado de un pastor llamado Acis, hijo de Pan. Polifemo, el cíclope, celoso de aquel amor, mata al chico con una enorme roca. La herida de Acis forma una pequeña corriente en el suelo. Afligida, Galatea convierte entonces aquella corriente en un río, éste de aquí. Es una historia triste y, a la vez, preciosa. ¿No crees?

Christine asintió una vez más. Temía que, de hablar, el temblor de su voz denunciase la confusión que sentía. Sólo un rato antes, Tristan le había

parecido el muchacho más guapo y encantador con el que alguien pudiera soñar; sin embargo, la cercanía de su hermano había logrado despertar unos sentimientos distintos, más cálidos y dulces que las sensaciones salvajes y ardientes que le probocaba Tristan.

—Cualquier crimen es abominable, pero el que se comete por celos, como el de Polifemo, resulta incluso peor. Implica, por parte del asesino, la idea de ser dueño y señor no sólo de la vida con la que acaba, sino de la existencia de la persona a quien ama, ¿no lo crees?

—Estoy convencida de ello —aseguró Christine—. Ese sentimiento de posesión jamás puede confundirse con el verdadero amor, que precisa de libertad, de suficiente distancia entre quienes se quieren como para elegirse de nuevo cada día.

Nathan se quedó pensativo. Luego, como tomando una súbita decisión, inspiró hondo y habló lentamente, en voz tan baja que ella tuvo que acercarse a él para escuchar lo que decía:

—Te contaré algo que muy pocos saben —susurró Nathan—. Mi propia madre fue víctima del amor enfermizo que mi padre sentía por ella. Una tarde pensaba huir con nosotros y comenzar una nueva vida sin discusiones, sin violencia, sin temor a sus celos... pero lamentablemente murió en un accidente. —Y su voz se quebró en un sollozo.

Christine, turbada por aquella inesperada confesión, sólo atinó a posar la mano en su hombro en silencio; percibía, incluso a través de la tela de la chaqueta, el calor que desprendía el cuerpo del chico, la forma de sus huesos, y todo ello la turbó. Se sentía muy cercana a él. Al cabo, Nathan se repuso lo suficiente y sonrió con un gesto tierno y a la vez desamparado que lo hacía parecer un chiquillo.

—Bueno, basta ya de hablar de mí mismo —dijo—, o te preguntarás dónde han ido a parar mis modales. ¿Qué hay de ti? ¿Algún secreto

inconfesable?

Esa inocente pregunta la hizo sentirse el ser más despreciable sobre la faz de la tierra. A pesar de ser prácticamente unos desconocidos, Nathan le había abierto el corazón contándole aquella historia y ella no podía corresponderle. No podía decirle que no era quien creía que era, no podía decirle que estaba engañando a todos aquellos que confiaban en ella, no podía decirle que su corazón latía acelerado. No podía, no podía, no podía. No podía enamorarse, ni dejar que nadie se enamorara de ella. Por vez primera fue consciente de que hacerse pasar por quien no era podría tener graves consecuencias. ¿Cuánto dolor podría llegar a causar? Para empezar, a ella misma. El dolor que sentía en ese mismo instante, luchando con todas sus fuerzas para aplacar las ganas de abrazarle y besarle, era insoportable.

—Creo que necesito un poco de agua... —dijo antes de desvanecerse.

Nathan la cogió entre sus brazos y la dejó suavemente sobre la alfombra, después corrió hasta la cocina y tomó un botellín de Bling H2O. En menos de un minuto, ya estaba de vuelta en la sala de esgrima. Le levantó la cabeza y le puso algo de agua en la frente y bajo la nuca. Christine abrió los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Nathan con la respiración entrecortada.

—Creo que sí. Muchas gracias —respondió sin atreverse a mirar sus inmensos ojos grises—. Creo que ha sido el vestido, hace muchísimo calor por aquí dentro —dijo provocando una sonrisa en su acompañante.

—Creo que lo mejor será que te lleve a casa.

—No te preocupes, pediré un taxi. No quiero fastidiarte la fiesta —respondió con sinceridad.

—No me la fastidias. Al contrario. Ésta ha sido la mejor de todas.

A continuación, rodeando sus hombros para sostenerla, bajaron escaleras abajo hasta la entrada principal, donde el señor del guardarropa les entregó

sus respectivos abrigos y, sin despedirse de nadie, salieron por la puerta en dirección al *parking*.

Durante el viaje se mantuvieron silenciosos, sumidos ambos en sus pensamientos. Sin embargo, cada poco Nathan echaba rápidas miradas hacia Christine, miradas que ella percibía muy bien, aunque trataba de que no se le notase.

Cuando Alphonse detuvo la limusina junto a la acera donde vivía la muchacha, Nathan se apresuró a descender para abrir la portezuela del otro lado. La mano que le tendió para ayudarla era firme, pero envolvió la de Christine con delicadeza.

—Te agradezco todo lo que has hecho hoy por mí —le dijo ella cuando se acercaron a la puerta de su casa—. Especialmente, el hermoso regalo de tu confianza, al compartir conmigo algo tan íntimo como lo que me has contado.

—¿Volveré a verte? —le preguntó él

—No lo sé. Si realmente te apetece... —Y Christine bajó la cabeza.

—Cuenta con ello.

Y, tomándole el mentón, Nathan alzó la cara de la chica hasta encontrar sus ojos, que aparecían húmedos y brillantes. Después, casi a cámara lenta, acercó su rostro al de ella y le dio un delicado beso... en la mejilla. Pero lo suficientemente cerca de sus labios para que ella pudiera estremecerse al imaginar lo que sería besarlo de verdad. Se miraron un momento más a los ojos y Nathan regresó a la limusina.

A treinta minutos del bullicioso Manhattan, Hailey contemplaba con odio a la que había sido su mejor amiga hasta hacía unos meses. La joven y hermosa Brithany Highsmith se encontraba en el otro extremo del salón

riendo a carcajada limpia alrededor de un grupo de jóvenes disfrazados de Luis XIV.

Hailey debía reconocer, por mucho que la enfureciese, que esa noche Brithany lucía realmente guapa. El vestido a la polonesa de color verde musgo hacía que su mirada esmeralda brillase de forma chispeante y su rizado cabello castaño había adquirido mechas doradas al haber pasado todo un verano en Saint-Tropez, en la Costa Azul de Francia, con su familia.

—Toma, creo que te vendrá bien —le dijo Poppy entregándole un vaso de *whisky* Dalmore.

—Todavía sigo pensando cómo ha tenido el atrevimiento de presentarse a mi fiesta sin estar invitada.

—Sabes que siempre ha sido una fresca —dijo Yukino, quitándose un pelo que le había caído en la manga izquierda.

—¿Ése es Tristan Woodley? —preguntó Poppy tras dar un sorbo a su vaso de *whisky*.

—Así es —afirmó Hailey—. Creo que esta vez ha venido para quedarse.

—Interesante... —contestó Poppy, alargándole su vaso a Yukino—. ¿Me pones otro, por favor? Creo que lo necesitaré antes de ir a saludarlo.

—Demasiado tarde, cielo. Brit se te ha adelantado —señaló Yukino con una cabezadita en dirección a la pareja, que hablaban amigablemente sin apartar la vista el uno del otro.

—Bruja —susurró Poppy con una mueca de irritación.

—Toma, creo que te hará más falta que a mí —le dijo Hailey entregándole su vaso de *whisky*. Sin embargo, un par de minutos después pudo observar cómo Tristan se marchaba y Brithany, sola, echaba a andar hacia otro lado de la sala. Poppy sonrió y se acercó con paso firme hacia Tristan.

Muchas de las limusinas habían desaparecido ya, pues la velada estaba llegando a su fin. El salón estaba lleno de vasos vacíos abandonados y, aunque la música seguía sonando, pocos eran ya los que bailaban. Los jóvenes estaban, sobre todo, sentados en sofás, charlando, y los que habían venido con pareja, o la habían encontrado allí, se besaban con descaro.

Brithany, sin embargo, estaba en el jardín. Había una parte en forma de laberinto, con altos setos, que a ella siempre le había encantado. Cuando eran pequeñas Hailey y ella solían jugar y buscarse entre sus recovecos. En un momento como ése, en el que se sentía algo triste, era el lugar perfecto. Estaba iluminado por la suave luz de unas farolas de estilo clásico. A lo lejos oía la música de la fiesta.

Todo había salido mal: Nathan sólo la usaba como ella a él, para vengarse de Hailey. Había esperado que tal vez tuviera algo de interés por ella. Y su hermano le había parecido muy atractivo, pero sólo había hablado con ella unos pocos minutos. Ningún otro chico le llamó la atención y Brithany sentía que Hailey había ganado la batalla.

De pronto, oyó unos pasos detrás de ella. Se volvió.

—¡Oh! Me has asustado.

—Perdona —dijo el chico mostrando una hermosa sonrisa.

—No te preocupes, estaba distraída recordando tiempos pasados, por eso seguramente no te oí.

—Te he visto desde el balcón de la casa y me he atrevido a traerte una copa —le alargó un vaso—; espero que no te importe.

—No, claro que no. —Tomó varios sorbos.

—Hace una noche magnífica, ¿verdad? —dijo él, caminando junto a ella.

—Sin duda —respondió Brithany, mirando a las estrellas y tomando otro trago del *gin-tonic*. En realidad no le gustaba el sabor de las bebidas fuertes,

pero jamás lo reconocería ante sus amigas. Y menos aún ante un chico. Se obligó a beber más.

Un poco mareada, se detuvo.

—¿Estás bien? —preguntó él, pasándole el brazo por el hombro.

Brithany sentía que todo le daba vueltas y un súbito cansancio se apoderó de ella.

—No lo sé, estoy agotada... La noche ha sido muy larga.

Se apoyó en el hombro de él y, de golpe, sus piernas dejaron de sostenerla. Era agradable dejarse ir, rendirse al sueño. Lo último que sintió fueron los brazos del chico cogiéndola y sacándola de allí.

«Riiing, riiing.» El timbre del teléfono rompió el silencio de la casa de los Woodley. Eran las ocho de la mañana y nadie parecía tener muchas ganas de levantarse a responder. «Debería estar prohibido llamar por teléfono los domingos», pensó Nathan. «Riiing, riiing.» A la segunda llamada, se levantó envuelto en la manta y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¡Nathan! ¿Eres tú? —preguntaron al otro lado de la línea.

—¿Señor Highsmith? —preguntó Nathan extrañado.

—¿Dónde está Brithany? Fue contigo a la fiesta y aún no ha vuelto a casa. ¿Ha pasado la noche allí?

—Pues... no... ¿La ha llamado al móvil?

—Está apagado, y Brithany nunca apaga el móvil. Tú te la llevaste a la fiesta. ¿Dónde está? —preguntó con preocupación.

—No lo sé... Llegamos juntos a la fiesta, pero después nos separamos. Quizás mi hermano sepa algo. Un segundo, señor Highsmith.

Nathan se dirigió hacia la habitación de su hermano con el teléfono inalámbrico pegado al pecho. Tristan dormía profundamente. Un rítmico

ronquido lo delataba. Nathan se inclinó sobre él y lo despertó.

—¿Qué haces, tío? —Con un ojo abierto y otro cerrado, Tristan intentaba enfocar la vista.

—Es el padre de Brithany. Aún no ha llegado a casa —dijo con gravedad mientras conectaba el manos libres.

—Pues no lo sé. Creo que la última vez que la vi charlaba con un tipo en el jardín —recordó Tristan incorporándose de la cama.

—¿Cómo que crees?! ¿Con quién hablaba?! ¡Haz memoria! —gritó desesperado el señor Highsmith.

—Joder, no lo sé. Iban todos con peluca y con esos trajes de mierda. No sé quién era.

Ambos hermanos se miraron preocupados sin saber qué decir para tranquilizar al padre de Brithany. Tras un par de segundos de tensa espera, el señor Highsmith dijo:

—Creo que Brithany ha desaparecido.

11. Noviembre

«La policía de Nueva York no pierde la esperanza y continúa buscando a Brithany Highsmith, hija del afamado arquitecto Charles Highsmith, el cual está abatido ya que no encuentra explicación alguna de quién podría hacerle daño a su querida hija. De momento, dos personas parecen estar en la lista de sospechosos...»

The New York Times Society

Seis semanas después de la desaparición de Brithany, el instituto Magnificence vivía una situación de calma relativa. Las cámaras de televisión habían desaparecido de la entrada y la policía hacía tiempo que había dejado de hacer preguntas a los estudiantes. Aparentemente, la actividad y el movimiento en los pasillos seguía siendo el mismo de siempre. Un visitante ocasional no advertiría nada extraño entre aquellas paredes; sin embargo, para los que conocían el Magnificence, nada era igual. La tristeza por la desaparición de Brithany impregnaba el ambiente de una forma difícil de describir y, por una vez, todos los estudiantes se habían unido en el objetivo común de mantener encendida la llama de la esperanza.

Durante los días siguientes a su desaparición, la policía tomó declaración a todos los asistentes a la fiesta. En un principio, Nathan y Hailey fueron los principales sospechosos. Él, como acompañante de la chica el día que desapareció, y ella, como consecuencia de las muestras públicas de desavenencia con Brithany.

NEW YORK CITY POLICE DEPARTMENT

Transcripción del interrogatorio a Nathan Woodley

Personas presentes durante el acta:

Sospechoso: Nathan Woodley

Letrado: Paul McKanzie

Sargento de la policía del NYPD: Derek Torres Jr.

DT: ¿Es usted Nathan Woodley?

NW: Sí.

DT: Conteste con su nombre completo, por favor.

NW: Sí, mi nombre es Nathan Woodley.

DT: ¿Es cierto que la noche del 21 de septiembre acudió usted a la fiesta organizada por la señorita Fisher?

NW: Así es.

DT: ¿Fue usted el acompañante de Brithany Highsmith?

NW: ¿Está insinuando que he podido hacerle algo?

DT: Cíñase a responder a la pregunta.

NW: Sí, fui yo.

DT: ¿Es cierto que tuvieron una discusión en la cual ella le pegó una bofetada?

NW: Sí.

DT: ¿Qué hizo después?

NW: Estuve con Christine Rodríguez, la nueva estudiante de intercambio, hasta las once y media de la noche más o menos; después la dejé en su casa y yo me fui a la mía.

DT: Gracias por su tiempo. Puede marcharse.

NEW YORK CITY POLICE DEPARTMENT

Transcripción del interrogatorio a Hailey Fisher

Personas presentes durante el acta:

Sospechosa: Hailey Fisher

Letrado: Peter Dawson

Sargento de la policía del NYPD: Derek Torres Jr.

DT: ¿Puede decirnos su nombre?

HF: Me llamo Hailey Fisher.

DT: ¿Conocía usted a Brithany Highsmith?

HF: ¿Qué se supone que tengo que contestar? ¿Acaso no hacen trabajo de investigación? Claro que sí.

DT: Límitese a contestar, señorita Fisher, o la procesaremos por un cargo de obstrucción. No está usted participando en ningún juego. ¿Es cierto que durante una discusión en el club Attic usted le dijo, y cito textualmente: «Ojalá te mueras»?

HF: No lo recuerdo. Quizás me irritó y lo dije, pero en ningún momento le deseé la muerte de verdad.

DT: ¿Qué inició la discusión?

HF: Antes éramos muy amigas, pero a partir del verano nos distanciamos. Ella prefirió irse con sus amigos bohemios y a mí me dejó plantada después de haber hecho planes juntas.

DT: ¿Lo considera un motivo para asesinar a alguien?

HF: No lo sé, ¿usted lo cree?

DT: 22:30 y las 4:30?

HF: Yo era la anfitriona. Estuve toda la noche atendiendo a mis invitados. Pregúnteles a ellos.

DT: Gracias. Esto es todo. Le recuerdo que es su deber estar disponible a los requerimientos de la policía mientras dure la investigación.

Una vez se demostraron sus coartadas, las sospechas se centraron en Jake Hobson, el antiguo jugador de béisbol que había ejercido las labores de seguridad. Una lesión había truncado su carrera como base de los Boston Red Sox cinco años atrás. Debido a su proyección pública, había encontrado empleo como relaciones públicas y miembro del *staff* de seguridad del Attic, el club más chic de Nueva York. La noche de la desaparición de Brithany saludó a todos los asistentes a la fiesta, pero después nadie volvió a verlo. Según las cámaras de seguridad, retiró el coche a las cinco y media de la madrugada, poco tiempo después de que se marcharan los últimos asistentes. Nadie lo vio entre las 22:30 y las 5:30. Él dijo que estuvo en la bodega, descorchando algunas de las viejas botellas de los Butler, y que a la una de la madrugada se quedó dormido en uno de los sillones del espacio de cata. Con una coartada tan débil y un antecedente

por agresión sexual en sus tiempos de jugador universitario, Jake fue enviado directamente a prisión provisional. La declaración de Tristan Woodley, quien manifestó haber visto a Brithany encaminarse hacia la bodega poco antes de las doce, imposibilitó la salida bajo fianza del acusado.

Christine se despertó agotada. Desde la fiesta de disfraces no había conseguido dormir una noche completa. Se levantaba de madrugada incapaz de conciliar el sueño y trataba de desterrar de su mente cualquier pensamiento sobre Nathan. Estaba prohibido enamorarse. Aquello no era una opción. Jamás se perdonaría a sí misma hacerle daño a una persona tan buena y sensible. Además, no podía arriesgarse a que se descubriera su mayor secreto. La humillación y la vergüenza acabarían con ella y sus planes de futuro.

—¡Christine, tengo que marcharme! ¡Peter te ha dejado preparado el desayuno! —voceó Nathalie desde la cocina.

Desayunó repasando el libreto de la obra que estaban preparando en la clase de arte dramático. Era una adaptación teatral de la película *Desayuno con diamantes*, que a su vez estaba basada en la novela homónima de Truman Capote. La señora Ames, la profesora, había estudiado en la década de los sesenta en la escuela que Lee Strasberg abrió en Los Ángeles y desde entonces se había dedicado a la enseñanza del teatro. Christine disfrutaba enormemente de sus clases y había dedicado muchos esfuerzos para obtener el papel de Mag Wildwood, la amiga de la protagonista.

Llegó al instituto nerviosa. Hoy le tocaba ensayar la parte que hacía con Hailey y no sabía muy bien porqué, pero ésta aprovechaba cualquier error para dejarla en ridículo delante de todos. A los nervios propios del ensayo

se sumaba la tensión que le producía no poder fallar ni una sola vez si no quería exponerse a los hirientes comentarios de Hailey.

—Ey, Christine, ¿cómo llevas lo de la obra? —preguntó Mylene colocándose a su altura mientras ambas caminaban hacia el gimnasio.

—Ah, hola, Mylene. Bueno, estaría más tranquila si Hailey dejara de hacerme la vida imposible... —respondió con resignación.

—Eso es porque eres una actriz buenísima y ella no permite que nadie le haga sombra —dijo para tranquilizarla—; por cierto, ¿has entrado en Twitter hoy?

—Qué va. Con lo de la obra y los exámenes del primer trimestre apenas me queda tiempo. ¿Por qué?

—Mira esto. —Mylene entró a la aplicación y le pasó su Blackberry. De entre todos los mensajes destacaba uno en particular. Era el único que estaba escrito en español:

magnanonymus 1 hour

Mi corazón oprimido siente junto a la alborada el dolor de sus amores y el sueño de las distancias.

—¿Y esto? Creí que era la única española del instituto.

—Y lo eres. Yo pienso que lo han escrito para ti. He buscado en Internet y resulta que es un poema de Lorca. ¿Qué quiere decir?

—Dice más o menos que cada amanecer sufre por la distancia que nos separa.

—Qué bonito...

Christine no dejó de pensar en Nathan mientras le explicaba el poema. Sólo él sería capaz de hacer una cosa así. Pero ¿y si no era él? La verdad era que desde la fiesta apenas habían vuelto a hablar. Él la había invitado un par de veces a sentarse con sus amigos, pero Christine había declinado el

ofrecimiento. Sufría una lucha interna entre las ganas que tenía de hablar con él y el miedo a hacerle daño por su oscuro secreto.

—¿Y de quién es esa cuenta? —preguntó Christine.

—No hay ninguna información en su perfil. Sólo sé que la crearon ayer y éste es su único tuit. Si me entero de algo te lo digo, ¿OK?

Christine agregó la cuenta a su perfil y se pasó las dos horas siguientes actualizando su *timeline* para ver si volvía a aparecer un mensaje similar. Durante ese tiempo dejó a un lado los nervios de la obra y sólo cuando sonó la cuarta campana de la mañana, la que anunciaba el inicio de los ensayos, volvió a sentir un nudo en el estómago.

Entró en el teatro junto a algunos de sus compañeros de arte dramático. Caminaron a través de la penumbra y llegaron hasta el escenario, que era la única parte que estaba iluminada. Hailey y su séquito ya estaban allí. Hoy estaba especialmente espectacular. Había escogido un precioso vestido negro de Givenchy que le dejaba los hombros a la vista y realzaba su fina figura. Los botines de cordón eran de terciopelo negro y las medias oscuras escondían sus largas piernas.

Como ella no dejaba nada a la casualidad, seguramente habría escogido ese vestido emulando a Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, ya que el vestido que la actriz llevó en la película era de la misma marca. Era imposible estar a su altura. Christine fue haciéndose pequeña por momentos.

Christine subió al escenario y vio entre bambalinas a Nathan, quien le levantó el pulgar en un gesto de ánimo. Él se encargaba de los decorados. Era un trabajo que requería de fuerza y precisión. El conjunto del decorado podía pesar unos trescientos kilos y, aunque la carga total estaba aminorada por el sistema de poleas, su peso era considerable.

—Vamos, vamos... Hailey y Christine al escenario ¡ya! —solicitó la señora Ames.

Cada una se colocó en la posición que marcaba un pequeño punto negro pegado a la tarima. En las primeras filas se sentaba el resto del elenco y entre bastidores quedaba el equipo técnico. Desde allí, Nathan no perdía detalle de los movimientos de Christine, de su forma de moverse y de mesarse el pelo. Sin embargo, un extraño sonido de madera crujiendo le hizo volver la vista atrás. La estaca en la que estaba anudada uno de los decorados estaba cediendo. Sin pensarlo dos veces, dio tres zancadas hasta Christine y la empujó hacia atrás. En el mismo momento en que ambos cayeron al suelo, la barra que hacía de base del decorado golpeó con furia el escenario, cayendo exactamente en el punto negro sobre el que se había colocado Christine un momento antes.

Christine y Nathan escucharon el estruendo con los ojos cerrados. La chica sintió cómo su corazón resonaba acelerado dentro de su pecho; de forma instintiva, Nathan se había arrojado sobre ella para protegerla y ella se había hecho un ovillo entre sus brazos. Todo había sucedido en cuestión de segundos. Así, abrazados en el suelo, los encontraron los compañeros y la señora Ames cuando llegaron hasta ellos.

—¡Dios mío, Christine! ¿Estás bien? —preguntó una alarmada señora Ames.

Ella se atrevió a abrir los ojos. El ritmo de su corazón continuó su desbocada carrera de velocidad al darse cuenta de que Nathan estaba tumbado sobre ella. Toda la piel de su espalda se erizó al ver que estaba en contacto con el chico.

—Me duele un poco la muñeca —consiguió mascullar, con la cara roja de vergüenza—, pero creo que estoy bien.

Nathan disfrutó unos segundos más de la deliciosa sensación del cuerpo menudo de Christine entre sus brazos, pero finalmente, al verse rodeado de compañeros, se levantó y ayudó también a la chica a ponerse en pie.

—Arthur y Bradley, acompañadla a enfermería. Yo iré enseguida —dijo Ames intentando recuperar la calma—. Y tú, ¿en qué demonios estabas pensando? —gritó en dirección a Nathan.

—No sé cómo ha pasado, señorita Ames. Ha sido un despiste... —respondió Nathan angustiado. Su brazo todavía estaba posado en la espalda de la chica, como si se le hubiera olvidado separarlo de ella.

—¿Un despiste? ¡Podías haberla matado! Ve inmediatamente al despacho del director Meyer y explícale lo que ha pasado. Yo iré después de pasarme por la enfermería y seguiremos la conversación allí.

Después de aguantar el chaparrón de la señorita Ames y el director, Nathan se dirigió a la enfermería. Sus sentimientos eran un torbellino. Por un lado, todavía sentía el calor de la piel de la chica junto a él y se sentía inmensamente feliz, por otro lado, no entendía cómo podía haber ocurrido ese accidente. ¿Se había olvidado de algo? Normalmente, se le daba muy bien. Dios mío, podía haberla matado.

—Hola, Christine. ¿Cómo estás? —Nada más verla, se sintió alborotado y confuso. Alegre por haber compartido esa experiencia con ella, culpable porque no sabía si él lo había provocado, poniéndola en peligro. Justo lo último que querría en el mundo.

—Estoy bien. No te preocupes. Me han vendado la muñeca, pero no hay nada roto.

—Soy un imbécil. Tenía que haberme asegurado de que todas las cuerdas estuviesen correctamente ancladas, pero supongo que me entretuve

observando... —Nathan bajó la vista ligeramente sin atreverse a continuar la frase.

—¿Observando el qué? —Christine creía saber el final de la frase.

—Te observa... quiero decir... observaba la escena. Estaba quedando de maravilla.

Un silencio estremecedor se instaló entre los dos por un instante.

—¿Y qué te ha dicho la señorita Ames? —preguntó Christine para romper aquel perturbador silencio.

—Me ha hecho ir al despacho del director. El señor Meyer quería expulsarme. Ha dicho que ya no me pasaba ni una, pero la señorita Ames ha intervenido y ha acabado convenciéndolo de que quizás no había sido culpa mía. Es una buena persona.

Al sonar el timbre de la hora del almuerzo, entró la enfermera y le dio un justificante para que lo presentara al profesor de la asignatura cuya hora había perdido y ambos se dirigieron al comedor.

—Bueno, nos vemos después, ¿eh? —dijo Nathan cuando Christine llegó a la mesa de sus amigas.

—Claro. Nos vemos después.

Lo que había ocurrido unos minutos antes había sido un acto increíblemente valiente y todos los espectadores ya estaban divulgándolo por todo el instituto. Hailey, por su parte, sólo sentía un odio creciente hacia aquella recién llegada.

—Nathan ha estado increíble —dijo Yukino, pero al ver la expresión del rostro de su amiga Hailey cambió el tono—. Aunque Christine pareció bastante dramática, ¿no creéis?

—Y demasiado lista —añadió Hailey sin apartar la mirada de Christine.

—Hay que tener mucho cuidado con ella —advirtió Poppy en voz baja —, es de esas que van con mirada inocente, pero que te clavan un puñal en

la espalda cuando te ven desprevenida.

—Seguramente es una muerta de hambre —rio Yukino—, no me extrañaría que quiera atrapar a Nathan.

—¿Quién pretende atraparme? —preguntó Nathan con rudeza, deslizándose hacia ellas.

Sorprendidas, Hailey y sus inseparables amigas desviaron rápidamente la mirada posada en Christine y se quedaron totalmente en silencio.

—Vamos, ¿de quién estabais hablando? —inquirió Nathan—. No os quedéis calladas por mí.

Nathan creía saber de quién estaban cuchicheando y le hervía la sangre.

—Son cosas de chicas, Nate —dijo al fin Hailey poniéndose su *blazer* entallado de Donna Karan—; no es de tu incumbencia.

—¡Nate! —gritó Brandon sin apartar la mirada del iPhone de su amigo Kendrick, el cual le estaba mostrando un vídeo en YouTube—. ¡Tienes que ver esto, es una pasada!

«Salvada por los pelos», pensó Hailey intentando que sus tensos músculos volviesen a la normalidad.

—Ya hablaremos en otro momento —dijo Nathan, y se marchó abruptamente dirección a sus amigos.

Hailey esbozó una sonrisa maliciosa. Estaba claro que Nathan comenzaba a sentir algo por la chica española y no parecía ser algo temporal; no obstante, Hailey no se lo pondría tan fácil.

Minutos después, mientras Christine estaba contándoles a sus amigas el susto que se había llevado en la clase de teatro, Hailey se acercó a su mesa seguida por su escolta y, sin apenas mirarla, le dejó una nota junto a la bandeja.

Tengo que hablar contigo.

Nos vemos en el memorial

Strawberry Fields
de Central Park a las seis.

Christine y sus amigas miraron la nota con desconfianza y después a Hailey, que salía contoneando las caderas por la puerta.

—Quizás quiera hacer las paces —dijo Mylene.

—No lo creo —dijo una escéptica Chelsea—. Hailey jamás abandona una guerra.

—¿Y qué pasa si no vas? ¿Acaso te ha preguntado si podías, o te ha dado alguna explicación? Pasa de ella, que le den —dijo una enfadada Clare.

—Sí, quizás sea lo mejor, pero me conozco. Tengo que ir para averiguar lo que quiere. Sé que no podré aguantarme —respondió Christine a la vez que miraba nuevamente la nota.

Al memorial de *Strawberry Fields* se accedía desde una abertura lateral de Central Park, a la altura del edificio Dakota. Ese lugar se había convertido en un lugar de peregrinación para muchos seguidores de los Beatles o de John Lennon, y raro era el día en que alguien no depositaba flores sobre el mosaico que contenía la palabra «IMAGINE» en el centro. Al fondo, con los brazos en cruz, esperaba Hailey.

—¿Vaya susto, no? ¿Cómo te encuentras? —preguntó Hailey derrochando una sospechosa simpatía.

—Me duele un poco el brazo, pero gracias a Nathan estoy bien.

—Precisamente de Nathan quería hablarte, Christine. Sé que no me conoces mucho y que te parecerá extraño que te cuente todo esto, pero es mejor que no te acerques a Nathan.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo yo sé cómo es realmente, Christine. Le encanta seducir a las chicas y plantarlas cuando ya ha cumplido su deseo. Ya me entiendes.

—¿Acaso te lo hizo a ti? —Hailey se quedó en silencio durante unos segundos.

—Eso no importa ahora, pero puedes preguntar a cualquiera en el instituto por Martha Hobbs. Hace dos años la dejó embarazada y abandonó el instituto. Hay quien dice que no ha abortado. Hazme caso. Si no quieres sufrir, aléjate de él.

—Gracias por el consejo, pero ya soy mayorcita para saber lo que me conviene y lo que no —respondió una incrédula Christine.

Como vio que su estrategia no daba resultados, decidió pasar al plan B.

—Escúchame bien, imbécil. No sé qué pretendes, ni de qué pueblo de mala muerte te han dejado salir, pero quiero que te quede bien claro que alguien como tú jamás podrá estar con alguien como Nathan. No eres nadie. Estás aquí por casualidad y tan pronto como acabe el curso te despertarás de tu sueño de niña rica y volverás al mísero agujero de dónde has salido. ¿Te queda claro?

Hailey se dio media vuelta y dejó a una desolada Christine llorando bajo el crepúsculo otoñal de Central Park.

12. El asesino

Brithany había perdido la cuenta del tiempo que llevaba encerrada. Un grillete colocado al tobillo y unido a una cadena de dos metros de longitud le impedía moverse libremente por la estancia. La única luz que tenía era la de una pantalla de televisión que emitía sin sonido la MTV.

Cada dos días, la puerta que se encontraba al final de las escaleras se abría y aparecía el asesino. Llevaba una túnica negra y una máscara veneciana de porcelana ocultaba completamente su rostro. Le traía la comida, vaciaba el cubo donde hacía sus necesidades y curaba con delicadeza la herida que se había producido al intentar liberarse. A pesar de sus ruegos, el asesino se había mantenido imperturbable, no le había dirigido ni una sola palabra hasta esa noche.

—Déjeme salir de aquí, se lo ruego. Le juro que no contaré ni una palabra a la policía. Por favor, haré lo que me pida.

—¿Qué insinúas? ¿No crees que si hubiera querido follarte ya lo hubiera hecho? —respondió mientras abría el candado del grillete que la mantenía unida a la cadena.

—¿Por qué me hace esto? Jamás le he hecho daño a nadie, déjeme marchar —suplicaba Brithany con las rodillas hincadas en el suelo.

—Las zorras como tú siempre acaban haciendo daño. Desnúdate y ponte esta ropa —respondió el asesino lanzándole a la cara unos pantalones vaqueros y un viejo jersey de rayas verticales.

Brithany se quitó el vestido color musgo de la fiesta y, con las manos temblorosas, cogió la ropa que le había dado. Cuando Brithany se hubo vestido, el asesino sacó un cuchillo con la hoja de bronce y comenzó a cantar una canción de los Scary Kids Scaring Kids:

Let's celebrate the romance in it all,
tonight, tonight, tonight, tonight
I put all my faith in this knife
(good night, good night, good night, good night)
the blood spills as the tears fall from your eyes.

Cuando terminó la canción, la redujo sujetándola con fuerza por la espalda y, estirando su cabello hacia atrás para dejar el cuello expuesto, le sesgó con un movimiento preciso la yugular.

Tras limpiar metódicamente el escenario del crimen, el asesino introdujo el cuerpo sin vida de Brithany en el maletero de su coche y condujo dos horas hasta llegar a una pequeña zona boscosa de Waldwick. Una vez allí, depositó el cuerpo sobre una gran roca plana y dejó atrás el cadáver mientras silbaba la melodía de *Jealous* de John Lennon.

Llegó a su apartamento del Carnegie Hall a las cuatro de la mañana y se preparó un baño caliente. Después hirvió una generosa cantidad de pasta y cenó mirando la fotografía que presidía el salón. Matar le daba hambre.

Se levantó un par de horas después y encendió la televisión. Aún no decían nada en la CNN. Antes de acabar con la vida de Brithany ya había elegido el lugar donde buscaría su próxima víctima.

Condujo hasta el aparcamiento de los almacenes Liberty y caminó un par de kilómetros hasta llegar a la cafetería Beckett, justo enfrente del instituto Magnificence. Era la hora de entrada, y ante sus inmensos ojos desfilaban decenas de estudiantes provenientes del *parking* reservado a los alumnos preuniversitarios. Había un material excepcional.

Uno de los primeros grupos que le llamó la atención fue el de Hailey y sus amigas. Eran preciosas, adineradas y estúpidas. Precisamente por su estupidez las desechó. Antes de matar a su víctima tenía que conocerla, trabar amistad con ella y seducirla, ya que sólo entonces estaba capacitado para redimirla. Eso le impidió elegir a una de ellas, no podría soportar horas de conversación banal.

Tras algunos minutos observando a los alumnos vio bajar de un coche negro a una joven de almendrados ojos color café y tez bronceada. No estaba mal.

«Esa zorra tiene opciones», pensó.

Justo en ese momento, a una chica que iba escribiendo en su Blackberry se le cayó un libro al suelo. Él, educadamente, se agachó para recogerlo.

—Es mi novela preferida de Milan Kundera —dijo alargando el brazo para devolvérselo.

—Me está gustando muchísimo, aunque de momento me quedo con *La inmortalidad* —respondió Mylene con una sonrisa complaciente.

Excepto a su profesor de literatura, Mylene no conocía a mucha gente que leyera a Kundera.

—Espera a llegar al final —respondió el muchacho desplegando una sonrisa irresistible—. ¿Te apetece un café?

Mylene quedó tan admirada ante aquella sonrisa perfecta y esos inmensos ojos azules e inteligentes que no pudo negarse.

—Hummm... tengo clase, aunque no creo que al señor Lawson le importe demasiado.

A la hora de la comida, Christine explicó a sus amigas el encuentro que había tenido con Hailey el día anterior. Estaba claro que por alguna razón no quería que estuviera con Nathan.

—¿Lo veis? Está claro que Hailey está colada por Nathan —afirmó Mylene.

—Vuelvo a repetir que está con Brandon. Además, yo creo que a Nathan le interesa otra... —dijo Clare mirando fijamente a Christine.

—¿Pero qué dices? No puede ser. Además, Nathan no es mi tipo —mintió Christine.

—Ejem. —Nathan estaba justo detrás de Christine—. Venía a invitarte al desfile del Macy's y, a pesar de que no soy tu tipo, espero que me digas que sí; no te preocupes, no es una cita, ¿OK? Estaremos todos allí.

—Siento decirte que no, Nathan —respondió Christine ruborizada—. Tengo demasiadas cosas pendientes que hacer.

—No le hagas caso —dijo Chelsea entregándole a Nathan un papelito en el cual había apuntado el teléfono de Christine—; llámala, aceptará encantada.

—¡Chelsea! —exclamó Christine trazando una pequeña sonrisa que dejaba ver sus inmensas ganas de aceptar la invitación. El chico estaba un poco confundido, pero la mirada y la sonrisa de Christine lo animaron a insistir un poco más, algo que él no solía hacer.

—Veo que tus amigas están de mi parte —dijo Nathan—; vamos, serán sólo un par de horas. Te prometo que no te robaré mucho tiempo.

—Está bien —respondió Christine—, pero con la condición de que sólo serán un par de horas.

—Tienes mi palabra.

Acto seguido, Nathan regresó a la mesa con sus compañeros dejando ver en su rostro una sonrisa de satisfacción y una chispa de emoción contenida en su mirada gris.

—Ahora que queda aclarado el tema de Christine, quiero contaros algo, chicas. ¡Yo también voy al desfile! —dijo Mylene quitándose las gafas.

—Pero qué dices. Si tú nunca has querido ir con nosotras —recordó Clare.

—Ya lo sé. En realidad no es que tenga muchas ganas, pero me lo ha pedido un tío buenísimo que he conocido esta mañana. Hemos estado hablando una hora entera de libros y me ha pedido que lea algunas de las cosas que escribe. ¿No es genial?

—Así que ahí estabas a primera hora, ¿eh? —sonrió Chelsea—. Y nosotras que pensábamos que habías llegado tarde y resulta que estabas haciendo novillos con un tío bueno.

—Tú y yo vamos a tener que ponernos las pilas, Chelsea, que éstas dos se llevan los tíos buenos —bromeó Clare provocando las risas de sus amigas.

Lamentablemente, el buen humor no duró demasiado aquel día. Esa misma noche, Nueva York entera cenó con la desagradable noticia de la aparición del cuerpo de Brithany Highsmith.

13. Macy's Thanksgiving Day Parade

«El Día de Acción de Gracias es un día especial, es un día para salir con los amigos a ver el desfile de Macy's, pero también para estar con la familia y contar cientos de anécdotas con las que puedas partirte de risa. Es por ello que este gran día se ha convertido en la fiesta preferida de todo neoyorquino.»

NYC Society

A Christine no le apetecía especialmente ir al desfile. No se sentía cómoda con los amigos de Nathan, y menos con la arpía de Hailey, pero esta vez no había podido negarse. Además, Nathan la había llamado el día anterior visiblemente afectado por lo de Brithany y le había pedido, por favor, que no se echara atrás. No podía fallarle en ese momento.

Los almacenes Macy's llevaban celebrando el evento más de ochenta años y se había convertido en una tradición de asistencia obligatoria para más de tres millones y medio de neoyorquinos que la seguían en directo en sus calles y otros cuarenta millones de espectadores que se apostaban frente al televisor para ver la retransmisión en directo de la NBC.

Christine abrió el armario y sacó el modelo que había comprado el día anterior con Nathalie. Era un vestido azul marino de Yves Saint Lauren, de corte sencillo y escote barco que dejaba los hombros ligeramente al descubierto. Las enormes gafas Vogue y el toque del pañuelo en la cabeza que se puso para complementar el vestido le daban un aspecto misterioso y sensual. Si iba a comenzar a adentrarse en el glamuroso mundo de la élite

de Manhattan, el primer punto era vestir adecuadamente. Nathan, que no se impresionaba fácilmente, quedó fascinado al verla aparecer.

—Hola, Christine —dijo Nathan dedicándole una sonrisa irresistiblemente *sexy*—. Bonito vestido.

—Gracias —respondió Christine ruborizándose y apartando la vista de su penetrante mirada gris.

—¿Te apetece un café? —preguntó con timidez.

—Claro —contestó la joven con una media sonrisa— y si es del Starbucks mejor, adoro los cafés que hacen en ese lugar.

—¿En serio? —Nathan arqueó las cejas—. Mira por dónde, ya tenemos otra cosa en común. —Y le guiñó un ojo.

Compraron un par de cafés en el Starbucks y caminaron hasta la 77, donde habían quedado con el resto de amigos. Hailey saludó como si no hubiera pasado nada unos días antes en Central Park y cogió de la mano a Brandon, que oteaba el horizonte a la espera de que comenzara el desfile. La visión de la calzada vacía le recordó a la película *Abre los ojos*. Impresionaba verla liberada del habitual tráfico de coches.

—¡Ahí vienen! —gritó Brandon con júbilo.

—Joder, tío, que no tienes cinco años, contrólate un poco —dijo Kendrick.

—Sí, un poco de autocontrol me vendrá bien para no romperte la cara, idiota.

Abría el desfile la Macy's Great American Marching Band, una banda de música con más de cien componentes vestidos con pantalones blancos y chaqueta roja, que era seguida por un grupo de abanderadas que movían al unísono la bandera roja del Macy's. Después apareció el primer globo gigante. Ese honor estaba reservado para las nuevas incorporaciones. Ese año era Spiderman. Bajo él, una docena de operarios lo sujetaba con

cuerdas para que no saliera volando. A continuación, pasó una carroza con la figura de un pavo y dos colonos, la rana Gustavo, Shrek, la cantante Cyndy Lauper en un castillo rodante, otra banda de música... La lista era interminable.

Christine disfrutaba enormemente con aquel inaudito espectáculo y con la compañía de Nathan y sus amigos, quienes ya habían comenzado a tomar buenas posiciones. La única que se mantenía a distancia era Hailey.

—Ya ves, aquí no nos hace falta matar toros para divertirnos —le dijo Hailey en un claro intento de ataque.

—Pues bien que vais a Pamplona a emborracharos cada año —contestó Christine con agudeza.

El grupo respondió con una carcajada y Christine optó por no dirigirse a ella durante el resto de la mañana.

Cuando Bob Esponja pasó sobre ellos Nathan acercó su mano a la de Christine. El roce fue prácticamente imperceptible, pero ella sintió un escalofrío. Su reacción instintiva fue la de girar su mano para agarrar la suya; sin embargo, antes de que sus dedos se entrecuzaran, Christine separó su mano bruscamente.

—Bueno qué, ¿vamos a tomar algo o nos quedamos hasta el final? —preguntó Kendrick—. Yo estoy seco.

—Si son las once de la mañana —dijo Poppy.

—¿Acaso las botellas aún no se han levantado de la cama? Venga, celebremos Acción de Gracias como se merece.

Se dirigieron al Oliver's, el local en el que solían reunirse para beber. Pero Christine se despidió con una excusa para no seguir con ellos; sabía que si tomaba un par de copas, las cosas se complicarían bastante más de lo que ya estaban, puesto que no podría controlar lo que Nathan le hacía sentir.

La mayor parte del país celebraba el Día de Acción de Gracias con reuniones familiares. Los Dawson tenían motivos para estar más contentos que nunca. Christine era, para ellos, lo más cerca que estaban de tener una hija, y compartir con ella aquella noche les llenaba de felicidad.

La madre de Nathalie, que había llegado un par de días antes, proporcionó las obligadas anécdotas familiares.

Sobre la mesa destacaba el pavo asado. Era el plato principal. Si hemos de creer a la tradición, los orígenes de la celebración datan de principios del siglo XVII, cuando un grupo de colonos ingleses invitó a los pobladores originales, los indios wampanoag, a una cena de agradecimiento. Christine se mostró un tanto escéptica cuando el profesor Lawson explicó todo aquello en la clase de Historia. No le encajaba mucho aquello de que unos colonos europeos llegasen a una región poblada por una tribu milenaria, usurparan sus tierras y acabaran cenando juntos pavo y venado. Sencillamente, no le cuadraba, pero prefirió no hacer preguntas.

Alrededor del dorado pavo había diversos platos cocinados como acompañamiento: puré de manzana con rábano y calabaza, maíz caramelizado con menta fresca, coliflor salteada con limón y mantequilla y calabaza al horno con aceite de nuez y sirope de arce. Peter y Nathalie se habían esforzado especialmente para que Christine guardara un buen recuerdo de su primer Día de Acción de Gracias.

—¿Pechuga o muslo, Christine? —preguntó Peter con el trinchador y el cuchillo en mano.

—Prefiero pechuga, gracias.

—¿Por qué no trinchas el pavo en la cocina, Peter? Vas a ponerlo todo perdido —aconsejó Kathleen, la madre de Nathalie.

—Por coherencia histórica, Katy. ¿Sabías que la costumbre de trincar la carne viene de la Edad Media? Era una forma de agasajar a los comensales.

El anfitrión cortaba la pieza cobrada por él y repartía la carne a todos sus invitados.

—Vas a aburrir a la niña, Peter, ¿verdad, cariño? —dijo afectuosamente Kathleen—. ¿Quieres que te cuente una historia más interesante?

Christine sonrió afirmativamente.

—Mamá, no vayas a contarle lo de Acción de Gracias de 1980 —protestó Nathalie en vano. Su madre ya había comenzado.

—Verás, me acuerdo como si fuera hoy. Ese año Nathalie me pidió que la dejara ayudarme con los preparativos de la cena, a lo cual me negué. Ella acababa de cumplir ocho años y, ese día, con todo el ajetreo en la cocina, no era el más idóneo para aprender a hacer algo sencillo. Pues bien, se enfadó tanto que, en un descuido, entró en la cocina y añadió un ingrediente secreto al relleno del pavo. Mi marido, que en paz descanse, se encontró unas bolitas de colores al cortar el pavo y, enseñándome una, me preguntó qué demonios era aquello. Como si fuera lo más normal del mundo, Nathalie dijo: «Son M&M's». Retiramos los que pudimos, pero la mayoría se habían deshecho. Yo no sabía si castigarla, reír o llorar... Pero ¿sabes qué fue lo más divertido? ¡Que estaba delicioso! —los cuatro rieron como locos. Christine se sentía feliz, pero no podía evitar pensar en las Navidades que celebraba en Saint-Marie, con toda su familia unida alrededor de la mesa, y entristecerse ante la perspectiva de que ya no sería lo mismo sin su madre.

Después de los postres, Kathleen decidió irse a la cama y Christine la siguió unos minutos después. La sidra estaba empezando a subirle a la cabeza.

Se acostó con el móvil en la mano. Estaba deseando actualizar el Twitter para ver si había otro poema de @magnanonymus.

Al entrar leyó varios tuits que la dejaron temblando como un flan.

lindaBieber 5 minutes

@missy_nova Sí, no me lo puedo creer... ¿Mylene es la de la revista del insti?

princessMR 30 minutes

RT @SmithDakota_17 Mylene Schweiger desaparecida. Acabo de verlo en el NNN.

SmithDakota_17 1 hour

Mylene Schweiger desaparecida. Acabo de verlo en el NNN.

Se levantó de la cama y corrió hacia el televisor. Nathalie y Peter, que miraban un capítulo especial de *Cómo conocí a vuestra madre*, se incorporaron del sofá asustados por la urgencia de Christine.

—Poned el New York News —apremió.

Unas letras sobreimpresas a pie de pantalla anunciaban que Mylene Schweiger, estudiante del instituto Magnificence, había desaparecido esa misma tarde.

El asesino abrió el maletero de su coche y miró los resplandecientes ojos de Mylene bañados en lágrimas. La joven estaba amordazada con un trapo húmedo y, aunque no podía hablar, en su mirada podía percibirse la angustia y el pánico de estar ante una mente criminal como ésa.

—Hola, preciosa —dijo el asesino a la vez que la aupaba, sin delicadeza alguna, para sacarla del maletero.

Mylene se quedó de pie. Le temblaban las piernas y sentía que podía caer desplomada en cualquier momento.

—Vamos, te quiero caminando delante de mí —le ordenó él con voz ronca.

Ella comenzó a caminar con dificultad por una solitaria y frondosa senda. El asesino le había atado los finos tobillos y las manos a la espalda con una

cuerda de nailon trenzada y eso dificultaba los movimientos de la chica.

El corazón de Mylene se aceleró cuando divisó, a lo lejos, una pequeña cabaña de madera envejecida rodeada por inmensos pinos que dejaban entrever, en forma de rayos, la cálida luz del atardecer. Era un paisaje mágico pero, por desgracia para Mylene, aquello le pasó desapercibido, ya que a ella el encantador paraje se le antojó aterrador.

—Me encanta este lugar —le dijo él en un tono suave y distante—. ¿A ti no?

Mylene asintió con la cabeza, temiendo contradecirle al expresar en voz alta que para ella aquel lugar era siniestro, al mismo tiempo que una lágrima recorría su mejilla. A medida que iban acercándose a la cabaña, la joven estaba más aterrada. En su cabeza se reprodujeron cientos de imágenes, de recuerdos inolvidables con sus padres y de momentos divertidos con sus amigas. Inevitablemente, comenzó a llorar. Estaba convencida de que iba a morir allí.

«¿Por qué a mí?», pensó Mylene lanzando un angustioso sollozo antes de que se adentrasen en el interior de la cabaña.

El asesino cerró la puerta bruscamente y luego se volvió hacia Mylene para quitarle el pañuelo húmedo de la boca. La joven lloraba desconsoladamente.

—Shhh. —El asesino la silenció con un dedo—. No llores, preciosa; aquí vas a estar mejor que en ningún sitio. Yo te cuidaré.

Inesperadamente, Mylene lanzó un grito que se escuchó fulminantemente en el gélido silencio del anochecer, pero que acabó disipándose en el aire segundos después.

14. Toque de queda

«Mylene Schweiger, hija del reputado biólogo Steve Schweiger, desapareció la misma tarde de Acción de Gracias. Sus padres, al ver que no regresaba a casa, dieron parte a la policía, la cual ya está investigando el caso. El director Meyer ha hecho público su miedo a que las alumnas de su institución estén en el punto de mira del asesino.»

Upper East Side's News

El Magnificence estaba literalmente tomado por la policía. Para entrar y salir del edificio era necesario mostrar el carnet del centro y, esta vez, ni siquiera los profesores se libraron de los interrogatorios. Se habilitó una sala para que los agentes desarrollaran allí parte de su investigación, pero, en esa ocasión, parecía que no había ninguna pista importante a la que aferrarse. Jake Hobson había sido liberado unos días antes, ya que la autopsia practicada a Brithany Highsmith determinó que había sido asesinada cuarenta días después de su desaparición, mientras él estaba entre rejas. Con el principal sospechoso libre y la desaparición de una nueva joven del mismo instituto, la investigación entraba en el resbaladizo terreno de los asesinos en serie. Éstas suelen ser personas muy organizadas, con un alto coeficiente intelectual y una capacidad de planificación extraordinaria. En muchos casos poseen amplios conocimientos de la ciencia forense, por lo que su captura suele verse dificultada enormemente.

Christine llegó hasta la puerta del instituto acompañada por el chófer de los Dawson. Algunos alumnos de cuarto curso habían colocado dos grandes

fotos de Mylene en el *hall* de entrada. Bajo ellas, decenas de velas encendidas intentaban hacer brillar la luz de la esperanza. Aunque nadie se atrevía a reconocerlo, muy pocos pensaban que Mylene aparecería con vida.

Chelsea y Clare no asistieron ese día a clase. Las tres eran amigas de la infancia y no podían imaginarse la vida sin Mylene. Ambas se encontraban sumidas en un estado de ansiedad que las imposibilitaba para cualquier actividad que no fuera llorar y rezar por la vida de su amiga.

—¿Cómo estás, Christine? —le preguntó Brandon.

—No he dormido apenas. No puedo dejar de pensar dónde estará Mylene y qué le estará haciendo ese psicópata —respondió estallando en lágrimas.

Brandon la abrazó mientras, al fondo del pasillo, Hailey asistía a esa inocente muestra de amistad. Con su mente retorcida, Hailey era incapaz de entender que en las circunstancias extremas era cuando se conocía realmente a una persona. Brandon podía ser el chico más frío de todo el instituto cuando se lo proponía, pero, en momentos así, afloraba su parte más sensible, una parte que no solía mostrar en público.

El profesor Lawson se empeñó vanamente en captar la atención de sus alumnos. Ni él mismo oía las palabras que salían de su boca. Dictaba la lección mecánicamente, con sus pensamientos muy lejos de allí y la vista fijada en un punto indeterminado del final de la clase. Era incapaz de mirar al pupitre vacío de Mylene Schweiger.

El timbre sonó y los alumnos fueron levantándose perezosamente. En la puerta del aula esperaba un agente de policía.

—¿Christine Rodríguez? —preguntó en un español de claro acento mexicano.

—Soy yo.

—Tenemos que hablar con usted. Sígame.

El corazón le palpitaba con fuerza. Entraron a una sala amplia de la segunda planta. Varios policías sin uniforme habían convertido aquella aula en una improvisada comisaría.

—Siéntese —dijo amablemente—. ¿Desea un café o un vaso de agua?

—No, gracias.

—Soy el sargento Torres, del Departamento de Policía de Nueva York. Deseo hacerle unas preguntas en relación a Mylene Schweiger. ¿Está de acuerdo?

—Sí, claro —afirmó tímidamente.

—¿Es usted amiga suya?

—Sí, fue la primera persona que conocí en el instituto.

—Bien, Chelsea Smith y Clare Evans nos han confirmado que unos días antes de su desaparición habló de una persona que había conocido. ¿Recuerda esa conversación?

—Sí, estábamos en el comedor del instituto, pero no dijo nada más.

—Piénselo bien, señorita Rodríguez. Cualquier detalle que parezca no tener importancia puede ser de gran ayuda en nuestra investigación. ¿No contó nada sobre aquel chico? —dijo acercando su cara a la de Christine.

—No lo sé, creo que le gustaba un escritor. Mylene estaba leyendo un libro suyo. Diría que comenzaron a hablar por eso.

—¿De qué escritor se trata?

—No lo sé. Un tal Kinder o Kindera, creo recordar.

El sargento Torres se volvió y preguntó en voz alta a sus compañeros.

—¿Os suena un escritor llamado Kinder o Kindera, chicos?

—¿Puede ser Milan Kundera? —respondió alguien desde un rincón.

—Sí, sí, ése era —afirmó Christine entusiasmada.

—Muy bien. Maguire, Dawkins: id a la Biblioteca Nacional y que os faciliten un listado de todos los usuarios que hayan sacado un libro de

Milan Kundera en las últimas seis semanas, después filtradlo con las fichas policiales y hacedles una visita. Vamos, moved el culo.

Los dos agentes recogieron sus chaquetas y salieron por la puerta sin mediar palabra. El tiempo era precioso en casos como éstos.

—Gracias, señorita. Puede marcharse. Si recuerda alguna cosa más pase por aquí o llámeme —le dijo mientras sacaba una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta.

A pesar de que la dirección del instituto intentaba trasladar a su alumnado una imagen de normalidad, se vieron obligados a realizar algunos cambios en los horarios del Magnificence. Por lo que, de pronto y hasta nuevo aviso, las clases extraescolares quedaban suspendidas y la biblioteca cerraría sus puertas a las cinco y media de la tarde. Su intención era que a las seis de la tarde, poco antes de que comenzara a anochecer, no quedara ni un solo alumno en el instituto.

—¿Qué vais a hacer después? No estoy acostumbrado a llegar a casa a las cinco —preguntó Kendrick a sus amigos Nathan y Brandon mientras movía los guisantes del plato con el tenedor.

—No lo sé. ¿Qué tal una peli? —contestó Nathan sin demasiada convicción.

—Por mí vale —respondió Brandon—; ¿tú vienes, cariño?

—No lo sé, depende de la peli. Paso de ver una de ésas de machitos pegando tiros —dijo Hailey.

—¿Y qué tal una comedia de ésas tontas? Nos vendría bien animarnos un poco —dijo Yukino.

—Hablando de animarnos, ¿por qué no vamos el fin de semana a mi casa de Greenwood? —consultó Hailey.

—No es mala idea. Así no salimos por la ciudad. A mí me apetece estar tranquilo y si me quedo en casa se me caen las paredes encima. Por mí bien —dijo Nathan.

Hailey se sintió feliz por dentro. Por primera vez en mucho tiempo, Nathan estaba de acuerdo con ella. Esa felicidad se disipó cuando Christine entró por la puerta del comedor provocando que a Nathan se le iluminaran los ojos. Hailey conocía bien ese brillo. Lo había visto demasiadas veces durante los dos últimos meses.

—Hola, chicos —dijo ella cabizbaja.

Poppy se levantó de la mesa y se acercó a Christine.

—¿Cómo estás, cielo?

—No sé qué decir, Poppy. Prefiero no pensar en ello.

—¿Qué te ha preguntado la policía? —replicó.

—Hemos estado hablando de una conversación que tuvimos unos días antes de su desaparición. Nos dijo que había conocido a un chico en el Beckett. La policía cree que ese chico puede ser el asesino de Brithany y van a...

Un fuerte pitido proveniente de los altavoces del comedor les hizo interrumpir la conversación.

—Joder, que arreglen eso de una vez. Con la pasta que pagan nuestros viejos podrían comprar un sistema de sonido nuevo —protestó Brandon retirando las manos de las orejas.

—Les habla el director Meyer. Escuchen con atención, por favor. —El director tomó aire y los estudiantes se prepararon para escuchar la peor de las noticias—. El departamento de policía me acaba de confirmar que el cuerpo de Mylene ha sido encontrado. Les pido un minuto de silencio para honrarla y pedir por su alma.

Christine buscó la mano de Nathan y se aferró a ella con fuerza mientras las lágrimas empapaban su rostro.

OceanofPDF.com

15. *All I want for Christmas is you*

Dos semanas antes de Navidad, Manhattan se tiñó de blanco. Christine se levantó de la cama y, al mirar a través de la ventana, vio la inmensa alfombra de nieve cubriendo la ciudad. Era un espectáculo maravilloso. Las copas rojas, verdes y amarillas de los árboles de Central Park destacaban bellamente sobre el inmenso papel en blanco en el que se había convertido el parque. Ese sábado había quedado con Clare para hacer las compras navideñas. Chelsea aún no se había reincorporado al instituto y, de seguir así, se arriesgaba a perder el curso. Ambas habían intentado sacarla de casa con la excusa de las compras, pero no se había dejado convencer.

Se puso un precioso vestido de Abaeté de color gris cortado en la cintura que caía formando tablas y lo combinó con un estrecho cinturón negro; le quedaba como un guante. Abaeté era una joven diseñadora del Soho que tenía su estudio cerca de la galería de Nathalie. Su última colección había causado sensación en la Semana de la Moda de Nueva York.

—¡Madre mía! ¡Estás guapísima! —le dijo Clare.

—¿A qué sí? —respondió con coquetería—. Bueno, qué, ¿adónde me llevas?

—No lo sé. Me gustaría que vieras el ambiente de la Quinta Avenida, pero no me apetece mucho estar sorteando a la gente a cada paso. ¿Por qué no vamos a la Trump Tower? —preguntó retóricamente.

—Por mí genial.

Caminaron por la Quinta en dirección sur hasta llegar a la 57. Allí, junto a la Trump Tower, se encontraba la mítica joyería Tiffany's. Christine había estado tan ocupada desde que llegó que no había tenido la oportunidad de visitarla. Era la joyería que aparecía en *Desayuno con diamantes*, su película preferida. Se asomó al pequeño escaparate y dejó la visita para otra ocasión. No quería aburrir a Clare. Ya tendría tiempo de visitarla con más calma.

En la Trump Tower se encontraban algunas de las firmas más exclusivas del mundo. Clare compró un bolso Gucci para su madre. Era un modelo clásico, de piel negra y tribanda verde y roja.

—¿Y tú, no compras nada? —preguntó Clare.

—No acabo de decidirme —respondió intimidada. Peter y Nathalie le habían dado una de sus tarjetas para que comprara lo que quisiera, pero ella no se atrevía a usarla tan alegremente. No estaba acostumbrada a gastarse mil dólares en un bolso, por muy Gucci que fuese.

—¿Qué harás en las vacaciones de Navidad? —preguntó Clare cambiando de tema.

—Hailey nos ha invitado a su casa de Greenwood, pero no sé si iré.

—Pues claro que irás. ¿Acaso pretendes dejar a Nathan al alcance de Hailey?

—¿Y si es cierto todo lo que dicen de él? No lo sé. Tal vez Hailey tenga razón y Nathan sea incapaz de enamorarse. Además, en caso de que pase algo, tampoco le veo mucho futuro a nuestra historia...

—¿Qué dices? ¿Y vas a cerrar las puertas al amor sólo por lo que te ha dicho la idiota de Fisher? Yo creo que Hailey quiso darte más bien la descripción de Tristan cuando te dijo que es un chulo prepotente que intenta ligarse a todas las chicas del instituto.

—No lo veo claro, Clare —dijo Christine con un juego de palabras no intencionado por el que ambas se rieron a carcajada limpia al mismo tiempo que se adentraban en la avenida de Broadway.

El fin de semana en Greenwood había sido pospuesto hasta las vacaciones de Navidad y, en cierta forma, Christine agradeció el retraso. Tenía que hacer acopio de fuerzas para resistirse a besar los labios de Nathan y necesitaba una vía de escape para liberar la tensión contenida, pero no podía hablar con nadie. ¿Cómo explicarle eso a su amiga sin contarle toda la verdad? Era una situación dolorosa y absurda a la que tenía que poner punto y final de una vez por todas. Tomaron un café en el Starbucks, junto a la impresionante cascada interior del atrio del edificio. Por el hilo musical sonaba un villancico de Mariah Carey:

No quiero una cesta de Navidad,
yo sólo necesito una cosa.
No me interesan los regalos
que hay bajo el árbol,
solamente te quiero a ti,
más de lo que puedas imaginar.
Haz mi deseo realidad:
todo lo que quiero por Navidad
eres tú.

Se despidieron allí mismo. Clare tomó un taxi para llegar hasta la 25 y Christine regresó a casa subiendo por la Quinta Avenida. Disfrutó del espectáculo de la gente cargada de bolsas, de los taxis avanzando con lentitud por la carretera y de la nieve amontonada a un lado de la acera. Eran imágenes de una ciudad auténtica que hasta hacía poco para ella tan sólo habían sido escenas de un gigantesco decorado de cine.

El corazón le dio un vuelco al creer ver a Nathan en el portal de su edificio. Cuando se acercó a él pestañeó al ver la realidad.

—Hola, Tristan. De lejos pensé que eras Nathan.

—No me digas que nos parecemos tanto —dijo sonriendo.

—Pues sí, no me había fijado, pero tenéis una complexión parecida.

—Supongo que te preguntarás qué hago aquí —interpeló subiéndose el cuello de la gabardina Armani—. He venido a invitarte a comer.

—No va a poder ser, Tristan. Le he dicho a Nathalie que hoy comía en casa. Ya debe estar esperándome —se excusó.

—Me parece que no. Acabo de llamar y no ha contestado nadie. Además, he reservado mesa en el Carlyle usando mis influencias; ya sabes que hay semanas de espera para conseguir mesa, así que no puedes negarte. ¿Dónde está tu espíritu navideño?

A Christine no se le ocurrió otra excusa.

El restaurante Carlyle era un clásico en Nueva York. Era el restaurante del hotel Rosewood y en sus mesas se había sentado varios presidentes de Estados Unidos durante sus setenta y cinco años de existencia. Le extrañó que la llevase a un sitio tan exclusivo tratándose de una comida informal entre conocidos, pero no quiso darle más vueltas a las cosas. Últimamente pensaba demasiado.

El restaurante conservaba las puertas giratorias originales y la decoración sobria replicaba el estilo de las casas señoriales inglesas. En el centro del comedor, tenuemente iluminado, un hermoso arreglo floral de seis metros de altura daba la bienvenida a los clientes. En las paredes, siguiendo un orden metódico, podían verse escenas de caza pintadas por Fores y grabados de Redouté. —Me encanta este restaurante, me recuerda a Inglaterra —confesó Tristan.

—¿Echas de menos todo aquello? —replicó Christine.

—La verdad es que sí, pero tengo una sensación un poco extraña. Pasé unos años maravillosos allí, pero sentía que el ciclo se estaba acabando, que tenía que regresar a Estados Unidos y recuperar mis raíces. No sé, tampoco descarto volver algún día —sonrió seductoramente—. ¿Y tú? ¿Estás a gusto aquí?

—Sí. He tenido mucha suerte con la familia de acogida y con los amigos que he hecho aquí. La verdad es que no puedo quejarme.

A medida que la botella de Château Ausone se vaciaba, Christine perdía su natural timidez y respondía con tranquilidad a las preguntas de Tristan.

—¿Y cómo llevas lo de estudiar en un idioma que no es el tuyo? —preguntó Tristan.

—Bueno, la verdad es pensaba que iba a costarme bastante más, pero me ayudan mucho mis amigas. —A Christine le temblaba la voz.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que Mylene, la chica que asesinaron, era amiga mía.

—Vaya, lo siento. Ha debido de ser muy duro. —Posó su mano delicadamente sobre la de ella en gesto de consuelo.

—Sí, no quiero ni pensar en su familia, ni en los amigos de toda la vida. El instituto está conmocionado. La mayoría de alumnos asistimos al entierro, fue muy emocionante ver a tanta gente dando su último adiós a Mylene. —Se le quebró la voz al decir su nombre.

—Lo siento de veras, Christine.

Para animarla, Tristan dirigió la charla al terreno personal. Él se interesó por sus gustos, su vida en España y la razón por la cual había decidido embarcarse en la aventura de estudiar en el extranjero. Ella, sin embargo, prefería saber cosas sobre su infancia y su familia.

Cuando la llegada de los postres anunció que la comida estaba llegando a su fin, el silencio se instauró entre ambos. Tristan le dedicó una cálida

mirada antes de proceder a probar el *moelleux* de chocolate elegantemente decorado con pétalos de vainilla que el chef Françoise había hecho especialmente para la pareja.

Christine abrió, con la pequeña cucharilla de plata, el delicioso *moelleux* por la mitad, del cual se desbordó un inesperado río de chocolate líquido. Tristan no pudo evitar observar cómo la joven se humedeció sus carnosos labios rosados antes de llevarse la cucharilla a la boca y sentir el placentero sabor del puro chocolate francés.

Los grandes ojos azules de Tristan captaban cada movimiento de Christine y, cuando ésta se percató de ello, instintivamente desvió la mirada y paseó sus ojos por la sala. El restaurante era amplio y las mesas — grandes, exquisitamente decoradas, cada una con mantel de seda y un centro de mesa de magnolias frescas— estaban muy separadas entre sí. Todas se encontraban ocupadas pero, a pesar de ello, los camareros se paseaban entre ellas tranquilos, como si tuviesen todo el tiempo del mundo. No quedaba una copa vacía ni una orden sin atender.

En la mesa de al lado, una familia parecía estar de celebración. Las niñas, dos gemelas de unos doce años, llevaban unos preciosos vestidos idénticos, con volantes, uno rojo y otro verde. Más allá, una pareja chocaba sus copas para brindar, la mujer era tan elegante que Christine se quedó impresionada: el peinado perfecto y ondulado de su cabello castaño, pero ligeramente informal, su *little black dress* impecable, unas pocas joyas, las precisas, y, sobre todo, una actitud que transmitía la sensación de «pertenezco a este lugar». Se sorprendió a sí misma pensando: «Así me gustaría ser a mí de mayor.»

—Creo que deberían cerrar ese centro educativo durante un buen tiempo —le susurró una mujer de mediana edad a su marido en la mesa de detrás de ella. Christine interrumpió sus pensamientos para aguzar el oído.

—No estoy de acuerdo contigo, Diana —le respondió él llevándose la copa de champán a los labios—. Ese psicópata seguirá matando a pobres chicas indefensas tanto si ese instituto está abierto como cerrado.

Tras una breve pausa, la mujer dijo apesadumbrada:

—¿Quién le iba a decir a la familia Schweiger que su querida y única hija iba a ser brutalmente asesinada por un demente?

El corazón de Christine dio un vuelco al escuchar aquellas palabras. Tristan, que pareció notar la tristeza en la mirada de la joven, cubrió la mano de ella con su palma y, bajando la voz, dijo:

—No hagas caso.

—Intento no pensar ello, pero es imposible —respondió Christine con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Ya verás cómo el tiempo pasa y sanarán esas heridas que ahora crees no poder cicatrizar nunca. —Las comisuras de sus labios comenzaron a elevarse formando una hipnotizadora sonrisa—. Pero un buen bálsamo para esperar a que eso suceda es salir a divertirse y celebrar la vida. Si tú me lo permitieras, Christine... —dijo deslizado su mano hacia la mejilla sonrosada de la chica para después ir bajándola lentamente por el hombro hasta llegar a su escote—. Yo podría ofrecértelo amablemente.

Acercó su rostro hacia Christine, que se estremeció al sentir el suave roce de sus labios en el hombro e inevitablemente se puso nerviosa. El chico, al ver que ella no decía nada, se aproximó aún más, haciendo que sus labios recorrieran el cuello de la chica con un sensual roce que hizo que ella se sintiera excitada y, a la vez, un poco incómoda.

—Sabes, te propongo que me des la oportunidad de animarte otro día —continuó el muchacho sin abandonar la sonrisa—, en un lugar más íntimo.

Y, sin darle tiempo a responder, Tristan se giró hacia el camarero y pidió la cuenta. Cuando éste se acercó, él le dio su tarjeta de crédito.

—Pídanos un taxi, por favor —solicitó con la seguridad que caracterizaba a los Woodley.

Durante el trayecto a casa, la pareja se mantuvo en silencio observando el paisaje de una Quinta Avenida abarrotada de gente que caminaba apresuradamente para llegar a sus apartamentos y refugiarse de la tormenta que parecía avecinarse.

En la mente de Christine se agolpaban las sensaciones que Tristan le provocaba y la tristeza y angustia por la pérdida de Mylene, y se sintió aturdida, mareada y sin saber qué decir o cómo reaccionar. Además, por supuesto, estaba Nathan. Y Tristan era su hermano.

El vehículo aparcó frente al portal de Christine.

—Me lo he pasado muy bien, Christine. Gracias por tu compañía.

—Yo también me he divertido mucho —respondió ella.

—Entonces, ¿qué me dices de mi propuesta? ¿Te apetecería quedar otro día?

Christine había accedido a la invitación esa mañana pensando que se trataba de una comida sin importancia entre dos amigos, pero estaba claro que Tristan quería algo más.

—Quizás en las vacaciones de Navidad. Entre los ensayos de la obra y los exámenes ando un poco liada —contestó, intentando no parecer demasiado tajante.

—De acuerdo entonces. Esperaré impaciente —contestó él sin darse por vencido.

Christine entró al edificio y, una vez en el ascensor, se apoyó en la pared, pensativa. Sentía el corazón latiendo a un ritmo rápido, pero aun así se dijo que la respuesta que le había dado a Tristan era la única adecuada. No le permitiría al muchacho hacerse ilusiones sobre lo fácil que le resultaría llevarla a la cama. No, a ella no.

En casa, Nathalie aprovechaba la tranquila tarde de sábado para escribir el editorial de la *NY Arts*.

—Hola, cariño. ¿Qué tal con Clare?

—¡Hola! Muy bien, hemos estado mirando tiendas en la Trump Tower.

—Estupendo. ¿Habéis comido por allí?

—No, no hemos comido juntas. Ella tenía una comida familiar o algo así —contestó Christine.

—¿Y dónde has estado hasta ahora? Son casi las cinco.

—He comido con un amigo. Bueno, en realidad es el hermano de un amigo, pero es un chico muy majo.

—¿Y cómo se llama ese amigo tuyo tan misterioso? —preguntó levantándose de la mesa del ordenador.

—Se llama Nathan. Nathan Woodley. Va conmigo al instituto.

Nathalie se puso lívida.

—¿Te encuentras bien? Te has puesto blanca de repente.

—Sí, sí. No te preocupes. A veces me dan bajadas de azúcar. Estoy bien. ¿Conoces bien a esos dos hermanos?

—Estoy comenzando a conocerlos. Los dos son chicos muy interesantes. Nathan es sensible y afectuoso y... ¡terriblemente atractivo! Creo que se siente cómodo conmigo, porque me ha contado algunas cosas muy íntimas sobre su infancia. Y yo... ¿sabes? —Christine hizo una pausa, sin saber cómo continuar.

—Habla tranquila —la animó Nathalie—. Sabes que te quiero como a una hija y nada de lo que digas hará tambalear mi afecto por ti.

—Creo... —prosiguió la muchacha—. Puede que me esté enamorando de él. Es el único que me hace olvidar y sentirme segura a su lado, sobre todo después de todo lo que está pasando.

—¿Y qué hay del otro, del hermano?

—Es difícil explicarlo. Tristan es brillante. Me deslumbra con su inteligencia; junto a él me cuesta pensar con claridad, es abrumador y está claro que un seductor en toda regla.

—Entiendo —dijo Nathalie secamente.

Christine no pareció percibir aquel matiz en la respuesta, porque continuó hablando atropelladamente:

—Sin embargo, no deseo enredarme con ninguno de ellos. Lo cierto es que no me permitiría comenzar un vínculo profundo sabiendo que al final de curso deberé regresar a España. Temo causarles cualquier dolor, especialmente a Nathan, quien, por alguna razón, se muestra como el más expuesto de los dos.

Tras un silencio, Nathalie le propuso un té y se ofreció a prepararlo.

Christine aceptó encantada.

«Ojalá pudiera haber tenido conversaciones como éstas con mi madre», pensó al ponerse de pie para ayudarla.

El resto de la tarde lo pasó estudiando y repasando el guion de la obra, mientras la lluvia que caía tras los cristales destrozaba el mágico manto blanco que había arropado la ciudad. Oyó llegar a Peter, pero no se acercó a la habitación a saludarla como hacía habitualmente. Por primera vez los oyó discutir.

A la hora de la cena Peter abrió fuego.

—Tienes que dejar de ver a los Woodley. —Su rostro mostraba gravedad—. A pesar de las apariencias, no son trigo limpio. Conozco a su padre desde hace muchos años y sé que no son buena gente.

Christine no comprendía la situación. Era la segunda persona que le decía que no se acercara a los hermanos Woodley. ¿Acaso su criterio no contaba para nada?

—Pero ellos no tienen por qué ser como su padre —replicó ella—. Nathan tiene un gran corazón.

—No hay negociación posible, Christine. Aléjate de esa gente.

En ese momento, se levantó de la mesa y corrió a su habitación. Las crudas palabras de Peter contrastaban enormemente con su amabilidad habitual y adquirirían una fuerza añadida. Se tumbó sobre la cama y comenzó a llorar de forma desconsolada hasta que se quedó dormida. Nunca en su vida se había sentido tan sola.

OceanofPDF.com

16. Desayuno con diamantes

«Esta noche, para todos aquellos que les apasionen los grandes clásicos, el instituto Magnificence abre sus puertas para mostrar la puesta en escena de una obra maestra de Truman Capote: *Desayuno con diamantes*.»

Upper East Side's News

Veinte días después de que apareciera el cadáver de Mylene, la investigación policial seguía estancada. No se había encontrado ni una sola pista que permitiera abrir una vía de investigación, y la única que tenían había sido desechada. Ninguno de los nombres que obtuvieron en el registro de bibliotecas de Nueva York estaba en las fichas policiales. Estaban en un callejón sin salida y, por vez primera en su carrera, el sargento Torres no sabía qué hacer.

—Mike, ¿qué clase de cabrón secuestra a dos pobres niñas, les pone ropa vieja y las mata sin dejar una sola huella?

—Un cabrón muy listo, sargento —respondió el detective mientras se volvía hacia el panel en el que había colgados varios documentos de la investigación—. ¿Por qué se tomaría la molestia de llevar un cuerpo hasta el río Emmaus y otro a Waldwick? Un tipo tan metódico no deja nada al azar.

La mirada del sargento se nubló al recordar las imágenes que había visto en la escena del crimen. No podía evitar pensar en su hija cada vez que veía las fotografías de aquellas dos jóvenes. Por su mente pasó un fugaz

pensamiento. Llevaba años quejándose de su miserable sueldo, pero hoy se alegraba de no poder permitirse un instituto privado para su hija. Al menos, en su instituto público estaba a salvo.

—Váyase a casa. Pase el día con su hija. Aquí no hacemos nada, sargento.

—Tiene que escapársenos algo, Mike. La primera víctima estuvo secuestrada durante cuarenta días antes de morir, la segunda tan sólo cuatro. ¿Qué intenta decirnos, joder? ¿Qué intenta decirnos? —gritó, golpeando la mesa con el puño derecho.

—Puede que nos hayamos precipitado al deducir que se trata de un asesino en serie. ¿Y si las dos víctimas las eligió al azar? —expuso el detective.

—No lo creo, Mike. Algo me dice que ahí fuera ese cabrón sigue de caza.

Christine entró por la puerta principal del instituto con el libreto de la obra bajo el brazo. Ése era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad y también el día en el que se representaba la obra de teatro. Pese a que se sabía su papel a la perfección, no dejaba de ojear sus páginas a la mínima ocasión.

—Señorita Rodríguez, si le da más importancia a su obra de teatro que a la historia del arte quizás se haya equivocado de instituto —le dijo el profesor Hansen con tono amenazante. Christine guardó el libreto en su mochila y fingió escuchar las explicaciones sobre arte mesopotámico. En su cabeza, repetía sus frases del diálogo mientras visualizaba escenas de la película de Audrey Hepburn. Ahora más que nunca se sentía plenamente identificada con Holly Golightly, el personaje principal. Ella era una mujer que escondía bajo su vida, aparentemente alegre, una gran tristeza por fingir continuamente ser la mujer rica que no era. Christine también escondía una

enorme tristeza bajo su intensa mirada. Sufría ocultando su pasado a todas aquellas personas que le estaban abriendo su corazón. Odiaba la mentira, y ella no hacía más que mentir a todos aquellos que la rodeaban. Sabía que en una sociedad como ésta la gente castiga con el desprecio a todo el que se atreve a ser diferente, a todo el que se atreve a arriesgarse por alcanzar sus sueños. Sólo el timbre la rescató de sus desvaríos mentales.

—Vaya corte que te ha dado el estirado del señor Hansen, ¿eh? —preguntó retóricamente Clare.

—Y lo peor es que tenía razón... qué vamos a hacerle.

—Te sabes el papel de maravilla, Christine. Estuviste fantástica en el ensayo general. Si hasta Hailey te felicitó.

Dos días antes se había realizado el ensayo general. Habían representado la obra completa, con el vestuario, luces y sonido que iban a emplear el día del estreno. Todos estuvieron muy bien. Los profesores que lo vieron quedaron boquiabiertos con las interpretaciones de Hailey y Christine, pero también con la de Zachary Bird, que clavó a George Peppard en su papel de Paul «Fred» Varjak.

Hailey se acercó a Christine al final del ensayo y, con mirada agria, le dijo:

—Buen trabajo, extranjera. No lo has hecho nada mal.

—Gracias, Hailey, tú también has estado genial.

Yukino y Poppy, que observaban desde la platea, se miraron extrañadas.

—¿Qué le pasa a ésta ahora? —preguntó Poppy sin entender la reacción de Hailey.

—No tengo ni idea —respondió Yukino arqueando las cejas y abriendo los ojos como platos.

Lo único que había ocurrido era que Hailey se había dejado llevar por la emoción del momento. La competencia que tenían sobre el escenario había

provocado que ambas se esforzaran al máximo y sacaran a relucir su mejor interpretación.

Incluso la gente como Hailey tenía un corazoncito latiendo bajo la coraza de la imagen prefabricada de perfección.

A la hora del almuerzo, los actores y técnicos de la obra acudieron al salón de actos para ultimar los preparativos de la obra. En el escenario, la señora Ames cosía un lazo del vestido de Hailey y Nathan grapaba al telón algunos adornos de última hora. Los técnicos de luces creaban diferentes atmósferas mientras encendían y apagaban los focos, comprobando que todo funcionara correctamente. Cuando Nathan vio a Christine, bajó de la escalera y se acercó a ella.

—¿Te has pensado lo de la excursión? —preguntó con una sonrisa a la que era muy difícil resistirse.

—Aún no lo sé, Nate —mintió ella.

—¿Pero cómo que no lo sabes? ¡Nos vamos pasado mañana!

—Pues por eso, aún queda tiempo, ¿no?

—Anda ya, ¡me estás vacilando! Sí que vas a venir.

Christine sonrió afirmativamente. A Peter y a Nathalie les había dicho que era una excursión sólo de chicas. Si les hubiera dicho que iba Nathan, no le hubieran dado permiso. No tenía ni idea de qué había pasado entre ellos y George Woodley, pero eso no iba a fastidiarle dos días de diversión. Fuera lo que fuese, era algo que había ocurrido hacía mucho tiempo y era absurdo culpar también a sus hijos. Todo el que conocía a Nathan sabía que nunca haría daño a nadie.

—¡Zach y Hailey, al escenario! Haremos un último ensayo de la escena final. Vamos, vamos, chicos —gritó la señora Ames.

Ambos se sentaron en las sillas que simulaban ser los asientos traseros de un taxi y comenzaron. Era una de las escenas más complicadas de la obra.

—Holly, no permitiré que hagas eso.

—¿Por qué no vas a permitirlo?

—Holly, estoy enamorado de ti.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Qué preguntas haces? Te quiero y deseo pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Déjame, Paul. Ni siquiera sé quién soy. Soy una infeliz sin nombre que no puede amar a nadie, ni ser amada por nadie.

—Conductor, pare un momento. —Zach se levantó de la silla y simuló estar hablando desde el exterior, con la puerta del taxi abierta—. ¿Sabes lo que te pasa? No tienes valor. Tienes miedo. Miedo de enfrentarte contigo misma y decir: «Está bien, la vida es una realidad y tengo que vivirla para alcanzar la verdadera felicidad.» Crees que eres un espíritu libre con miedo a que el amor le corte las alas. ¿Sabes una cosa? Ya estás en una jaula. Tú misma la has construido, y en ella seguirás vayas adonde vayas, porque no importa dónde huyas, siempre acabarás tropezando contigo misma. Toma, hace tiempo que lo llevo encima, ya no me hace falta —le dijo mientras alargaba el brazo para darle a Hailey un pequeño estuche con el logotipo de la joyería Tiffany's. Hailey abrió la pequeña caja y comenzó a llorar mientras el técnico de sonido accionaba el sonido de tormenta y lluvia. Ninguno de los asistentes pareció reparar en que esas lágrimas no formaban parte de la función.

El telón bajó y Hailey se quedó inmóvil, sumida en la oscuridad y presa por unos instantes de una angustia y unas lágrimas que poco tenían de fingidas. Sin poder evitarlo, se sentía identificada con aquellas palabras de ficción y su alma se encogía mientras las sensaciones le evocaban aquel

amor marchito que se quedó en el olvido, pero que regresaba constantemente para rasgar las heridas de su corazón que todavía permanecían sin cicatrizar. Ahora ese amor le pertenecía a Christine y sabía a ciencia cierta que jamás volvería nuevamente a sus brazos.

En el pecho de Christine se instaló una presión que le dificultaba la respiración; necesitaba estar sola. De alguna forma, el último diálogo de la obra estaba provocando alguna sensación a todos los participantes. Buscó refugio en los vestuarios del gimnasio. A esa hora ya no habría nadie. Además, en el instituto sólo quedaban los actores, que decidieron permanecer allí las dos horas y media que faltaban hasta el comienzo de la función. Observaba con detenimiento la imagen de sí misma que le devolvía el espejo.

«¿Quién soy yo? —se preguntó, parafraseando el diálogo de la obra—. Soy una infeliz sin nombre que no puede amar a nadie, ni ser amada por nadie.»

Inevitablemente, recordó las palabras que le confió su madre en una gélida noche de invierno antes de dormir, cuando ella tenía siete años.

—Christine, tienes que prometerme algo —dijo con voz ahogada. La tristeza y la desesperación hacían mella en sus palabras.

—¿Por qué? —preguntó Christine desvaneciendo su encantadora sonrisa.

—Pues porque mamá, antes de irse al cielo, tiene que llevarse una promesa que has de hacer; de lo contrario, se pondrá muy triste —dijo, dibujando en su rostro una mueca de tristeza que hizo sonreír a la pequeña—. Y tú no quieres que mamá esté triste, ¿verdad?

La niña negó con la cabeza.

—¿Qué quieres que te prometa, mamá?

—Christine —dijo acariciando su mejilla—, ¿recuerdas lo que te contamos papá y yo la otra noche?

Christine se quedó en silencio por unos segundos, pensativa.

—¿Te refieres a lo de que soy un poco más especial que otros niños?

—Así es, no debes olvidarlo —afirmó con una pequeña sonrisa forzada—. Y ha de ser un secreto, Christine. No puedes contárselo a nadie. —Su rostro se puso completamente serio.

Christine se mantenía en silencio, escuchando aquellas palabras como si fueran sagradas.

—La gente no lo entendería, cariño. Podrían burlarse o... algo peor —continuó—. Y tú estás destinada a grandes cosas. Por eso prométeme que no se lo dirás a nadie, por favor, ni tan siquiera a la persona en quien más confíes. ¿Lo harás?

—Sí, te lo prometo —respondió Christine lanzándose a sus brazos—. Pero tú me protegerás, ¿verdad, mamá?

Como respuesta, su madre le dio un gran y sentido abrazo mientras una lágrima resbalaba por su mejilla hasta el hombro de su querida hija.

—Claro que sí, mi vida, mamá te protegerá siempre esté donde esté.

Unas risotadas procedentes del interior del gimnasio la devolvieron repentinamente a la realidad y, antes de volver al salón de actos, se arregló el maquillaje que las lágrimas habían arruinado y miró su cuenta de Twitter para sosegar sus nervios.

magnanonymus 16 minutes

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul ¡¿Qué es poesía?! ¿Y tú me lo preguntas? Poesía eres tú.

Archi_L 30 minutes

Quizás os llevéis una sorpresa. Dicen que Hailey ha encomiado a la extranjera al finalizar el ensayo. ¿Habrán hecho las paces?

kiwisBITCH_xo 1 hour

Yo no me lo pierdo.

princessMR 2 hours

RT @VicckiSaidWhat Hoy a las ocho *Desayuno con diamantes*: ¡Hailey contra la nueva!

VickiSaidWhat 2 hours

Hoy a las ocho *Desayuno con diamantes*: ¡Hailey contra la nueva!

SmithDakota_17 3 hours

Fotos del ensayo general: <http://bit.ly/bB9uG3>

Su corazón dio un vuelco. Aquel mensaje de 140 caracteres escrito por Magnanonymus le había devuelto la felicidad en tan sólo un instante.

Media hora antes del comienzo de la función, los actores mataban los nervios charlando en el camerino. Zach bromeaba con Nathan en un rincón y Hailey apuraba una tila preparada por la señora Ames. Norman, uno de los encargados de sonido, se acercó a Christine.

—Parece que ya empieza a entrar la gente. ¿Cómo lo llevas?

—Un poquito nerviosa.

—No te preocupes. Si lo hacemos la mitad de bien que en el ensayo general, nos quedará de maravilla.

—Eso espero. No sé por qué, pero siempre pienso que va a salir algo mal. No puedo evitarlo.

—¡Si lo tenemos todo bajo control!

—Vamos, chicos. Los técnicos, ocupad vuestros puestos —voceó la señora Ames desde la puerta—. En cinco minutos quiero a los actores entre bambalinas. Quien tenga que ir al baño que lo haga ahora. ¡Y no es broma!

La platea estaba abarrotada. Casi todos los padres y profesores de los alumnos de último curso estaban allí. Nathalie y Peter se habían sentado en primera fila, junto a Henry Fisher y la señora Butler. Peter y Henry eran amigos desde la universidad. Aunque habían estudiado carreras distintas, los dos eran miembros de la fraternidad Delta Sigma Phi.

—¿Cómo estás, Peter? He sabido por la prensa que dejas el bufete.

—Pues sí. Ha llegado el momento de volar por libre. Estoy harto de defender los intereses financieros de las fortunas de la ciudad.

—¿Y qué proyecto tienes entre manos? ¿Se puede saber?

—¿Conoces a Adam Smith? —preguntó Peter.

—Claro, todo el mundo en la ciudad lo conoce.

—Me ha ofrecido capital para crear una fundación que revise los casos de los presos que se encuentran en el corredor de la muerte.

—Muy interesante. ¿Necesitáis aportaciones?

Las luces de la sala se apagaron antes de que Peter pudiera contestar. La preciosa melodía de *Moon River* inundó el teatro mientras se abría el telón. En el escenario podía adivinarse los contornos de dos personas sentadas en unas sillas. Sólo cuando el proyecto comenzó a dibujar en la lona blanca una Quinta Avenida desierta se encendieron dos tenues luces. Nathalie y Peter se apretaron las manos en un gesto de emoción compartida. La función acababa de comenzar.

A los pocos minutos, Christine apareció en escena del brazo de Hailey. Christine se movía con tal soltura bajo su elegante atuendo que incluso Nathalie y Peter olvidaron enseguida que estaban frente a la joven con

quien compartían cenas y desayunos, para entregarse por entero al personaje de la millonaria Edith Failenson.

Lo que no sabían era que Nathan, entre bambalinas, lanzaba a la joven miradas sonrientes y frases de ánimo cada vez que Christine, en sus desplazamientos por el escenario, se ponía a su alcance.

En un momento, la muchacha apartó la vista del actor que encarnaba a Paul, con quien dialogaba, y notó que Nathan sostenía en sus manos un pequeño cartel donde, garabateadas a mano, se leían las palabras:

«¡Ánimo, lo haces muy bien!»

Ella no pudo menos que sonreír ante la osadía del muchacho.

La obra continuaba y los mensajes de Nathan se sucedían:

«Bravo por ese último parlamento!»

«Estás encandilando al público.»

Christine disimulaba muy bien y era capaz de leer los encantadores mensajes sin por ello abandonar su papel, hasta que, hacia el final de la escena, uno de ellos la dejó bloqueada. Nathan había escrito en letras muy grandes:

«Eres preciosa.»

Por unos momentos, olvidó dónde estaba y se quedó clavada en el sitio, hechizada por la tierna mirada del chico. Su compañera de reparto tuvo que susurrarle.

—Christine, di tu frase —musitó entre dientes.

Aquello la sacó de su arrobamiento. Afortunadamente, nadie de entre los espectadores se percató del desliz.

Al acabar la función, los aplausos atronaron y los actores tuvieron que salir a saludar tres veces para agradecer las muestras de aprecio del público, que los vitoreaba.

Al caer el telón por última vez, Christine, eufórica, se dirigió a su camerino para cambiarse. Abrió la puerta y la vio; en un delicado botellón sobre el tocador reposaba una rosa negra. Junto a ella había un papel doblado, que la muchacha desplegó. Lo firmaba Magnanonymus y contenía las líneas de otro poema:

A veces me figuro que estoy enamorado,
y es dulce, y es extraño,
aunque, visto por fuera, es estúpido, absurdo.

Christine acarició los pétalos de la rosa y sonrió. Nathan no se había contentado con brindarle su dulzura entre bambalinas. Decididamente, ese chico era encantador.

Acababa de quitarse el vestido y ponerse el albornoz cuando unos suaves golpecitos sonaron desde la puerta. Con una sonrisa de oreja a oreja se acercó a abrir, sabiendo que sin duda se trataba de Nathan. Pero no, era Tristan.

—¡Enhorabuena, Christine! Los has embelesado a todos —dijo, entrando al camerino.

—Muchas gracias. No es que yo sea tan buena actriz —respondió ella con humildad, abrochándose mejor el albornoz—, con esta ropa tan espectacular —dijo señalando el último vestido que había usado en la obra, que colgaba de una percha— cualquiera habría lucido espléndida.

Se sentó frente al tocador y se pasó un algodón con crema para quitarse el espeso maquillaje que le cubría el rostro. Tristán se colocó detrás de ella, posando las manos sobre sus hombros y mirándola fijamente en el espejo. Sus vivos ojos azules parecían atravesarla y Christine se sentía extrañamente turbada ante la cercanía del joven. Tal vez porque era más grande y masculino que Nathan, más maduro y seguro de sí mismo.

—Parece que no te das cuenta de lo encantadora que eres, tan ingenua, tan joven, tan bonita... —Seguía contemplándola en el espejo y le acarició el mentón con el dorso de su dedo índice, recorriendo su rostro mientras le sonreía. Christine tragó saliva, incómoda.

—Voy a darte un consejo: nunca contestes a un cumplido, y menos para rebajarlo. Acéptalo, simplemente. Disfrútalo. —Y, ya en su oído, susurró—. Deja que empape tu piel.

Christine se puso decididamente roja. Tristan sonrió pícaramente al reflejo en el espejo del rostro azorado de Christine, aún con la mano en su cuello y los labios cerca de su oreja:

—Podría enseñarte tantas cosas...

—¿Qué dices...? —preguntó ella apartándose un poco, confusa y extrañada.

Unos toques en la puerta interrumpieron la extraña situación. El joven se irguió y se separó de Christine, que se apresuró a abrir de par en par, dejando entrar a un torrente de gente. Los Dawson, Clare y Chelsea inundaron el pequeño camerino como si estuvieran dentro de una película de los hermanos Marx.

—¡Felicidades, cariño! —repetían Peter y Nathalie. Ésta, además, portaba un ramo de flores de todos los colores que era casi más grande que ella. Christine fue abrazando a todo el mundo mientras, por el rabillo del ojo, vio que Tristan salía del camerino.

—¡La obra ha sido un éxito! —gritaba Clare emocionada.

—¡Vas a ser famosa, te veo en los carteles de Broadway! —añadió Chelsea. Ambas la abrazaron y, hechas las tres una melé, dieron saltitos de alegría. De todas formas, Christine tenía una sensación agri dulce dentro de sí. No acababa de comprender qué había pasado con Tristan, ni por qué la había turbado tanto.

—Vamos a dejar que Christine se vista, chicas —sugirió Peter—, que tal vez luego tendrá que conceder unas cuantas entrevistas a la prensa. —Guiñó un ojo para que todas rieran. Justo cuando salían por la puerta apareció Nathan, haciendo que las mejillas de la chica se cubrieran con todos los colores del arcoíris, sobre todo por las caras de burla de sus amigas, que mientras se alejaban iban haciendo gestos de broma.

Ajeno a todo lo que no fueran los enormes ojos almendrados de Christine, Nathan la felicitó:

—Has estado fantástica. Eres increíble, Christine.

La chica sintió cómo en su pecho algo vibraba, algo extraño y delicioso que la hizo sonreír casi sin darse cuenta.

—Tú sí que eres increíble —añadió ella—. Mira que distraerme así con tus mensajitos. ¡Por poco se me olvidan las frases en medio de mi escena!

Le dio un cachete en la cabeza, fingiéndose ofendida, pero sin poder evitar reír a carcajadas.

—Lo siento, pensé que te gustarían —dijo él, acercándose hacia ella un par de pasos—. ¿No te gustaron?

—Sí —respondió ella simplemente. No hacían falta más palabras.

—¿Tomamos algo cuando te cambies? —preguntó Nathan, rozándole amistosamente la barbilla con la mano, justo donde la había tocado Tristan poco antes. Christine se sintió repentinamente incómoda, confusa. Se separó del chico. Necesitaba estar sola y pensar bien en todo lo que le estaba pasando.

—No lo creo, Nate. Estoy demasiado cansada y sólo me apetece recostarme. Pero nos veremos pronto.

Nathan pareció algo desilusionado, pero asintió con una sonrisa. Cuando ya salía del camerino, Christine se giró de nuevo hacia él.

—¡Por cierto, muchas gracias por la rosa!

El muchacho se quedó mirándola, pero Christine ya se había vuelto y no reparó en su expresión desconcertada. Luego Nathan se encogió de hombros, meneó la cabeza y continuó su camino. «¿Una rosa? —se dijo—. Qué cosas tiene esta chica».

Christine subió al ascensor junto con Nathalie y Peter y, apoyando la cabeza en la pared, hizo una profunda inspiración e intentó relajar el cuerpo. Estaba agotada. Además, lo que había sucedido con Tristan media hora antes la había dejado completamente perpleja. Sin embargo, en el fondo la excitaba. «No. Tristan no va a poder conmigo», se dijo a la vez que sacudía la cabeza como si con ese gesto pudiera sacar todo pensamiento fogoso sobre aquel joven rebelde.

Christine contempló la delicada rosa que yacía en su mano derecha e inevitablemente pensó en Nathan. Él era al mismo tiempo la razón por la cual la vida allí era más sencilla y también la fuente principal de su sufrimiento. Era una situación muy extraña. A veces cerraba los ojos durante unos segundos con la infantil esperanza de que al abrirlas aquel dolor hubiera desaparecido, pero siempre continuaba allí, instalado en lo más profundo de su corazón.

Las puertas del ascensor se abrieron repentinamente dejando paso al recibidor de los Dawson.

Nathalie le dio un beso en la mejilla y le dijo:

—Voy a preparar una buena cena, ¿de acuerdo, cariño? Tú dúchate y cámbiate de ropa tranquilamente.

Christine asintió y se encaminó hacia su habitación.

No muy lejos de allí, Nathan caminaba pensando en Christine. Sin saberlo, sus pensamientos iban de la mano en aquel instante. Se había quedado con

Norman y Travis, los técnicos de sonido, recogiendo los cables y desmontando algunas de las piezas empleadas en el montaje. Al acabar, le propusieron ir a tomar una copa al Attic, pero él prefirió ir andando hasta su casa. Necesitaba poner en orden sus pensamientos. Últimamente estaban ocurriendo muchas cosas en su vida y sentía que estaba perdiendo el control de sus actos. Él no solía actuar por impulsos y, de alguna forma, todo aquello comenzaba a asustarlo. Su hermano Tristan había reaparecido tras varios años «desaparecido», Christine había irrumpido en su vida con la fuerza de un volcán y Hailey estaba empeñada en conquistarlo a toda costa. Por no hablar de las terribles muertes de sus compañeras de instituto. Necesitaba pensar.

Con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de paño Calvin Klein y una colorida bufanda que contrastaba con su ropa negra, Nathan caminaba sin sentir el frío de la ciudad de Nueva York. A la altura de la 72, junto a la entrada del parque, un anciano dormía arropado por unas cajas de cartón. Se palpó los bolsillos en busca de algunas monedas y se acercó a él para dejárselas junto a sus pertenencias. El anciano abrió los ojos y le dio las gracias. Justo en ese momento, de detrás de unos arbustos salieron dos jóvenes vestidos con ropa deportiva.

—¿Qué tal, pijo? ¿Haciendo la buena acción del día?

Nathan se giró para volver hacia la Quinta, pero un tercer tipo le cortó el paso.

—Me gusta tu abrigo, colega.

—¿Tenéis algún problema? —se les encaró Nathan, arqueando una ceja y fingiendo sorpresa. Se mantuvo calmado, a la expectativa, mientras los tipos se reían. A Nathan le recordaron a los típicos *bullies* del colegio que robaban la comida y sabía que no podía demostrar miedo, pero tampoco responder violentamente ni hacer ninguna tontería.

Uno de ellos, que tenía la cabeza calva como una bola de billar y fumaba, se acercó a Nathan hasta casi tocarle el rostro y le echó el humo del cigarrillo en la cara. Nathan se aguantó las ganas de toser y le mantuvo la mirada.

—¡Pero qué nene más bien vestido! —masculló el tipo, tirando la colilla al suelo. Los otros se rieron y se acercaron a Nathan por detrás. Él hizo ademán de pasar entre dos de ellos para seguir andando, pero uno sacó una navaja y empezó a jugar con ella, cambiándola de una mano a otra.

—Si queréis pasta, tomad mi cartera. Tengo noventa dólares —dijo Nathan. El corazón le latía fuertemente, pero pensaba que, con un poco de suerte, aún podría salir airoso de la situación.

—Noventa pavos, dice la nena. Como no vamos vestidos tan elegantemente como él, se cree que queremos su dinero —dijo uno de ellos provocando la risa de sus compañeros.

—Los niños ricos creéis que todo se arregla con pasta, ¿no?

—Venga, mierda andante. He dicho que me gusta tu abrigo, no quiero repetirlo.

Nathan se lo quitó lentamente y alargó el brazo para dárselo.

—Aquí tienes, tío.

—Me llama tío, la nenaza ésta. ¿Os lo podéis creer? Sólo los colegas me llaman así, capullo —dijo el más alto de todos, subiéndole la barbilla con la punta de una navaja.

—Dejad en paz al chico —gritó el anciano incorporándose.

—Cállate viejo, si no quieres recibir tu parte —respondió el de la gorra negra, propinándole a Nathan un puñetazo en la mejilla que lo sorprendió y le hizo caer al suelo. Una vez allí, los otros dos se acercaron y comenzaron a darle patadas en las costillas y en las piernas mientras él, tendido boca abajo, se cubría la cabeza con las manos. Una sirena de la policía sonó

cerca de allí y los tres comenzaron a correr hacia el interior del parque. El anciano se acercó y lo ayudó a levantarse.

—Lo siento, hijo. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Parece que no me han roto nada.

—Si quieres coger el metro, tengo cinco pavos que puedo prestarte. Yo estoy siempre aquí, ya me los devolverás. —El viejo sonrió dejando al descubierto una dentadura de la cual sólo sobrevivían media docena de dientes.

—No, gracias, no puedo aceptarlo. Mi novia vive cerca de aquí.

—Vamos, chico... yo sé muy bien cuándo alguien está necesitado de dinero. —El rostro del anciano era afable y Nathan sintió una profunda sensación de gratitud por ese desconocido que estaba en las últimas y, a pesar de eso, se había ofrecido a ayudarlo.

—Gracias, los usaré para llamar a mi novia y ver si puedo acercarme a su casa. Mañana se los devolveré, se lo prometo.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo el anciano sonriendo.

Y, efectivamente, al día siguiente Nathan se acercaría y le daría al hombre... doscientos dólares. Tanta generosidad no podía quedar sin recompensa.

En ese momento, sin embargo, encontró una cabina telefónica y marcó el número de Christine. Había empleado la palabra «novia» para no tener que dar explicaciones, pero le encantó cómo había sonado. Ojala pudiera hacerse realidad algún día.

17. *Just the way you are*

«Nunca me había parado a pensar en cómo sería dar un beso a la persona que amas ciegamente. Esa sensación tan hermosa en la que sientes un leve escalofrío que recorre cada parte de tu cuerpo, tu corazón late con fuerza a un ritmo incontrolable y deseas que el tiempo se detenga para inmortalizarlo. El momento que toda chica adolescente quisiera guardar para no olvidarlo nunca. ¿Qué cómo sé esto? Acabo de sentirlo.»

Extracto del diario de Christine

—... y entonces el profesor Lawson nos ha mandado escribir una redacción sobre la guerra de la Independencia —contaba Christine a los Dawson mientras terminaban de cenar bajo la luz tibia de la lámpara de araña que iluminaba los restos de la comida y el cuenco lleno de frutas en el centro de la mesa.

—Cariño, estupendo, vas a aprender mucho de nuestra historia —dijo Nathalie sonriendo mientras cogía uno de los platos de macedonia de frutas que había preparado previamente para la cena. Alargó uno a Christine.

De repente, sonó el móvil de la chica. Azorada (a los Dawson no les gustaba que les interrumpieran la cena) se acercó a por él. Qué raro, era un número desconocido.

—¿Diga?

—Christine, soy Nate... ¿Estás en casa? He tenido un problema, ¿puedo visitarte?

A la chica le dio un vuelco el corazón. ¡Nathan la estaba llamando!

—¿Qué ocurre, querida? —le preguntó Nathalie amablemente mientras se llevaba unos trozos de mango y piña a la boca—. ¿Algún problema?

La chica no supo qué contestar. Ni a sus padres adoptivos ni a Nathan. Además, el tono de voz del chico era extraño, urgente.

—No lo sé, ¿me disculpáis un segundo? —dijo la chica a los Dawson mientras se alejaba y salía al recibidor.

—Nate —respondió la chica en voz baja cuando estuvo a solas, pues era bastante tarde—. Sí, claro, aquí estoy. ¿Qué ocurre?

—Necesito tu ayuda —dijo Nathan con la voz entrecortada—. Los Dawson no pueden enterarse, Christine. Voy para allá, ¿te parece?

Oh, Dios mío. Qué apuro. ¿Cómo iba a ocultarles algo así a los Dawson? Peter y Nathalie la observaban desde el salón mientras Christine, aturdida, luchaba entre dos sentimientos: quería ser sincera con ellos, se lo merecían ya que la estaban tratando con mucho cariño pero, por otro lado, deseaba con todas sus fuerzas hacer el favor que Nathan le había pedido.

Pero el tono de Nathan era urgentísimo y estaba segura de que si la había llamado debía ser por algo verdaderamente importante. Eso la decidió, lo ayudaría.

—Te espero aquí, Nathan.

Christine colgó el teléfono y volvió al salón a terminar rápidamente su macedonia.

—No pasa nada —explicó a Nathalie y Peter—, es una compañera que va a pasarse para que le deje unos apuntes. —Su rostro se ruborizó ligeramente mientras se levantaba de la mesa—. Ya he terminado, si me disculpáis, voy a mi habitación a escuchar un poco de música.

—Muy bien, cariño —respondió Peter pelando una manzana y sonriendo, como era habitual en él—. Descansa bien, ¡que las estrellas de Hollywood dicen que hay que dormir ocho horas al día para mantenerse guapa!

Christine rio la broma, salió del comedor y cerró la puerta, dirigiéndose a hurtadillas y a oscuras hacia la puerta principal de la casa e introduciendo el código para la apertura del ascensor a los invitados. Se sentía mal por haberles dicho una mentirijilla a los Dawson pero, por otro lado, era la primera vez que Nathan le pedía un favor y la trataba con esa confianza, como si entre ambos hubiese una conexión más profunda de la que podía tener con Hailey o Poppy.

Cuando el ascensor se detuvo en el último piso, el ático de los Dawson, el corazón de Christine palpitaba tan fuerte que tuvo que respirar hondo para calmarlo, pues estaba segura de que Nathan podría oír sus latidos. Accionó la apertura del ascensor con la llave.

No pudo creer lo que veían sus ojos: Nathan estaba allí, efectivamente, pero lleno de moratones y magulladuras. Mechones despeinados de pelo le caían en desorden sobre la frente sudorosa y toda su ropa estaba cubierta de polvo, como si un camión le hubiese pasado por encima.

—¡Dios mío! —se le escapó a la chica.

—Hola, Christine, siento venir a estas horas de la noche, yo... —Tosió y escupió un poco de sangre. Además, tenía un enorme cardenal bajo el ojo que estaba hinchándose y poniéndose morado.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —La chica sintió un inmediato deseo de abrazarle, pero se contuvo; en vez de eso, tiró suavemente de la tela de su camisa, sucia y arrugada, y lo hizo pasar dentro, al oscuro vestíbulo, mientras cerraba la puerta—. Voy a llamar ahora mismo a Nathalie para...

—No, por favor, de verdad, estoy bien. —Nathan la cogió del brazo para retenerla y la chica sintió una corriente de electricidad recorriendo su cuerpo—. No los molestes. Sólo quería... —Se mordió el labio y bajó la mirada, como buscando la palabra adecuada—. Sólo quería... yo...

Christine aún sentía la suave presión de los dedos de él en su antebrazo. Se miraron un instante. En ese momento resonó en el pasillo una carcajada del señor Dawson, que salía del comedor con un par de platos vacíos en la mano. Los chicos, automáticamente, se escondieron tras el perchero de la entrada en el que colgaban varios abrigos gruesos.

Se quedaron allí muy juntos durante un minuto que pareció eterno; ambos evitaron mirarse a los ojos. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro y a Nathan le sorprendió la ternura que le inspiraba el cuerpo fino y pequeño de Christine cerca del suyo, incluso en esos momentos en los que le dolían todos los músculos sentía un vivo deseo de protegerla y hacerla feliz. Era exactamente lo mismo que había sentido cuando la había visto por primera vez en el comedor del instituto, sentada allí, sola, tímida pero fuerte a la vez.

Cuando los Dawson desaparecieron de nuevo en el interior del salón, la chica susurró.

—Vamos a mi habitación. —Nathan se ruborizó hasta las orejas hasta que Christine, ajena a la reacción del chico ante su invitación, añadió—. Creo que los Dawson tienen un botiquín en el aseo grande, lo llevaré a mi cuarto y allí podré limpiarte algunas de esas heridas sin que nadie te vea.

—Claro, sí... Limpiarme las heridas, claro —repitió Nathan torpemente mientras la seguía por el pasillo sin hacer ruido. Subieron las escaleras sigilosamente hasta la segunda planta, donde estaban los dormitorios. Se sintió un estúpido, ella estaba siendo amabilísima con él, pero tenía que recordar que probablemente sólo se trataba de eso, amabilidad. La chica nunca había demostrado nada más allá de una sincera amistad.

—Nathan, pero deberías ir a un hospital, lo sabes, ¿verdad? Podrías tener algo roto.

El chico, como para darle la razón, tosió un poco y salió algo de sangre. Christine palideció por un instante.

—¿Y si te han reventado algún órgano? Esa sangre no me gusta nada...

—No te preocupes, es una muela, creo que me la han partido —se lamentó el muchacho, tocándose el área con la lengua.

Nathan entró en el cuarto de Christine y se sentó en su cama a esperarla. Miró a su alrededor y no se sorprendió de comprobar que se sentía allí como en su propia casa: una estantería con libros, muchos de ellos de poesía, un cuadro de *Desayuno con diamantes* y otro de *Vacaciones en Roma*, varios CD de música de todo tipo, especialmente de jazz. Acarició con cariño unos vaqueros de la chica que reposaban en los pies de la cama y le rozaban la pierna.

—Te estoy preparando una infusión. —La voz de Christine hizo que Nathan pegara un bote y separara la mano de los vaqueros. Ella entró, dejó una caja blanca de botiquín sobre el cobertor de la cama y salió de nuevo para regresar con una taza humeante de melisa.

—Bebe. Te sentará bien.

Nathan rodeó la taza con ambas manos en un intento de entrar en calor. Christine cerró la puerta de su habitación, se sentó junto a él y dejó que se tomara su tiempo mientras ella encendía su portátil y ponía algo de música. Nathan apuró la infusión y comenzó a hablar.

—Lo siento, Chris, no sabía dónde ir. Estaba cerca y... esos tíos me lo han quitado todo. Pasó cuando fui a darle algunas monedas a un...

—Tranquilo, Nathan. Respira, ya ha pasado todo. Ahora estás aquí, conmigo.

Christine bajó la mirada al decir eso para que Nathan no notara su turbación. La palabra «conmigo» se había quedado resonando en el aire, como una especie de eco interminable y delicioso para ambos. Un puente

que los unió durante unos segundos, aunque sus cuerpos se mantuvieran a una educada distancia.

—Me han atracado cerca de la 72 —soltó finalmente Nathan.

—Dios mío, Nathan —dijo ella llevándose la mano derecha a la boca.

—Me he acercado a la entrada del parque para darle unas monedas a un indigente y de repente han salido tres tipos de la nada. —Sorbió un poco de infusión antes de continuar—. No me ha dado tiempo a escabullirme. En un segundo ya me habían cerrado el paso. Me han dejado sin chaqueta y se han llevado la cartera y el reloj. Después me han tirado al suelo y me han empezado a patear hasta que ha sonado una sirena de la policía.

Se tocó el torso y, al hacerlo, Christine se fijó por primera vez en que la camisa tenía una mancha de sangre.

—¿Qué dices? Déjame ver. —Nathan dejó la taza en la mesilla de noche junto a unas postales que Christine había comprado durante su primera semana en Nueva York, se abrió dos botones de la camisa y dejó al descubierto parte de su abdomen. Tenía varias marcas rojizas y una de ellas sangraba ligeramente. El roce con el suelo había roto la camisa en esa parte, produciendo unos rasguños superficiales que, evidentemente, había que desinfectar.

—Hay que limpiar esas heridas, Nathan. Ahora vuelvo. —Christine entró a su baño y regresó con una toalla humedecida en agua tibia, abrió el botiquín para extraer también agua oxigenada, algodón y vendas. Se sentó junto a él y, con delicadeza, le desabrochó el resto de la camisa.

En el ordenador de Christine comenzó a sonar providencialmente *Just the way you are* de Bruno Mars.

Sus ojos hacen que las estrellas
parezcan no tener brillo,
su cabello besa el viento sin pretenderlo,

es preciosa y lo digo a diario.

Nathan se dejó hacer. Ella trataba de limpiarle con mucho cuidado, pero aun así pudo notar que varias veces el chico reprimía una exclamación de dolor. Después empezó a empapar la zona delicadamente con un algodón impregnado en agua oxigenada. Cada vez que lo posaba sobre la piel de Nathan, no podía evitar dirigir la mirada hacia su rostro para comprobar si le estaba haciendo daño y cada vez se encontraba con que él la estaba observando fijamente.

Cuando veo tu rostro,
no hay nada que quisiera cambiar en él,
porque eres asombroso
tal como eres.

El chico sentía algo desconocido y dulce que inundaba todo su cuerpo, tal vez era el cálido cariño de Christine, una sensación largamente olvidada para él desde la muerte de su madre. Toda su piel se erizaba ante el contacto con ella, incluso a través del algodón. Nathan sentía cómo sus manos deseaban acariciar la curva del cuello de ella, inclinado levemente hacia un lado mientras le curaba las heridas. Notaba cómo sus dedos deseaban bucear por entre los mechones de cabello castaño de la chica que le resbalaban por el hombro y cómo sus labios ansiaban conocer el sabor de los suyos.

Y cuando sonrías el mundo entero se detiene
y te observa por un momento,
porque eres asombrosa
tal como eres.

Nathan se debatía entre dar rienda suelta a su corazón o frenarlo. «Christine es sólo una amiga —se repetía—, y además es de otro país, donde tal vez los chicos y las chicas se relacionan de forma diferente.» No quería asustarla y perder la confianza que había ganado con ella. Pero, a la vez, no podía evitar que su mirada persiguiera todos sus movimientos como si cada uno de ellos fuera un precioso regalo.

Sus labios, sus labios,
podría estar besándolos todo el día
si ella me lo permitiera...

La chica terminó de limpiar las heridas y tomó el rollo de vendaje con una mano, mientras pasaba la otra por detrás de su espalda. Con una vuelta circular, fijó el vendaje a la altura de la herida e inició una segunda vuelta. Al pasar sus manos de nuevo por detrás de su espalda y rodear todo el torso del chico con los brazos para vendarle, el calor de sus respiraciones se hizo uno y el mundo se detuvo, asombrado quizá ante la perfección de ese momento.

Allí, en la semioscuridad, con la piel de ambos rozándose ligeramente, la vida cobraba sentido y por un segundo todo lo que los rodeaba pareció un decorado, algo falso y absurdo, porque nada existía más allá de ellos dos.

El universo podría haber sido creado exclusivamente para que ese instante tuviera lugar y todos los soles, las lunas y las galaxias que habían vagado por el espacio durante millones de años no habían sido más que una excusa para que los dos se encontraran, aquí y ahora. Al menos, eso les pareció a ellos, que se quedaron inmóviles, asustados ante la intensidad de ese magnetismo que nos les dejaba moverse ni respirar.

Sus rostros estaban muy juntos. Nathan se giró ligeramente para alcanzar con sus labios los labios de Christine y, durante apenas un segundo, ambas

bocas se unieron.

Con gran dolor, Christine se levantó bruscamente de la cama. «Dios mío, Dios mío —pensaba—, ¿Cómo he dejado que ocurra? Nada de esto es posible entre los dos. Si él supiera...» Se acercó a la ventana, intentando contener las lágrimas.

Temblaba sin poder evitarlo. Toda su vida había deseado sentir una conexión así con otra persona, incluso sabiendo que no podría ir más allá. Y ahora que lo había encontrado había resultado ser tan increíblemente intenso y puro que sabía que se pasaría el resto de su vida echándolo de menos. Sentía como si todo su cuerpo se hubiera hecho pedazos y se mantuviera unido por inercia, esperando tan sólo a que el chico se marchara para resquebrajarse.

Nathan se dio cuenta de que había cometido un error, pero no comprendía cuál había sido. Estaba seguro de que la chica había sentido lo mismo que él. Era imposible que no fuese así. Todo cuanto sabía sobre la vida le decía que aquello era lo más real que le había sucedido nunca. Incluso ahora que el momento había terminado, la tenue luz que desprendía la lamparilla de la mesita de noche e iluminaba el cuerpo de Christine parecía algo cubierto de magia, algo poderoso e inevitable, un milagro. Se sintió inundado de paz y deseaba compartirla con ella, así que, levantándose de la cama, se acercó a Christine por detrás, pero la voz de la chica lo interrumpió a medio camino.

—Ya estás curado, Nathan —dijo ella aguantando las lágrimas—. Tienes que marcharte.

—Lo siento, Christine —respondió él, confundido, sin saber qué hacer o qué decir—. No sé lo que me ha pasado.

—Te pediré un taxi, ¿OK? —respondió ella mientras cogía el inalámbrico—. Así te llevarán directo al hospital, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La chica, además, le prestó treinta dólares para el taxi. Nathan se puso la camisa y abandonó la casa de Christine. Estaba conmovido por la preocupación de la chica y emocionado todavía por la intimidad que había surgido entre ellos a raíz del incidente. Ni siquiera podía sentir el aire frío de la noche, ¡y eso que le habían robado el abrigo!

Cuando el taxista llegó, se subió al coche, aún sintiéndose en medio de una nube.

—Tú debes ser el chico al que hay que llevar al Lenox Hill Hospital, ¿no?

A Nathan le costó centrar su atención y recordar que estaba en el mundo real, que Christine estaba en su habitación y él en la calle. Todavía sentía el tacto de las manos de la chica en su piel.

—¡Oye, chico! —le despertó la voz del taxista.

—Oh, perdone. No, no se preocupe, no es necesario ir al hospital, estoy perfectamente.

El taxista le lanzó una mirada incrédula, su cara presentaba un moratón evidente.

—Si tú lo dices, chico.

—Lléveme a casa, al 742 de Park Avenue.

El taxi arrancó y atravesó Manhattan hasta dejarlo en su casa; cuando entró, no había nadie, lo cual no era extraño. Su casa era un lugar muy frío desde la muerte de su madre.

Esa noche, Nathan no consiguió conciliar el sueño. Se lamentaba por haberse lanzado de ese modo. ¿Por qué lo había hecho? Al fin y al cabo, tampoco tenía la certeza de que ella sintiera algo por él. «Joder, la he cagado, seré gilipollas —repetía como una letanía—. Ella no es como las demás y yo he actuado como si lo fuera.» Repasó mentalmente los

momentos en los que habían estado juntos y llegó a la dolorosa conclusión de que estaba enamorado. Nadie lo había hecho sentirse así jamás.

OceanofPDF.com

18. Greenwood Lake

«Greenwood Lake es la estancia vacacional preferida por la alta sociedad de Manhattan cuando llega el invierno. Numerosas familias poderosas poseen exclusivas casas de campo en este hermoso lugar. Y es que ¿quién puede resistirse a pasar un par de días rodeados por la madre naturaleza e invadidos por el mayor de los silencios? Simplemente un *must-see*.»

«Christmas Holidays», *NYC Society*

El hogar de la familia Fisher estaba en la Quinta Avenida, un elegante edificio antiguo junto al hotel Stanhope y enfrente del museo Metropolitan.

Yukino, acompañada de Poppy, iba mandando un mensaje por WhatsApp a Hailey anunciándole que habían llegado mientras se encaminaban a la puerta de entrada.

Un portero perfectamente engalanado y con guantes blancos abrió la puerta del edificio. El recibidor era enorme, se podían escuchar los tacones de las chicas haciendo eco al chocar contra el suelo de mármol mientras se acercaban a la imponente escalera que llevaba al primer piso, cuyos pasamanos estaban rematados con unas esculturas neoclásicas de Dafne y Apolo.

Las chicas cogieron el ascensor y subieron hasta la última planta del edificio, que pertenecía por completo al doctor Fisher, el padre de Hailey.

La criada abrió la puerta y ellas caminaron a través de una intrincada maraña de pasillos y puertas cerradas que daban a las quince estancias que

tenía el apartamento, la mayoría con muebles del siglo XVIII y XIX: camas con dosel, escritorios modernistas y sillas dignas de museo.

Grandes ventanales daban luz al pasillo y a todas las estancias y desde ellos se podía divisar Manhattan en todo su esplendor. Las chicas sabían cuál de las puertas daba al salón principal; en él habían celebrado varias fiestas, pues tenía casi cien metros cuadrados. Había sido la casa de la familia de Alison, la madre de Hailey, cuyo padre era el gerente de una importante compañía naviera holandesa.

Al fondo estaba la escalera para subir a la parte superior del dúplex, una zona más pequeña y abuhardillada donde se encontraban los dormitorios familiares, entre ellos, el de Hailey.

—Hola, chicas —las saludó Hailey—, pasad.

Gran parte de la ropa de Hailey descansaba sobre las sillas y la cama de la habitación. Poppy y Yukino la miraban divertidas mientras ella se probaba la ropa que llevaría el fin de semana.

—¿Qué tal éste, chicas? —preguntó Hailey.

Era un vestido gris con mangas largas de color negro de la nueva colección de DKNY. Ellas ni siquiera tenían que contestar, ya que era la propia Hailey quien se contestaba a sí misma antes de que sus amigas abrieran la boca.

—Sí, éste sí. Definitivamente sí —afirmó mientras deslizaba los tirantes sobre los hombros, dejando caer el vestido con despreocupación.

—Ya has metido ropa para una semana. ¿Por qué no paras ya? Además, Brandon estará a punto de llegar —protestó Yukino, quien comenzaba a aburrirse del particular pase de modelos de Hailey.

—Una nunca sabe qué ropa necesitará hasta que no llega el momento, chicas —contestó ella con aires de superioridad.

—No me digas que ahora eres una gurú de la moda —dijo Poppy lanzándole el jersey de punto a la cara para que se lo pusiera.

—Pues claro que sí, una no puede ponerse cualquier cosa. Depende del estado de ánimo, de la temperatura, de la luz que haya...

—¿De la luz que haya? Se te empieza a ir un poco la cabeza, ¿no crees? —respondió Yukino.

—¿Qué dices? La ropa sienta de una forma u otra dependiendo de la luz que haya en el ambiente. ¿Ya no lees la *Vogue* o qué?

—Eres única, Hailey.

—Lo sé —respondió ella besando su propia imagen reflejada en el espejo—. ¿Nos vamos?

—Aún no ha llegado Brandon. Bajamos cuando llegue, que hace un frío horrendo.

—Brandon llamará al timbre en aproximadamente treinta segundos. Venga, vamos —contestó Hailey con seguridad.

Exactamente treinta segundos después, sonó el timbre del apartamento.

—Pobre Brandon, lo tienes bien domado, ¿eh? —dijo Poppy.

—Por supuesto. No soporto la impuntualidad, y él lo sabe. Un novio está para complacerte. A cambio, sólo piden algo de sexo. Son así de tontos —dijo Hailey abriendo la puerta del apartamento—, ¿verdad, cariño?

—¿Cómo? —preguntó Brandon, que no sabía de qué estaban hablando.

—Tú di que sí y ya está —le dijo Hailey plantándole un sonoro beso en la mejilla.

—Como tú digas —respondió él con resignación.

Salieron del edificio y se encaminaron hacia los coches, que se encontraban aparcados en el otro extremo de la avenida.

La ventanilla del coche de Kendrick se bajó y a Hailey le hirvió la sangre al ver a Nathan en el asiento de atrás junto a Christine.

—Bueno, qué, ¿nos vamos o pasamos aquí todo el fin de semana? —protestó Joe sacando medio cuerpo por la ventanilla del vehículo de Kendrick y sujetando una botella de vodka en la mano.

—¿Tú no pierdes el tiempo, eh? —le dijo Yukino.

—Me gusta desayunar fuerte. Anda, ven con papá —respondió él.

—Ni en el mejor de tus sueños, Joe —respondió ella metiéndose en el coche de Brandon.

Brandon conducía su nuevo coche, un Ford Flex de siete plazas con un enorme maletero que Hailey ponía a prueba cada vez que salían de la ciudad. Lo seguía Kendrick, quien conducía un viejo Chrysler LeBaron del 94. A él no le gustaba hacer ostentación de ningún tipo y ese coche era la prueba más clara. Sus padres, con la excusa de la seguridad, le pedían una y otra vez que se deshiciera de aquella antigualla, pero Kendrick, tozudo como él solo, no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Bienvenida a los años noventa, Christine, ¿sabes qué es esto? —dijo Joe girando la cabeza y mostrando una cinta de casete—. Dicen los historiadores que la gente solía utilizarlas en el siglo pasado para escuchar música.

—Trae aquí eso, cabeza hueca —interrumpió Kendrick quitándole de la mano la cinta de casete—. Además, suenan mejor las cintas que los MP3, ya verás.

Introdujo la cinta en el radiocasete del coche y subió el volumen al límite. Los infecciosos acordes de *A girl like you*, de Edwyn Collins, acabaron con la discusión.

—Oye, tío, ¿y a ti qué te ha pasado? —preguntó el chico señalando el moratón que aún se notaba en la cara de Nathan.

—Tuve un pequeño problema con un tipo —respondió él sin dar más detalles—, pero se solucionó.

—¿Te duele? —preguntó Christine en un hilo de voz, azorada al recordar lo juntos que habían estado sus cuerpos cuando le curó en su casa.

—Para nada —mintió el chico. Todavía le dolía un poquito, pero estar tan cerca de Christine le curaba todos los males. Se sonrieron.

—¡Qué misterioso! —interrumpió Kendrick—. Oye, ¿no te estarás sacando el título de Batman en la escuela nocturna o algo así? —e, imitando la voz seria de Nate, dijo—: «Solucionando problemas, salvando a la ciudad».

Los chicos rieron con ganas. Christine descubrió con agrado el lado más gracioso de Kendrick. Le había encasillado como el chico serio de la pandilla, pero nada más lejos de la realidad. Se tomaba muy en serio su formación académica, pero fuera del entorno del instituto sacaba a relucir un irónico sentido del humor que hacía que te partieras de risa con él.

En apenas una hora llegaron a Greenwood Lake. El inmenso lago tenía catorce kilómetros de largo y alrededor de él se habían ido construyendo casas residenciales con embarcaderos privados.

El pueblo, del mismo nombre que el lago, había ido creciendo en la cabecera norte y basaba su economía en las adineradas familias que durante la primavera y el verano acudían a Greenwood. Un signo claro de que las casas del lago no estaban al alcance de cualquiera era que la población contaba con un pequeño aeropuerto de una pista, suficiente para que pudieran operar los *jets* privados. Además, el año anterior el equipo de la serie *Los Soprano* de la HBO había rodado el capítulo final en el lago, cosa que provocó las quejas de los vecinos, quienes consideraron de mal gusto que se relacionara a los habitantes y visitantes de Greenwood con la mafia de Nueva Jersey.

Aparcaron junto al club náutico de Moosehead, en la parte oeste del lago, y salieron de los coches.

—Aquí no hay más que embarcaderos. ¿Cuál es la casa de Hailey? —preguntó Christine extrañada.

—La tienes justo enfrente de ti —respondió Nathan.

—¡Madre mía! —dijo ella en perfecto castellano—, ¿no me digas que es aquélla del tejado rojo?

—¡Bingo! ¿A que es un buen sitio para refugiarse?

—Ya lo creo.

Frente a ellos, justo en el centro del lago, había una isla de forma alargada en la que cinco de los más privilegiados visitantes de Greenwood habían construido sus casas de veraneo. Para llegar a ella era indispensable el uso de una embarcación, así que Brandon puso en marcha la pequeña lancha que los llevaría hasta la isla, no sin antes comprobar que hubiera suficiente gasoil para aquel par de días.

—Nosotros también tenemos una casa por aquí —le dijo Nathan a Christine.

—¿Sí? ¿En la isla?

—No, allí, en algún sitio del pueblo —dijo señalando el conjunto de casas concentradas en la parte norte.

—¿Cómo que en algún sitio del pueblo? ¿Acaso no sabes dónde está tu casa? —preguntó Christine con inocencia.

—Pues la verdad es que no. El único recuerdo que tengo es que la parte de detrás de la casa comunicaba con el inmenso bosque Sterling, pero no recuerdo mucho más. La casa la compraron mis padres con los beneficios que obtuvieron de sus primeros aciertos bursátiles. Pasamos allí un verano, pero al poco tiempo murió mi madre y jamás volvimos a la casa. Por eso no sé dónde está. Alguna vez le he preguntado a mi padre y me ha dicho que la ha vendido, pero lo dudo. Mi padre nunca vende una propiedad que le

reporta beneficios, y estas casas se revalorizan cada año más de un cinco por ciento.

—Vaya. ¿Y no te gustaría ir algún día?

—No lo sé. A veces me asusta enfrentarme a mis propios recuerdos —dijo Nathan bajando la vista.

Un leve golpe de la lancha contra el refuerzo del embarcadero cortó abruptamente la conversación.

—¡Ya hemos llegado, grumetes! Bienvenidos a Fox Island —exclamó Hailey haciendo el saludo militar con la mano izquierda.

A pocos metros del amarre destacaba un coqueto quiosco de madera de planta octogonal que servía para resguardarse en caso de lluvia. Caminaron sobre la pasarela hasta llegar a tierra firme y entraron en la propiedad. La casa no llamaba especialmente la atención. Era una casa de dos plantas y desván, muy parecida al resto de las construidas en las márgenes del lago. El verdadero lujo era la tranquilidad de la que se podía disfrutar gracias a su ubicación. Para bien o para mal, allí estaban aislados de la civilización.

Al llegar al salón dejaron las maletas sobre la alfombra y cada uno se sentó donde pudo.

—Bueno, chicos. Somos ocho y hay cuatro habitaciones. ¿Cómo lo veis? —preguntó Hailey.

Justo en el momento en el que acabó la frase, los chicos salieron disparados hacia las habitaciones.

—¡Ésta es la mía! —dijo Kendrick tirándose sobre la cama de la habitación con vistas al lago.

—¡Yo me quedo con ésta! —replicó Nathan lanzando su bolsa de viaje Louis Vuitton a la cama contigua.

—¡Menudos capullos! Nosotros tendremos que dormir en la habitación que da al bosque —protestó Joe.

—¿Y qué más da, tío? No me digas que tienes miedo —bromeó Brandon—. Igual Yukino te hace un hueco en su cama esta noche.

—Ni loca. Yo dormiré con Hailey y Poppy, así que no necesito a nadie más para darme calor —voceó maliciosamente Yukino desde el salón.

—Supongo que a ti te queda la habitación de arriba, Christine. Si lo prefieres, puedes dormir aquí también. Este sofá se hace cama y es súper cómodo.

—No, no. Está bien. Así no tendré que aguantar los ronquidos de nadie —bromeó ella para quitarle hierro al asunto.

La verdad era que tenía algo de miedo. Una casa como aquélla, en medio de una isla desierta y en esa época del año le imponía un poco.

—De todas formas, si te sientes sola allí arriba, siempre puedes pedirle a uno que yo me sé que te calienta el colchón —soltó Poppy sin atreverse a mentar el nombre de Nathan.

—Voy a por leña —dijo él haciéndose el indiferente.

—Voy contigo, Nate —declaró Kendrick poniéndose el abrigo.

—Conmigo no contéis, chicos. Tengo que hacer una visita al sótano. Voy a ver con qué botellas nos emborracharemos esta noche —acertó a decir Joe mientras se tapaba con una manta—, pero antes necesito echarme un sueñecito.

Después de cenar, Hailey entró en la cocina y regresó con una bandeja repleta de chupitos de tequila, una botella de cerveza y una baraja de cartas.

—Lo de los chupitos y la baraja lo pillo, pero ¿quién narices bebe cerveza aquí? —preguntó Joe.

—La cerveza es lo más importante de todo. —Hailey colocó el botellín sobre la mesa y puso el mazo de cartas a su lado—. Cada uno de nosotros toma una carta del montón y tiene que colocarla sobre el tapón del botellín.

Al que se le caigan las cartas bebe, y vuelta a empezar. Fácil, ¿no? Si uno tira las cartas y no quiere beber, se quita una prenda. ¿De acuerdo?

Los chicos jalearon la propuesta y Christine deseó no haber ido a la excursión. Su aguante con el alcohol era nulo, así que debía confiar en su buen pulso.

—¿Quién empieza? —preguntó Poppy.

—Tú misma, por hablar —respondió Yukino pasándole el mazo de cartas a su amiga. Ésta cogió una carta y la depositó con pulso de cirujano sobre el tapón sin que se cayera. El turno siguiente fue el de Joe, quien deliberadamente golpeó la carta de Poppy con la suya para beber.

—Joder, Joe, el alcohol te va a matar —exclamó Kendrick.

—De algo hay que morir, capullo —respondió él levantando el vaso de tequila antes de echárselo al gaznate.

A medida que el juego iba avanzando, la habilidad para colocar la carta sin hacer caer el resto disminuía de forma proporcional. Algunos de ellos, incapaces de beberse otro tequila, habían optado por quitarse alguna prenda.

—Te toca, Poppy —dijo Nathan al terminar de colocar su carta sobre el resto.

—Ostras, sí que me lo habéis puesto mal —respondió ella.

—Sí. Estoy deseando verte el sujetador —se mofó Kendrick.

Ella colocó la carta suavemente sobre las demás y consiguió que no cayeran. Sin embargo, al retirar la mano, el equilibrio precario de los naipes se vino abajo. Los chicos silbaron y aplaudieron.

—Apuesto a que es de color rosita —dijo Joe.

—Yo digo que blanco —replicó Nathan.

—Pues yo creo que no lleva —opinó Brandon.

Para sorpresa de todos, Poppy se levantó del sofá.

—Me parece que os vais a quedar con las ganas de verme en sujetador, chicos.

Agachándose ligeramente, Poppy se metió las manos bajo la falda y deslizó piernas abajo un tanga de color negro.

—¡Madre mía! —exclamó Kendrick—. Creo que tendré que darme una ducha fría esta noche.

—Te toca a ti, Christine —recordó Hailey.

Esta vez no consiguió siquiera colocar la primera carta. Ella no estaba acostumbrada a beber y los seis chupitos de tequila que llevaba estaban comenzando a hacerle efecto.

—¡Mierda! No puedo beber más, chicos. Lo juro —dijo Christine con solemnidad.

—No pasa nada. ¿Qué prenda te quitas a cambio? —cuestionó Yukino.

—Es que tengo mucho frío, ¿qué tal si me perdonáis?

—Bueno. Si no bebes, nos debes una prenda —dijo Hailey acercándose a Christine con la intención de quitarle el jersey que llevaba. Christine reaccionó instintivamente estirando el brazo para evitar que se acercara a ella y le propinó, sin darse cuenta, un golpe en la boca del estómago.

—¡¿Estás loca o qué?! Sólo es un juego —protestó Hailey llevándose las manos al estómago.

—Lo siento... Yo... De verdad, no quería, no sé cómo ha sido, Hailey. Lo prometo.

—¡¿Crees que todo puedes arreglarlo con un estúpido lo siento?! —respondió Hailey furiosa, a punto de entrar en un ataque de nervios—. Vas de mosquita muerta cuando en realidad...

—Hailey. —El tono seco con que pronunció Nathan su nombre hizo que la muchacha se quedase en silencio, mirándolo atentamente a los ojos—.

Basta. No es necesario que montes un numerito por una tontería así, ¿vale? Además ya te ha pedido disculpas.

Hailey siguió en silencio, atónita ante las frías palabras que habían salido de la boca de Nathan en defensa de Christine. Además, su mirada gris le había penetrado el corazón como si del mismo filo de una espada se tratase. Sin mediar palabra y apretando la mandíbula, se levantó del suelo y se marchó de la estancia; se sentía humillada.

Aquel incidente puso un abrupto fin a la noche y cada uno se fue a su habitación. Christine no conseguía conciliar el sueño pensando en el puñetazo que le había dado a Hailey. Se levantó de la cama y bajó al salón con la intención de tumbarse en el sofá y dejar que los horribles anuncios de la teletienda la ayudaran a dormir. Al llegar al salón, vio luz que salía por debajo de la puerta de la cocina. Se acercó y la abrió suavemente.

—¿Has venido para pegarme otra vez? —inquirió Hailey.

Estaba sentada en un taburete alto, tipo bar, y miraba el Classic Channel con indiferencia.

—No podía dormir pensando en ello. ¿Cómo te encuentras?

Hailey percibió sinceridad en sus palabras y aparcó la ironía.

—Mejor, gracias.

—De verdad que no quería.

—No pasa nada —interrumpió Hailey—, además tengo yo la culpa. No debería haberte obligado.

Christine acercó una silla y se sentó junto a Hailey.

—¿Puedes creer que ya consideran a *Rain Man* un clásico? —preguntó Hailey en alusión a la película que estaban emitiendo en el canal Classic.

—Ya ves. Si Hitchcock levantara la cabeza... —bromeó Christine.

—Por cierto, no he tenido la oportunidad de darte las gracias.

—¿Por qué? —preguntó Christine extrañada.

—Por tu estupenda actuación en la obra. Interpretar junto a alguien como tú hace que una se esfuerce al máximo para sacar lo mejor de sí misma.

—Gracias, Hailey. Tú también lo hiciste de maravilla.

—¿Sabías que entre el público estaba Larry Adams? Acompañaba a la madre de Anne. Ya ves. Con el divorcio todavía coleando y ya se pasea por ahí con su nuevo novio. En fin. El caso es que Larry es un productor muy conocido y al final de la obra se me acercó para felicitarme y me dijo que pensaría en mí para un nuevo proyecto. Estoy que no me lo creo. ¡Larry Adams en persona! No es nada seguro, pero la verdad es que sería la mejor oportunidad para hacer algo que me gusta de verdad.

—Enhorabuena. ¡Me alegro un montón por ti, Hailey!

Por vez primera, ambas se dieron un abrazo sincero. Parecía que Hailey había enterrado el hacha de guerra.

Amaneció en Greenwood Lake y los primeros rayos de sol entraron por la ventana de la habitación de Kendrick y Nathan. Kendrick se tapó la cara con la almohada y se giró dando la espalda a la ventana. Nathan, sin embargo, se incorporó y se puso en pie. Quería ser el primero en ducharse para ir a preparar la barca. Había pensado en darle una sorpresa a Christine proponiéndole un paseo por el lago. Estaba harto de ir con pies de plomo. Se había cansado de fingir que entre ellos no pasaba nada y decidió que ese mismo día iba a decirle todo lo que guardaba en su interior. Tenía que dejar fluir las palabras que le impedían dormir cada noche y tenía que arriesgarse ante la posibilidad de que ella no sintiese lo mismo. Se calzó y cogió una toalla del armario de la habitación. El ruido del agua despertó a las chicas, que dormían en la habitación contigua.

—¡Cierra el grifo, que queremos dormir! —protestó Yukino golpeando la pared con los nudillos.

—¿Qué hora es? —preguntó Hailey con los ojos medio cerrados.

—Las siete y media. ¿No se supone que estamos de vacaciones? —respondió Poppy levantándose de la cama y metiéndose en la de Yukino.

—¡Oye! Hacerme un hueco a mí también, ¿no? —añadió Hailey mientras se metía en la cama.

—¿Se puede? —preguntó Joe desde el otro lado de la puerta.

—¡¡¡NO!!! —contestaron ellas al unísono.

—Gracias, chicas —contestó él haciendo caso omiso de su negativa—. ¿Qué hacéis las tres en la misma cama? Mis sueños más húmedos hechos realidad. ¿Os importa si miro? Vosotras seguid a lo vuestro, como si yo no estuviera.

—Eres un cerdo, Joe. ¡Brandon! Saca a tu amigo de aquí —gritó Hailey.

—¿Qué pasa? —dijo él asomando la cabeza a la habitación—. Ostras, ¿puedo mirar? —bromeó él mientras se sentaba en la cama junto a su amigo.

—Todos los tíos sois iguales —afirmó Yukino levantándose de la cama y poniéndose una sudadera por encima del pijama.

—¿Es por eso que te gustan las tías? —dijo Joe esperando que su amigo le riera la gracia.

—¡Vete a la mierda, Joe! —respondió Yukino abandonando la habitación con un fuerte portazo.

Nathan salió de la ducha y, tras vestirse rápidamente, subió a la habitación en la que dormía Christine. Al llegar frente a la puerta se detuvo un instante, se pasó los largos dedos por el alborotado pelo y respiró profundamente. Llamó a la puerta con delicadeza y ésta se entreabrió,

dejando una pequeña abertura de un centímetro. Se abstuvo de volver a llamar y disfrutó de la preciosa imagen de Christine dormida, bañada por la tenue luz que entraba en la habitación.

«Para bien o para mal, hoy es el día —pensó mientras la observaba—. Voy a volverme loco si no se lo digo hoy mismo.»

Como si hubiera sentido su presencia, Christine se giró para coger el reloj de la mesilla y Nathan aprovechó para volver a llamar a la puerta.

—¿Christine?

—Buenos días.

—¿Puedo pasar? —preguntó Nathan.

—No, por favor. Estoy muy fea recién levantada.

«A mí me parece que estás preciosa», pensó Nathan sin atreverse a decirlo en voz alta.

—OK, no te preocupes, te espero en el embarcadero, ¿vale?

—¿En el embarcadero? ¿Nos vamos ya? —preguntó Christine.

—No, no. Nos vamos tú y yo. Nos vamos a conocer el lago, ¿te apetece?

—Muchísimo —respondió ella sintiéndose la chica más afortunada del mundo—. En media hora estoy allí.

Nathan la esperaba bajo el quiosco del embarcadero con los codos apoyados en la baranda mirando hacia el horizonte. A pesar de estar en pleno invierno, el día no amenazaba lluvia. Las nubes altas templaban el ambiente y el sol que se filtraba a través de ellas calentaba la zona sur del lago. Él trataba de ordenar en su interior las palabras que luchaban por salir y liberarle del sufrimiento que le provocaba el silencio.

Solamente cuando Christine llegó hasta el quiosco se percató Nathan de su llegada.

—Hola. ¿Esperas a alguien? —bromeó Christine.

—Eh... sí, claro... a ti —titubeó él.

—¿Estás bien? —preguntó ella extrañada. Nathan era un chico tan seguro de sí mismo que la sorprendía verle balbuceando.

—Sí, estoy bien. Es el frío —mintió él. Los nervios no lo dejaban ni hablar—, en cuanto empiece a remar se me pasará, no te preocupes.

Nathan subió primero a la barca para estabilizarla y ayudar a Christine. Le tendió la mano y ella la cogió firmemente. La energía que fluía de sus cuerpos se hizo una bajo el cielo violeta de invierno.

Nathan se adentró a la zona centro del lago, alejados de la isla y de las riberas a partes iguales. En ese punto, el mundo parecía detenerse.

—¿Oyes? —preguntó Nathan.

—Hummm, no —contestó con cierta vergüenza—, ¿qué se supone que tengo que oír?

—La nada, el precioso sonido del silencio. Cierra los ojos y escucha con atención —dijo él.

Christine se sintió un tanto extrañada ante la propuesta, pero se dejó llevar, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Poco a poco, se fue dando cuenta de que el ruido de los coches de la carretera 511 no se escuchaba. Tampoco se oían ninguna de las sirenas que las barcas y lanchas hacían sonar para indicar que zarpaban. Era cierto. El silencio tenía un sonido especial. Escuchaba el sonido del viento, el movimiento del agua e incluso su respiración. Después de un par de minutos, abrió los ojos.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Nathan, quien durante ese tiempo no había despegado la vista de Christine y había advertido cómo las facciones de su rostro habían cambiado desde el escepticismo inicial hasta la leve sonrisa que esbozó al final.

—La verdad es que nunca me había parado a escuchar con tanta atención. Ha sido una experiencia bonita.

—Christine —dijo Nathan fijando los remos al escámo mediante un nudo marinero—, tengo algo que decirte. No soy muy bueno con las palabras. Te he pedido que escucharas el silencio para que intentaras ir más allá de las palabras que voy a pronunciar. Te parecerá una tontería, pero me gustaría que pudieras entrar dentro de mí y acariciar mi silencio, y leer en él que estoy loco por ti. Te necesito a mi lado como quien necesita respirar, Christine.

Nathan se levantó y se sentó a su lado.

—Eso es precioso, Nathan. No sé qué decir —respondió ella azorada.

En su interior bullían las palabras que deseaba decirle, los recuerdos de las lágrimas derramadas y la promesa que se había hecho a sí misma de acabar con esa dolorosa situación. Sin embargo, ese día no era como los demás. En ese precioso paraje en el que se podían escuchar los sonidos de la naturaleza y hasta el propio latido del corazón, Christine decidió dejarse llevar. No quiso traicionar a su propio corazón y se negó a pensar en lo que podría ocurrir mañana. En ese momento, sólo existía el hoy.

Ambos se miraron como si fuera la primera vez que se veían y dejaron que el silencio los envolviera por completo. Nathan retiró el cabello del rostro de Christine y mantuvo la mano en su mejilla durante un instante. Después la deslizó suavemente por el cuello hasta tocar su nuca con la yema de sus dedos. Christine sintió un escalofrío que la hizo cerrar los ojos y suspirar profundamente. Con su mano izquierda buscó la mano de Nathan y se acercó a él hasta tocar con la punta de su nariz la mejilla de él. Sus labios se rozaron levemente y durante unos segundos disfrutaron de aquel sensual contacto. Después, Nathan mordió suavemente el labio inferior de Christine y ambos se dejaron llevar por la pasión tanto tiempo contenida.

—¿Cómo estás? —le preguntó Nathan cariñosamente pasados unos largos y dulces minutos.

—Nunca había estado mejor.

Cuando ya estaban cerca del embarcadero consiguieron distinguir a Kendrick, que los esperaba sentado en el banco del quiosco.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? ¿Te pasa algo? —preguntó Nathan pasando de la sorpresa a la preocupación.

—No, a mí no me pasa nada. He salido para ver si vosotros estabais bien.

—Claro que estamos bien. ¿Qué pasa, Ken?

—Ese cabrón ha vuelto a hacerlo. Anne Gyllenhaal ha desaparecido.

Llegaron a casa consternados. A pesar de que Anne no pertenecía al grupo, era una de las alumnas más conocidas del instituto por la gran cantidad de premios cosechados como gimnasta rítmica. En el 2008 había participado en los Juegos Olímpicos de Pekín y su cuarta posición fue celebrada por toda la comunidad educativa. Poppy y Yukino lloraban abrazadas y Hailey apoyaba la cabeza sobre las piernas de Brandon, en el sofá del salón.

—¿Quién será la siguiente? ¿Por qué no pillan ya a ese psicópata? —protestó Yukino secándose las lágrimas.

Poppy se desasíó del abrazo de su amiga y, con la cara muy pálida, dijo:

—Creo que no voy a volver al instituto.

—¿Qué dices? —exclamaron todos.

—Pues sí, está claro que está atacando sólo a chicas de nuestro instituto. Lo más seguro es no ir a clase. No entiendo por qué las autoridades no lo cierran hasta que esto se resuelva.

—Poppy tiene razón —dijo Hailey incorporándose del sofá—. Tiene que ser alguien del instituto. No tiene otra explicación. ¿Quién va a confiar en un extraño con todo lo que está pasando?

—No necesariamente —respondió Nathan, acaparando todas las miradas—. Además, ¿quién ha dicho nada de confiar? Tal vez la atacó en mitad de una calle en la oscuridad.

Yukino comenzó a sollozar de nuevo fuertemente.

—Entonces ¿dónde estaremos seguras?

La propia Christine sentía el corazón en un puño y las lágrimas en la garganta, pugnando por salir. Aunque no sabía qué podía decir para tranquilizar a los demás, cuando ella misma estaba tan nerviosa. Qué mala suerte que aquello estuviera pasando en su instituto.

—¿Qué quieres decir, Nathan? —inquirió Joe.

—¿Acaso alguno de vosotros ha pensado que le podía ocurrir a él? Siempre pensamos que las desgracias les ocurren a otros. ¿Crees que eso no lo sabe el asesino? —reflexionó Nathan.

—Me estás dando miedo con ese rollo de la psicología del criminal que te estás montando, tío —dijo Brandon—. La verdad es que ninguno de los que estamos aquí tenemos ni pajolera idea de lo que se le pasa a ese loco por la cabeza.

—¿Y no te da más miedo eso? Yo prefiero intentar conocer cómo actúa, para estar prevenidos.

—Por favor, ¡¿podéis callaros todos de una vez?! —gritó Poppy, histérica. Y salió de la sala dando un portazo. Yukino, inseparable como siempre, salió tras ella.

Los chicos se quedaron en un silencio tenso. Nadie parecía saber qué decir. Christine simplemente apretó la mano que Nathan le había alargado y se quedó ahí, sintiendo que ésa era la única cosa real y que todos los asesinatos y los sucesos horribles del mundo no eran más que pesadillas, que no existían si su mano seguía agarrada a la del chico.

Aquel terrible suceso hizo que el grupo abortara el fin de semana y decidieron volver a casa esa misma tarde.

A medio camino, Kendrick rompió el silencio sintonizando las noticias. La CBA estaba emitiendo un programa especial sobre la desaparición de Anne y las muertes de las alumnas del Magnificence. Los periodistas ya habían bautizado al criminal como el Asesino de la *jet set*. En ese momento, hablaba el entrenador personal de Anne quien, con voz acongojada, describía a la audiencia la última vez que la había visto con vida.

«Fue hace dos noches. Ella estaba muy contenta y ansiosa por acabar el entrenamiento. Me pareció raro porque ella nunca tenía prisa por acabar. Cuando se marchó, miré por la ventana y vi que cruzaba la carretera. Al otro lado la esperaba alguien subido a una moto de gran cilindrada. En un principio, me alegré porque comenzara a vivir una vida al margen de los entrenamientos, pero al cabo de una hora me llamó su padre diciendo que aún no había llegado a casa. Jamás me lo perdonaré. Lo tuve a menos de veinte metros y no hice nada.»

Nathan apretó la mano de Christine con fuerza y después la soltó para darse la vuelta. De rodillas en el asiento de atrás, siguió con la vista un Maybach 57 plateado hasta que el vehículo se perdió en el horizonte.

—¿Estás bien Nathan? —preguntó Christine.

—Sí. Creo que sí.

—¿Crees?

—¿Has visto ese coche plateado que acaba de pasar?

—No, no me he fijado.

—Creo que era el coche de mi padre.

—¿Así que no ha vendido la casa, no?

—Exacto. No entiendo por qué me hace creer que la ha vendido. Te juro que no lo entiendo.

—No te preocupes por eso ahora, Nathan. Intenta relajarte —le dijo Christine mientras volvía a tomarle la mano.

OceanofPDF.com

19. *Merry Christmas, dear*

«Cómo nos gusta la Navidad en Nueva York. ¿Por qué? Pues porque la ciudad adquiere un ambiente deslumbrante, un ambiente especial cargado de miles de emociones.

Es hora de salir de compras, hora de ir a patinar a Bryant Park o admirar los veintidós metros de altura del gran árbol de Navidad en Rockefeller Center. Pero, ante todo, es tiempo de disfrutar y recordar los viejos tiempos con los seres más queridos.

Es una verdadera lástima que la familia Gyllenhaal esté pasando por esto en unas fechas tan significativas. Esperemos que el espíritu navideño pueda cumplirles su deseo más intenso. Anne, te queremos.»

«Christmas day», *The New York Times Society*

Christine se despertó emocionada. Era el día de Navidad y sabía que la esperaba algún regalo bajo el pequeño árbol que presidía el salón. Mientras se duchaba pensó en lo mucho que echaba de menos a Nathan. Habían pasado dos días desde la declaración de la barca y no habían vuelto a verse. No se arrepentía de aquello, pero tampoco era algo de lo que se sintiera especialmente orgullosa. Nathan estaba abriendo su corazón como nunca lo había hecho con nadie y ella no le estaba correspondiendo de la misma manera. Por supuesto que estaba enamoradísima de él, pero la mentira que estaba perpetuando no le permitía disfrutar plenamente de su compañía. Por un momento, pensó que sería una buena idea decirle la verdad, pero ante el miedo al rechazo y a la burla enterró esa idea. Había sufrido demasiado por la incompreensión de la gente y no podría soportar el desprecio de Nathan.

«¿Qué puedo hacer?», se preguntó frente al espejo sin encontrar la respuesta adecuada.

Minutos después, y un poco más centrada gracias al agua caliente de su ducha matutina, Christine apareció en el salón.

—¡Feliz Navidad, cariño! —dijo Nathalie al verla.

—Feliz Navidad, Christine —replicó Peter poniéndose en pie para abrazarla.

—Igualmente. Feliz Navidad a vosotros también —respondió ella fundiéndose en un abrazo con Peter y Nathalie.

—¿Has visto lo que ha dejado Santa Claus debajo del árbol? —A Nathalie le brillaban los ojos de pura felicidad.

Christine se acercó y vio dos paquetes de diferentes tamaños. El grande estaba envuelto en papel dorado y el pequeño en papel plateado. Para ambos habían utilizado un precioso lazo rojo semitransparente con los bordes en oro.

—¿Cuál abro primero? —preguntó ella.

—El que tú quieras, son tus regalos... —contestó Nathalie.

Se decidió por el más pequeño. Deshizo la lazada con delicadeza y levantó la tapa plateada. En su interior, había una bolsa de tela negra con cierre encordado y con las letras del establecimiento impresas en gris. No tenía ni idea de lo que podía ser. En la bolsa sólo ponía: «Aldo, since 1949». Nathalie y Peter la miraban expectantes. Christine sacó la bolsa de tela del interior y estiró el cordón para abrirla. No podía creérselo. Eran un par de zapatos de Gucci. Nathalie era única. Hacía unas semanas, paseando por el Soho, se pararon frente a un escaparate y vieron ese mismo par de zapatos. Con un simple comentario, Christine dijo que eran muy bonitos y, por lo visto, Nathalie tomó buena nota. Se sintió un poco cohibida, tratándose de un regalo tan caro, pero no se atrevió a decirles nada.

La segunda caja contenía un bolso a juego. Esta vez le pareció demasiado. Muy a su pesar, no podía aceptar aquel precioso bolso de Louis Vuitton.

—Gracias a los dos, pero no puedo aceptarlo —dijo Christine.

—Anda, no digas tonterías. Una chica tan guapa como tú tiene que tener al menos un Vuitton en su armario. —Nathalie intentó sonar convincente en su argumento.

—Te aconsejo no llevarle la contraria, Christine. Insistirá tanto que acabarás aceptándolo sólo para que calle —replicó Peter poniendo un toque de humor a la situación.

—Muchas gracias a los dos. ¡Me encantan!

—Por cierto, he estado hablando esta mañana con Henry y me ha confirmado que hoy comerán con nosotros. También vendrán su hija Hailey y la señora Butler. ¿Qué te parece? —preguntó Peter.

—¡Genial! —respondió ella, mirándose al espejo. Peter no supo si se refería a la propuesta o a que el bolso y los zapatos le quedaban realmente bien.

A la una en punto, la familia Fisher llamó a la puerta. Peter se lavó las manos y salió de la cocina para recibirlos.

—Señora Butler, como siempre, un placer para los sentidos —dijo Peter galantemente.

—No seas pelota, Peter. Llevas utilizando la misma frase desde la universidad. Cambia ya el repertorio —bromeó el señor Fisher.

Tras los saludos, Christine y Hailey comenzaron a hablar de lo ocurrido en el lago. Ahora que eran amigas, Christine se sentía tranquila. Por fin podía hablar con cualquiera del grupo sin miedo a que Hailey le diera un corte a la primera de cambio.

—¿Bueno, qué? —preguntó Hailey.

—¿A qué te refieres? —respondió Christine haciéndose la ingenua.

—Venga ya. ¿Qué pasó en el lago?

—Pues eso, dimos un paseo por el lago —respondió ella bajando la voz—. Peter y Nathalie no saben que fuimos con chicos.

—Ah, vale. No te preocupes —respondió ella bajando la voz—. Pero si no me cuentas algo interesante comenzaré a hablar más alto.

—No seas chantajista, Hailey —protestó Christine.

—Bueno, algo ha tenido que pasar, porque si no, no me explico esto —respondió ella sacando la BlackBerry del bolso—. Mira.

EXOTICJo 47 minutes

Si le pide ir con él al baile de primavera saldremos de dudas... #MagnificenceProm

Noa419 56 minutes

¿Cómo será el diamante? Por cierto, para los que no os habéis enterado: ¡hoy es Navidad!
:D

iBarbieBrown 1 hour

Nathan y la española. ¡No flipéis!

EXOTICJo 1 hour

He subido las fotos de la obra a mi blog. Puedes verlas en: <http://biy.ly/igKJsD> Por cierto, ¡Feliz Navidad!

_curut 2 hours

Cómo os pasáis. Pura envidia. A mí me parece que hacen buena pareja.

davidj505 3 hours

Para cualquiera menos para su madre...

JustJemila 3 hours

¡¡¡Estamos en Navidad gente!!! ¡¡¡Puede ser para cualquiera!!!

KyraSoCRAZY 4 hours

A eso se le llama llegar y besar el santo. Seguro que también tiene novio en España....
Retweeted by Whitney9936

kaaaaroline 9 hours

RT @melissaglbrt: Recemos por Anne Gyllenhaal. Nuestro corazón está contigo.
#apray4Anne

Anne_ennA 9 hours

¿Un anillo para su AMORCITO?

Heather_Crocker 9 hours

Acabo de cruzarme con Nathan Woodley. Salía de Tiffany's con una bolsa en la mano.

—Ya sabes que la gente enseguida empieza a hablar, Hailey —dijo Christine tras leer los tuits.

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo, ¿no? ¿Crees que no sé que Nathan está colado por ti desde el día en que te vio? Lo conozco demasiado bien —respondió tajante.

—Bueno, no sé qué quieres que te diga.

Hailey esbozó una amplia sonrisa y le cogió la mano, en un gesto de cariño que en ella resultaba muy poco natural:

—Pero ahora somos *amigas*, Christine —suspiró exageradamente, como si le doliera la falta de confianza de Christine en ella—; puedes contarme la verdad.

Christine se debatía entre contarle la verdad o mentir acerca de lo ocurrido en el lago. Tras unos segundos de duda, llamaron a la puerta de su

habitación.

—¿Chicas? La comida está lista —dijo Peter desde el pasillo.

«Salvada por la campana», pensó Christine aliviada.

Se dispusieron alrededor de la mesa e hicieron un brindis en honor a la Navidad. Después se sentaron y comenzaron a hablar sobre la fundación a favor de los presos del corredor de la muerte. Henry y su madre, la señora Butler, ya habían decidido colaborar económicamente de forma anónima, pero ambos estaban preocupados por Peter.

—Peter, ¿has pensado las consecuencias que podría tener tu implicación?

—preguntó la señora Butler—; tu carrera podría estar en peligro.

—Sí, ya lo he pensado; bueno, lo hemos pensado los dos, y creo que un hombre tiene que ser coherente con sus principios. Estoy harto de velar por las fortunas de gente que tiene más dinero del que podrá gastar en toda su vida mientras veo que la administración de este Gobierno permite el asesinato impune de presos. ¿Sabéis que al menos uno de cada ocho condenados a muerte es inocente? ¿Creéis que la pena de muerte hace disminuir el número de delitos? Y, aunque lo hiciera, ¿es justo que los maten llevándose por delante vidas de inocentes? Me da igual. Estaré orgulloso si con esto firmo mi sentencia profesional.

—Tranquilo, Peter. Vas a asustar a las niñas —dijo Nathalie poniendo su mano sobre la de él.

—Sí, lo siento. Me exalta un poco este tema —se disculpó él.

—Por nosotras no se preocupe, señor Dawson. Ya somos mayores de edad. ¿Está en contra de la pena de muerte en todos los casos?

—Por supuesto.

—¿Y si cogen al asesino de nuestras compañeras? —preguntó Hailey con seriedad en su rostro.

—Nadie debería privar a nadie de la vida. ¿No te das cuenta de que si seguimos justificando la muerte en algunos casos, llegaremos a justificarla por completo en cualquier caso?

La respuesta de Peter zanjó el asunto y la señora Butler cambió convenientemente de asunto.

—Por cierto, chicas, tengo una propuesta que haceros. Me han invitado a un evento y no tengo muchas ganas de ir. A medida que una se vuelve mayor, prefiere hacer la vida social en el salón de su casa.

—Si está usted guapísima, señora Butler —dijo Christine.

—Gracias, cariño, sé que lo dices para animarme, pero a pesar de que mi alma es joven, el cuerpo no perdona. Si vuestros padres os dan permiso —dijo ella mirando a Henry y a Peter—, me gustaría que asistierais en mi nombre al desfile de invierno de Victoria's Secret.

Hailey y Christine se cogieron de la mano fuertemente.

—Papá, puedo ir, ¿verdad? —imploró Hailey.

—Ya sabes que no puedo negarle nada a tu abuela. Tiene sangre irlandesa corriendo por sus venas.

Todas las miradas se centraron en Peter.

—No me miréis así, hombre. Cualquiera se niega ahora —dijo en un gesto aprobatorio—, pero nada de fiestas después del desfile. Con ese loco suelto, no hay que bajar la guardia. ¿De acuerdo, chicas?

—Trato hecho, señor Dawson —dijo Hailey mientras le daba un abrazo a su abuela.

—Gracias, Peter —contestó Christine.

—¿Se sabe ya quién será el ángel de este año? —preguntó Nathalie.

—Este año lo llevan bastante en secreto. Seguramente es porque aún no han cerrado acuerdos con nadie. Dicen que Heidi Klum no desfilará este año, lo cual explicaría el celo con el que llevan este año la organización.

—Sí, este año le he dicho a Heidi que se quede en casa —bromeó el señor Fisher provocando una carcajada general. En ese mismo instante sonó su busca.

—Creo que tengo que marcharme. Hay una urgencia en el hospital —dijo Henry levantándose de la mesa—; seguimos en contacto, ¿OK?

Hailey y la señora Butler también se levantaron. Al fin y al cabo, ya eran las cinco de la tarde y la comida se había alargado bastante.

Hailey se acercó a Christine para hablarle al oído.

—No creas que me olvido de lo del lago.

OceanofPDF.com

20. Ángeles por un día

«Aquí es donde los ángeles ganan sus alas. Aquí es donde las mejores modelos del mundo cumplen sus deseos y se instalan en los sueños de muchos de nosotros. El gran evento del año vuelve a New York, y allí estaremos para contárselo.»

Sección «Fashion & Style» de *The New York Times*

Ese año el esperado desfile de moda de Victoria's Secret iba celebrarse en el Lexington Armory de Nueva York, un edificio centenario situado al sur del Midtown. A Christine le costaba creer que iba a asistir en directo a un espectáculo de entrada restringida cuya audiencia por televisión se calcula en millones de personas. De vez en cuando miraba el *planning* enviado por la organización para recordarse a sí misma que era cierto, que ese año ella sería una de las personas privilegiadas que podrían ver en vivo a las mejores modelos del mundo portando las famosas alas de ángel de Victoria's Secret.

Para la ocasión, Nathalie le había comprado un corto vestido negro y Christine se miraba al espejo pensando si sería apropiado para una noche de invierno.

Cuando vio aparecer a Hailey en la entrada de su casa, desaparecieron sus dudas. Bajo el abrigo, llevaba un vestido azul marino aún más corto y un precioso collar de perlas que había pertenecido a su madre.

—¿Estás lista? —preguntó una coqueta Hailey lanzando el abrigo sobre el sofá.

—¿No crees que son demasiado cortos los vestidos?

—¡Qué dices, tía! Tenemos que lucir piernas en el *photo-call* —respondió ella.

—¿Cómo que en el *photo-call*? ¿De qué estás hablando? —clamó una apabullada Christine.

—¿Acaso no has leído el programa? Los invitados de pie de pista tenemos dos minutos de sesión de *photo-call* en la alfombra rosa. ¿A qué es genial?

—Tanto como genial...

—Nos lo pasaremos bien. Haremos un poco el gamberro y nos sentiremos como dos superestrellas. Esta noche es para divertirnos.

—No lo veo muy claro —respondió Christine, quien prefería saltarse el protocolo de la noche.

—Tú confía en mí, ¿OK?

En la calle las esperaba la limusina que les había enviado la señora Butler y en ella llegaron hasta la misma alfombra que daba la entrada al evento. Bajaron del coche y la gente que esperaba al otro lado de las vallas comenzó a hacer fotos y a pedir autógrafos sin saber ni siquiera quiénes eran. Hailey se acercó a firmar, pero Christine, más tímida, prefirió mantenerse al margen.

Minutos después entraron al Lexington Armery y vieron en la zona de *photo-call* a Katy Perry.

—No me digas que va actuar Katy Perry, qué pasada.

—Pues mira quién está al otro lado —dijo Christine mirando a la zona izquierda del *photo-call*.

—Pero si es Akon —afirmó Hailey cogiéndole las manos a Christine.

Después de diez minutos, llegó su turno de posar.

—¿De verdad es necesario? —Christine estaba un poco asustada.

—¿Qué más da? ¿Cuántas veces más tendremos la oportunidad? Tú sonríe y pon la cabeza alta.

Durante los dos minutos que duró la sesión, Christine se imaginó a sí misma como a una gran actriz promocionando una película.

Un miembro de la organización avisó a los fotógrafos de que el tiempo había acabado y ellos dejaron de disparar. Christine se sintió un poco triste. Había probado el sabor del *glamour* y le había gustado. Desde ese momento, se juró a sí misma que jamás cesaría en su empeño de convertirse en una gran actriz.

—¿A que te ha encantado? —preguntó efusivamente Hailey.

—Psé, psé. No ha estado mal —contestó altivamente Christine.

—Mentirosa... ¡te ha encantado!

—Por favor, despejen la entrada al *photo-call* —solicitó un enorme miembro de seguridad.

Ellas se apartaron a un lado y, tras una nube de fotógrafos, emergió Paris Hilton con su hermana Nicky.

Posaron agarradas de la cintura sin apenas moverse, con la naturalidad de quien se enfrenta a ello día sí y día no.

—Es más guapa de lo que pensaba —dijo Christine.

—Ya. Yo pensé lo mismo la primera vez que la vi en persona. No da muy bien en pantalla, pero sí es guapa. Y su hermana también, ¿verdad? —preguntó retóricamente Hailey.

—Sí, pero... ¡tú y yo les damos mil vueltas!

—No lo dudes —respondió Hailey—; vamos a por una copa.

Dejaron atrás el *photo-call* y se acercaron a la zona de los cócteles.

—Dos cosmopolitan —solicitó Hailey sin preguntarle a Christine—; te va a encantar.

—Éste es el que piden en *Sexo en Nueva York*, ¿no? —preguntó Christine.

—Sí. Lleva vodka, Cointreau, zumo de arándanos, lima y azúcar. Es súper suave, así que ten cuidado, que puedes beber dos o tres sin enterarte y luego hacer cosas de las que te arrepientas —explicó en tono malicioso.

Cerca de las dos de la madrugada, Yukino caminaba por Madison Avenue arrebujándose bajo su abrigo para protegerse del frío; regresaba a casa tras haber pasado la tarde en el ático de Poppy tuiteando y, sobre todo, criticando a Hailey. Yukino sentía la traición de su mejor amiga más y más arraigada en su ser y con cada nuevo minuto que la ira se apoderaba de ella odiaba con más fuerza a Christine y un solo pensamiento se repetía en su mente: «¿Qué se había creído esa españolita?»

Los pensamientos le cruzaban la cabeza afilados como agujas, mientras la brisa de diciembre le agitaba el pelo y sólo escuchaba el sonido martilleante de sus *stiletos* al andar. Un par de taxis pasaron junto a ella y el silencio que dejaron tras de sí le hizo súbitamente tomar conciencia de lo vacía que estaba la avenida. «Qué raro —pensaba—, esto es Nueva York, aquí siempre hay gente.» Pero claro, siendo como era la noche del día de Navidad, todo el mundo estaría de vacaciones o durmiendo con su familia.

Recibió un mensaje de WhatsApp de Poppy:

«Más tuits, conéctate cuando llegues.» 1:48

Yukino sonrió y, al guardar el móvil, torció por la 85; justo en la esquina, estaba el escaparate de la tienda de postres William Greenberg, con sus deliciosas galletas de todos los colores iluminando la noche neoyorkina

como una florida primavera de azúcar. «Un día de éstos las probaré», se dijo Yukino, deteniéndose un segundo frente a la tienda.

Fue justo al reanudar el paso cuando, de repente, creyó oír un ruido tras de sí. Giró la cabeza; detrás de ella sólo había la acera vacía a la luz de las farolas y los escaparates. Vio un vagabundo dormitando entre cartones. «Uf », suspiró. Y continuó por la 85, una calle más pequeña, en la que el sonido de sus pasos se escuchaba más fuerte. «Si esto fuera una película de terror de ésas que le gustan a Poppy —pensó—, el monstruo se iría acercando a mí ahora que estoy en una zona más inhóspita.» Sonrió ante su propia ocurrencia, pero un nuevo sonido tras ella hizo que la sonrisa se le quedara congelada en la boca. Pasos.

Se volvió. Pero detrás de ella no había nadie. Qué raro. La chica respiró hondo, intentando controlar los latidos de su corazón. Las sombras de los árboles a la luz de las farolas se le antojaron amenazadoras, como si las ramas se extendieran hacia ella para atraparla. Nerviosa, gritó:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Sólo se oía, a lo lejos, el murmullo de los coches. Yukino escrutó cada esquina, cada portal, con la mirada atenta. Un pie fue lo único que divisó, un zapato masculino que sobresalía detrás de la última esquina. Había alguien ahí. Alguien que no se movía. Escondido.

Dentro de la chica, algo instintivo y animal le gritó: «¡HUYE!». Y, con la adrenalina disparada, su cuerpo obedeció. Yukino se dio la vuelta y corrió. Corrió sin pensar, sin mirar dónde ponía los pies.

Detrás de ella, las pisadas también se aceleraron.

Y se acercaron.

El enorme telón rojo se abrió en el mismo instante en que comenzaron a sonar los primeros compases del *Stay too long*, de Plan B. En el centro del

escenario, una plataforma giratoria mostraba a tres bailarinas iluminadas por tres cañones de luz. Tras la primera vuelta, emergió una cuarta figura. Las luces del recinto se encendieron y una espectacular Adriana Lima bajó de la plataforma y caminó por la pasarela provocando los primeros aplausos de la noche. Llevaba un sexy conjunto de lencería rojo y negro inspirado en los vestidos de flamenco españoles, algo que, evidentemente, no le pasó desapercibido a Christine. Tras ella, comenzaron a salir el resto de las modelos en un desfile rápido, a modo de presentación. Karolina Kurkova, Isabelli Fontana, Alessandra Ambrosio y Chanel Iman avanzaron en primera línea, llegaron al pie de la pasarela y se giraron con sensualidad para volver al *backstage*. Había sido un comienzo apoteósico, pero el resto del espectáculo se mantuvo al mismo nivel. Akon cantó su gran éxito y tras él salió el primer ángel de la noche. Una vez más, fue Adriana Lima la que provocó una sonora ovación con sus alas de plumas de cabaret y el sujetador Damiani ribeteado con pequeñas piedras preciosas y valorado en dos millones de dólares.

—Madre mía —exclamó Hailey—, esta chica sí que parece un ángel de verdad.

—¿Y quién de todas las que han pisado la pasarela no lo parece? —respondió Christine sin apartar la vista del escenario.

La única que provocó más entusiasmo que Adriana Lima fue Karolina Kurkova. Ella era una de las caras más conocidas en los desfiles de Victoria's Secret. Había participado como modelo desde el año 2000 y desde el 2005 lo hacía en calidad de ángel. Las enormes alas hechas con plumas de pavo real la hicieron brillar de una manera especial.

Durante la actuación de Katy Perry, Christine no dejó de pensar en Nathan. Repasó mentalmente varios momentos: la primera vez que lo vio, la noche de la fiesta en casa de Hailey, el desmayo, el terrible susto durante

el ensayo de la obra y el paseo por el lago. En ese momento se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Había llegado a un punto de no retorno. Pasara lo que pasara en adelante, tendría que enfrentarse a la verdad. A pesar de que eso supusiera perderlo para siempre.

—¡¡Eo!! —exclamó Hailey agitándole la mano.

—¿Qué pasa? —protestó Christine como si acabara de aterrizar de un largo viaje.

—Te he llamado tres veces y no me has hecho ni caso. ¿Pensabas en Nathan?

—La verdad es que sí. —Christine iba a comenzar a enfrentarse a la verdad en todos los frentes. Hailey frunció el ceño. No se esperaba tanta sinceridad.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —respondió Christine.

—Lo del lago. ¿Os enrollasteis? ¿Sí o no?

—Si lo quieres llamar así...

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? Esto lo tenemos que celebrar, ¿OK?

—Hailey fingió alegría, pero en su interior se había desatado una auténtica tormenta. Ni siquiera los falsos rumores que se había encargado de propagar sobre Nathan habían funcionado.

Katy Perry terminó su actuación y llegó el fin del desfile, convertido en una colorida fiesta en la cual todas las participantes saltaron al escenario. Las luces del recinto se encendieron y los espectadores se levantaron de sus asientos para aplaudir. Había sido una noche memorable.

—¿Tomamos otro Cosmo antes de largarnos? —preguntó Hailey en un tono más parecido a la afirmación que a la pregunta.

—Pero sólo uno, ¿OK?

—*Ooooookeeeeyyy.*

Caminaron hacia la barra, situada en la zona vip, y pidieron otro cóctel. Hailey sacó el móvil para consultar el Twitter y vio cinco llamadas perdidas de su padre.

—¿Qué le pasará ahora a éste? —se preguntó Hailey mientras pulsaba el botón de llamada. Christine sacó su móvil del bolso para hacer tiempo mientras ella hablaba y vio que también tenía varias llamadas perdidas de Peter y Nathalie. A Hailey le cambió la cara. Cuando se despidió de su padre, bajó el brazo y, como si olvidara que tenía en una mano la copa y en otra el teléfono móvil, los dejó caer al suelo. Apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

—Hailey. ¿Estás bien?

—Vámonos. Mi padre, Peter y Nathalie nos esperan en la puerta.

—Pero ¿qué pasa?

Hailey se resistía a hablar de ello.

—Vamos, dime algo —exigió Christine.

Hailey arrastró las sílabas como si pesaran una tonelada.

—Yu...ki...no.

21. *(You're a) bad girl*

La puerta del sótano se abrió y el primer tramo de escaleras se iluminó.

—¿Anne? Tengo una sorpresa para ti —voceó el asesino desde la parte de arriba—; creí que iba a costarme más, pero esta zorrita se ha resistido menos que tú.

El asesino no obtuvo réplica.

—¿Anne? Te he traído una amiguita. Lo he hecho para que no te sientas sola. ¿Anne?

Obligó a Yukino a pasar delante de él y bajaron los catorce escalones que la separaban de la libertad. Yukino miraba a su alrededor aterrada, sin la posibilidad siquiera de gritar por el pañuelo que tenía metido en la boca.

—Anne, cariño, ¿estás dormida? —preguntó con preocupación.

El cuerpo inmóvil de Anne Gyllenhaal yacía en el suelo del sótano. Cuando el asesino se acercó, pudo observar la causa. Anne se había enrollado la cadena al cuello y había utilizado una de las piedras del saliente de la pared para ahorcarse. Debido al peso, tanto la piedra como su cuerpo se habían precipitado al suelo.

—¡¡¡Noo!!! ¡¡¡Tú no!!! Te estaba cuidando como nunca nadie te había cuidado. ¿Por qué me has hecho esto?

Yukino asistía horrorizada a aquel espectáculo. Temía que pagara su ira con ella.

—¿Ves? Sois todas iguales. No se puede confiar en vosotras. Tarde o temprano acabáis jodiendo la vida a la gente.

Yukino negaba con la cabeza. El asesino la agarró del pelo y la acercó al cadáver de Anne.

—Mira bien. Tú puedes acabar así si no haces lo que te digo —dijo él al tiempo que le sacaba el pañuelo de la boca.

—Déjeme ir, se lo suplico. Yo no soy así. Se lo juro —suplicó ella con lágrimas en los ojos.

—Qué bien. Me encanta esta canción. —Se acercó hasta el televisor y subió a tope el volumen. Era el tiempo de los clásicos y emitían (*You're a bad girl*, un viejo éxito de Paul Rever & The Raiders. Cuando acabó la canción, volvió a silenciar el aparato.

—¿Sabes que entre 1966 y 1969 tuvieron tantos éxitos como los Beatles y los Rolling? Qué dura es la vida. Hoy arriba, mañana abajo... En fin, qué te voy a contar que no sepas. Ahora tengo que marcharme —dijo ajustándole una segunda cadena al cuello—, os dejo solas. Espero que os portéis bien.

Subió las escaleras con lentitud y al llegar al último escalón se giró.

—Ya verás qué contenta vas a estar aquí. ¿Necesitas algo del centro?

Yukino no se atrevió siquiera a contestar. El sonido de la llave cerrando la puerta se instaló definitivamente en su interior.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue luz que desprendía el televisor, comenzó a escudriñar la estancia en la que se hallaba atrapada. Realizó un inventario mental de todos los objetos que había en la sala: una mesa, una silla, un plato y cubiertos de metal, un cubo, un televisor, una caldera y aquellas malditas cadenas. «He de mantener la calma —pensó Yukino con frialdad—. Sólo la calma podrá sacarme de ésta.» Por la humedad, supuso que se encontraba en el sótano de una casa de campo, así que gritar pidiendo ayuda estaba descartado. No habría ninguna casa en los

alrededores y le haría perder fuerzas en vano. Tenía que pensar rápido. Estiró su cuerpo para alcanzar con las piernas la piedra que había junto al cuerpo de Anne y después de cogerla se puso en pie. Con la piedra comenzó a golpear el hueco que había dejado al desprenderse y, al poco tiempo, se desprendió otra piedra. Con un poco de suerte, podría abrir un hueco por el que cavar si la tierra no estaba muy compactada. Cualquier opción era buena excepto la de quedarse allí parada.

Tras una hora golpeando las piedras, abrió un hueco lo suficientemente grande para comenzar a cavar. Pero no empezaría ese día. Si había un plato y cubiertos era porque aquel cerdo las alimentaba, así que supuso que no tardaría en llegar con la cena. Volvió a colocar las piedras en la pared y esperó sentada con la cabeza apoyada en las rodillas a que llegara.

Cerca de dos horas después oyó pasos en la planta baja. Al rato se abrió la puerta del sótano.

—Te he traído la cena, pero antes tienes que hacerme un favor —dijo mientras bajaba las escaleras. Cuando llegó abajo puso la silla frente a Yukino y sacó de una bolsa varias prendas de ropa.

—¿Qué va mejor con esta falda? ¿La blusa *beige* o la camiseta azul? No acabo de decidirme.

—Creo que la blusa. El *beige* es un color que va casi con todo —contestó Yukino controlando su miedo.

—Sí, ¿verdad? Así me gusta, que colabores. Somos una familia y todos tenemos que poner de nuestra parte para que esto funcione, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió ella bajando la vista hacia el suelo.

—Venga, ponte a cenar, que se te va a enfriar. Lo he preparado yo mismo. Espero que te guste.

Yukino se levantó del suelo y el asesino le cedió la silla. No tenía nada de apetito, pero intentó no contrariar a aquel loco y cenó mientras veía cómo desnudaba el cadáver de Anne y le ponía aquella vieja ropa que le había enseñado. El rígor mortis le estaba dificultando enormemente la tarea. Las extremidades estaban entrando en un estado de rigidez e inflexibilidad debido a las horas que llevaba muerta. Consiguió introducir el brazo derecho en la manga de la blusa, pero el izquierdo se le estaba resistiendo. El brazo estaba flexionado y era prácticamente imposible introducir la manga. Tras varios intentos, Yukino escuchó un fuerte crujido. El asesino había doblado el codo de Anne en dirección contraria a su flexión natural y había separado el cúbito y el radio del codo dejando el antebrazo unido al resto del brazo tan sólo por los músculos y la piel.

—Se resiste hasta después de muerta... qué tozuda... —dijo el asesino esperando que Yukino riera su chiste. Ella tan sólo pudo volverse y esbozar una tímida sonrisa que escondía las ganas que tenía de vomitar.

Apenas tuvo que conducir una hora para llegar a Wawarsing. Después tomó la 55 para adentrarse en el corazón del parque natural de Minnewaska y allí, sobre uno de los bancos de piedra que miran al lago del mismo nombre, dejó el cuerpo de Anne. Se alejó silbando la melodía de *Jealous Guy* y volvió a subirse al coche para regresar a su apartamento de Manhattan.

Se quitó la ropa y entró al salón principal. Desnudo, desde el centro de la estancia, observaba las cuatro paredes de lo que él denominaba su «santuario». No había ni un solo mueble en la habitación. Tan sólo una pequeña lámpara de estudio iluminaba desde el suelo aquel espacio. Alrededor de una fotografía de gran tamaño, había dispuesto cientos de fotos y recortes de periódico que hablaban de los asesinatos. En todas aquellas fotografías se repetía el mismo rostro. En todas aparecía Christine.

—Ya falta muy poco para que nos conozcamos de verdad —dijo en voz alta mientras cerraba la puerta del «santuario».

Tomó un baño caliente y después cenó delante del ordenador para leer los mensajes de Twitter. Cuando terminó, retiró el plato y acercó el teclado a sus manos para escribir dos mensajes.

magnanonymus 1 min

¡Estamos con vosotras, Anne y Yukino! Rezo por vosotras cada día.

magnanonymus 1 min

Ríndete a la gran verdad final, a lo que has de ser conmigo, tendida ya, paralela, en la muerte o en el beso.

OceanofPDF.com

22. *She's beautiful*

—¡Pero es tu decimoctavo cumpleaños, Christine, deberías celebrarlo por todo lo alto! —La cantarina voz de Clare había exclamado esa frase en voz tan alta que incluso allí, en plena Quinta Avenida de Nueva York, donde nadie presta atención a lo que ocurre a su alrededor, varias personas se volvieron para mirar a las chicas.

Clare, Christine y Chelsea se habían detenido en una esquina abarrotada de gente y charlaban en medio de la multitud que, ahora sí, las ignoraba.

—De verdad, chicas —repuso Christine con una sonrisa dulce y a la vez un poco triste—, no insistáis. Prefiero celebrarlo esta noche sólo con vosotras. Con todo lo que está pasando yo...

Las chicas contuvieron la respiración un momento. El recuerdo de Mylene pasó por sus mentes, fugaz y doloroso como un zarpazo. Clare fue la primera en devolver la alegría a las demás, primero abrazándolas y después diciendo:

—La vida sigue, chicas, y nuestra amiga hubiera querido que la disfrutáramos.

Chelsea se ajustó las gafas y corroboró:

—Es cierto, lo hubiera querido así. Además, como dice el poeta E. E. Cummings: «I carry your heart, I carry it in my heart». —Se llevó la mano al pecho, conmovida—. Siempre llevaremos a Mylene con nosotras.

Christine contuvo una lágrima y, emocionada, continuó:

—De todas formas, chicas, lo digo en serio. Últimamente he tenido mucha vida social, demasiada, y en este día tan especial prefiero estar con las personas que verdaderamente me importan y con quienes no he pasado demasiado tiempo últimamente. —Apretó las manos de sus amigas, uniéndose con ellas en un mudo lazo, sin necesidad de mayor explicación.

Ante eso, Clare y Chelsea no tuvieron nada que objetar. Sonrieron ampliamente y Chelsea dijo:

—Bueno, entonces dejémonos llevar por el consumismo que tanto criticaba la *beat generation* y divirtámonos con tu tarjeta de crédito.

Todas rieron divertidas porque Chelsea era casi incapaz de decir una frase sin hacer alguna referencia literaria. Clare echó un vistazo a los vaqueros de Christine y movió la cabeza en señal de reprobación:

—Lo primero es lo primero. Tienes que comprarte un vestido digno para la ocasión.

Dentro del mítico Saks, en la Quinta Avenida, se respiraba, ante todo, paz.

Las amplias galerías del comercio, uno de los más elegantes y distinguidos de la ciudad, estaban delicadamente iluminadas, haciendo que resaltaran las perchas donde colgaban algunos pocos modelos de Dior, Givenchy, Versace y las marcas más reconocidas de la moda. Al contrario que en los centros comerciales que Christine había conocido en España, en Saks había mucho más espacio para simplemente caminar que ropa para vender; era un comercio muy exclusivo y eso tenía que notarse y, sin duda, se notaba, y mucho. Se veía en los suelos de mármol resplandecientes, en la exquisitez de los vestidos, en la decoración minimalista y en la discreción de los empleados, que jamás se acercaban a preguntar: «¿Puedo ayudarle en algo?», en cambio, esperaban atentamente a que el cliente, con un gesto discreto, requiriese ser atendido.

Christine, mientras paseaba entre el blanco decorado de la segunda planta, se sentía como dentro de una película de Disney, como una princesa de cuento que acababa de ser bendecida con uno de los deseos de su hada madrina, en este caso, Nathalie, que le había dejado su Visa, y flotaba entre nubes con sus amigas.

Cuando entraron en el probador después de que sus amigas seleccionaran algunas prendas para ella, la chica tuvo la sensación de que en cualquier momento aparecerían volando dos pajaritos azules que la ayudarían delicadamente a colocarse el vestido de Donna Karan que había elegido como primera opción.

Cuando salió del probador, las risas contagiosas de las tres amigas resonaron en la tienda y aumentaron la sensación de irrealidad, de estar navegando en un delicioso sueño. «Sólo falta el príncipe azul», pensó Christine para sí.

—Hola —murmuró una voz suavemente masculina muy cerca de ella.

La figura de Tristan a su lado la sobresaltó y, sin poder evitarlo, se sonrojó.

—Hola, Tristan —logró mascullar.

Sus amigas se volvieron a contemplar al recién llegado y Christine no pudo evitar notar sus miradas de admiración. Tristan encajaba perfectamente en el lugar. Llevaba el traje adecuado, moderno y refinado, el corte de pelo perfecto y la barba exacta de dos días que hacía juego con todo lo demás. Una elegancia con cierto toque de desenfado, de chico travieso, que lo hacía sumamente atractivo.

—¿Buscando vestido para algún evento especial? —preguntó el chico, sin separarse un centímetro de Christine y sin apartar los ojos de los suyos.

—No —empezó a responder ella—. Nada especial, no.

—¡Hoy es su cumpleaños! —exclamó Clare, al parecer sin poder contenerse. Sus mejillas estaban brillantes y rojas y parecía que iba a explotar de la emoción, como el maíz a punto de convertirse en palomita.

Chelsea, en cambio, miraba hacia abajo, incómoda ante la presencia imponente del chico.

Tristan no dirigió sus ojos hacia ninguna de las dos, continuó concentrado en Christine.

—¿Tu cumpleaños? ¿Cuántos cumple?

Christine abrió la boca para contestar, pero antes de que le diera tiempo a decir una palabra, Clare ya había exclamado:

—¡Dieciocho!

El número quedó flotando con un eco dentro de la silenciosa sala. Christine dirigió por fin una mirada llena de significado a su amiga, quien, avergonzada, articuló con los labios un mudo «Lo siento».

—Dieciocho, ¿eh? —repitió Tristan. Y sin decir nada más cogió las perchas que Christine tenía en sus manos y depositó los sedosos vestidos de tonos suaves en el mostrador más cercano, negando con la cabeza—. Los dieciocho no son color salmón, *beige*, ni marfil. —Hizo una mueca con un vestido en especial—. Ni mucho menos un rosa pastel.

Apoyando delicadamente la mano en la espalda de Christine la hizo avanzar entre los distintos stands, barajando con la otra mano los vestidos que quedaban delante de ellos y murmurando: «No, no... éste tampoco».

Clare y Chelsea los seguían como autómatas, hipnotizadas ante la seguridad del joven.

—Ah —musitó Tristan—. Aquí está. Los dieciocho son... —Levantó el vestido elegido ante las chicas— rojo.

Las tres contemplaron con la boca abierta un maravilloso vestido de Monique Lhuillier. Empezaba con un corpiño ceñido de encaje en rojo y

blanco, remarcado por un lazo rojo de seda en la cintura. A partir de la cadera, el vestido se deshacía en un océano de diminutos volantes rojo vivo de un tejido liviano que, casi como plumas, daban la sensación de que flotaba. Era digno de una diva.

Christine estaba obnubilada. Por un lado, le había encantado la elección del chico, pero por otro lado pensaba que era demasiado llamativo para ella. Miró dubitativa a sus amigas, que contemplaban el traje con los ojos como platos.

Al ver la duda reflejada en el rostro de Christine, Tristan se apresuró a convencerla con su seductora voz.

—Una aspirante a estrella de cine no debe tener miedo a llamar la atención.

«Es como si leyera todos mis pensamientos», se dijo ella, sonrojándose de nuevo sin poder evitarlo.

Tímida, asintió.

Minutos después, en el probador, sus amigas no podían contener los gritos de entusiasmo.

—Pero ¿quién es ese bombón? —preguntó Clare nada más verse a solas.

—Es Tristan, el hermano de Nathan —respondió Christine.

—¡¿Tristan?! —exclamó Chelsea—. Dios santo, menudo cambio. Parece que el clima frío de las tierras inglesas no le ha sentado nada mal. Está guapísimo.

Christine les explicó cómo se habían conocido, pero al momento enmudecieron al ver a la chica, ya vestida, transformada casi en una diosa.

—Madre mía —susurró Chelsea, mientras Clare sólo pudo tragar saliva sonoramente. Al momento, sin embargo, ésta tomó las riendas como solía hacer, miró a Christine a los ojos y afirmó:

—Vas a comprártelo. Voy a preguntar si puedes llevártelo puesto.

Christine salió del probador, a la vez que una dependienta se acercaba solícita con un par de zapatos a juego:

—Talla siete, ¿verdad?

Christine, fascinada, asintió. Se los puso, sintiéndose elevada por los finos tacones y pasó la mano por la marea de volantes caprichosos y rojos. Entonces se percató de que Tristan la miraba con una nada disimulada admiración. Respiró hondo y cogió el bolso para pagar. Mientras le cobraban, las chicas le pegaban codazos a Christine, susurrándole: «Dile algo, dile algo».

—Muchas gracias, Tristan, por tu ayuda. Has sido muy amable al echarme una mano con la elección del vestido. Es perfecto —sonrió, agradecida.

—Si quieres devolverme el favor, permíteme ser tu acompañante esta noche e invitarte a cenar —dijo Tristan *ipso facto*. Se volvió hacia Clare y Chelsea—. ¿Cuáles eran vuestros planes?

Las dos chicas se miraron, pero Christine se adelantó:

—No, no puedo permitirte. Además, ésta es nuestra noche de chicas.

—¡Vamos! Ese vestido no es para una cena con chicas, es un vestido para ser traviesa —Tristan se acercó a ella guiñándole el ojo, picarón—. Vente conmigo esta noche. Seré bueno, lo prometo.

Aprovechando el instante de duda reflejado en la cara de la chica, Clare soltó de repente:

—Huy, ¿sabes qué? Se me había olvidado que hoy tengo que acompañar a mi madre a... a... —Sus ojos parecían buscar una respuesta en los blancos techos de Saks— ... a una clase de Pilates madre-hija a la que nos hemos apuntado.

—Sí, sí, yo también me he apuntado —añadió Chelsea, continuando con el bulo—. Con mi tía Eloise.

—Pero... —volvió a repetir Christine. Parecía que esa noche no iba a poder decir otra palabra. La dependienta, en ese momento, le alargó una elegante bolsa que contenía su ropa, en la que ella también introdujo su bolso.

—No puedo quedarme, Christine, lo siento —dijo Clare cogiendo la bolsa con la ropa de su amiga para llevársela—. Entiéndelo, mi... *madre* está tan ¡tan emocionada!

Ambas chicas le dieron un beso en la mejilla, deseándole que pasase un feliz cumpleaños y después se alejaron entre risas mientras Christine agarraba el brazo que Tristan le ofrecía.

Eran ya las nueve cuando Tristan y Christine salieron del restaurante en la azotea del Hotel Plaza, en el que habían disfrutado de una deliciosa cena junto a los ventanales desde donde se divisaba una de las más bellas vistas de la Gran Manzana.

Al pisar la acera, Christine tiritó un poco bajo su abrigo, pues debajo tan sólo llevaba el liviano vestido que tanto había llamado la atención entre la exquisita clientela del restaurante. Se había sentido exactamente como una estrella de cine y las mejillas se le habían coloreado vivamente, dándole un aspecto naíf y alegre que la hacía parecer aún más bonita.

Tristan había cumplido lo prometido y se había portado como un perfecto caballero. La conversación había sido agradable y él se interesó mucho por su vida, sus opiniones. La sensación de estar siendo mimada y admirada por un joven tan inteligente y atractivo era reconfortante y quizá incluso un poco adictiva. Por supuesto, Nathan había acudido a su mente en muchas ocasiones a lo largo de la velada pero, por un lado, ella era plenamente consciente de que aquello no tenía futuro y, por otro lado, se decía a sí misma que no estaba haciendo nada incorrecto con Tristan. ¿Verdad?

Porque el chico apenas le había rozado de cuando en cuando la curva del hombro con sus finos dedos, o en algún momento se había acercado mucho a su oído para terminar de contarle una divertida anécdota y ella había sentido el calor de sus labios en el lóbulo de la oreja. Pero no, no había pasado nada, en realidad.

Cuando por fin consiguieron encontrar un taxi libre, Tristan le murmuró, ya sentados en el asiento:

—Tengo una sorpresa para ti.

Con expectación, la chica comenzó a mirar por la ventanilla, dejando que el ambiente navideño de luces y colores de Manhattan se reflejara en sus pupilas. Intentaba devorar con la vista cada instante de ese maravilloso año en Nueva York para no olvidar nunca un solo detalle. Se dio cuenta de que estaban entrando en Central Park y se preguntó adónde la llevaría Tristan. Dirigió la mirada hacia él un momento y el joven dijo:

—Ahora verás.

El taxi se detuvo ante el Delacorte Theater, normalmente cerrado en esta época del año, pero que en verano solía albergar las representaciones de Shakespeare en el parque. Para sorpresa de Christine, resultaba que estaba completamente cubierto por una carpa e iluminado con tenues luces en el interior. Un gran cartel anunciaba una serie de representaciones especiales en Navidad.

Descendieron del taxi y Christine, con el corazón latiéndole con fuerza, se adentró de la mano de Tristan en la carpa para comprobar que, efectivamente, estaba a punto de empezar la representación de *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare. Con el público sentado en mantas sobre el césped y a la luz de centenares de velas, por un momento, ella se quedó sin respiración. Era perfecto.

—Sabía que iba a gustarte —afirmó Tristan.

Desde luego, el chico sabía exactamente todo lo que ella deseaba. Se sentaron en un sitio libre, junto a muchas otras parejas, despojándose de sus abrigos, y dio comienzo la obra. Christine contemplaba extasiada el trabajo de los actores... «¡Tengo tanto que aprender de ellos!», pensaba mientras Tristan respetaba en silencio la concentración de la chica. Sin embargo, juntó su cuerpo al de ella, llegando a rodear con su brazo la cintura del vestido rojo. La chica se sentía turbada y confundida por la presencia física de Tristan y por el calor que irradiaba de su brazo.

«Éste es el momento en el que en una película el chico besaría a la chica», pensó, súbitamente nerviosa.

Justo entonces, Tristan recitó un verso de la obra a la vez que el actor que interpretaba a Antonio:

—*She's beautiful, and therefore to be wooed; she is woman, and therefore to be won.*

Tristan acercó su rostro para besarla, mirándola a los ojos con un brillo mezcla de pasión animal y de una seductora fiereza. Y fue justo en ese momento cuando Christine se dio cuenta de que nunca podría sentir algo por él. Sí, Tristan parecía saber, casi mágicamente, todo lo que ella pensaba o deseaba, pero ¿qué era lo que *él* pensaba o sentía? Christine no tenía ni idea. Entonces, contemplando sus ojos tan cerca de los suyos, fue cuando se dio cuenta de que éstos sólo reflejaban su propia imagen y no la dejaban ver más allá, dentro de él.

Sintió una punzada en el pecho al compararle con Nathan; con él, en cambio, las puertas se habían abierto desde el primer momento y lo emocionante y milagroso era que ambos se habían enamorado de lo que había al otro lado, reconociéndolo como una parte perdida de sí mismos.

Incluso aunque Nathan hiciera las cosas más inadecuadas en los momentos más inadecuados, como distraerla en la representación con

cartelitos o presentarse en su casa después de que le hubieran dado una paliza, había un puente que los unía y les permitía acceder el uno al alma del otro, un puente que ambos habían decidido crear y cruzar. En los ojos de Tristan sólo había un espejo, algo que no se podía atravesar.

Y fue por eso por lo que Christine apartó su rostro antes de que el chico llegara a tocar sus labios, continuó escuchando la obra en silencio y el resto de la noche prácticamente no pronunció ni una sola palabra, incluido el trayecto de regreso a casa. Y fue por eso que lo despidió en la calle con un educado «gracias» y dos besos en las mejillas, ante la estupefacción del chico:

—Oh, vamos, Christine. —Tristan la tomó suavemente del brazo cuando ella se estaba dando la vuelta para entrar en su edificio—. He sido muy bueno, ¿verdad?

Christine se volvió y asintió en silencio.

—Pues puedo ser todavía mejor. —Con un rápido movimiento la cogió por la cintura con su brazo derecho y pasó su mano izquierda por la nuca de la chica, acercando su rostro al de él con decisión y profesionalidad—. Déjame que te lo demuestre.

Un único pensamiento vino a la mente de la chica: Nathan.

—No, Tristan, ¡espera! —Consiguió evitar el roce de sus labios unos milímetros antes de que el beso tuviera lugar y se desasíó de los brazos del chico—. De verdad, has sido encantador y la noche ha sido perfecta, pero es tarde.

—¡Christine, vamos! ¡No me dejes así! —Tristan se arrodilló teatralmente en la acera, sonriente. Pero Christine no sonreía, abrió la puerta y entró al edificio, intentando con todas sus fuerzas contener el llanto. ¿Por qué tenían que ser las cosas tan complicadas? Tenía a un chico de rodillas en la puerta, pero no conseguía sentir nada por él. Y había otro

chico encantador con el que le encantaría dejarse llevar y olvidar todas las precauciones y consejos de su madre, pero sabía que no podía hacerlo. No podía permitirse salir con él. Ni mucho menos enamorarse, y se dio cuenta de que justo eso era lo que estaba pasando.

Esa noche de su dieciocho cumpleaños, dejando que las lágrimas resbalasen por sus mejillas hasta la almohada, con el magnífico vestido rojo como único testigo, sintió por primera vez lo que era el amor.

Porque el amor era eso: experimentar la tristeza más honda horadando su alma, ya que nunca podría tener una relación con Nathan, y, a la vez, sentir todo su cuerpo palpitando de alegría, con el corazón henchido y rojo, lleno de vida, únicamente con pensar en él. Sólo el amor podía provocar que pudiese estar llorando de tristeza y felicidad al mismo tiempo.

Se quedó dormida así, con las mejillas húmedas del llanto y una sonrisa en la boca.

Soñó con Nathan.

23. Pesadilla después de Navidad

«Terminada la Navidad, nos toca volver a clase. Es un rollo, lo sabemos, pero tendremos que hacer un esfuerzo y trabajar duro si queremos ser admitidos en la universidad de nuestros sueños.»

«Hace unos días que Yukino Aizawa desapareció. La familia, abatida, prefiere no realizar declaraciones mientras la policía prosigue con su investigación.»

Extractos de la página 2 y 4 del *Upper East Side's News*

Hailey se despertó sobresaltada en mitad de la noche. Había tenido una horrible pesadilla que no sabía muy bien cómo interpretar, pero que le había producido una gran angustia. En ella, entraba al instituto y comenzaba a saludar a la gente, pero nadie le devolvía el saludo. Actuaban como si fuera invisible. Ni siquiera cuando se cruzó con Brandon obtuvo de él una mirada. Después se ponía a gritar en mitad de la clase y parecía que aquello no afectaba a nadie, ya que el profesor Hansen seguía con su explicación.

—Tranquilízate, Hailey —se dijo a sí misma—. Sólo es un sueño.

Para su alivio, ese mismo día, el primero después de las vacaciones de Navidad, la pesadilla no se reprodujo. En los pasillos todo el mundo se acercaba a ella para animarla por la desaparición de Yukino. El día anterior, el sargento Torres había llamado a su casa para citarla a primera hora en la sala de investigación.

—Buenos días, ¿se puede? —preguntó Hailey entreabriendo la puerta.

—Adelante, Hailey. Siéntate aquí.

Hailey tomó asiento.

—Te he llamado porque me gustaría hacerte unas preguntas sobre la desaparición de Yukino.

—Por supuesto.

—Todos los profesores con los que he hablado coinciden en que es una chica muy inteligente. ¿Cómo crees que alguien así, conocedora de todo lo que está pasando, accedería a irse con un desconocido?

—Yo creo que Yukino jamás hubiera hablado con un desconocido. O se la han llevado a la fuerza o ha sido alguien a quién conocía.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente. Últimamente ni siquiera cogía el coche por miedo a quedarse sola en el garaje. Ha tenido que ser alguien que la conocía bien.

—¿Ella no habló de alguien que hubiera conocido últimamente? ¿Un novio, un amigo especial?

—No.

—¿Y ha notado en ella un comportamiento extraño, algo que pudiera indicarnos un cambio en sus rutinas o en sus horarios?

—No, no. Nosotras seguíamos haciendo lo mismo de siempre. —El sargento Torres miró a sus compañeros de investigación como si la información que les acababa de proporcionar confirmara sus sospechas.

—Muchas gracias, señorita Fisher. Puede marcharse.

—Gracias a ustedes por hacer todo lo posible porque esta pesadilla acabe.

El policía le sonrió levemente y ella se encaminó hacia la puerta. Al salir al pasillo, se dio de bruces con Nathan.

—¿Cómo estás, Hailey? —preguntó Nathan dándole un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

Ella tardó un par de segundos en responder.

—No dejo de pensar en ella. —No hacían falta más palabras. Nathan sabía distinguir cuándo Hailey decía la verdad, y aquélla era una de las más dolorosas verdades que jamás había salido de sus labios.

—Yukino es lista. Seguro que sale de ésta. Venga, vamos a clase.

Ambos caminaron juntos por el pasillo hasta su primera clase de la mañana.

El señor Lawson ya había comenzado su lección de Historia Americana, pero no amonestó el retraso de Hailey y Nathan.

A media clase, la señorita Ames abrió la puerta del aula y solicitó permiso al señor Lawson para que Christine saliera. Ésta se levantó de su asiento sin comprender aquella situación.

—Siento interrumpirla, señorita Rodríguez.

—¿Ha pasado algo? —contestó ella extrañada.

—En cierta forma, sí. No te preocupes porque es una buena noticia. Larry Adams está en mi despacho.

—¿Larry Adams? ¿El productor? —inquirió Christine.

—Así es.

—¿Y qué quiere de mí?

—Ha venido a proponerte algo. No me ha dado más detalles.

—Pero... yo tengo clase... no sé si debo...

—Tranquila, Christine. Yo estaré contigo, ¿de acuerdo? No tienes de qué preocuparte. Vamos.

Larry Adams esperaba de pie en el despacho de la señorita Ames. Miraba con admiración las fotografías que decoraban aquellas paredes. Ames había trabajado con algunos de los mejores actores de Hollywood y aún mantenía su amor por la enseñanza del teatro intacta. Tenía fotografías de ella con Dustin Hoffman, Paul Newman, Al Pacino, Jack Nicholson, Steve

McQueen y muchos otros actores. El sonido de unas pisadas hizo que se girara y pusiera las manos detrás de la espalda.

—Vaya, vaya. Por fin tengo el gusto de conocerla. Mi nombre es Larry Adams —dijo alargando la mano hacia Christine—. Siento haberla sacado de clase, pero no tenía otra forma de contactar con usted y mi apretada agenda no me dejaba más horas libres. Laura es una vieja conocida y me ha hecho este pequeño favor.

Christine no pudo evitar esbozar una sonrisa. Le pareció extraño que alguien se dirigiera a la señorita Ames con su nombre de pila.

—El caso es que tengo que felicitarla por su interpretación —continuó Larry.

—Muchas gracias. La señorita Ames es una gran profesora y directora —contestó Christine restándole importancia.

—No lo dudo, pero usted estuvo espléndida. He venido porque quiero hacerle una propuesta.

Christine pensó por un momento que el corazón se le iba a salir disparado.

—Me encargo del *casting* de una película titulada *All About You* y hay un papel que parece escrito para usted. —Christine miró a la señorita Adams, que sonreía apoyada en la mesa del despacho.

—¿Me está hablando en serio? —acertó a decir ella.

—Por supuesto. Aún estamos en fase de preproducción. Puede leer con calma el guion y darme una respuesta en... ¿una semana? —dudó.

—Claro. Por supuesto.

—Bien. Éste es el guion. Sus líneas están resaltadas en negrita. Ah, y aquí tiene mi tarjeta. Llámeme en cuanto sepa la respuesta, ¿de acuerdo? —dijo él acercándose hacia la puerta.

—Emm... sí, cómo no... —dio por respuesta Christine.

El señor Adams le dio dos besos a la señorita Ames y abandonó el despacho silbando el tema principal de *Cantando bajo la lluvia*.

—¿Estás contenta?

—Pero ¿esto ha ocurrido de verdad o sigo soñando? —respondió Christine sin asimilar del todo lo que acababa de ocurrir.

—No es un sueño, Christine, no lo es —contestó la profesora mirando a Christine con una sonrisa maternal. En ese mismo momento sonó el timbre indicando el fin de la primera hora. Tenía cinco minutos para recuperarse de aquello y llegar al aula para la clase de Literatura de la señora Grant.

La noticia se propagó por el instituto como si fuera un reguero de pólvora. Después de la hora de la comida, no quedaba ni un solo estudiante en todo el edificio que no se hubiera enterado de la noticia. A última hora del día, Christine se había convertido en la nueva celebridad del instituto. Gracias a ello, en el instituto se logró olvidar por unas horas la terrible tragedia que estaban sufriendo. Aquella noticia fue un bálsamo necesario para los estudiantes y los profesores.

Christine, ya por la tarde en su casa, devoró el guion en un par de horas. A ello había ayudado el tranquilizador sonido de la lluvia repiqueteando en las ventanas, que invitaba a concentrarse y leer. Aunque ya había tomado una decisión en el mismo momento en el que el productor Larry Adams le hizo el ofrecimiento, la lectura de aquellas páginas reforzó su determinación.

El argumento había sido escrito por Cameron Crowe y, previsiblemente, sería él mismo quien dirigiría la cinta. Había ganado un Óscar por el guion de *Casi Famosos* y varios premios internacionales por películas como *Jerry Maguire*, *Vanilla Sky* o *Elizabethtown*. Su papel no era especialmente largo, pero sí determinante en la acción de la película, ya que ayudaba al protagonista a encontrar un viejo libro vital en la trama del film.

Se sentía feliz por ello, pero al mismo tiempo también egoísta. ¿Cómo podía sentirse feliz con lo que le estaba ocurriendo a Yukino? ¿Cómo podía sentirse feliz apropiándose de la ilusión de su amiga Hailey? Se tumbó sobre la cama e intentó dejar la mente en blanco.

«Qué extraña es la vida —pensó—. Ni el mejor de mis sueños hubiera vivido todo esto.»

Lo que Christine no sabía era que la vida no es tan extraña, ya que premia a aquellos que luchan por cumplir sus sueños.

Christine sabía que tenía que estudiar y preparar el ensayo sobre Shakespeare que la señorita Grant les había mandado, pero algo le aleteaba con tanta fuerza en el pecho que no podía ni pensar siquiera en coger un libro. Deseaba saltar, reír. Si no hubiera estado lloviendo habría salido a dar un paseo por Central Park.

Encendió el ordenador y se puso música bien alta. Al instante vio que alguien la llamaba por Skype; era Nathan.

Sólo ver su foto junto al símbolo de llamada hizo que la chica se pusiera nerviosa, pues le vino a la mente la última vez que habían estado juntos, en el lago, cuando él se le había declarado y se habían besado. Inmediatamente, aceptó la conferencia.

El rostro sonriente de Nathan la recibió a través de su *webcam* y ella se situó frente al ordenador para que su *webcam* también mostrase su cara.

—Hola, bonita —la saludó él.

—Hola, Nate —respondió simplemente.

—¿Cómo estás? —preguntó él—. Me he enterado de la noticia, debes estar dando saltos de alegría.

Ella rio.

—Bueno, no tanto, pero sí, estoy muy contenta, imagínate. Es la oportunidad de una vida.

—¿Cómo vas a celebrarlo? ¿Se lo has dicho a Nathalie y a Peter?

—Sí, pero con todo lo que está pasando con Yukino no creemos que sea el momento de celebrar nada.

—¡Tonterías! —respondió Nathan—. Precisamente porque están pasando cosas malas tenemos que aferrarnos y alegrarnos por las cosas buenas. Créeme, sé de lo que hablo.

Christine se acordó de la madre de Nathan y Tristan y respiró hondo. Tal vez el chico tenía razón.

—Espérame en la puerta de tu edificio dentro de quince minutos, ¿vale?, y lo celebramos como se merece.

—De acuerdo —dijo Christine.

Le era imposible negarse. Era tan extraño ver a Nathan emocionado así, y realmente era tan buena la noticia, que se animó.

Cortaron la llamada y ella se vistió con unos vaqueros y unas botas, para protegerse de la lluvia. Cogió un pequeño impermeable rojo y un paraguas antes de bajar. Avisó a Nathalie y Peter de que saldría un rato y bajó.

Cuando abrió la puerta del edificio, se encontró a Nathan esperándola junto a un taxi con la puerta abierta. Se introdujo con él en el asiento de atrás y se agarraron de la mano mientras Nathan le daba al taxista una dirección.

Se miraron con complicidad, como si compartieran un secreto, una travesura.

El taxi les dejó en una calle que a Christine le pareció familiar, pero no supo de qué. Casas bajas con verjas, farolas antiguas... realmente podría ser cualquier cosa.

Christine abrió el paraguas para resguardarse de la lluvia. Sólo entonces se fijó en que Nathan traía consigo algo grande en la mano.

—¿Qué es eso?

Era un radiocasete bastante grande y antiguo, de ésos que iban a pilas, pero que tenía también reproductor de CD.

—Lo he sacado del desván de mi casa y he grabado corriendo este CD.

Colocó el radiocasete bajo la cornisa de una de las casas, para que no se mojara. Con un aire misterioso, le dio al *play* y una voz familiar empezó a cantar:

—*I'm singing in the rain, just singing in the rain.*

Christine rio a mandíbula batiente. ¡Claro! La calle le recordaba mucho a la de la película *Cantando bajo la lluvia*.

—¿Qué mejor forma de celebrar tu entrada en el mundo del cine que con un día de lluvia, verdad? —dijo Nathan mientras le guiñaba un ojo y la conminaba a dejar a un lado su paraguas.

Ambos cantaron y bailaron al son de la canción, chapoteando en los charcos, sin importarles que la fina lluvia los estuviera calando durante unos minutos. Christine no podía pensar que tras su primera cita en el lago pudiera ser más feliz, pero así era. Esta segunda cita casi fue mejor que la anterior.

No muy lejos de allí, Hailey también intentaba dejar la mente en blanco, aunque por razones bien distintas. Se sentía miserable por sufrir por el papel que Christine le había «robado» mientras su amiga Yukino estaría sufriendo lo indecible, pero así era la naturaleza humana, y no hay nada que podamos hacer por aplacarla.

Tumbada de lado, en la cama, con las piernas recogidas sobre el vientre, Hailey no logró tranquilizar su mente ni siquiera en sueños. La premonitoria pesadilla del día anterior volvió a presentarse varias veces, pero esta vez los alumnos del instituto sí le hacían caso. Se paraban delante de ella y comenzaban a reírse de su pelo despeinado y su vieja y sucia ropa.

Ella comenzaba a correr por el pasillo huyendo de las burlas hasta que encontraba refugio en los baños. Dentro, una chica se cepillaba el pelo suavemente mientras canturreaba una canción. Al girarse, veía su cara demacrada. A pesar de parecer casi una calavera, reconocía sin duda a su amiga Yukino, quien le ofrecía el cepillo, mientras seguía cantando aquella extraña canción.

OceanofPDF.com

24. La reina destronada

«Como dijo Dante Alighieri: “La fama es como la flor, que tan pronto brota, muere; y la marchita el mismo sol que la hizo nacer de la tierra ingrata”. Y eso es lo que les pasa a algunas de las chicas de la alta sociedad: hoy se encuentran en lo alto de la cima, pero mañana nadie recuerda ni siquiera sus nombres.»

Sección «Envíanos tu correo» del NYC Society

Christine se despertó y encendió el ordenador. Con todo lo que había ocurrido el día anterior, no había tenido la oportunidad de hablar tranquilamente con Nathan, así que entró a su cuenta de Twitter para ver si le había dejado alguno de sus románticos mensajes. Bajó su línea del tiempo hasta encontrar sus tuits. El primero era un mensaje de apoyo a Anne y Yukino y el segundo, en perfecto castellano, iba dirigido exclusivamente a ella. Aunque formaba parte de un precioso poema de Pedro Salinas, la elección de aquellos versos la inquietó un poco. A pesar de que, con ello, rompería el encanto de los «mensajes anónimos», decidió que esa misma mañana le preguntaría a Nathan por la elección de aquellos versos.

En el instituto, todas las miradas iban dirigidas a ella. La gente le abría el paso en los pasillos y muchos se acercaban para felicitarla.

—Enhorabuena, Christine —dijo una chica acercándose a ella por la espalda.

—¡Felicidades, Chris! ¡Ya nos firmarás un autógrafo! —exclamó otra joven antes de subir las escaleras en dirección al aula de Química.

—Vaya, vaya... pero si te has convertido en la nueva *it girl* del Magnificence con eso de que quizás participes en una gran producción cinematográfica.

—¡Chelsea! ¡No me lo puedo creer! ¿Dónde te habías metido estos días?

—Desconectada del mundo —contestó ella con una media sonrisa.

—Sí, siempre hace lo mismo —dijo Clare como si apareciera de la nada—. Nunca viene a clase los primeros días después de las vacaciones.

—¿Y nunca te han amonestado por ello? —preguntó Christine arqueando las cejas, perpleja ante la «tradición» de su amiga.

—Pues no —respondió Chelsea a la vez que introducía la pequeña llave metalizada en la cerradura de su taquilla—, siempre digo que estoy enferma y como mis padres lo saben... me firman el justificante sin problemas y asunto resuelto.

—¿Verdad que tiene más cara que espalda? —dijo Clare sonriendo—. Se merece que algún día le den un buen cachete.

Christine rio suavemente con las cómicas palabras de su amiga.

—Bueno, te dejamos, que querrás hablar con ese guapetón... —alegó Chelsea señalando con la mirada a Nathan, quien se acercaba por el pasillo esbozando una gran sonrisa. Para su sorpresa, Nathan hizo pública su relación estampándole un sonoro beso en la boca.

—Vaya... ¿y eso? —preguntó Christine.

—¿Acaso he de tener una razón para besarte? —contestó de forma romántica.

—No... puedes hacerlo cuando quieras... Por cierto, quería hablarte de algo.

—Dispara.

—Antes de nada, quiero que sepas que me encantan tus mensajes y que me gustaría que los siguieses escribiendo, pero quiero que me expliques algo... —Christine no pudo acabar la frase.

—¿A qué mensajes te refieres? —contestó extrañado.

—Venga, no te hagas el tonto. Sé que eres Magnanonymus.

—¿Magna qué? —preguntó Nathan arrugando la nariz.

—¿No eres tú el que me ha estado escribiendo poemas en castellano en Twitter?

—Me parece una idea genial, pero no, no he sido yo.

Christine se colocó una mano en el pecho, como si el corazón se le fuese a salir disparado.

—Mira, fíjate en los de abajo del todo —dijo Christine tendiéndole el móvil.

LeslieW 5 min

¿Qué pensaba Hailey, que iba a durarle su fama para siempre? ¡Ni loca!

BadGirl 10 min

Pobre Hailey, la chica de moda ha pasado de moda... Por si alguien no lo sabe: Christine va a salir en una peli de Larry Adams

Pretty_Princess 15 min

¡No os lo vais a creer chicas, pero he visto a Hailey venir sola al instituto! Qué fuerte...

magnanonymus 1 day

¡Estamos con vosotras, Anne y Yukino! Rezo por vosotras cada día.

magnanonymus 1 day

Ríndete a la gran verdad final, a lo que has de ser conmigo, tendida ya, paralela, en la muerte o en el beso.

—Pero si yo no tengo ni idea de español.

—¿Y si no eres tú, quién ha sido? —preguntó Christine.

—Sea quien sea, creo que tienes que hablar con la policía. Mientras tanto, no te despegues de mí.

A la hora de la comida, se produjo una escena que puso en evidencia el nuevo reparto de roles en el instituto. Hailey se acercó a Christine, que estaba saliendo de la fila de la comida, y con su bandeja vacía empujó la bandeja de Christine. El sonido de la bandeja metálica al golpear el suelo se dejó oír en toda la estancia.

—Oh, lo siento, cariño. No te había visto —fingió Hailey.

—No pasa nada. Sólo es comida —respondió Christine recogiendo lo que pudo del suelo y depositándolo en el carro de recogida. Todo el mundo las observaba.

—Qué buena eres —dijo no exenta de ironía.

—Gracias —respondió Christine entornando los ojos. Aquello comenzaba a no pintar nada bien.

—¿Eres tan buena en la cama? —Christine se puso roja como un tomate.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que nos la vas a pegar con queso? ¿Me vas a decir que Larry Adams te ha ofrecido el papel por tu cara bonita?

—¿Cómo puedes decir eso? Creí que eras mi amiga.

—¿Acaso una amiga le roba a otra sus ilusiones? Yo no tengo amigas de ese tipo.

—Pero... yo no tengo la culpa, Hailey... Quizás me ha ofrecido el papel porque encaja mejor mi físico o mi acento, ¡qué sé yo! Eso no quiere decir que no vaya a contar contigo en un futuro.

—En este instituto, en este mundo, no existe el futuro, sólo existe el presente. Sólo existe el aquí y ahora. Y aquí y ahora estoy hablando con una zorra ingrata.

—Te estás equivocando, Hailey. —Ella no parecía atender a razones. Brandon se acercó a las dos antes de que la situación comenzara a empeorar.

—Ya es suficiente, Hailey, vámonos, anda —dijo Brandon cogiéndola del brazo.

—¿Ahora vas a ponerte de su parte? ¿Eres su nuevo perrito faldero o qué?

—Hazme caso, Hailey. Lo de Yukino te está afectando. No es necesario hacer esto. Hazme caso por una vez en tu vida —insistió su novio.

—Si me sacas del comedor será lo último que hagas conmigo en tu vida.

—¿Sabes qué será lo último que haga contigo en mi vida? Esto. — Brandon soltó el brazo de Hailey y se giró en dirección a su mesa sin mirar atrás. Christine lo siguió y ella, muerta de vergüenza por el desplante, certificó la pérdida de su trono abandonando el comedor ante la atenta mirada de todos los que allí se encontraban.

Deseaba encerrarse en el baño y llorar su dolor en privado, pero ni siquiera tenía el valor de abrir la puerta del lavabo debido a sus pesadillas. Corrió hacia la salida y llamó al chófer de su padre, que en quince minutos pasó a recogerla por la misma entrada del instituto. En el asiento de atrás del coche, Hailey lloró irremediablemente. Ese curso estaba siendo un verdadero suplicio. Las muertes de sus compañeras, la desaparición de su amiga Yukino, el alejamiento de Nathan, la pérdida de su papel en la película y la ruptura con Brandon eran sentimientos bastante duros de digerir. Deseaba que aquel curso de pesadilla se acabara pronto y todo

volviera a la normalidad. Pero antes de que eso ocurriera se prometió a sí misma que recuperaría su trono de popularidad costase lo que costase.

OceanofPDF.com

25. *Time to study*

«Llegó la hora de la verdad. La hora de alcanzar o fracasar en el intento de entrar en la universidad de nuestros sueños. Ahora es el momento de jugar bien nuestras cartas. Que se noten algo las horas delante de la televisión mirando *Poker Superstars*.»

Magnificence News

Christine llamó a la puerta de la sala que la policía usaba para llevar a cabo parte de su investigación. El día anterior había llamado al sargento Torres, quien le pidió que le viera al día siguiente a primera hora. Sin esperar a que le dieran permiso para entrar, abrió la puerta y se quedó un tanto desconcertada.

—Hola, Christine —dijo Tristan.

—¿Se conocen? —preguntó el sargento Torres.

—Emm... hola. ¿Qué haces aquí? —preguntó extrañada.

—Bueno, estoy echando una mano con el caso. La *American Psychologist* publicó el mes pasado mi trabajo de doctorado y el detective Dawkins, al leerlo, pensó que podría ser de alguna ayuda.

—Vaya sorpresa. Ojalá deis con él pronto.

—Cada vez estamos más cerca, Christine. Mucho más cerca —aseguró el sargento Torres—. Siéntese aquí, por favor.

—Le he llamado porque quería enseñarle esto —dijo Christine enseñándole los dos últimos mensajes de Magnanonymus—. Hace algún tiempo comenzaron a publicar estos tuits de forma anónima y yo pensaba

que se trataba de un «amigo». Sin embargo, ayer le pedí que me explicara el significado del último tuit y me dijo que no los escribía él.

—¿Quién es ese amigo suyo? —preguntó el sargento Torres abriendo la tapa de su libreta.

—Nathan. Nathan Woodley. Pero él no tiene nada que ver con esto. —Tristan se giró al escuchar el nombre de su hermano, pero prefirió no interferir en la charla.

—Intentaremos averiguar el origen de estos mensajes, mientras tanto, no se te ocurra hablar con desconocidos y mantén informados a tus tutores de todos tus movimientos. De momento, no podemos hacer nada más. No podemos ponerte protección por el contenido de estos mensajes. En principio, no son más que muestras de amor de algún admirador secreto... Quizás el último tuit no haya sido una elección de lo más acertada, pero está claro que, sea quien sea, está enamorado de usted. —El sargento Torres sonrió tímidamente y releyó aquel mensaje.

magnanonymus 2 days

Ríndete a la gran verdad final, a lo que has de ser conmigo, tendida ya, paralela, en la muerte o en el beso.

Christine abandonó la sala camino del aula de Literatura y el sargento Torres mostró la transcripción del mensaje a los detectives Dawkins y Maguire y a Tristan.

—¿Qué opináis? ¿Podría tratarse de él? —Los detectives se miraron entre sí sin mediar palabra y Tristan rompió el silencio.

—Yo creo que el poema no ha sido elegido al azar. La unión del amor y la muerte puede expresar la romántica idea de amor eterno, pero si el texto ha sido elegido por una mente perturbada, el significado varía completamente. Puede dar a entender que con ella busca poner fin a su obra

dejándola elegir entre el amor y la muerte. Sólo la aceptación de él por parte de la víctima la salvaría de una muerte segura.

—Quiero saber inmediatamente desde dónde han sido escritos estos mensajes. Nombre, fecha, dirección IP y dispositivo. No perdáis más tiempo —zanjó el sargento con gravedad.

La tensión previa a la semana de exámenes se vio agravada con la noticia de la aparición del cuerpo de Anne Gyllenhaal en Wawarsing. Con ella, ya eran tres las alumnas asesinadas, además de Yukino, quien permanecía en paradero desconocido.

Los profesores y el director Meyer se juntaron en una reunión de claustro extraordinaria para hablar de cómo podría afectar todo aquello a los resultados de los exámenes. La situación era bastante delicada, pues de las notas de aquellas pruebas dependía en gran medida la aceptación de solicitudes por parte de las universidades. Tradicionalmente, dos semanas después de los exámenes de enero del último curso, representantes de las mejores universidades de todo el país organizaban una jornada de entrevistas e información en el instituto Magnificence. Los alumnos realizaban sus solicitudes y veinte días después recibían una carta de resolución en la que a los alumnos más afortunados se les solicitaba una entrevista final en la universidad elegida. A pesar de que las universidades tenían en cuenta todo el historial académico del solicitante, las notas de aquellos exámenes eran valoradas como un indicador de la aspiración y el esfuerzo de los alumnos. La presión a la que estaban siendo sometidos los alumnos por aquellas terribles circunstancias iba a traducirse en un descenso general de rendimiento. Por ello, el claustro dictaminó, por primera vez en su historia, un sistema de valoración de campana, en el que la nota de los exámenes sería modificada en función de la nota más alta de

cada asignatura. Si la nota más alta era un ocho coma cinco, esa nota se convertía automáticamente en un diez y el resto de notas habría que recalcularlas mediante la misma regla de tres. Por supuesto, esta acción extraordinaria se mantendría en estricto secreto y ni siquiera constaría en acta.

Lejos de allí, Yukino comenzaba a retirar las piedras de la pared. Un rato antes, el asesino le había llevado una bandeja con la comida y la cena del día, lo que indicaba que al menos hasta la noche no estaría en la casa. Eso le daba un margen de ocho horas, aproximadamente. Un tiempo precioso que debía aprovechar al máximo si quería evitar una muerte segura. Los días anteriores había logrado excavar un pequeño hueco de un metro de diámetro y unos veinticinco centímetros de profundidad. Si aquella casa estaba construida a la forma clásica, pronto estaría a salvo. En las zonas frías, las casas y cabañas se edificaban dejando una cámara de aire entre los cimientos y la pared del sótano para evitar la humedad. Esa cámara de aire era un cinturón que rodeaba toda la parte baja de las casas y los electricistas lo utilizaban para llevar la toma de tierra de la instalación eléctrica desde la planta baja. Si Yukino consiguiera llegar a esa zona, escaparía de aquella pesadilla.

Con la ayuda del plato metálico rascaba pacientemente la superficie de tierra, avanzando hacia la libertad. Tras dos horas y media de trabajo continuo, paró. No quería desfallecer. Comió sin hambre unos trozos de patata y pasta hervida para coger fuerzas y volvió al trabajo. El hueco tenía setenta centímetros de profundidad, pero aquello no daba la menor señal de tener una cámara de aire. Yukino lloraba desconsolada, pero no cesaba de extraer tierra. Los músculos de sus brazos apenas tenían fuerzas para continuar. El dolor era insoportable, pero Yukino no cedía.

Cuando ya estaba a punto de parar y recoger todo eso antes de que llegara el asesino, el plato topó con una superficie dura. Parecía madera. Yukino tiró el plato al suelo y comenzó a escarbar con las manos. Era un tablón. «¡Claro!», pensó. Había llegado a las tablas que actuaban de soporte para que la tierra no se viniera abajo. Su corazón latía con fuerza. Los tablones estaban dispuestos de forma vertical y horizontal, formando una cuadrícula con huecos lo suficientemente grandes para que pudiera salir Yukino.

Sin mirar atrás, introdujo su pequeño cuerpo por el hueco de tierra y pasó entre los tablones con facilidad. La oscuridad allí era total. Avanzaba de espaldas a los cimientos, al tiempo que tocaba la estructura de madera para guiarse. A sus pies sentía como una rata la olisqueaba. No había tiempo para sentir asco. Su vida estaba en juego. Llegó a la primera esquina y giró con dificultad, ya que los cimientos eran más gruesos en aquella parte y apenas tenía hueco por el que pasar. Siguió avanzando hasta la esquina siguiente y al girar vio un hilo de luz que se filtraba a un par de metros sobre su cabeza. Había llegado al cuadro de luz. Calculó que todavía quedaban tres horas para que llegara aquel loco y se sintió feliz. Se imaginó abrazando a sus padres, a sus amigos y a todos sus seres queridos. Palpó el tubo de plástico que llegaba hasta el suelo y comenzó a trepar por él con la espalda apoyada en los cimientos y los pies en la estructura de madera.

Cuando llegó a la parte superior, estiró el brazo derecho para abrir la trampilla y ascendió hasta alcanzar la superficie de aquella estancia. Era un pequeño espacio iluminado únicamente por la luz de emergencia del cuadro de luz. Cuando vio la puerta frente a ella se sintió segura. Había logrado escapar de aquella pesadilla. Al traspasar el umbral, se encontró una cocina en penumbra. Encendió la luz para encontrar la salida y sus anhelos se truncaron de forma definitiva. Sobre una de las sillas esperaba el asesino.

—¿Cómo ha avanzado la tecnología, verdad? —preguntó mientras le enseñaba un *smartphone*.

—Por favor, no lo hagas. Tengo familia. Soy joven, quiero vivir... —imploró Yukino hincada de rodillas en el suelo.

—Hace unos años era impensable, pero ahora, con una pequeña cámara conectada a la red wifi, puedo vigilar lo que desee desde mi teléfono móvil. ¿Es increíble, no crees? —dijo sin aludir a las palabras de Yukino—. Has sido una niña mala y lo sabes. Lista, pero mala. Ahora toca ser buena. Desnúdate y ponte esta ropa. La he elegido especialmente para ti, ¿te gusta? —le dijo mientras la levantaba del suelo cogiéndola del pelo.

—No, por favor, no lo hagas.

—¿Y privarme de mi momento especial? A ver, déjame que lo piense... emmm... No.

Yukino se vistió y el asesino la llevó de nuevo al sótano. Allí, sin mediar palabra, la estranguló empleando una cuerda de piano.

—Por favor, rellene este formulario mientras espera.

La amable señorita le señaló una silla libre en la sala de espera. Estaban en un pequeño teatro del *off-Broadway* que había sido habilitado para las pruebas de *casting* de la película *All About You*, producida por Larry Adams. Christine se sentó entre otras dos aspirantes a su mismo papel, una chica delgada que mascaba chicle y una morena muy alta que hacía ejercicios de vocalización sin ninguna vergüenza. Varias de las chicas repasaban sus líneas en voz alta.

Christine sacó un bolígrafo de su bolso y empezó a rellenar el formulario con sus datos. Se dio cuenta de que le temblaba la mano. Nunca había estado en un *casting* antes, y ése no era sólo un *casting* profesional, sino que además era en otro país y en un idioma que no era el suyo.

«Tranquila, no te olvides de respirar.» Recordó las palabras de la señora Ames, que la había estado ayudando a prepararse. Qué agradecida le estaba. Realmente, tenía mucha suerte. Nathalie también había repasado con ella varias tardes y se había ofrecido a acercarla en coche. Justo antes de bajar le había dicho: «Rómpete una pierna» y Christine se había sentido ya como parte de un mundo maravilloso y mágico al que siempre había deseado pertenecer.

La amable señorita recogió los formularios y le dio un número, el dieciséis. Se alegró, porque siempre le había traído suerte ese número. Decidió que todo iba a salir bien, de hecho, sólo estar ahí ya era un premio para ella. No necesitaba más.

«Diviértete, *honey*», le había dicho también la señora Ames. Pues ya está, eso era lo más importante.

Ni siquiera repasó sus líneas, se las sabía de memoria. Cogió una revista de cine que una chica había abandonado en su silla al entrar a la audición y se dedicó a leer mientras iban llamándolas por números: el doce, el trece...

A su pesar, cuando llamaron a la chica número quince (la morena que aún seguía vocalizando), ya no pudo seguir leyendo. Las letras bailaban frente a sus ojos y un agradable cosquilleo le recorría el cuerpo. «No te olvides de respirar, no te olvides de respirar.»

Un chico asomó la cabeza por la puerta.

—Número dieciséis, por favor.

—Soy yo.

Se levantó como impulsada por un resorte. Dejó atrás la sala en la que todavía quedaban unas cuantas chicas y siguió al chico por oscuros pasillos que la llevaron hasta el escenario. Era pequeño, pero, aún así, mucho más grande que cualquiera que ella hubiera pisado jamás. Los focos le

iluminaban el rostro de forma que casi no veía a las personas que estaban sentadas y que empezaron a hablarle.

—¿Número dieciséis? —preguntó una voz masculina desde la oscuridad. Ella asintió y el hombre prosiguió:

—Por favor, mire a la cámara y diga su número y su nombre.

Ella parpadeó; ahora empezaba a distinguir un poco mejor lo que se veía más allá de los focos, una cámara fija y tres personas sentadas, dos hombres y una mujer, que tomaban notas y la miraban con curiosidad.

—Christine Rodríguez, número dieciséis.

Sonrió mientras empezaban a temblarle de nuevo las manos.

—Muy bien. Vamos con la escena veintitrés, ¿de acuerdo? Desde arriba.

—Puede coger el guion para repasar un momento sus líneas si quiere —añadió la mujer. Christine así lo hizo. Era la escena en la que su personaje, Annabella, conocía al protagonista, Robert, en una librería de segunda mano.

—¿Lista?

—Sí.

—Perfecto —dijo el hombre—. Yo leeré el papel de Robert. Veamos... Perdona, señorita, pero ese libro es mío.

Christine respiró y dijo a su vez:

—¿Quieres decir...? No... éste es mi, eh... —Se atascó y, avergonzada, volvió a mirar el guion.

El otro hombre, que no había hablado hasta el momento, sonrió y le dijo:

—Tranquila, tómese su tiempo, y no se preocupe por el acento, se supone que Annabella es italiana, así que si habla inglés con acento, mucho mejor para el papel, ¿de acuerdo?

Las palabras de ese hombre tuvieron en ella un efecto sedante. Comenzaron de nuevo:

—Perdone, señorita, pero ese libro es mío.

—¿Quieres decir el libro que está en mi mano?

—Sí, ahora está en tu mano, pero antes estaba en mi montón de libros, los que ya había reservado para comprar.

—¿Qué montón, ése de ahí?

—Sí.

—No veo tu nombre por ninguna parte, y esta librería está llena de montones de libros, ¿cómo puedo estar segura de que ése es tu montón y no el montón de... ese señor de ahí?

Así continuaron durante varios minutos. Christine recordaba que Annabella era una chica muy resuelta y decidida, que le echaba mucho morro a todo y, de hecho, desestabilizaba bastante al protagonista cada vez que aparecía. Era una comedia sobre un chico que iba a casarse y de repente sentía muchas dudas y se preguntaba cómo sería su vida con otras chicas que se iba encontrando a lo largo de ese día por Nueva York. Annabella era una de esas chicas.

Christine, imbuida por el espíritu del personaje, estaba divirtiéndose mucho.

Finalmente, una de las voces dijo:

—Estupendo. Hemos terminado.

Y la voz de mujer agregó:

—Tenemos su teléfono, ya la llamaremos.

—Muchas gracias —dijo Christine con una sonrisa de oreja a oreja antes de bajar del escenario.

El mismo chico la llevó hasta la salida y la felicitó:

—Has estado muy tranquila. La mayoría de las chicas se han puesto muy nerviosas al ver que el mismísimo Cameron Crowe estaba presente en la prueba.

Christine se atragantó. ¿Entonces ése era Cameron Crowe? Resultó que se trataba del hombre que la había tranquilizado.

Mareada, pero felicísima, salió del teatro caminando con la barbilla bien alta. Pidió un perrito caliente en un puesto callejero, porque los nervios le habían dado mucha hambre y anduvo calle abajo, hacia la parada de metro, sintiéndose, quizá por primera vez, una verdadera neoyorkina.

OceanofPDF.com

26. Hailey lucha por su trono

«Los servidores de Twitter aún echan humo por la gran cantidad de visitas recibidas después de la fiesta de Hailey, y es que todo el mundo quiere ver esas fotografías...»

Magnificence News

Hailey pasó la noche en vela ideando el plan para recuperar el trono de popularidad que le pertenecía y vengarse de Christine. Estaba llena de furia. Además de todo lo que le estaba pasando, su padre había decidido oficializar la relación que tenía con una mujer llamada Brianna y pretendía presentársela cuando regresara de Australia. No podía creer que su padre intentara suplantar el recuerdo de su madre con otra mujer. Su indignación e ira provocaron que Hailey ideara un horrible plan sin pensar en el daño irreparable que podría causar.

Cuando llegó al instituto, buscó a Poppy y le pidió que la acompañara al baño.

—¿Qué quieres? Preferiría que no me vieran hablando contigo. Te estás comportando como una zorra, Hailey —le espetó Poppy.

—¿Ah, sí? Pues precisamente de zorras quería hablarte... ¿Crees que no sé que estás colada por Brandon? ¿No es más zorra alguien que dice ser mi amiga sólo para estar más cerca de mi novio? —soltó Hailey.

—No es verdad; además, Brandon ya ha roto contigo.

—Ja, ja, ja. Qué ilusa eres, Poppy. ¿Sabes que hemos roto un montón de veces y que siempre acaba pidiéndome perdón? Está loco por mí. Te propongo un plan. Tú me ayudas a mí y te prometo que no le daré otra oportunidad a Brandon. Te lo podrás quedar todo para ti.

Poppy se cruzó de brazos y la miró con el ceño fruncido. Las propuestas de su amiga no eran conocidas precisamente por ser buenas. Pero estaba claro que, si quería conseguir al chico que le gustaba desde que había entrado al instituto, tendría que aceptar a la fuerza.

—¿Qué tendría que hacer?

—Así me gusta. Tan sólo tienes que convencer al grupo de que asistan a la fiesta que daré mañana en mi casa. ¿Quién puede resistirse a la primera fiesta después de tres semanas de reclusión de estudio? Yo no.

—¿Y no volverás nunca con Brandon?

—Te lo juro. Ya me he cansado de él. En realidad, nunca me ha gustado, es un crío.

—¿Y has estado todo este tiempo con él para pasar el rato? ¿Acaso no te importan los sentimientos de la gente? —A Poppy le hervía la sangre.

—Bueno, ¿y qué? No nos hemos casado... No seas dramática.

—¿Y qué pretendes con la fiesta? —Poppy conocía lo suficientemente bien a Hailey para saber que todo lo hacía con algún objetivo en mente.

—Quiero recuperar a Nathan. ¿Te vale con eso?

—Sí, me vale. Ya lo suponía. —Poppy le dio la espalda para abandonar los servicios y al llegar a la puerta se giró—. Por cierto.

—¿Sí? —preguntó Hailey.

—Espero que no lo consigas —dijo Poppy con convicción.

Hailey se quedó sola y sintió miedo al recordar sus pesadillas.

Tal como había predicho Hailey, a Poppy apenas le costó esfuerzo convencer al grupo para asistir a la fiesta. A pesar de que estaban muy enfadados con ella y la evitaban, tampoco había hecho nada imperdonable, simplemente estaban hartos de su comportamiento y habían decidido, por su propio bien, darle un escarmiento.

Poppy también les había dicho que Hailey pretendía pedirle perdón a Christine por su comportamiento. Al margen de eso, cada uno tenía sus razones para asistir. Las de Joe eran públicas, le encantaba emborracharse y ligar. Por su parte, Brandon pensaba que la fiesta sería un buen sitio para reconciliarse con su novia y Nathan quería aprovechar la ocasión para volver a estar a solas con Christine, ya que, desde que habían tenido su segunda cita, apenas habían tenido ocasión de estar juntos. La chica se encontraba ocupadísima preparándose para la audición de la película de Cameron Crowe, y entre eso y los exámenes parciales no habían podido encontrar un rato para estar juntos y su único contacto habían sido unos mensajes por WhatsApp.

Christine aún no se había decidido. Abandonó el instituto sin despedirse de sus amigos para evitar hablar de ello y se dirigió a la entrada, donde le esperaba el chófer de Peter. Poco antes de que cerrara la puerta del coche, llegó Nathan.

—Aún no me has dicho si irás a la fiesta.

—No creo que vaya —respondió ella un poco seca.

—Si no te apetece, podemos quedar tú y yo para ir a algún sitio más tranquilo, ¿qué te parece? —insistió él.

—No lo sé, Nathan. No sé si es buena idea. —Christine cerró la puerta del coche e hizo esfuerzos por no mirar atrás cuando el vehículo se alejaba.

El chico se quedó quieto en el mismo sitio observando cómo el coche se alejaba. Sentía, metro a metro, cómo se abría una brecha cada vez más grande entre ambos.

No entendía bien por qué, pero desde el primer momento en que vio a Christine tuvo deseos de acercarse a ella, de formar parte de su mundo. Y ella a veces parecía corresponderle, cada una de sus sonrisas era una invitación a su corazón, pero otras veces levantaba muros que él no sabía cómo saltar. No estaba seguro siquiera de si ella quería que los saltara.

Con estos pensamientos empezó a andar, arrebujiándose dentro de su abrigo. De repente había sentido frío.

Christine se pasó toda la tarde estudiando, en teoría, porque la verdad era que su cabeza no dejaba de dar vueltas. Estaba hecha un verdadero lío. Sabía que Nathan se había quedado un poco cortado aquella mañana al salir de clase, prácticamente le había cerrado la puerta en las narices, pero realmente no sabía cómo actuar ante él.

Había sido después de su segunda cita, la sorpresa de *Cantando bajo la lluvia*, cuando las dudas habían empezado a surgir.

Christine tomó un sorbo de zumo mientras, pensativa, rememoraba la escena en su cabeza. Los dos saltando y bailando bajo la fina lluvia. Se había reído más en esa media hora que en todo el resto de su vida. Había sentido una felicidad completa, sobre todo cuando el chico la había despedido en la puerta de su casa con otro cálido beso en los labios. Sencillamente, no podía haber nada más perfecto. Pero entonces, súbitamente, regresaron a ella las palabras de su madre. Christine portaba un secreto y no debía enamorarse ni encariñarse demasiado con nadie. Ésa había sido la advertencia de su querida madre en sus últimos días de vida, y allí estaba ella, dejándose llevar y abriendo por primera vez su corazón a un

hombre. Todavía no era amor, desde luego, pero era un sentimiento profundo que podría llegar a transformarse en eso. Nunca podrían tener una relación «de verdad», ¿no sería mejor detenerse aquí? ¿No salvaguardaría así su corazón? ¿No protegería también a Nathan, antes de que ambos desarrollasen un lazo demasiado fuerte?

Sólo cuando Nathalie llamó a la puerta para decirle que la cena ya estaba lista, Christine volvió a la realidad. No tenía mucho apetito, pero resultaba difícil resistirse al delicioso plato de carne rellena de verdura y beicon que Peter había preparado.

—Tengo que preguntarte algo, Christine —dijo Peter con el rostro serio.

—Claro, dime.

—Jörn, nuestro chófer, me ha dicho que esta tarde te ha visto hablar con uno de los Woodley. ¿Es eso cierto?

De repente se encontró frente a una encrucijada. Si decía la verdad, Peter se enfadaría por desobedecerle; y si mentía, traicionaría la confianza que habían depositado en ella.

—Sí —respondió bajando la cabeza.

—¿Te he negado algo desde que estás aquí? —preguntó retóricamente. Christine negó moviendo la cabeza—. ¿Entonces por qué no me haces caso en la única cosa que te pido?

—Es que no sé por qué no puedo verle. ¿Qué tendrá que ver él con los problemas que hayas tenido con su padre? No lo entiendo.

—Mira, jovencita. No tengo por qué darte explicaciones de nada. Soy tu tutor legal en este país y, como tal, te exijo que no vuelvas a ver a ninguno de los hermanos. Si no, me veré obligado a tomar medidas. ¿Queda claro?

—Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones, Peter.

—¿Ah, sí? Muy bien. Si vuelvo a enterarme de que has cruzado media palabra con alguno de ellos, solicitaré un cambio de instituto.

—Pero... —La protesta de Christine se vio ahogada por el fuerte golpe que dio Peter en la mesa antes de levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Nathalie mientras le acariciaba la mano.

—No me apetece hablar ahora. Discúlpame —respondió Christine al tiempo que se levantaba de la mesa para ir a su habitación.

Al día siguiente, Christine decidió ir a la fiesta. Se sentía dolida con Peter y necesitaba salir de casa. Para no desobedecer a Peter, tan sólo tenía que evitar a Nathan. Encontró a Nathalie en su dormitorio, mirando con lupa las ilustraciones de un viejo libro de arte.

—Hola, Nathalie. ¿Estás ocupada?

—No, cariño, esto puede esperar.

—Esta noche salgo. Hailey da una fiesta en su ático. Creo que su padre va a asistir a una fiesta benéfica o algo por el estilo.

—Sí, va a la misma gala que nosotros —añadió Nathalie.

—Ah. —Christine dudó antes de seguir hablando—. Quería decirte que en esa fiesta estará Nathan y no quisiera disgustar a Peter otra vez.

—Bueno... no te preocupes. Tienes que disculparlo. Está muy nervioso con el cambio de trabajo. Él te quiere como a una hija y sólo intenta protegerte.

—Es que no entiendo nada, ¿protegerme de qué? ¿Fue tan terrible aquello que pasó? —preguntó Christine.

—Verás, es difícil de explicar... Ocurrió hace muchos años... no sé si debería contártelo.

—No quiero obligarte, Nathalie, si prefieres no hablar de ello no lo hagas, no pasa nada —dijo comprensivamente.

—No, no. Es justo que lo sepas. Peter acababa de independizarse tras acabar la carrera, así que debía tener unos... veinticinco años. Trabajaba

cerca de catorce horas en el bufete, así que contrató a una asistente para que lo ayudara en las tareas domésticas. Se llamaba Nadine y era la esposa de George Woodley. Por entonces, Nathan debería tener unos seis años y su hermano Tristan doce. Con el paso de los meses, Peter y Nadine tejieron una bonita amistad que se convirtió irremediablemente en amor. Un día, Nadine llegó a casa con el ojo morado. Su marido la había golpeado en presencia de sus hijos después de llegar a casa completamente borracho. Desde ese momento, comenzaron a idear un plan para escapar juntos a algún sitio lejos del alcance de George. Tras darle muchas vueltas a aquella idea, decidieron que se establecerían en Manchester, ciudad en la que Peter tenía algunos parientes. La misma noche en que habían decidido llevar a cabo su plan, Nadine no apareció. Él se quedó desolado, imagínate. Se quedó esperando junto a sus maletas toda una noche llorando de rabia porque pensó que...

—Hola, chicas, ¿de qué habláis? —dijo Peter entrando en la habitación.

Nathalie se volvió hacia su marido esbozando una pequeña sonrisa.

—Le estaba contando cómo nos conocimos.

—Sí, es una historia muy romántica, Peter —añadió Christine.

—Pues, sintiéndolo mucho, tendréis que continuar otro día. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

—En cinco minutos estoy preparada. No te preocupes, cariño.

Nathalie se levantó y sacó del armario un precioso vestido negro de Gucci que acentuaba su tez pálida y su melena rojiza.

—Yo también tengo que prepararme —dijo Christine—. Pasadlo bien en la gala.

—Gracias, Chris. Y tú no te separes de tus amigos ni un momento, ¿OK?

Cuando abrieron la puerta del ático de Hailey y Christine entró, casi tuvo que hacerlo a empujones. La música sonaba a todo volumen y había tanta gente que tuvo que sortearlos para acercarse a la barra, doblándose para evitar codazos de los chicos que bailaban o las colillas de los que fumaban.

La luz era tenue, lo suficiente para distinguir con quién hablabas y a la vez dotar de cierta intimidad al ambiente. Era el tipo de fiesta en la que puede pasar cualquier cosa, sobre todo porque muchos de los chicos y chicas ya habían bebido bastante.

—¡Hola, Christine! —la saludaban completos desconocidos.

—¡Acuérdate de mí cuando estés en Hollywood, pásale mi número a Ashton Kutcher! —le gritó una chica morena y rellenita de la que no sabía ni su nombre.

Todo eso debería haberla hecho sentirse muy bien, pero no era así. Tenía demasiadas dudas con respecto a Nathan y a eso se sumaba la prohibición de sus tutores y, por supuesto, él estaría por allí. Echó un vistazo; entre el amasijo de cabezas y brazos no distinguió su rostro. No sabía si alegrarse o entristecerse.

En ese momento, la agarraron por el brazo.

—Eh, Chris. —Era Poppy—. Ven, trae el bolso y el abrigo, los dejaremos en el guardarropa.

Atravesaron la marea humana hacia el improvisado guardarropa que había montado en una esquina del salón y el chico encargado le dio una ficha. Al quitarse el abrigo, Christine se sintió un poco fuera de lugar. Como pensaba que era una fiesta íntima, se había puesto sólo unos vaqueros con una camisa y se había recogido el pelo en una cola de caballo. Naturalmente, le sentaban muy bien, pero rodeada de tanto vestido de marca y tacón de aguja...

—Ven, vamos a beber algo, chica, que tienes mucho que celebrar, ¿no?
—dijo Poppy—. ¡Joe, tráenos unos cócteles de champán! —gritó mirando a un joven.

El chico, que charlaba junto a Brandon en lo que parecía ser el otro extremo del planeta, se acercó rápidamente con dos cócteles para ellas.

—Hay una fuente allí mismo —informó Poppy a Christine enseñándosela, y ésta no tuvo más remedio que quedarse impresionada ante la magnífica fiesta. El DJ, subido en una plataforma, dio paso a un tema de Lady Gaga, uno de los éxitos de ese invierno, y toda una masa de gente empezó a saltar y gritar al unísono:

«Oh, oh, oh, oh, oh... I'll get him hot, show him what I've got. Can't read my, can't read my, can't read my poker face!»

La conminaron a apurar el cóctel y pronto tuvo otro en la mano mientras ella también se movía al ritmo de la música; aunque no tuviera muchos ánimos, todo el mundo la empujaba y se le derramó un poco de champán en la camisa, Brandon la había empujado sin querer al bailar con Poppy.

—¡Poppy! —gritó Christine para hacerse oír—. ¿Dónde está Hailey? Me gustaría felicitarla por la fiesta.

Pensaba tener así una excusa para salir de la pista de baile en que se había convertido el salón.

—¡No tengo ni idea de dónde está! —respondió la chica, agarrando a Brandon por la cintura—. La última vez que la vi estaba con Nathan, un poco cariñosos los dos. Quizá estén en alguna de las habitaciones, ya sabes. —Le guiñó el ojo.

Christine sintió cómo el pecho se le inflamaba de celos. ¿Sería verdad lo que se decía por ahí, que Nathan iba de romántico pero que, en cuanto conquistaba a una chica, pasaba de ella e iba a por la siguiente?

Dio la vuelta y salió corriendo hacia los servicios, apartando a la gente que se encontraba a su paso y casi resbalando con los líquidos que ya habían caído al suelo de los vasos.

A su alrededor, la gente seguía saltando y cantando: «Can't read my, can't read my, can't read my poker face!».

Eso es lo que necesitaba ella, sin duda, una cara de póquer. Que nadie viera lo que estaba pasando. Para eso era actriz, ¿no?

Se refrescó en el servicio y se bebió el contenido de un vaso que alguien había dejado allí, un *gin-tonic* algo aguado y caliente. Lo apuró en tres sorbos. Se repasó el maquillaje, dibujando una atrevida línea con un *eyeliner* y pintando sus labios de un rojo subido. Se soltó la melena castaña, la mojó un poco y se la alborotó con la mano. Se guiñó un ojo a sí misma. Perfecta. El alcohol le estaba subiendo y se sentía fantástica.

Justo cuando salió por la puerta del baño empezó a sonar *Who's that girl*, de David Guetta ft. Rihanna, el *hit* del momento. En el ático se oyó la exclamación de decenas de chicas y todas empezaron a moverse a la vez. Como en una escena a cámara lenta, Christine, con la camisa por fuera y el pelo suelto, iba llegando al centro del salón y la gente le abría paso, quizás por la seguridad de su sonrisa o su mirada, o por lo decidida que parecía caminar al ritmo de la música. Al llegar allí, empezó a bailar. Sin pensar. Dejándose arrastrar por el ritmo pegadizo de la canción: «She's been a crazy dita, disco diva and you wonder... who's that chick? Who's that chick?». Sus caderas se balanceaban sinuosamente sin ella planearlo, se dejaba arrastrar con los ojos cerrados.

Así fue como Nathan la vio, justo como más le gustaba Christine, totalmente entregada y absolutamente apasionada. Sin miedo a mostrar sus sentimientos, algo que él temía demasiado. Animado por lo que veía, apuró su copa y se acercó a ella abriéndose paso entre la gente. Se había formado

un pequeño coro que la vitoreaba, sin que Christine se hubiese percatado, por lo metida que estaba en la música.

Cuando la canción terminó y la chica abrió los ojos se encontró frente a frente con Nathan, que la contemplaba extasiado. Una fuerza magnética parecía atraerla hacia él de forma irresistible y, al momento, se encontró con la boca del chico explorándole el cuello sin poder evitarlo. Sus manos la abrazaron con fuerza por la espalda y, entonces, ella recordó que le habían dicho que había estado con Hailey y lo apartó.

—¿Qué ocurre?

—Lo sabes muy bien —respondió Christine y, como si hubiera estado programado, justo en ese momento apareció Hailey a su lado.

—¡Hola, Christine! ¿Qué tal, te lo estás pasando bien?

La chica se sentía mareada. Hailey posó su mano en el hombro de Nathan. Christine ni siquiera se detuvo para ver la cara de asombro del chico, simplemente lo apartó de un empujón y se dirigió entre la marabunta hacia la salida del ático.

—¡Christine! ¿Qué ocurre?

—Oh, vamos, Nathan, déjala, es una cría —soltó Hailey, acercándose al chico insinuante.

Nathan no le hizo ni caso y salió detrás de Christine, quien, por lo que podía divisar entre las cabezas de la gente, acababa de salir del ático.

En el camino tuvo que deshacerse de los abrazos de varios colegas medio borrachos que le insistían en que se quedara.

Cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que Hailey lo había agarrado por el brazo.

—¿Cuál es tu problema?

La chica lo miraba con una sonrisa de perfecta anfitriona.

—Nada, chico, qué modales. Solamente te traía el bolso y el abrigo de Christine, se los ha olvidado con las prisas en el guardarropa.

Le alargó el bolsito negro. Nathan lo agarró y corrió a buscar a Christine. La encontró en la acera, esperando a un taxi.

—¡Christine! —gritó Nathan otra vez—. Toma, ponte esto.

La ayudó con el abrigo y la chica se sintió, por un instante, conmovida por su atención. Se miraron a los ojos, bajo el cielo nocturno y frío de Nueva York, con los árboles de la avenida como únicos testigos y entonces, de golpe, lo recordó todo. Nathan y Hailey cariñosos. La prohibición de Nathalie y Peter. Sus propios miedos a tener una relación.

—Déjame, Nathan, por favor.

—Pero, bonita, ¿qué dices? No te entiendo, yo...

Quiso abrazarla, pero ella se zafó, cada vez más nerviosa. El alcohol que había bebido no la ayudaba precisamente a mantener la calma. Se sentía en medio de una vorágine de sentimientos mareante y que la ahogaba.

—¡Déjame, Nathan!

—¡Es que no te entiendo! ¡Dime qué pasa, Christine! —A esas alturas ella ya estaba llorando sin poder evitarlo y hablaban a voz en grito sin darse cuenta.

—¿No ves que no puedo explicártelo?!

—Un día estamos en el cielo, vamos al lago o bailamos bajo la lluvia, y una semana después ¡apenas me hablas! ¿No te das cuenta que me estás volviendo loco?!

Ni siquiera se percataron de que algunos chicos los contemplaban desde la terraza del ático.

—¿Y tú?! ¿Qué haces jugueteando con Hailey?! ¿Crees que no te veo?! Si será verdad lo que dicen de ti, que nos usas y después...

—¡Vamos, Christine! —El chico la cogió de la mano mientras ella lo contemplaba aún llorosa—. Tú eres inteligente, sabes perfectamente que sólo son jugarretas de Hailey y que para mí no significan...

—Buenas noches.

La serena y grave voz de un policía los interrumpió. Christine se sorbió las lágrimas y Nathan intentó recuperar la compostura.

—Identificación, por favor —dijo el agente.

Christine buscó en su bolso el pasaporte. En ese momento bajaban también unos cuantos chicos de la fiesta, sin duda para dirigirse al Attic a seguir con la juerga. Entre ellos estaba Poppy; todos gritaban y reían en voz muy alta.

—¡Silencio! —ordenó el policía a la jauría de siete u ocho chavales, evidentemente ebrios.

Todos se callaron.

—¿Qué ocurre, oficial? —preguntó Poppy acercándose.

—Necesito que todos os identifiquéis. Hemos sido alertados por una llamada anónima de que una persona extranjera está vendiendo drogas en la fiesta del ático.

Al escuchar la palabra «extranjera» a Christine le tembló la mano en la que ya sostenía el pasaporte; por un momento se le ocurrió volver a guardarlo (y la mirada de refilón que le lanzó Nathan le indicó que él estaba pensando lo mismo), pero después recapacitó y le entregó el pasaporte al policía sin demora: ella era inocente, no tenía nada que temer.

—Aquí tiene, oficial.

—¿Española? —dijo el policía.

Christine asintió.

—Lo siento, señorita, pero voy a tener que pedirle que me enseñe su bolso.

—No lo hagas, Christine. —Nathan la detuvo agarrándola por la muñeca—. No es legal, no tiene permiso para registrar su bolso sin pruebas que la incriminen claramente.

—Mira, hijo —lo cortó el policía—, si la chica es inocente, lo mejor es que me haga caso y me enseñe el bolso, se lo estoy pidiendo amablemente. Si no, puedo llevarla a comisaría como sospechosa, llamar a sus padres, conseguir la orden y finalmente acabará enseñándome el bolso. Pero si lo hacemos por las buenas, todo será más rápido.

—No te preocupes, Nathan, no pasa nada. —Y le entregó su bolso al policía. Mientras, los chavales murmuraban entre ellos, apostando por lo bajini si Christine era culpable o no lo era. Poppy sacó el móvil y, disimuladamente, empezó a grabar un vídeo.

El policía comenzó a sacar las cosas del bolso de Christine: el móvil, la cartera, maquillaje y, de repente, extrajo una bolsita.

—¿Qué es eso? —preguntó Christine.

No era suyo. Nathan se había quedado con la boca abierta. El policía abrió la bolsita, que contenía un polvo blanco. Lo probó con la punta de la lengua.

—Señorita, acompáñeme a la comisaría. Va a tener que responder a una denuncia por posesión de cocaína.

Los chavales empezaron a hablar ahora todos a la vez; algunos llamaban por teléfono a sus amigos en la fiesta para contarles lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo? —exhaló Christine casi sin voz mientras miraba a Nathan en busca de ayuda—. Nathan, yo no... tú sabes que esa bolsa no es mía.

—Oficial, de verdad, es imposible que esa cocaína le pertenezca, yo conozco a esta chica y...

—Eso lo decidirá un juez. —Procedió a esposar a Christine.

—¿Es eso necesario, oficial? —preguntó Nathan horrorizado.

—Es el procedimiento rutinario.

Christine estaba pálida. Por los comentarios que oía de sus compañeros de instituto se enteró de que alguien ya había tuiteado su detención. Dentro de una hora, su tragedia sería *trending topic* en Twitter en el Magnificence.

—Voy a llamar a otra unidad, esperad aquí.

Oyeron cómo se acercaba al coche de policía para pedir más unidades y registrar la fiesta de Hailey.

Mientras, Christine se había quedado junto a Nathan, esposada, pálida y temblorosa.

—No debí haber sacado el pasaporte... —consiguió decir.

—Christine, al llegar a comisaría te habrían registrado igualmente.

—Nathan, te juro que yo...

—Vamos, señorita, acompáñeme al coche. —Los interrumpió el policía tirando sin mucho miramiento del brazo esposado de Christine.

Lo último que vio fueron los ojos de Nathan mirándola fijamente, no supo interpretar su expresión. Cuando se dejó caer en el asiento trasero del coche, con las esposas haciéndole daño en las muñecas, se echó a llorar con todas sus fuerzas, haciendo que el rímel del *eye-liner* resbalase por sus mejillas.

La comisaría del Upper East era un viejo edificio de ladrillo rojo y piedra situado en la 67 con Lexington Avenue. Christine traspasó aterrada el umbral de la puerta. La hicieron subir a la primera planta y una vez allí le quitaron las esposas.

—Siéntese aquí, señorita —le dijo el agente señalando una desvencijada silla de madera. Christine obedeció sin decir palabra—. Tome, supongo que querrá telefonear a alguien.

—Gracias. —Christine esbozó algo parecido lejanamente a una sonrisa y buscó en la memoria de su móvil el número de Nathalie.

—¿Diga? —preguntó una extrañada Nathalie al otro lado de la línea.

—Soy yo, Christine.

—Ah, hola, cariño, ¿desde dónde me llamas? No tengo registrado este número en la agenda.

—Estoy... en... la comisaría. —Las lágrimas inundaron su rostro.

—Tranquilízate. ¿Estás bien?

—Estoy asustada.

—No te preocupes. Dime en qué comisaría estás, vamos para allá.

—No sé la dirección, pero es la comisaría del Upper East.

—En veinte minutos estamos allí, Christine.

—Vale, hasta ahora —dijo ella pasándole el auricular al agente.

—Hay que pensar las cosas antes de hacerlas, señorita —dijo el policía abriendo el pasaporte para transcribir los datos personales a la ficha policial.

—Le juro que eso no es mío —respondió Christine sin mucha pasión.

Entendía que, en aquella situación, la mayoría de los detenidos acababan soltando la misma frase; sólo que en su caso era cierto.

—Ya... supongo... —dijo sin apartar la vista del teclado del ordenador.

Quince minutos después aparecieron Peter y Nathalie. Aunque Peter, como abogado, estaba más que acostumbrado a este tipo de situaciones, lo cierto era que estaba hecho un manojo de nervios.

Christine veía cómo discutía con uno de los policías en el pasillo. Movía los brazos airadamente y Nathalie intentaba tranquilizarlo cogiéndole las manos mientras el policía señalaba hacia Christine.

—¿Me está diciendo que una chica extranjera, con sus limitaciones lingüísticas y su desconocimiento absoluto de la ciudad, ha conseguido

comprar cinco gramos de cocaína? ¿En qué cabeza cabe? ¿Acaso la venden en el Starbucks?

—Tranquilízate, Peter, no arreglas nada poniéndote así.

—Será mejor que por el bien de la muchacha haga caso a su mujer, señor Dawson.

—¿Que me tranquilice? Christine se enfrenta a delitos contra la salud pública. ¿Cómo puedes estar tú tranquila?

—¿Podemos pasar ya, agente? —preguntó Nathalie con voz templada.

El policía miró a su compañero a través del cristal y éste le hizo una señal indicándoles que ya podían pasar. A pesar de que ella no había tenido nada que ver con todo eso, Christine no se atrevía a mirarlos a la cara.

—¿Estás bien? —dijo Peter sentándose a su lado y estrechando sus manos entre las suyas.

Protegida entre el cuerpo de Nathalie y Peter, de repente, Christine no pudo contener las lágrimas y empezó a gemir desconsoladamente.

—¡Oh, cariño, ven aquí! —dijo inmediatamente Nathalie, abrazándola.

—Os juro que eso no es mío —logró balbucear entre sollozos—. Alguien la ha debido colocar en mi bolso.

Peter se había levantado nervioso al ver a la chica tan desconsolada.

—No te preocupes, Christine —declaró con voz firme y profesional—, eso está claro para cualquiera y lo demostraremos.

—¿Y quién iba a hacer una cosa semejante? —inquirió Nathalie mientras acariciaba a la chica, que aún seguía abrazada a ella con el cuerpo temblándole por el nerviosismo—. No logro entenderlo.

—Yo tampoco —musitó Christine levantando el rostro y mostrando las mejillas húmedas por las lágrimas—, pero debe ser alguien que me odia.

Nathalie miró a su marido, azorada.

—Sea cual sea la razón... daremos con esa persona, cielo —dijo Nathalie con una pequeña sonrisa que reconfortó a Christine—. Venga, salgamos de aquí. Odio este lugar.

Para abandonar la comisaría, Peter y Nathalie se vieron obligados a abonar una fianza de mil doscientos cuarenta y tres dólares. La cantidad se determinaba calculando el precio de la sustancia en el mercado y multiplicándola después por cuatro.

—No te preocupes por nada, Christine. Todo se aclarará tarde o temprano —dijo Peter con seguridad.

Ella se sintió aliviada de nuevo al oír esas palabras, pero no dejaba de pensar en quién podía estar detrás de eso. Recordó a Hailey hurgando entre los bolsos, pero no podía creer que llegara hasta ese punto, así que la desechó de su mente y volvió a analizar paso a paso sus movimientos en la fiesta.

—Gracias a los dos. —A pesar de la confianza de Nathalie y Peter en Christine, un muro de silencio se instaló en el coche que los llevó a casa.

Christine pasó el domingo en casa con el teléfono apagado. No tenía ganas de hablar con nadie. Peter le pidió que contara todo lo que había hecho desde que había llegado a la fiesta y no pareció enfadarse cuando le dijo que al entrar la policía a la habitación, Nathan Woodley estaba con ella. Por la noche, Christine se armó de valor y entró en su Twitter. Tal como se imaginaba, la noticia del arresto se había convertido en la comidilla de los alumnos del Magnificence.

Hailey_Fisher 5 minutes

Fotos nuevas del arresto de Christine. <http://bit.ly/enr7a2> #Christinearrested

Only_u 10 minutes

Y parecía una mosquita muerta...

Yaz_Yazzy 10 minutes

@TheBieberMusic ¿No has escuchado UpperNews? Cinco gramos. Tenía para invitar a todo su grupo...

TheBieberMusic 5 minutes

Dicen que la pillaron con coca. ¿Es verdad eso?

PoppyD 1 hour

RT @Hailey_Fisher: @Rainnadia ha recopilado las fotos de la drogata...

<http://picasa/Christinearrested> #Christinearrested

Rainnadia_ 2 hours

No me deis las gracias. Dádselas a Christine...

@DarlenaHarms 4 hours

RT @Rainnadia Todas las fotos del arresto en Picasa. Haced palomitas y disfrutad...

<http://picasa/Christinearrested> #Christinearrested

lindaBieber 5 hours

@Rainnadia ¡¡¡Buen trabajo!!! Graciasss

Hailey_Fisher 5 hours

@Rainnadia ha recopilado las fotos de la drogata... <http://picasa/Christinearrested>

#Christinearrested

@Rainnadia 6 hours

Todas las fotos del arresto en Picasa. Haced palomitas y disfrutad...

<http://picasa/Christinearrested>

#Christinearrested

A pesar del dolor, Christine ya no lloraba. Sentía rabia e ira. Aunque la situación se aclarara, el daño que le estaban causando sería irreparable. ¿Con qué cara iba a hacer al día siguiente las entrevistas de acceso a la universidad? ¿Cómo la mirarían los profesores y compañeros? ¿Qué pensaría Nathan? El incesante baile de preguntas que revoloteaba en su interior acabó por agotarla y dio paso a un misterioso sueño en el que levantaba castillos de arena al borde del mar y reía como una loca cada vez que una ola lo alcanzaba y lo derrumbaba. Junto al castillo desmoronado volvía a construir otro y así continuó el sueño hasta que el sonido penetrante de la alarma del móvil la rescató de aquella extraña playa.

OceanofPDF.com

27. DUO (Día de Orientación Universitaria)

«Hoy es el día D. Ha llegado la hora de que finjáis como nunca lo habéis hecho. Vuestro futuro profesional está en manos de los representantes. Un paso en falso y las puertas de la excelencia se os cerrarán a cal y canto.»

Magnificence News, pág. 6

Los alumnos de último curso del Magnificence se despertaron ese día bastante nerviosos. Con las entrevistas de ingreso se jugaban su futuro profesional y eso era algo que creaba bastante presión. En principio, los representantes enviados por las universidades no estaban capacitados para rechazar o aprobar ninguna solicitud previa de ingreso, pero lo cierto era que sus informes eran determinantes en la decisión a adoptar por el comité de admisión. A cada alumno le estaba permitido presentar cuantas solicitudes de ingreso quisiera, pero lo cierto era que, normalmente, ninguno de ellos se presentaba a más de tres universidades. Christine aún no había tomado una decisión en cuanto a sus planes futuros, pero Peter y Nathalie habían insistido en que realizara las solicitudes en caso de que decidiera quedarse.

Las aulas y pasillos del segundo piso del instituto habían sido reconvertidas en una especie de parque temático universitario. Estudiantes voluntarios de distintas universidades repartían folletos publicitarios y se mostraban dispuestos a responder a cualquier pregunta, incluidas las que

jamás se atreverían a preguntar al representante con el que tendrían que realizar una entrevista formal. Estos últimos esperaban en las diferentes aulas asignadas a cada universidad.

—¿Ya tienes clara tu primera opción? —le preguntó Brandon a Nathan.

—Creía tenerla clara hasta hace un par de meses.

—O sea que pasas de California. Adiós a las tías en bikini, al sol perpetuo y a las fiestas en la playa, colega.

—Es que si me voy a la otra punta del país...

—... no vas a ver a Christine —añadió Brandon para terminar la frase.

—¿De qué habláis? —preguntó Poppy acercándose a los chicos.

—Nada, nada. ¿Cuál será tu primera opción? —preguntó Nathan para cambiar de tema.

—Querrás decir mi única opción —contestó ella con seguridad.

—¿Sólo vas a presentar una solicitud? ¿Y si no te cogen? Tienes que guardarte un as en la manga, Poppy.

—¿Crees que Harvard no admitirá un cuerpazo como éste? —respondió ella girando sobre sus pies—. ¿Y vosotros?

—Mi primera opción también es Harvard, pero no lo sé, Pensilvania tiene la mejor escuela de deporte de alta competición. Me presentaré a las dos y ya decidiré después. —A Poppy se le iluminaron los ojos. Con Brandon en Harvard y Hailey lejos de él, las oportunidades para conquistarlo se multiplicaban.

—Yo no sé qué hacer. Siempre había pensado que acabaría en Stanford, a cientos de kilómetros de mi viejo, pero creo que haré la solicitud a Columbia y Yale. Por cierto, ¿has visto a Christine?

—No. Si yo fuera ella intentaría pasar desapercibida después de lo del sábado. Supongo que llegará después de que toque la campana, cuando la

mayoría de la gente esté en clase —respondió ella con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—¿Acaso te hace gracia lo que le ha pasado a Christine? —preguntó Nathan furioso—. ¿No te has parado a pensar ni siquiera un segundo que podría ser inocente?

—No pretendía... Lo siento, Nathan. Sí, supongo que sí, pero no creo que pueda hacer mucho por defenderse. Había cinco gramos de cocaína en el interior de su bolso —contestó ella irritando aún más a Nathan, que se marchó dejándolos a los dos plantados.

—Bueno, qué, ¿vamos a Harvard? —inquirió Poppy agarrando del brazo a Brandon y dirigiéndolo hacia el aula de Biología, donde esperaba su representante, un hombre de edad indeterminada y grandes gafas redondas.

—Mira. Está libre. ¿Entras tú o comienzo yo?

—Las mujeres primero —respondió Brandon, disimulando sus nervios con una falsa cortesía.

CUESTIONARIO DE PREADMISIÓN

HARVARD UNIVERSITY

Solicitante: Poppy Moore

Centro académico: Magnificence (NYC)

Valoración: Apta

¿Qué carrera desea estudiar?

Derecho.

¿Qué espera obtener de Harvard?

Los mejores conocimientos y la mejor educación del país.

¿Qué capacidades cree que son necesarias para convertirse en una buena abogada?

Creo que lo principal es ser constante en el estudio para obtener la mejor formación y, después, aplicarla de forma honesta. Y creo que podré demostrar que estoy altamente capacitada para ello.

¿Cree?

No, no. Quería decir que afirmo estar capacitada.

¿Por qué quiere estudiar Derecho?

Siempre he querido dedicarme a ello. Me gusta la idea de ayudar a la gente que lo necesita.

Veo que su apellido es Moore. ¿Su padre es Graham Moore?

Sí.

Fue alumno mío, señorita. Dele recuerdos del señor Martin. Puede retirarse.

¿Ya?

Sí, no se preocupe. Si es usted la mitad de buena estudiante que su padre, estaremos orgullosos de tenerla en Harvard.

CUESTIONARIO DE PREADMISIÓN
HARVARD
UNIVERSITY

Solicitante: Brandon Anderson

Centro académico: Magnificence (NYC)

Valoración: Duda

¿Qué carrera desea estudiar?

Educación Física y Deportiva.

¿Qué espera obtener de Harvard?

Me gustaría poder beneficiarme de los conocimientos acumulados por una institución centenaria, señor.

¿Qué capacidades cree que son necesarias para convertirse en un buen docente de Educación Física?

Creo que lo mejor es saber transmitir el amor por el deporte, y yo lo amo. Siento verdadera pasión por él.

¿Por qué quiere estudiar esta carrera?

Quiero dedicar mi vida a hacer aquello que más me gusta.

¿Cuáles de sus capacidades cree que podrá aplicar a los estudios elegidos?

La capacidad de sacrificio y la constancia son las capacidades más importantes que ha de tener un buen deportista y creo que pueden aplicarse a cualquier aspecto de la vida que requiera del esfuerzo para conseguir los mejores resultados, incluidos los buenos resultados académicos.

¿Qué intereses, al margen de su campo de estudio, tiene?

No lo sé, me gusta salir con los amigos, divertirme...

Me refiero a intereses académicos.

Lo siento, me gusta la ciencia, la naturaleza, ya sabe...

¿Por qué ha decidido cursar sus estudios en nuestra universidad?

Porque creo que es la mejor.

¿Dónde se ve en los próximos cinco años?

No lo sé, me gustaría entrenar a un equipo de la liga profesional o algo por el estilo.

¿Qué libro está leyendo?

No me acuerdo del autor, pero va de un preso que escala puestos en el centro penitenciario gracias a sus cualidades como corredor de fondo. Me lo ha dejado mi entrenador.

¿Puede darme algún ejemplo de un problema que haya tenido en el pasado y decirme cómo lo resolvió?

Ahora mismo no sabría decirle.

¿Qué le gusta hacer en su tiempo libre?

Salir con los amigos, practicar deporte y conocer gente.

Muchas gracias, señor Anderson. Una última cuestión, ¿ha pensado presentar una instancia en alguna otra universidad?

Sí, señor. Mi segunda opción es la universidad de Pensilvania y quizás también me presente a Yale.

Muy buenas opciones, puede retirarse.

—¿Qué, cómo te ha ido? —le preguntó Poppy a la salida.

—No lo sé. Tantas preguntas no tienen que ser buena señal. Tú no has tardado ni tres minutos, y yo he estado por lo menos diez.

—No te preocupes, eso no significa nada.

—Me ha preguntado si Harvard era mi única opción y, al decirle que me presentaré también a Pensilvania y Yale, me ha dicho que son muy buenas opciones. No me ha gustado nada. Maldito petulante de mierda.

—Venga, no seas pesimista. Seguro que tenemos suerte. Vamos a buscar al resto.

CUESTIONARIO DE PREADMISIÓN
YALE
UNIVERSITY

Solicitante: Nathan Woodley

Centro académico: Magnificence (NYC)

Valoración: Apto

¿Qué carrera desea estudiar?

Ciencias Empresariales.

¿Por qué ha elegido nuestra universidad?

Creo que tiene uno de los mejores programas en Empresariales del país y también me gustaría estar cerca de... la gente que quiero.

¿Se considera una persona capacitada para trabajar bajo presión?

Sí, pero creo que la capacidad de trabajar bajo presión no es ninguna virtud, señor. Creo que el trabajo bajo presión como herramienta de motivación está condenado a la larga a la insatisfacción del cliente interno y a un descenso de la producción.

¿Qué campo le interesa especialmente?

Me gustaría especializarme en economía política.

¿Puedo preguntarle por qué?

Siempre me ha gustado analizar cómo las instituciones y entornos políticos influyen en la conducta de los mercados. Es una especie de juego que tengo conmigo mismo.

¿Qué diría de su país a una persona que no tenga ninguna idea sobre él?

Le diría que Estados Unidos de América es el país de las libertades y el país que acoge con los brazos abiertos a todo el que desea trabajar duro por él.

¿Por qué hemos de admitirle en Yale?

Si he de serle sincero, quisiera convertirme en un gran director ejecutivo, y en su universidad se han graduado más directores ejecutivos de compañías «Fortune 500» que en cualquier otra universidad.

Veo que tiene altas expectativas, señor Woodley. Un placer conocerlo. Espero verle pronto.

Nathan salió del aula en busca de Christine, pero en su lugar se topó con una radiante Hailey.

—Vestida para matar, ¿eh?

—Qué dices, voy bastante sobria. Es lo que les gusta. He elegido este vestido para gustar tanto a los hombres como a las mujeres.

—Veo que lo tienes estudiado.

—Por supuesto. En esta entrevista nos la jugamos. ¿Tú no te la has preparado?

—¿Preparar qué?

—Hay que tener muchas cosas en cuenta: la vestimenta perfecta, el perfume, respuestas adecuadas...

—¿Respuestas adecuadas? ¿Qué quieres decir?

—Hay que responder lo que quieren oír. Nada de ser sincero. La sinceridad no vende en nuestro tiempo.

—Si tú lo dices... ¿Has visto a Christine?

—No, pobrecita, lo mal que tiene que estar pasándolo. Ojalá todo eso se aclare pronto —respondió Hailey haciendo una de sus mejores actuaciones.

—Voy a ver si la encuentro. Suerte en la entrevista, Hailey.

—No la necesito, pero gracias. Te veo luego.

**CUESTIONARIO DE PREADMISIÓN
YALE**

UNIVERSITY

Solicitante: Hailey Fisher

Centro académico: Magnificence (NYC)

Valoración: Apta

¿Cuál es su nombre, señorita?

Hailey Fisher.

¿Qué estudios desea cursar?

Me gustaría graduarme en la Escuela de Artes y Ciencias para realizar un posgrado en diseño de moda.

¿Se considera una persona creativa?

Sí. Supongo que lo he heredado de mi abuela, Colleen Butler.

¿Por qué ha elegido nuestra universidad?

Porque siempre me ha gustado elegir lo mejor, señor.

Cada año tenemos unas veinte mil candidaturas de acceso y sólo el seis por ciento de ellas acaban formando parte de nuestra institución. ¿Por qué tendríamos que admitirla a usted en vez de a otra persona?

Creo que estarán orgullosos de mi esfuerzo como yo lo estaré toda mi vida de formarme en la mejor universidad del país.

¿Dónde se ve usted dentro de diez años?

Dirigiendo mi propia línea de ropa.

¿Puede darme un ejemplo de liderazgo demostrado?

Hace dos años organicé una fiesta benéfica y recaudé setenta mil dólares para la apertura de un comedor social cerca de aquí.

¿Cuál es su mayor debilidad?

Creo que empeñarme en conseguir siempre lo que me propongo.

¿Y su punto fuerte?

Conseguir siempre lo que me propongo.

¿No cree que puede caer en el pecado de la vanidad?

No lo creo, señor. Soy consciente tanto de mis aptitudes como de mis debilidades y es eso precisamente lo que me hace precisar mis objetivos de la mejor forma posible.

¿Cuáles son sus aficiones?

La moda, la lectura y la interpretación.

—Christine, por fin. Llevo buscándote toda la mañana. Ayer te llamé varias veces, pero tenías el teléfono desconectado. ¿Estás bien?

—La gente no hace más que cuchichear a mi paso. No, no estoy bien, Nathan. Creo que lo que me ha pasado es un aviso para que vuelva a mi país. No estoy segura de querer continuar aquí.

—¿Y qué hay de tus sueños de ser actriz?

—¿Crees que Larry Adams seguirá interesado en darle un papel a una adolescente que espera un juicio por posesión de drogas? ¿Crees que me renovarían el permiso de estudiante después de todo esto? Yo no. En estos momentos, no tengo ganas de luchar por nada.

—¿Ni siquiera por...? —La voz del representante de la Universidad de Yale cortó la frase de Nathan.

—¿Señorita Rodríguez? Puede pasar.

CUESTIONARIO DE PREADMISIÓN

YALE UNIVERSITY

Solicitante: Christine Rodríguez

Centro académico: Magnificence (NYC)

Valoración: Duda

¿Qué campo de estudio ha elegido?

Me gustaría completar mis estudios en la Escuela de Arte Dramático.

¿Qué cree que puede aportar a nuestra universidad?

Soy una persona muy constante, creativa y con muchas ganas de aprender.

¿Cuál es su actividad extraescolar favorita?

El teatro.

¿Cuál es su libro favorito?

Mi libro favorito no es un libro. Es el guion que Alan Ball escribió para la película *American Beauty*.

¿Por qué ha elegido estudiar en nuestro país?

Para perfeccionar mi inglés y vivir nuevas experiencias.

¿En qué actividades extracurriculares está involucrada?

En teatro, danza y música. En mi país estudiaba danza y teatro, pero nunca había estudiado música de manera formal, aunque toco algo el piano de oído.

Si pudiera conocer a una persona importante del pasado o del presente, ¿con quién elegiría hablar y de qué lo haría?

Elegiría a Marlon Brando. Es uno de los grandes genios de la interpretación y me gustaría hablar sobre cómo preparaba los personajes que interpretaba.

Veo que tiene el sueño de la interpretación corriendo por sus venas. La pasión es necesaria en la vida. No deje que nunca se acabe. Muchas gracias, señorita. Puede marcharse.

—¡Eh, Chris! ¿Cómo estás? —preguntó Clare, que esperaba junto a Chelsea su turno para realizar la entrevista de acceso a Yale.

—Bueno... no es uno de mis mejores días. ¿Os habéis enterado?

—No te preocupes. Nosotras confiamos en ti. Sabemos que no era tuya y no nos importa lo que piensen esta pandilla de cretinos que tenemos alrededor —respondió Clare.

—Gracias, chicas. No sabéis cómo os lo agradezco.

—Bueno, ¿y cómo te ha ido? Nosotras tenemos la entrevista dentro de un rato y toda la gente anda diciendo que el representante de Yale es un capullo —comentó Chelsea intentando llevar la conversación hacia otro terreno.

—No lo sé. Yo creo que me ha ido bien, pero me ha parecido un poco corta.

—Eso es bueno. Cuando dudan te hacen más preguntas y se tarda más —dedujo Clare.

—O puede ser que estés poco tiempo porque hayan visto claro desde un principio que no eres apta —respondió Christine echando por tierra el argumento de Clare.

—Bueno, dejad de hablar de eso que me estáis poniendo nerviosa. Yo entraré y que sea lo que Dios quiera. No creo que me rechacen en tres universidades, ¿verdad?

OceanofPDF.com

28. *Mister postman, look and see if there's a letter in your bag for me*

«Durante estas semanas, los estudiantes del Magnificence recuperan la vieja tradición de abrir el buzón con una llave... ¡Que se modernicen de una vez las arcaicas universidades del país y que envíen un correo electrónico como todo el mundo!»

Upper East News, pág. 3

Dos semanas después de las entrevistas, algunos alumnos del Magnificence comenzaron a recibir las primeras cartas de acceso de las universidades de Princeton y Stanford. Los alumnos admitidos llevaban la carta al instituto para enseñarla con orgullo y los rechazados sufrían en silencio su decepción.

Christine no lo vivía con la misma intensidad. Por supuesto que deseaba ser admitida en Yale, pero su preocupación fundamental esos días era que el Comité de Programas de Intercambio no diera por finalizada su beca antes de tiempo por el asunto de la droga. Peter estaba haciendo todo lo posible para que no ocurriera y, además, había pedido un favor a un viejo amigo de la policía para que investigara el caso partiendo de la inocencia de Christine. Su fe en ella era absoluta.

—Hola, Nathalie —dijo Christine al llegar a casa dejando la mochila sobre una butaca del salón.

—¿Cómo estás, cariño? —le respondió ella levantándose del sillón en el que había estado ojeando una revista.

—Un poco cansada, no paro de darle vueltas al mismo tema...

—No te preocupes, cielo. Todo va a aclararse. Peter es muy bueno en su trabajo, por no decir el mejor de toda la ciudad, ¿de acuerdo?

—Bueno, si me lo pintas así...

—Ven, siéntate.

—¿Pasa algo? —La chica se dejó caer en un sillón junto a Nathalie con el ceño fruncido.

—Hazme caso. Siéntate aquí. Tengo que darte algo que ha llegado hoy.
El corazón de Christine comenzó a acelerarse.

—Toma —dijo Nathalie mostrándole un sobre con el membrete de la Universidad de Yale.

Christine lo tomó en sus manos y, después de mirarla durante un buen rato, volvió a pasársela a Nathalie. Era un sobre grande y sabía que eso era buena señal, pues solía significar que enviaban junto con la carta un folleto informativo de la universidad en la que había sido aceptada la alumna.

Sintió el corazón latiéndole con premura y sus manos apenas podían sostener el sobre.

—Léela tú, yo estoy demasiado nerviosa —dijo Christine con voz temblorosa.

YALE COLLEGE OFFICE OF ADMISSIONS AND FINANCIAL AID

55 Whitney Ave.

402, New Haven, CT, USA

Ms. Christine Rodriguez

980 5th Avenue

New York, NY 10075, United States

Estimada Ms. Rodríguez,

Me complace informarla de que el comité de acceso de la Universidad de Yale ha resuelto positivamente la entrevista de preacceso a la Escuela de Arte Dramático de nuestra institución.

Este año cerca de veintitrés mil solicitantes han realizado la entrevista de ingreso, y tan sólo a cinco mil de ellos se les ha permitido realizar la matrícula. Mis más sinceras felicitaciones por su logro. Recuerde que la formalización de la matrícula no le asegura en ningún caso una plaza en la universidad, ya que sólo aceptaremos un máximo de dos mil alumnos nuevos.

Durante los diez días siguientes al recibimiento de esta carta, tendrá que formalizar su solicitud de ingreso en la secretaría de la Escuela de Arte Dramático. Para ello, le facilitamos la documentación pertinente, a la que deberá adjuntar:

- 2 cartas de recomendación del profesorado más antiguo en su instituto de procedencia.
 - Un informe escolar detallado redactado por el orientador escolar de su centro (el Comité de Admisiones se reserva el derecho a solicitar un nuevo informe al finalizar el curso).
 - Cheque de 75 \$ grapado en la página cinco de la solicitud.
- Me congratula la decisión que ha tomado al elegir Yale como su centro universitario.



Sincerely,
William R. Fitzsimmons
Dean of Admissions and Financial Aid
Hope you'll join us!

Acompañaba a la carta, por supuesto, un folleto que Christine no podía parar de acariciar entre sus manos, con toda la información sobre la universidad y los diferentes *colleges*.

—¿No es fantástico? —preguntó una exultante Nathalie.

—Sí, supongo... —contestó Christine con cierto retraimiento.

—¿Cómo que supones? Es Yale, ¡una de las diez mejores universidades del mundo!

—No... si estoy contenta, pero aún no le he dicho nada a mi padre. Como todavía no había nada seguro, he preferido no preocuparlo, pero supongo que tendré que empezar a contarle algo.

—Sí, Christine. Si has decidido proseguir tus estudios aquí, tienes que contárselo a tu padre cuanto antes.

—El problema es que todavía no lo tengo claro. —Christine bajó la cabeza y continuó hablando—. Es una oportunidad irrepetible, y vosotros sois maravillosos, pero no sé si debo hacerlo. —Por su mente pasaban diferentes imágenes de algunos de los mágicos momentos que había vivido con Nathan y, en cierta forma, era consciente de que la situación se le estaba escapando de las manos. En algún momento tendría que contarle la verdad, pero a veces la verdad duele más que la peor de las mentiras y, por el momento, Christine no estaba preparada para enfrentarse a ella.

—Bueno, cariño, piénsalo con calma. No hay ninguna prisa. Puedes formalizar la solicitud de ingreso y decidir más tarde. Yo no te quiero presionar, la decisión que tomes ha de ser sólo tuya.

—Además está... —añadió la chica al instante mientras su rostro enrojecía—. Bueno, la verdad es que...

—Dime, cariño, ¿qué ocurre?

—Me da vergüenza decirte esto, Nathalie, pero... —Apartó la mirada de los ojos de su madre de acogida—. No creo que mi padre tenga dinero para pagar una universidad como Yale.

Christine había vuelto la cabeza hacia la ventana, sin querer contemplar la reacción de Nathalie. Por eso, quizá, la sorprendió aún más escuchar una risa abierta y alegre. ¿Se estaba burlando de ella? No podía mirar, estaba demasiado avergonzada.

Entonces sintió cómo Nathalie la envolvía en un cariñoso abrazo mientras le decía:

—¡Cariño! ¡No puedes preocuparte por eso! ¡Me niego! —Y seguía riendo mientras le daba un beso en la mejilla—. Nosotros te ayudaremos en

lo que sea necesario. Puedes solicitar un préstamo estudiantil o una beca, y de lo que falte nos ocuparemos nosotros, ¿de acuerdo?

Christine no podía creer la suerte que había tenido al encontrar esa familia en su viaje. Asintió, con lágrimas de alegría en los ojos. Nathalie se levantó y le dio un beso en la frente antes de dirigirse a la cocina.

Al día siguiente, Christine buscó a Chelsea y Clare para comunicarles la noticia. Las divisó al final del pasillo de la primera planta y, a medida que iba acercándose, se percató de que Clare estaba consolando a Chelsea.

—Hola, ¿estás bien, Chelsea? —preguntó, rozándole la espalda con la mano.

Ella se giró y, con lágrimas en los ojos, le dio la carta de preadmisión de Yale. No le hizo falta más que leer la primera línea para saber que Chelsea no había pasado el filtro de admisión.

—¿Y ahora qué hago? ¿Qué voy a hacer sin Clare después de lo de Mylene?

—Bueno, a mí todavía no me han admitido.

—Ya, pero sabes que con tu expediente no vas a tener problemas. ¿Y a ti, te ha llegado la carta? —dijo mirando a Christine.

—Emmm... no. Aún no me ha llegado —respondió ella guardando disimuladamente su carta en el bolsillo trasero del pantalón.

Al sonar la campana de la primera hora, Christine y Clare se separaron de Chelsea, ya que ella había escogido Economía Aplicada en vez de Tecnología.

—Sí que has recibido la carta, ¿verdad? —preguntó Clare con una sonrisa de complicidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto guardándote algo justo aquí —dijo extrayendo con rapidez la carta del bolsillo de Christine.

—Oye, que es mía —protestó Christine.

—Toma, ni siquiera me hace falta leerla. ¿Cuándo quedamos para ir a hacer la matrícula?

—¡Por mí, mañana mismo!

El reloj del vestíbulo de la cinematográfica Grand Central Terminal marcaba las nueve en punto.

Christine esperaba ansiosa a Clare mientras miraba a su alrededor para apreciar las impresionantes dimensiones del edificio. El techo se encontraba a cuarenta metros sobre su cabeza y estaba decorado con unas preciosas escenas del zodíaco celestial y las constelaciones, contemplarlo era razón suficiente para visitar el edificio. Ella miraba a su alrededor con una extraña sensación de admiración y familiaridad. La estación había servido de escenario natural para tantas películas importantes que el visitante cinéfilo no podía menos que sentir una impresión de cercanía con el lugar.

Christine intentaba recordar algunos de los títulos de las películas en las que salía la estación, pero sólo se le ocurría *Los intocables de Eliot Ness*.

—Buenos días, madrugadora —dijo Clare colocándose a su lado.

—Eh, buenos días. No me muevo de aquí hasta que no me digas el título de una peli en la que aparezca esta estación. Ah, y que no sea *Los intocables*.

—A ver, déjame que piense: *Con la muerte en los talones*, *La tentación vive arriba*, *X-Men*, *Armageddon*, ¿sigo?

—Me has dejado flipada, no sabía que te gustara tanto el cine —dijo Christine con asombro.

—Claro que me gusta, ¿qué te crees? Pero como sé que a ti te gusta más, ayer lo busqué en Internet.

—Tramposa, así yo también ganaría.

—Venga, que estamos a tiempo de coger el de las 9:20. Corre.

Una hora y cincuenta minutos después, llegaron a la New Haven Union Station y, una vez allí, caminaron unos veinte minutos hasta llegar al campus de la universidad. Aquello era la antítesis de Nueva York. En las amplias avenidas apenas había tráfico y el cielo se abría ante la vista de forma generosa. Al adentrarse en las calles del campus universitario, Clare y Christine sintieron el peso de la responsabilidad. Antes que ellas, miles de estudiantes habían sentido lo mismo al ver los majestuosos edificios de piedra y ladrillo rojo contruidos doscientos años antes. Era imposible ver todo eso y no preguntarse si uno iba a estar a la altura.

—Qué pasada, ¿eh?

—¿No te intimida un poco todo esto? —preguntó Christine con miedo a parecer demasiado aprensiva.

—Pues claro. ¿A quién no?

Llegaron al área de información y les proporcionaron un plano del campus. La Facultad de Empresariales no quedaba muy lejos de la Escuela de Arte, y en menos de media hora ambas habrían entregado sus solicitudes de acceso.

—¿Te apetece un café? —preguntó Christine al pasar frente a la cafetería de la biblioteca.

—Qué preguntas me haces —respondió Clare como si fuera lo más evidente del mundo—. Claro que me apetece, sobre todo para ver cómo está el nivel... ¡espero que mejore la media del Magnificence!

Ambas entraron en la cafetería, donde las recibió un aire cálido y con un agradable olor a infusiones, café y *muffins*. Se quitaron las bufandas.

—Yo busco mesa mientras tú pides los cafés —sugirió Christine. El local estaba bastante lleno y sonaba una agradable y suave música de *jazz* por los altavoces.

Christine sorteó las mesas hasta el fondo de la cafetería, donde encontró una pequeña vacía, justo con dos sillas. Se sentó y, al hacerlo, golpeó sin querer con el codo a un chico que estaba en la mesa de al lado.

—¡Perdón! —dijo Christine sonriendo.

El chico levantó la vista del libro que estaba leyendo y la miró a través de sus gafas. Llevaba cascos y no la había escuchado ni, al parecer, se había dado cuenta de lo que había pasado. Tenía el pelo muy oscuro, revuelto, y sonrió a Christine con sus ojos color esmeralda observándola con interés, pero sin decir una palabra.

Christine actualizó su Twitter mientras esperaba a Clare. La alegría que comenzaba a sentir tras varios días de bajón se tornó repentinamente en tristeza y rabia.

Only_u 10 minutes

¿Qué quieres que se demuestre? Cinco gramos de coca en el bolso. ¿Sabes cuánto son dos y dos @Crazy_boy?

Crazy_boy 8 hours

Pero todavía no se ha demostrado, ¿no?

TheBieberMusic 10 hours

Yo me apunto. Cuantos más mejor.

PoppyD 1 day

¡Muy buena idea! Yo voy a hacer lo mismo. ¿Por qué no lo hacemos todos?

Hailey_Fisher 1 day

Yo he enviado las fotos del arresto de Christine a los rectores de las universidades a las que me presento. No quiero indeseables cerca de mí.

Clare llegó a la mesa con dos humeantes vasos de cartón de los que empezaron a beber.

—Mira. Yo me rindo. No hace falta ni siquiera que presente la solicitud —dijo Christine pasándole el móvil a su amiga.

El chico moreno de la mesa de al lado se volvió disimuladamente al oír la voz de la chica.

—Qué arpía. Ya no tengo ninguna duda, Christine. —Se acercó y susurró para que nadie más lo oyera—. No quería decírtelo porque me parecía muy serio el tema, pero estoy segura de que fue Hailey la que te puso la droga en el bolso.

—¿Y por qué alguien es capaz de molestarse tanto en hacer daño?

Al chico moreno se le cayó en ese momento la cucharilla al suelo y se agachó a recogerla sonriendo a las muchachas, como pidiendo disculpas por la interrupción.

—Yo tengo la respuesta —dijo Clare.

—¿Sí? ¿Por lo de la peli? —preguntó Christine.

—No. Con el teatro y el cine Hailey sólo pretende ser el centro de atención. Eso es lo que verdaderamente le gusta. No es por lo de tu papel. Es algo más pasional.

Se tomaron rápidamente el café, pues habían quedado un cuarto de hora después y tenían prisa. Se levantaron y, justo mientras iban saliendo de la cafetería, Clare le comentó:

—Por cierto, rompecorazones, ¿qué te ha parecido el moreno intelectual de la mesa de al lado?

—¿Qué? —dijo Christine poniéndose los guantes.

—Ése tan mono de las gafas que no te quitaba ojo.

Pero Christine no contestó; tenía cosas más importantes en las que pensar, sobre todo, una terrible duda que se atrevió a preguntar finalmente a Clare.

—¿Tú crees que Hailey está enamorada de Nathan?

—Estoy convencida de ello.

—¿Y todo esto lo ha montado para alejarme de aquí? Pues veremos quién ríe última. Vamos, he de entregar una solicitud —dijo Christine con firmeza. Fue en ese momento cuando decidió definitivamente proseguir sus estudios universitarios en Estados Unidos.

OceanofPDF.com

29. ¿Quién será la siguiente?

«Hallada muerta Yukino Aizawa, la cuarta víctima del Asesino de la *jet*. En aras de la investigación, el departamento de policía de Nueva York no ha filtrado ningún dato más sobre el hecho.»

The New York Times (titular de portada)

A veces la vida resultaba paradójica. Nueva York había amanecido soleado y las chaquetas de invierno colgaban de los brazos de los viandantes. El color de las copas de los árboles de Central Park se había tornado amarillo y formaban un precioso mosaico en contraste con el cielo azul. El día anticipaba la primavera que pronto llegaría y, con ella, los tranquilos paseos al caer la tarde. Sin embargo, esa maravillosa postal quedó empañada por la triste noticia de la aparición del cuerpo de Yukino. El miedo latente que se ocultaba bajo los rostros de los alumnos del Magnificence salió una vez más a la superficie. A nadie se le escapaba que, pocos días después de la aparición de los cuerpos, el asesino salía de caza y, hasta ahora, la policía de Nueva York había demostrado su incapacidad para ponerle un cerco.

Los jardines y aparcamientos del Magnificence amanecieron poblados de furgonetas de las cadenas de televisión más importantes del país. El asunto se había convertido en un tema de seguridad nacional y, muy a su pesar, el sargento Torres tuvo que ceder la jurisdicción del caso a la policía federal.

—No dudamos del trabajo que está realizando su equipo, sargento Torres.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le llaman a esto? —El aula que empleaban para la investigación del caso estaba tomada por cinco agentes del FBI, quienes se habían apropiado del material de investigación sobre el caso.

—Podemos trabajar en equipo. Mis chicos y yo somos muy cooperativos —dijo con cierta sorna el agente especial Jack Torrance—. ¿Verdad, chicos?

—Sí, jefe, así es —respondió uno de los agentes mientras retiraba descuidadamente una montaña de papeles de la mesa principal para colocar su ordenador.

—¿Lo ve, sargento? Necesita nuestra ayuda.

—Señores, quiero que vean esto —dijo Tristan en tono grave.

—¿Y éste quién es? —preguntó el agente Jack con cierto tono despectivo.

—Mi nombre es Tristan Woodley —respondió alargando el brazo para estrechar su mano.

—No se ofenda, pero su nombre no me dice nada, señor Woodley.

—Tristan nos está ayudando con el caso. Está doctorado en psicología clínica por la Universidad de Cambridge y su ayuda está resultando ser inestimable.

—Los hechos evidencian lo contrario. —Jack Torrance comenzaba a ser irritante.

—¿Sabe que la soberbia es la mayor muestra de inseguridad? Eso lo aprendí en mi primer curso en la facultad, agente Torrance. —Tristan lo escrutó brevemente y continuó hablando—. Es usted el hermano pequeño de una familia numerosa con serios problemas económicos. Seguramente, su padre maltrataba a alguno de sus hermanos mayores o, incluso, a su madre, y ésta es la razón principal que lo llevó a convertirse en agente de la ley. Por no hablar de su corte de pelo, que no dice nada relevante, pero está bastante pasado de moda. —El agente Torrance tardó un par de segundos en

reaccionar. El análisis que había hecho Tristan no parecía estar muy alejado de la realidad.

—¿Se cree muy listo, niño? —respondió acercando su rostro amenazante al de Tristan.

—Seamos adultos —intervino el sargento Torres—. Hay un asesino ahí fuera al que tenemos que atrapar.

—Quiero que vean este mapa —dijo Tristan—, muestra los puntos geográficos donde han aparecido los cadáveres.

—Con la unión de cuatro puntos se pueden dibujar decenas de figuras. No creo que se trate de algo relevante... —se apresuró a decir el agente Torrance.

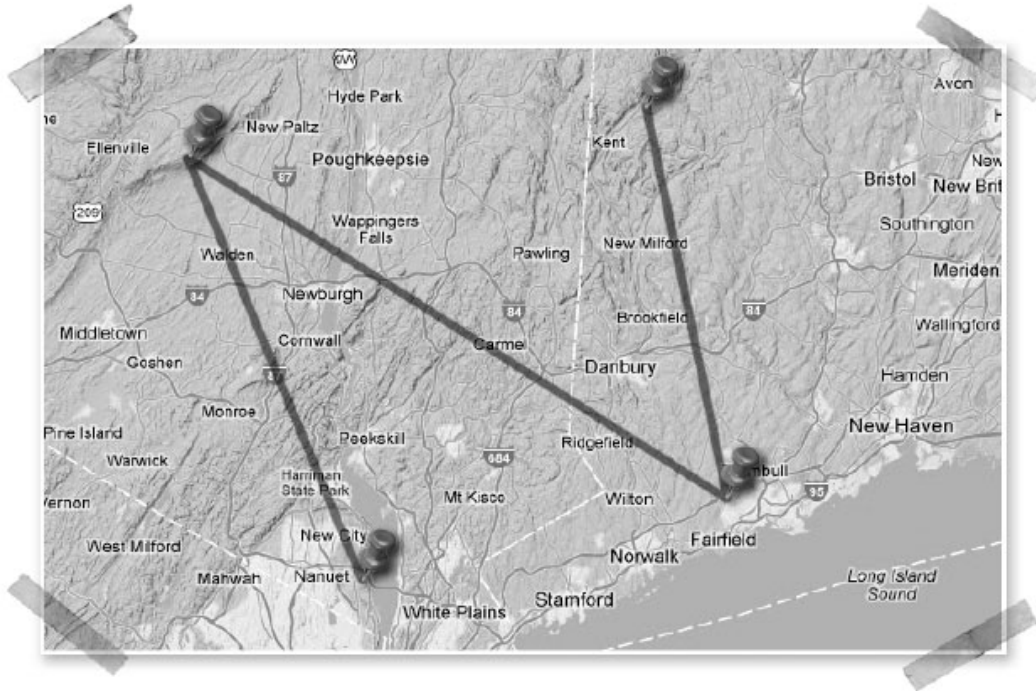
—La unión de los cuatro puntos no es algo que haya dejado al azar. Fíjese en el orden en el que fueron encontrados los cuerpos. Primero Brithany Highsmith, Waldwick —dijo señalando con el índice sobre el mapa—, después Mylene Schweiger, Emmaus; Anne Gyllenhaal en el parque natural de Minnewaska, y, por último, Yukino Aizawa, aparecida ayer mismo en el parque Kirby de Wilkes-Barre. ¿Coincidencia? Yo no lo creo.

—¿Y qué cree que intenta decirnos con eso? —preguntó el sargento Torres.

—Los asesinos son narcisistas en su grado máximo. La crueldad e indiferencia hacia los que los rodean los hacen sentirse superiores y, creyéndose más inteligentes que los demás, a menudo dejan pistas de sus actos. Así se sienten reconocidos e importantes. Creo que se ha tomado la molestia de dejar los cadáveres en estos puntos para dibujarnos esta gran N. Quizás sea su firma.

Los agentes federales, que hasta hacía un momento escuchaban con indiferencia las palabras de Tristan, se habían girado para observar el mapa

y con su silencio mostraban su acuerdo con la tesis que acababan de escuchar.



—Ahora, si me disculpan... —Tristan abandonó la estancia sin mirar atrás y, al abrir la puerta, alzó la mano en señal de despedida. Era la viva estampa de su padre.

Su colaboración con la policía le había granjeado la simpatía del director Meyer y hoy iban a comer juntos para aclarar algunos detalles del contrato que le había ofrecido como psicólogo del centro. Para Tristan, era una buena oportunidad laboral. El instituto Magnificence era una de las instituciones educativas de mayor prestigio del país y el horario pactado tan sólo lo obligaba a estar en el centro tres días por semana, el resto del tiempo podría dedicarlo a la investigación clínica, su verdadera pasión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nathan.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿No te alegras de verme? —respondió.

A Nathan no le hacía mucha gracia la presencia de Tristan en el instituto. Desde el día de la fiesta en la mansión de los Butler, Nathan consideraba a su hermano una amenaza. Algo en su interior le decía que su hermano se sentía atraído por Christine.

—Sí, perdona, estaba pensando en lo de Yukino. ¿Cuándo acabará esta pesadilla? —Nathan tenía los ojos humedecidos.

—No puedo contarte nada, ya sabes, secreto de investigación, pero creemos que estamos cerca.

—Eso espero. Cuando miro a las chicas del instituto me preguntó quién de ellas será la siguiente; espero que lo cojáis antes de que vuelva a hacerlo.

—Yo también lo espero. Por cierto, ¿sabes que voy a comer con el director Meyer? —preguntó sonriente.

—¿Y eso es motivo de celebración? Debe tener la conversación más aburrida del mundo.

—Será una comida de negocios. Me ha ofrecido la vacante de psicólogo del centro.

—¿Y qué vas a hacer?

—Creo que aceptaré. Es una buena oportunidad.

—Me alegro por ti, hermano. Tengo que dejarte. Voy a quedarme sin tiempo para almorzar. Por la noche me cuentas, ¿OK? —Nathan estaba receloso. Tristan nunca hubiera aceptado un trabajo como ése sin una buena razón. No le hacía ninguna gracia que estuviera tan cerca de ella.

Christine entró en el comedor buscando con la mirada a Clare y Chelsea, pero no había ni rastro de ellas. En la mesa del fondo estaban Hailey y el resto del grupo, incluido Nathan, que hacía gestos de afirmación con la cabeza mientras escuchaba a su amigo Kendrick. Ya habían pasado varias semanas desde el arresto y, aunque aún no se había demostrado su

culpabilidad, la mayoría de compañeros del Magnificence ya la había juzgado y condenado. Por un momento, se le pasó por la cabeza acercarse a su mesa, pero sabía con certeza que no la dejarían sentarse con ellos y no quería poner en un compromiso a Nathan. Miró a su alrededor, buscando alguna cara amiga con la que sentarse, pero la gente evitaba el contacto visual con ella para que no se les acercara y no tener que saludarla. Hailey y Poppy la miraban mientras se reían sin ningún pudor de su soledad. Sus extremidades empezaron a temblar debido al torrente sanguíneo que alimentaba a toda máquina su corazón malherido y los ojos vidriosos anticipaban una cascada de lágrimas. Haciendo un acopio de fuerzas, Christine salió del comedor antes de convertir su ataque de ansiedad en un espectáculo público.

Nathan levantó la vista segundos antes de que Christine desapareciera por la puerta de salida y, al verla marcharse, decidió ir tras ella. Cuando la alcanzó, Christine ya estaba sentada en uno de los escalones de piedra de la entrada principal. Él se acercó despacio, llevando tres libros de clase en las manos.

—¿Cómo estás, Chris? —preguntó él con su cautivadora sonrisa.

—Me gustaría decirte que estoy bien... pero te mentiría. —Christine sonreía ligeramente.

La mera presencia de Nathan la confortaba, pero se sentía incómoda. No sabía lo que el chico pensaba de todo el asunto de la droga ni cómo debía actuar con él. ¿Como si no hubiese sucedido nada? No era posible, había cambiado todo tanto en tan pocos días... En el colegio había pasado a ser una paria en cuestión de horas.

—Ya... Están pasando muchas cosas extrañas este curso —dijo él sentándose a su lado. Hizo ademán de pasarle el brazo por el hombro, pero se detuvo a medio camino.

—Sí, todo esto es muy extraño —respondió ella con cierta ambivalencia en sus palabras, que sonaron amargas.

Su mirada, dolorida, se posó en el brazo de Nathan, que ahora sujetaba uno de sus libros. Éste lo notó inmediatamente y se arrepintió de no haberle rodeado los hombros con él.

—Christine, por Dios, ¿no pensarás que yo tengo alguna duda sobre ti?

—No sé qué pensar. —La chica cerró los ojos.

—Mírame —le dijo él.

Ella abrió los ojos y Nathan inmediatamente posó los libros en un escalón y tomó su mano entre las de él. La miró fijamente y, con mucha tranquilidad, le aseguró:

—No tengo ninguna duda. Estoy seguro de que la cocaína no era tuya.

—Gracias, Nathan. —Algo se iluminó dentro de ella pero, sin embargo, al ver pasar a Hailey y a su séquito por delante de ellos, cuchicheando y señalándola con el dedo, volvió a hundirse.

—No les hagas caso, Chris.

—No se trata de eso, Nathan, ahora soy una paria en este colegio. Todo el mundo me evita, me señala con el dedo. Me repudian. —Estaba temblando sin poder evitarlo.

Se acordó de que había otras circunstancias en su vida que podrían hacer que ella fuese repudiada de la misma forma. Algo no tan sencillo de evitar como una falsa acusación de posesión de droga. Algo que podría hacer que hasta Nathan la rechazara.

—Tranquila —murmuró él mientras la abrazaba. Allí, entre los brazos de su chico, Chris se sintió por un momento invencible. Se besaron suavemente. Y ella sólo preguntó:

—¿Seguro que no te importa que te vean conmigo?

—¡Y tan seguro! De hecho... Christine, sé que no es el mejor momento para pedírtelo, pero a veces las cosas se escapan por esperar al momento perfecto, y no quiero que eso pase. —Nathan hizo una pausa—. ¿Quieres ser mi pareja en el baile de primavera?

La sonrisa de Christine en ese momento valió por todos los síes del mundo.

Christine y Nathan siguieron charlando ajenos a la cámara que, provista con un objetivo para larga distancia, disparaba fotografías desde el interior de un coche aparcado al otro lado de la calle.

OceanofPDF.com

30. El agua siempre vuelve a su cauce

«Si no habéis leído el libro, id corriendo a la librería. Laura Dern nos ha vuelto a sorprender con *El manual perfecto para los pesimistas*. ¿Crees que tu problema nunca se solucionará? ¡No te preocupes! El agua siempre vuelve a su cauce, las cosas siempre vuelven a ser como eran...»

Crítica literaria del *Magnificence News*

Por primera vez en mucho tiempo, los estudiantes del Magnificence comenzaban a respirar tranquilos. La policía parecía haber estrechado el cerco al asesino, porque éste no había vuelto a actuar tras la aparición del cuerpo de Yukino. Además, el agobiante paisaje de furgonetas y antenas de retransmisión que había rodeado durante varias semanas los alrededores del instituto había cedido el protagonismo a los elegantes cerezos que comenzaban a florecer en esa época del año y los jardines comenzaban a poblarse de alumnos tumbados bajo el sol.

Para Christine también había salido el sol. El esfuerzo invertido por Peter en aclarar la cuestión de las drogas había dado sus frutos. La calidad de la cocaína que habían encontrado en el bolso de Christine coincidía con un pequeño alijo incautado a un camarero de un local del Upper East. Al mostrarle una serie de fotografías, entre las cuales se encontraban la de Hailey y Christine, identificó a Hailey como la compradora. Este hecho fue suficiente para que la ciudad de Nueva York retirara los cargos de posesión

de sustancias prohibidas, pero no lo fue tanto como para poder acusar a Hailey de su compra y posterior introducción en el bolso de Christine. Con todo, ella estaba contenta. Aquella pesadilla de la droga ya había pasado y su estancia en Estados Unidos ya no pendía de un hilo.

—¿Tú qué sitio vas a elegir? —preguntó Clare. La señora Peterson, encargada de la comisión de festejos, había repartido una hoja en la que pedía a los estudiantes de último curso que eligieran una de las tres propuestas sobre el baile de graduación.

—No tengo ni idea. Es que no conozco ni uno —respondió Christine.

—Pues no te creas que yo pueda decirte mucho más, sólo conozco el Hotel Mandarin Oriental. El año pasado estuve en una boda y recuerdo que tenía unas vistas alucinantes de Central Park y el río Hudson.

—A mí me hace gracia la Trump Tower —intervino Chelsea.

—Ya, tampoco debe tener malas vistas.

—Ya te digo, imagínate alquilar una habitación para descansar después del baile, y por descansar quiero decir... ya sabéis...

—Mmm, sí, y que por la mañana te traigan el desayuno a la cama —añadió Clare.

—¿Queréis dejar de soñar en voz alta y ayudarme a rellenar el cuestionario? —demandó Christine.

—Pongas lo que pongas al final los de la comisión elegirán lo que quieran, así que no te preocupes mucho.

—Bueno, pero por si acaso quiero elegir bien. ¿Qué me decís del Atelier?

—Ése no, por favor. Es el restaurante del Ritz-Carlton y son unos estirados. No nos dejarían divertirnos a gusto —planteó Chelsea.

—Ay, no me ayudáis nada, chicas...

31. Un beso con sabor a Shakespeare

«La primavera ha llegado, y con ello el aumento de las feromonas. ¡Mucho cuidado en el baile de graduación y las noches de pasión! El índice de embarazos no deseados aumenta exponencialmente durante estas fechas.»

Edición electrónica del *Magnificence News*

(<http://www.magnews.com/newsportal/tag/magnificence>)

La Quinta Avenida concentraba ese día a casi todos los alumnos de último curso del Magnificence. Era el día anterior al baile de fin de curso y la mayoría de ellos habían elegido comprar o ultimar los detalles de la gran noche en alguno de los exclusivos y variados comercios de la famosa calle.

Nathan, Brandon, Kendrick y Joe miraban distraídamente los trajes que colgaban de las perchas en la tienda que Ermenegildo Zegna tenía frente a la Trump Tower.

—Creo que mañana voy a pedírselo —espetó Nathan sin venir a cuento.

—¿Pedir el qué? ¿A quién? —respondió Brandon arrugando la nariz.

—¿Tú qué crees? Voy a decirle a Christine que me gustaría empezar algo en serio.

—¿Qué dices, tío? Eso es una locura.

—Joder, cuánta seguridad tienes cuando no se trata de ti.

—No quiero desanimarte, pero ¿tú crees que se quedará aquí el próximo curso? Además, ¿no te están volviendo un poco loco sus idas y venidas?

Primero te quiero, después me distancio, y después te vuelvo a querer... No lo sé, tío. Tú mismo, pero a mí me parece que no tiene las cosas claras.

—Quizá si se lo pido se queda.

—¿Pedir el qué? —Kendrick y Joe se incorporaron a la conversación al volver de la sección de ropa *sport*.

—Nada, nada...

—No creo que mañana sea el mejor día para ello. —Joe había adivinado las intenciones de Nathan.

—No te he pedido consejo, listillo. ¿Qué sabréis vosotros de amor? —respondió Nathan utilizando un tono que nadie se atrevió a contradecir.

A ocho manzanas de distancia de allí, la causante de la discusión se probaba un precioso traje negro en los almacenes Saks.

—No te pruebes ninguno más. ¡Éste es el traje! —celebró Clare al ver a Christine enfundada en un coqueto vestido negro de Guess.

—¿Sí, tú crees? ¿No era más bonito el azul?

—Ni hablar. Te sienta como un guante. Seguro que Nathan no podrá resistirse.

—¿A qué te refieres?

—Pues que creo que mañana va a pedirte que salgas con él oficialmente. ¿Qué le dirías si lo hace? Tienes que estar preparada para algo así.

—Le diría que estoy hecha un lío y que en mi estado es mejor no intentar nada serio —contestó como si tuviera la respuesta preparada desde hace semanas.

—Eres única, Christine. ¿Sabes cuántas chicas del Magnificence se cambiarían por ti?

A Christine le hubiera encantado explicar a su amiga el motivo real por el cual no podía convertirse en su novia, el secreto por el que evitaba a

Nathan, luchando contra sus sentimientos, el problema por el que nunca podrían tener una relación a pesar de estar enamorados.

—Mira quién va por ahí —susurró Clare mirando al otro lado del pasillo. Hailey y su séquito pasaban a unos cinco metros, y ésta, como si hubiera detectado la presencia de Christine, miró hacia la zona en la que se encontraba y le lanzó una mirada burlona y amenazante al mismo tiempo.

—Venga, vámonos, esto comienza a apestar —soltó Christine entrando al probador para cambiarse el vestido.

Tristan, que un rato antes había visto entrar a Christine y Clare en Sacks, esperaba pacientemente frente a la puerta principal. Ellas, unos metros antes de alcanzar la salida, distinguieron al apuesto Woodley a través del cristal.

—El hermano de Nathan está ahí fuera —dijo Christine susurrando, como si éste fuera capaz de escucharla.

—Mmm, qué espalda tiene... ¿Estás segura de que la otra noche no pasó nada entre vosotros? Porque yo me lo comería enterito —comentó Clare con un guiño cómplice en el mismo instante en que las puertas automáticas se abrían a su paso.

—Hola, preciosa, aquí me tienes. —Tristan sacó la sonrisa más seductora de su repertorio a la vez que se pasaba la mano por el pelo de forma muy *sexy*.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Christine fingiendo inocencia. Conocía la respuesta de sobra.

—Bueno, ¿no es éste nuestro lugar de encuentro habitual? —Echó un vistazo al nombre del establecimiento, escrito con grandes letras junto a la puerta—. Sí, Sacks. Justo. Aquí es donde tú y yo nos encontramos.

Christine se sonrojó ante la alusión del chico a la velada que compartieron el día de su cumpleaños.

—Tristan, yo... hoy estoy con mi amiga. —Christine tardó en encontrar un excusa que, para colmo, la propia Clare se encargó de invalidar, repitiendo la escena de aquella tarde.

—Por mí no te preocupes, Chris. Nosotras podemos vernos cualquier día. Christine acepta tu propuesta —dijo ella dirigiéndose a Tristan.

—Pero, Clare, recuerda que luego teníamos que ir a tu casa y...

—No te preocupes. Pásalo bien y... —Clare se acercó a su oído— pórtate bien.

Clare se alejó en dirección sur y Christine y Tristan comenzaron a caminar hacia Central Park.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó intimidada por la intensa mirada de él.

—Eso es un secreto. Un buen periodista nunca revela sus fuentes... ¿Dónde te apetece ir?

—La verdad, Tristan, es que no tengo mucho tiempo. Ya sabes que tenemos pronto los exámenes y me gustaría aprovechar la tarde para estudiar. —Cada palabra salió de su boca con un esfuerzo monumental.

Ambos hermanos Woodley tenían un magnetismo especial y era descorazonadoramente agradable pasar un rato con ellos. Sin embargo, ella ya había decidido que no podía pasar nada con ninguno de los dos. No podía estar con Tristan porque, aunque era atractivo, no terminaba de sentirse cómoda con él y porque, además, era el hermano de Nathan, su preferido. Pero tampoco podía estar con Nathan porque corría el peligro de enamorarse de él y eso era algo que no podía permitirse.

—Hoy hace día de Central Park. No podemos desaprovechar este sol... —agregó Tristan—. Al menos, demos un paseo corto, ¿te parece?

—De acuerdo —se resignó Christine, diciéndose a sí misma: «Sólo estaré un rato».

A Nueva York le sentaba bien la primavera. Su invierno era tan frío y oscuro que cuando los primeros rayos del sol de primavera iluminaban las calles, los habitantes y visitantes de la ciudad tomaban el parque y las zonas de ocio con una alegría inusitada. El propio Central Park también se vestía de gala. Los colores marrones, amarillos y rojos de las copas de los árboles que Christine veía desde su habitación dejaban paso a un precioso caleidoscopio de finos colores bajo un manto de hierba verde.

—Voy a llevarte a un sitio que te va a encantar. Lo llaman el jardín de Shakespeare.

—¿Shakespeare, has dicho? ¿El escritor? —preguntó Christine para confirmar que había entendido bien.

—Sí, es una de las zonas más desconocidas del parque, quizás por eso me gusta tanto. Además, ya sé que te encantan sus obras. Disfrutaste el otro día, ¿verdad?

Christine compartía con él esa aversión a los sitios repletos de gente.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias, fue fantástico poder asistir a la representación en el parque. —Iban caminando lentamente, bordeando los arbustos y árboles, zigzagueando a la par que el camino de tierra que se abría en mitad del parque.

Parecían, por momentos, estar perdidos en un bosque encantado.

—¿Y por qué lo llaman así?

—La verdad es que el asunto es bastante literario. En 1916 se cumplieron trescientos años de la muerte de William Shakespeare y a alguien se le ocurrió homenajearle bautizando esta zona como el jardín de Shakespeare y cultivando solamente plantas y flores que aparecían en sus obras.

—Qué idea tan bonita.

—Mira, ya estamos llegando.

El jardín de Shakespeare estaba ubicado entre el castillo de Belvedere y la Casa de Suecia, justo en el corazón del inmenso pulmón de la ciudad que era Central Park. Un hermoso cerezo en flor les dio la bienvenida desde la parte más alta del parque. Su copa, sobre el fondo azul del cielo, parecía una nube rosada.

Se sentaron en un banco de madera justo cuando un hombre pasó haciendo *jogging* por delante de ellos sin reparar en la pareja, ya que iba escuchando música en su iPhone. Cuando desapareció por el sendero, se quedaron solos y Tristan, que se había sentado muy cerca de la chica, empezó a señalarle las flores que tenían frente a ellos.

—Mira, ésa de ahí es la flor del membrillo, allá hay ajenjo, lino, prímula... Han florecido casi todas.

—¿Y tú cómo sabes tanto de flores?

—No lo sé, me gustan. Son bellas y delicadas. —Tristan hizo una leve pausa—. Como tú.

—Voy a ponerme roja —respondió Christine avergonzada.

—Es lo que pienso, Christine. —Sin mediar palabra, acercó su cara a la de ella y la besó en los labios.

Ella, hechizada por la belleza del sol que se colaba entre las hojas de los árboles, por el perfume de las prímulas y por la sedosa voz de Tristan, se dejó llevar un par de segundos, pero al momento recobró la cordura.

—Lo siento, no puedo —dijo ella levantándose del viejo banco de madera en el que estaban sentados.

—¿No te ha gustado?

—No, no es eso. Es que estoy hecha un lío. Últimamente han pasado demasiadas cosas y tengo que poner en orden el caos en el que se está convirtiendo mi vida.

En su cabeza flotaba la imagen de Nathan y, sobre todo, el gran secreto de su propia existencia que su madre le había prohibido contar a nadie.

—Tómame el tiempo que necesites, preciosa, pero si has sentido algo, no me cierres la puerta. —Christine le dio un beso en la mejilla—. ¿Me acompañas a casa? —le preguntó.

—¡Eso está hecho! —contestó él.

Caminaban cogidos del brazo, a paso lento, confundiéndose entre las decenas de parejas de enamorados que habían elegido Central Park aquella preciosa mañana de primavera.

—¿Te apetece quedar mañana? —preguntó Tristan poco antes de llegar al edificio de Christine.

—Mañana es imposible. Tengo el baile de fin de curso.

—Es verdad, no me acordaba. Mi hermano lleva varios días bastante insoportable. Me extraña que lo ponga tan nervioso el asunto del baile. —El corazón de Christine comenzó a latir con fuerza. Ella creía saber la causa de sus nervios.

«Madre mía —pensó—. Mañana me pedirá que salgamos en serio y yo el día antes estoy paseando con su hermano tranquilamente, ¿qué estoy haciendo?»

—¿Te pasa algo? —preguntó él al ver cómo le cambiaba la cara a Christine.

—No, no pasa nada, es que estoy pensando todo lo que tengo que hacer mañana y me pongo nerviosa. La peluquería, el maquillaje, el vestido... pufff.

—Menos mal que Nathalie te echará una mano.

—Qué va, si ése es el problema. Organizan una cena en el hotel Tribeca y se marcharán a media tarde. Como son los anfitriones, tienen que llegar los primeros y marcharse los últimos, ya sabes cómo va eso.

—No te agobies, que todo va a ir bien. Nos vemos otro día, ¿OK? —
Tristan se acercó para besar a Christine en los labios pero ésta ladeó levemente la cabeza para que sus labios se posaran en su mejilla.

Al abrir la puerta del portal, se giró para verlo desaparecer calle abajo. En el mismo instante, Tristan se dio la vuelta para observarla y sus miradas se cruzaron al tiempo que ambos esbozaban una sonrisa de forma instintiva.

Christine no salió aquella tarde, no le apetecía hablar con nadie. Todo lo que estaba pasando a su alrededor la estaba turbando. La barrera que se había visto obligada a levantar entre ella y Nathan la estaba trastornando y estaba causando dolor a otras personas. Estaba segura de estar enamorada de él, pero se veía obligada a cerrar las puertas a la relación y quizás por ello había besado a Tristan. Cada vez se le hacía más difícil vivir con aquella mentira. Tumbada sobre la cama de su dormitorio, se aferró a la almohada para llorar sobre ella. Al cabo de unos minutos, llamaron a su puerta.

—Cielo, ¿estás bien? —preguntó Nathalie con dulzura.

—Sí, no te preocupes, no pasa nada.

—¿Quieres hablar de ello? —Nathalie se sentó a su lado.

—Es que no sabría por dónde empezar. Estoy hecha un lío —respondió mientras se secaba las lágrimas.

—¿Es por el pequeño de los Woodley? —No hizo falta que Christine le contestara. Su mirada lo decía todo.

—Creo que mañana me pedirá que salgamos juntos oficialmente.

—¿Y por eso lloras? Si a ti te gusta, ¿qué problema hay? Ya hablaré yo con Peter.

—No, si no es eso. Es que tengo que decirle que no. —Nathalie la miraba extrañada—. Es un chico perfecto, pero yo no soy una chica... adecuada

para él.

—¿Por qué no? Eres joven, guapa e inteligente. No puedes renunciar al amor. ¿Y si se trata del amor de tu vida? Desperdiciarás la oportunidad de ser feliz. No puedes hacer eso, cariño. —Christine deseaba fervientemente contarle la verdad, pero eso era imposible.

—Ya, pero... —comenzó a hablar, pero ningún argumento que pudiera inventarse tendría más fuerza que el consejo de Nathalie y no podía contarle ni a ella, ni a nadie, su secreto.

Se sentía sola.

OceanofPDF.com

32. La gran noche

«Los alumnos de último curso del instituto Magnificence celebrarán hoy su tradicional baile de graduación en el Lobby Lounge del hotel Mandarin Oriental a partir de las nueve de la noche.»

Sección «Sociedad» de *The New York Times*

—¡Peter! ¡Ya puedes pasar! —gritó Nathalie desde la habitación de Christine. Peter se ajustó los gemelos a la camisa y se dirigió hacia la habitación.

—Estás preciosa, Christine. —El vestido negro de Guess se complementaba a la perfección con unas sandalias de tacón que Nathalie le había comprado esa misma mañana en la tienda Louis Vuitton que había frente al Bloomingdale's.

Un mensaje de WhatsApp saltó en la pantalla del móvil de Christine:

Ya estoy aquí. Besos. 20:30

—Mi acompañante ya ha llegado. —Aunque Natalie ya lo sabía, Christine se cuidó mucho de no decir el nombre de Nathan.

—Muy bien, cielo. Pásalo bien y ten cuidado... —le dijo Nathalie dándole un fuerte abrazo. Peter se acercó y le propinó un paternal beso en la frente.

—Hoy es un gran día, Christine. Pásalo bien.

El matrimonio Dawson acompañó a Christine hasta la puerta y no se metieron de nuevo en el apartamento hasta que las puertas del ascensor se cerraron por completo.

Nathan miraba con impaciencia a través de los cristales tintados de la limusina la aparición de Christine. Cuando la divisó saliendo del ascensor, abrió la puerta del automóvil y se acercó hasta la entrada del edificio.

—Dios mío, Christine, ¡estás preciosa! —exclamó Nathan.

—Gracias —respondió ella tímidamente.

—Ésa es nuestra carroza —bromeó él aludiendo a la limusina blanca, aunque a Christine le pareció la palabra más adecuada para esa noche de ensueño. Nathan le abrió la puerta gentilmente y, tras entrar él, el vehículo se puso en marcha.

—¿Una copa? —preguntó Nathan descorchando una botella de Moët & Chandon.

—Por supuesto —respondió Christine.

—Tengo algo para ti —dijo súbitamente el chico, a la par que le alargó una cajita transparente que ella cogió entre sus manos. A la chica le brillaron los ojos. En realidad, ya lo esperaba. Era algo que aparecía en todas las películas americanas cuando los protagonistas iban al *prom dance*, o baile de fin de curso: el ramillete para el vestido.

Y, a pesar de esperarlo, el detalle la emocionó. Sintió el corazón latiéndole fuertemente en el pecho. Se sentía como la protagonista de una película mientras abría la cajita y extraía el ramillete de violetas que aportaban el toque de color perfecto a su vestido.

—Espera, tengo que ponértelo yo —dijo el chico y, cogiéndole dulcemente la mano, le introdujo el ramillete. Se quedó entonces con la mano de Christine entre las suyas, mirándola tiernamente a los ojos,

alargando ese momento. La chica, azorada, bajó finalmente los ojos y entonces se fijó en algo.

—¿Qué es esto?

En la cajita había algo más. Era una cadenita de plata, muy sencilla, de la que pendía un pequeño camafeo antiguo. Nathan sólo soltó su mano en ese momento, para mostrarle el camafeo; se distinguía el rostro de una mujer de principios de siglo xx y estaba enmarcado por un delicado ornamento de plata que, a modo de encaje, rodeaba el rostro.

—Era de mi madre —murmuró Nathan con la voz ronca.

—¡Oh! —exclamó la chica emocionada.

—A ella le encantaría prestártelo esta noche.

Cuando sus miradas se cruzaron finalmente, ambos tenían lágrimas en los ojos. Y cuando el chico le colocó el colgante, y notó cómo la preciosa joya se posaba sobre la piel de su pecho, Christine sintió una ola de calor que la invadía. Fue casi como recibir un abrazo del más allá. De la madre de Christine, de su propia madre.

Abrumados por la emoción del recuerdo y el dolor que ambos compartían, Nathan y Christine se abrazaron instintivamente y ella dejó que un par de lágrimas saladas corrieran por sus mejillas mientras los brazos del chico le ceñían la cintura firmemente.

El chófer rompió la magia del momento:

—Señor Woodley, hay un pequeño atasco, ¿desea que acortemos por la 36?

Los chicos se separaron y Nathan le dio instrucciones al chófer, a las que Christine no prestó atención. Estaba como hipnotizada, mirando y pasando las yemas de los dedos por el camafeo de la madre de Nathan.

—Christine. —Nathan se puso serio—. Quiero pedirte algo. Quiero pedirte que salgas conmigo. Quiero conocerte mejor, quiero compartir mis

secretos contigo, que tú compartas los tuyos conmigo, quiero... quiero formar parte de tu vida.

Christine abrazó a Nathan como movida por un resorte y éste comenzó a darle besos en el cuello dulcemente, mientras con la mano derecha dibujaba eses en la espalda de la que ahora era, oficialmente, su novia. Christine estaba mareada, borracha de felicidad. Sabía que eso no podía ser, que no podía ser novia de Nathan, pero ¿por qué, cuál era el motivo? Era algo importante, ¿qué era? Hizo un esfuerzo por recordar mientras sentía cómo los labios de Nathan se iban posando en el lóbulo de su oreja y después paseaban por su rostro mientras su propia boca iniciaba un recorrido similar, besando la barbilla de Nathan, sintiendo el sabor de su piel.

«No... no puedo salir contigo, mi madre me dijo... ¿qué me dijo?»

Los pensamientos de la chica se perdían entre la marea de labios que jugueteaban, buscándose, escondiéndose traviosos y que se encontraban por fin en una explosión de deseo. Después, un mordisco travieso en el cuello, las manos que percibían la piel del otro a través de la tela de los trajes de ambos, más besos que hundían a Nathan profundamente en Christine a ojos cerrados. Cuando la boca de la chica se liberó sólo pudo susurrar una palabra:

—Nathan...

Ambos abrieron los ojos un segundo y se perdieron en la mirada del otro. Un dolor físico los atravesaba al mirarse y no tuvieron más remedio que volver a besarse, abrazados, con el corazón acelerado amenazando salirse del pecho hasta que el chófer, finalmente, anunció que habían llegado a su destino.

Los dos se separaron, haciendo gala de un enorme autocontrol. Sonrieron nerviosos. Tenían las mejillas encendidas y el flequillo de la chica estaba un poco desordenado, pero Nathan se lo recolocó galantemente. Ella le

enderezó la pajarita, que estaba vuelta del revés. Soltaron una carcajada de pura y simple felicidad.

Respiraron profundamente y entonces, con las manos fuertemente entrelazadas, salieron de la limusina al fresco de la noche.

El hotel Mandarin Oriental estaba situado a un lado de la rotonda conocida como Columbus Circle, justo en la esquina sur de Central Park con la Octava Avenida. Las Torres Gemelas del Times Warner Center tenían 230 metros de altitud y albergaban entre otras cosas los estudios de la compañía Time Warner, oficinas, apartamentos y uno de los hoteles más lujosos de la ciudad: el Mandarin Oriental, que ocupaba las plantas situadas entre la 35 y la 54.

—Creo que es en la planta 35, ¿verdad? —preguntó Nathan.

—Sí, eso ponía en el programa.

Nathan pulsó el botón y, al cerrarse las puertas del ascensor, comenzó a sonreír.

—¿De qué te ríes?

—¿Te digo la verdad?

—Sí...

—¡No lo sé! —Al decir esto, Christine sonrió y, un momento después, ambos comenzaron a reírse a carcajadas como si fueran dos niños.

Las puertas del ascensor se abrieron y Christine y Nathan salieron intentando contener la risa. El estribillo de *Rain Over Me* de Pitbull ft. Marc Anthony inundaba de sonido el Lobby Lounge a través de dos grandes altavoces dispuestos a ambos lados de la plataforma del DJ.

—Mira, ahí están —dijo Nathan mirando en dirección a su grupo de amigos.

Hailey apretó su cóctel *paradise* con fuerza al ver que se acercaban juntos.

—¡Bueno, qué! ¿Dónde está la fiesta? —exclamó Nathan acercándose a Joe, Brandon y Kendrick.

—Éstos, que son unos muermos —respondió Joe, quien ya se había desanudado la corbata—. Mira, ésa de ahí es Linda, prepara los mejores San Francisco de toda la ciudad.

—Ya veo que no pierdes el tiempo, colega.

Hailey se acercó a Christine.

—Siento lo que te ocurrió en mi casa. ¿Quién querría hacerte algo así? —dijo ella con cinismo.

—Alguna zorra sin escrúpulos supongo —respondió Christine mirándola fijamente a los ojos.

—Oye. —Hailey acercó sus labios al oído de Christine y bajó la voz—. ¿Sabes que si el tonto de Nathan no te hubiera pedido venir al baile ahora estarías más sola que la una?

A Christine no le importó que el resto de chicas escuchara su respuesta.

—Y tú, ¿sabes que llegará el momento en que nadie te aguante y te quedarás más sola que la una para el resto de tus días? Eso sí que es una putada, amiga.

Nathan, que no les quitaba el ojo de encima, intervino cogiendo del brazo a Hailey.

—Esta noche guarda tus garras, te lo pido por favor, Hailey.

La música dejó de sonar y Cynthia Powell, representante del alumnado en la comisión de festejos, se acercó al estrado para dar la bienvenida a los asistentes:

—Buenas noches a todos. Hoy es un día especial para todos nosotros. Acaban nuestros años de instituto y comienza una etapa completamente nueva en la que dejaremos atrás familia, amigos y parejas para ir a estudiar a las universidades de nuestros sueños. Os doy las gracias por estar aquí y os deseo suerte para que se cumplan vuestros sueños, pero antes de que eso ocurra nos queda vivir una noche especial, una noche que jamás olvidaremos. Disfrutadla: comed, bebed y amad... si os dejan. Después de la cena, el jurado, presidido por Paul Adams, jefe de comunicación de Carolina Herrera, votará por el rey y la reina de la noche. La presencia de Paul Adams está relacionada con el premio que recibirá la pareja ganadora. Y no puedo decir nada más de momento...

Los alumnos aplaudieron brevemente su intervención y comenzaron a cenar. La mesa del grupo estaba formada por Nathan y Christine, Hailey y Brandon, Kendrick y Poppy, y Dona, el nuevo capricho de Joe. Las espectaculares vistas de Central Park y del *skyline* de la ciudad proporcionaban una decoración natural difícil de superar. Los diseñadores del Lobby Lounge parecían haberse dado cuenta de ese detalle y por ello, el salón estaba decorado con sobriedad, a excepción de un colorido Basquiat que pendía de la pared principal.

—¿Tú a quién vas a votar de reina, Hailey? Sabes que no puedes votarte a ti misma, ¿verdad? —dijo jocosamente Joe.

—¿Crees que me hace falta? Yo voy a votar a Christine. A pesar de que el traje de Guess que lleva es de la temporada pasada, está guapísima.

—Te equivocas, listilla, de todas formas, aunque eso fuera verdad, lo preferiría a tener una mancha de vino en el vestido —respondió ella bajando la mirada.

—Oh, Dios mío, ¿dónde, dónde? —Hailey buscaba la mancha sin darse cuenta de que no existía. Cuando se percató de la jugada de Christine, se

encolerizó y pensó: «Veremos quién ríe última».

Todo el grupo reía a carcajadas.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer después del baile? —preguntó Nathan para llevar la conversación a un terreno más distendido.

—Qué preguntas haces, tío. ¿No sabes quién pincha esta noche en el Attic? —Nathan negó con la cabeza—. Joder, colega, no te enteras de nada. Hoy viene David Guetta y yo no me lo pierdo por nada del mundo —enfaticó Joe.

—Pero antes tendrás que dejarme en casa —le dijo una resignada Donna—. Ya has escuchado a mi padre.

—Como para no escucharlo... menudo discurso que me ha dado. Sólo le ha faltado sacar la escopeta.

Todos rieron divertidos.

—¿Desean algo de beber? —preguntó cortésmente un camarero de mesa.

—¡Sí, tráiganos dos botellas de Merlot del 72! —exclamó Hailey en nombre de todos.

—Lo siento señorita, no nos está permitido servir bebidas alcohólicas esta noche —contestó el camarero con seriedad. Al parecer, no había captado la ironía en la solicitud de Hailey.

—Voy a beberme hasta la última botella de vodka que haya en el Attic... ¡Nueva York, prepárate! —exclamó Joe.

Al igual que la mayoría de los jóvenes menores de veintiún años, todos ellos tenían un carnet falso que los acreditaba como mayores de edad. Las ambiguas leyes de Estados Unidos no permiten el consumo de bebidas alcohólicas hasta los veintiún años, pero sí permiten comprar un arma con dieciocho.

—Ya sé que dicen que da mala suerte brindar con agua pero, como no tenemos otra cosa, quisiera proponer un brindis —dijo Poppy alzando su

copa al aire.

—Creo que cada botella de esta agua cuesta quince pavos, así que igual no da tan mala suerte —ironizó Kendrick.

—Quisiera brindar, en primer lugar, por nuestra nueva amiga Donna y, en segundo lugar, por todos nosotros. —Se detuvo un instante para mirar los rostros de sus compañeros—. Que la belleza y el amor perduren por siempre en nuestras vidas.

Mientras chocaban sus copas, Hailey se acercó al oído de Brandon.

—Pero ¿qué le pasa ahora a ésta?

—Pues a mí me ha gustado el brindis —respondió su novio dejando a Hailey sin palabras.

Al final de la cena, una azafata repartió las papeletas de votación. Nathan observaba divertido a Christine, que escribía el nombre de su novio en el apartado de «Rey de la promoción».

—Listo —dijo Christine depositando su papeleta en la bandeja plateada que habían dejado en el centro de la mesa a tal efecto.

—Estoy deseando que abran el sobre de la ganadora. ¡Qué emoción! —dijo Donna con una preciosa sonrisa que le marcaba los hoyuelos.

—¿Y puede saberse por qué estás tan emocionada? No tienes ninguna posibilidad... Ni siquiera estarás entre las cinco primeras. —Hailey podía llegar a ser muy hiriente cuando se lo proponía. Donna la miró desconcertada.

—¿Puedo retirar la bandeja con las votaciones? —preguntó la azafata.

—Espera, espera. Faltan los nuestros. Toma, Joe, déjalos ahí —dijo Kendrick entregándole su papel y el de Poppy.

Veinte minutos después, las luces del Lobby Lounge se apagaron por completo para anunciar los ganadores de la votación. La gran sala quedó iluminada solamente por las luces de los edificios vecinos, creando una

romántica penumbra, acorde con la emoción del momento que estaban viviendo. Cynthia Powell volvió a subir al estrado con un sobre rojo en su mano. Un foco de luz blanca la iluminaba.

—Como os he dicho antes, Paul Adams, jefe de comunicación de Carolina Herrera, preside el jurado, así que quién mejor que él para deciros en qué consiste el premio de los ganadores y a quiénes les corresponde.

Cynthia se retiró del estrado para dejar paso a Paul, quien, ajustando la altura del micrófono, comenzó a hablar.

—Antes que nada, debo deciros que es un placer estar aquí y que hoy cualquiera de vosotros luciría dignamente la corona de rey y reina de la promoción pero, como sabéis, sólo se puede elegir a dos personas... Este año, los ganadores tendrán la oportunidad de protagonizar una campaña de promoción del nuevo perfume CH Lovely, de Carolina Herrera.

Un murmullo de satisfacción recorrió la sala y Paul procedió a abrir el sobre.

—Tengo el orgullo de comunicaros que este año la corona de rey y reina de la promoción es para... ¡Hailey Fisher y Nathan Woodley!

Un estridente aplauso congeló el corazón de Christine. No había ninguna duda de que todos los asistentes estaban de acuerdo en aquella elección. Todos a excepción de Christine, que miraba cómo Nathan se alejaba de la mano de Hailey hacia el escenario. Brandon pasó de la alegría inicial al recelo posterior. Quien conocía bien a Hailey sabía que aquella cara de felicidad no se debía al hecho de haber sido elegida reina de la promoción, sino por estar junto a Nathan. Christine no podía obviar que hacían una pareja perfecta y que su historia con él no tenía ningún futuro. Una historia de amor sustentada en la mentira tan sólo podría conducirlos al dolor.

—... Dios mío, me tiembla todo el cuerpo —dijo Hailey por el micrófono—. En primer lugar, querría dar las gracias a todos los que me habéis votado y, en segundo lugar, querría dedicar esta corona a mi amiga, nuestra compañera, Yukino. Esta corona es para ella y para las que vivieron su misma pesadilla: Brithany, Mylene y Anne. Espero que sepan, allá donde estén, que siempre las llevaremos en nuestros corazones.

Todos los asistentes respondieron a aquellas palabras levantándose de sus asientos y aplaudiendo emocionados. Cuando la ovación terminó, Paul se acercó a Nathan.

—Es tu turno, chico.

—Creo que no voy a decir nada. Después de esto, cualquier cosa que dijera sonaría frívola. Está bien así, gracias.

A una señal de Cynthia, las luces volvieron a apagarse para iluminar tan sólo a la pareja elegida y comenzó a sonar una romántica canción. Nathan buscó con la mirada a Christine pero no logró distinguirla entre la multitud, que había abierto espontáneamente un semicírculo para rodearlos y cederles la pista. Cuando ellos se agarraron para iniciar el baile, el círculo se cerró por completo y Nathan quedó atrapado en un mar de gente, sin lograr ver a Christine.

—¡Christine! —exclamó Chelsea agarrándola del brazo—. ¿Dónde se supone que vas?

—Me voy a casa, chicas —respondió con un nudo en el estómago.

—Pero si ahora empieza lo bueno...

—Cierra el pico, Clare. Entiendo por qué Christine quiere marcharse.

—Pues yo no... —dijo el acompañante de Chelsea sin llegar a comprender por qué alguien iba a querer abandonar el baile de graduación.

Chelsea miró a Tommy con cierta irritación.

—Tú también cierra el pico, Tommy. Esto no va contigo.

Dan McPherson, el acompañante de Clare, intercedió por él llevándolo de vuelta a la mesa.

Christine recuperó la sonrisa por un momento.

—Pobre chico, ¿no?

—¿Pobre chico? En mala hora acepté su invitación. No ha dejado de hablar en toda la noche. ¡Menuda cotorra!

—Venga, ¿no te quedas un rato con nosotras? —insistió Clare aprovechando que Christine había vuelto a sonreír.

—No, gracias, chicas. De verdad. Prefiero irme a casa.

—Está bien, no queremos obligarte. Que descanses, ¿vale?

—Lo intentaré. Pasadlo bien. Ya me contaréis.

Christine se adentró en el pasillo que llevaba a los ascensores.

—¿Qué te pasa, Nate? ¿No estás contento? —preguntó Hailey inclinando su cabeza en el hombro de Nathan.

—No, no es eso. Es que no veo a Christine.

—Estará sentada con los demás, no te preocupes y disfruta del momento.

—¿Estás llorando? —preguntó Nathan al ver una lágrima en el rostro de Hailey.

—Creo que sí... qué tonta.

—No me digas que te ha emocionado este circo del rey y la reina... Eso no va mucho contigo.

—Lloro de felicidad. De felicidad por estar contigo, Nathan. No puedo seguir engañándome a mí misma. Estoy enamorada de ti desde que tengo uso de razón. Qué tontería, ¿verdad?

—Pero... —Esa confesión pilló a Nathan por sorpresa—. Yo estoy enamorado de Christine y tú sales con mi mejor amigo. Es una locura, Hailey.

—Lo sé, Nathan, todo esto es una locura. —Hailey lo abrazó con fuerza y mientras apuraba los dos últimos minutos de canción entre sus brazos tomó la irrevocable decisión de cortar esa misma noche con Brandon.

Christine pulsó por error el botón B pensando que se trataba de la planta baja¹, cuando, en realidad, hacía referencia al sótano. En el sótano se encontraba el *parking* que daba acceso al centro comercial situado en las dos plantas subterráneas, por lo que Christine no cruzaría la puerta de salida de las torres Time Warner, fuertemente vigiladas por la policía para evitar una nueva tragedia.

El tacón de sus sandalias marcaba un ritmo regular que la soledad del aparcamiento se encargaba de amplificar de forma inquietante. Christine ya no sabía si lo que oía era el eco de sus pasos o alguien que venía tras ella. Asustada, comenzó a caminar más rápidamente. A sus espaldas oyó un chasquido, pero al mirar hacia atrás no vio a nadie. Su corazón latía fuertemente. Cuando las luces del *parking* se apagaron, Christine se quitó el calzado dispuesta a correr, pero una mano en su hombro la detuvo.

—¿No encuentra su coche, señorita? —dijo un hombre iluminándola con una linterna.

—Dios mío, qué susto. No, no encuentro la salida, vengo de una fiesta de la 35 y no sé cómo salir de aquí.

El vigilante del *parking* pulsó el interruptor de las luces y acompañó a Christine a la salida.

—Espere. ¿Quiere que le pida un taxi?

—Se lo agradecería enormemente, señor. —Poco a poco comenzaba a recuperar sus pulsaciones.

Abrazada una vez más a la almohada de su cama, Christine no podía dejar de llorar. El móvil sonó por quinta vez, era Nathan. Ella decidió poner punto y final a su historia imposible con Nathan, a pesar del amor que sentía por él.

Sabía que sus amigas, y el propio Nathan, pensarían que era por lo que había sucedido en el baile, tras la coronación en la que el chico y Hailey bailaban tiernamente abrazados. Y sí, qué duda cabía, eso le había dolido. Había sentido los celos atravesando su cuerpo como acero helado.

Pero, sobre todo, ese momento la había hecho bajar de la nube de felicidad en la que se había visto envuelta desde que había montado en la limusina y que no la había dejado pensar con claridad; ella y Nathan no podían ser novios. Era imposible. Punto.

Jamás podría amarlo de la forma que él se merecía, ni podrían formar una familia ni nada de lo que hace la gente normal. Ni él ni nadie sabían del secreto de Christine, ése que tendría que llevarse a la tumba y por culpa del cual su madre la advirtió de que ella estaba condenada a no poder enamorarse ni tener pareja.

Antes de apagar el móvil envió un WhatsApp a Nathan. Mientras lo escribía, las lágrimas caían sin control por sus mejillas, pero ella no las notaba. Había apagado el corazón. Si se permitía a sí misma sentir, el dolor sería insoportable.

«Lo siento, Nathan. Lo nuestro no puede ser. No estoy enamorada de ti. Siento hacerte daño, pero no te quiero. Espero que puedas perdonarme algún día.» 00:52

El móvil cayó de sus manos a la alfombra. Christine se había quedado dormida instantáneamente, tras escribir el mensaje más difícil y duro de toda su vida.

El salón del Lobby Lounge se había quedado prácticamente desierto. Los empleados del hotel habían comenzado a retirar los elementos decorativos y a limpiar la estancia. Con todas las luces encendidas, la íntima atmósfera del Lobby se diluía por completo. Brandon observaba la embriagadora noche a través de los cristales. No sabía por qué Hailey había insistido en hablar a solas con él tan urgentemente. Al oír unos pasos a su espalda, se giró.

—Les he dicho que nos esperen en el Attic —dijo Hailey con voz suave.

—¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme? Me tienes en ascuas.

—No sé por dónde empezar... —A Hailey le costaba mirarlo a los ojos—. Siempre has sido tan bueno conmigo que me cuesta decirte que... no quiero hacerte daño, Brandon.

—Creo que ya sé lo que quieres decirme. —Brandon se sentó en una silla y se tapó la cara con las manos.

—Lo siento, Brandon. Lo siento de veras, pero no puedo continuar con esta mentira. No quiero seguir mintiéndote. Te mereces a alguien mejor que yo.

—Pero yo no quiero a nadie mejor, Hailey. Yo te quiero a ti.

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Las lágrimas bañaron su rostro.

—Pero ¿qué he hecho mal? ¿En qué te he fallado? —Brandon hacía esfuerzos por no llorar.

—No me has fallado en nada. Eres perfecto, sólo que yo... nunca he estado enamorada de ti. Creí que con el tiempo se me pasaría, pero no ha sido así.

—Pasarte, ¿el qué? —Brandon no comprendía de qué hablaba.

—Estoy enamorada de otra persona, Brandon. Siempre lo he estado.

Brandon se tomó un minuto para digerir sus palabras antes de continuar.

—¿Lo sabe Nathan?

—¿Cómo sabes que es él?

—No te lo tomes a mal, pero siempre has sido muy predecible. —Hailey miró al suelo avergonzada y Brandon continuó hablando—. Conoces a Nathan tanto como yo y sabes que nunca se había enamorado. ¿Crees que dejará a Christine por ti? ¿Crees que renunciará a la única chica de la que se ha enamorado sólo por satisfacer uno de tus nuevos caprichos? Yo te diré la respuesta: no.

Brandon se dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia los ascensores dejando a Hailey envuelta en lágrimas.

Media hora después, en el *parking* del hotel, Brandon estaba sumido en el delicioso sopor que le había provocado la botella de champán de la limusina. Bajó la ventanilla. El chófer, obedientemente, esperaba apoyado en el capó fumando un cigarro mientras Brandon, solo dentro de la limusina, escuchaba música de su iPod y terminaba el champán bebiendo los últimos sorbos directamente de la botella.

Lo que no sabía era que también Poppy estaba dentro de su propia limusina, observándolo, sin que el chico se diera cuenta, a través de los cristales tintados.

Brandon de repente se dio cuenta de que no podía llegar a su casa en ese estado, ¿qué dirían sus padres? Además, de todas formas, había reservado una suite en el hotel para pasar la noche con Hailey, pues pensaba que ése iba a ser el colofón perfecto de la noche. No era que no hubieran hecho el amor antes, por supuesto que sí, pero nunca habían pasado la noche entera los dos juntos. Sorprendentemente, al chico la idea le había hecho ilusión.

—Stephan, creo que voy a dormir en el hotel.

—Muy bien, señor, me llevo entonces la limusina. —Entró en el coche a la vez que el chico salía, poniéndose la arrugada chaqueta del esmoquin.

Mientras el coche arrancaba y se iba, Brandon empezó a caminar a paso dubitativo hacia los ascensores. No estaba borracho, creía él, pero sí muy mareado. Cuando entró en el ascensor, le sorprendió que una figura femenina, al parecer, salida de la nada, se colara justo antes de que las puertas se cerraran.

—Hola, vaquero. —El chico vio cómo Poppy le guiñaba el ojo.

Pasó la mano lánguidamente por el brazo del chico.

—¿Dónde vas?

—No te importa.

—Oh, vamos, no te hagas el duro conmigo. Nos conocemos desde siempre.

Las puertas se abrieron y Brandon sacó la llave electrónica de su bolsillo: 534. Empezó a caminar por el pasillo mientras Poppy lo seguía sin decir nada. Al llegar a la 534, introdujo la llave en la cerradura y la puerta de su habitación se abrió.

Brandon entró y se dejó caer pesadamente en la cama. Entonces vio que Poppy se sentaba junto a él; ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado también.

—Poppy, me apetece estar solo, ¿vale?

La chica sonrió.

—Ni hablar.

Se quitó el abrigo y dejó al descubierto el vestido entallado que marcaba todas las curvas de su cuerpo.

—¿No has oído el refrán? Un clavo saca a otro clavo.

Cogió la mano del chico, quien, mareado, se dejó llevar mientras ella le hacía acariciar su cintura, sus muslos y después sus pechos. A su pesar, a

Brandon le gustó mucho.

—Ya es hora de que te des cuenta de que hay otras mujeres en el mundo aparte de la idiota de Hailey.

Poppy se sentía poderosa y segura de sí misma. Era su momento. Ella sí que sabría hacerlo feliz. Se sentó sobre el chico e, inclinándose, lo besó profundamente. Brandon aspiró el aroma del perfume de la chica y notó cómo varios mechones de su pelo suelto le rozaban las orejas.

Ella introdujo sus manos por debajo de la camisa del chico, acariciando su pecho.

—Que te jodan, Hailey —dijo Brandon, y empezó a bajar la cremallera del vestido de Poppy.

Un extraño sonido procedente del piso inferior despertó el sueño ligero de Christine. Por un momento pensó que se trataba de Peter y Nathalie, pero el silencio absoluto que vino a continuación hizo que descartara esa idea y el pulso se le acelerara. Como cuando era una niña, Christine se acurrucó en la cama en posición fetal y se tapó completamente con la colcha. Los haces de luna que penetraban a través de la ventana de su habitación dibujaban sombras espectrales a su alrededor. Christine, al recordar los secuestros de sus compañeras, se asustó aún más.

«No. Es imposible —se decía a sí misma en un vano intento por sosegar—. Siempre te pones en lo peor.»

Reuniendo el valor necesario, Christine se levantó de la cama y se dirigió hacia el dormitorio de los Dawson. Podría ser que no los hubiera oído llegar y ya estuvieran en casa.

Abrió la puerta con lentitud, pero la cama estaba vacía. Decidida a averiguar la fuente de aquel extraño sonido, Christine dirigió sus pasos hacia la planta principal. Avanzaba lentamente, como si el silencio de la

noche la obligara a caminar con más sigilo. Su cuerpo temblaba y cada vez le resultaba más difícil controlar su agitada respiración.

De repente se paró en seco. Un escalofrío recorrió su cuerpo al notar la presencia de alguien a sus espaldas. «Dios mío, ayúdame», pensó mientras se giraba lentamente. Antes de acabar de darse la vuelta completamente, un brazo surgido de la nada rodeó firmemente su cintura al tiempo que colocaba, con la mano libre, un paño húmedo sobre el rostro de Christine. El impacto en la cara había sido tan fuerte que la sangre comenzó a brotar de sus fosas nasales. Comenzaba a sentirse aturdida, pero su instinto de supervivencia la mantenía en pie. De un codazo, abatió a su agresor y consiguió llegar hasta la planta principal. Él se encogió llevándose las manos a la barriga, pero no se movió de su sitio al ver que Christine corría escaleras abajo.

—Estás siendo una niña mala, Christine —dijo él inmerso en la penumbra.

¡Sabía su nombre!

Christine llegó hasta la puerta de entrada, pero estaba cerrada con llave. Tanteó con la mano el vacío bolsillo que había sobre la mesita de entrada, pero allí no había ningún juego de llaves.

—¿Buscas esto? —dijo el intruso mientras agitaba en el aire las llaves de la casa.

—¡Socorro, que alguien me ayude! —gritó ella desesperada.

—Ningún príncipe azul vendrá a ayudarte. A estas horas se estarán divirtiendo en el Attic.

—¿Cómo sabes eso? —La nariz de Christine no dejaba de sangrar.

—Te sorprendería saber todo lo que he averiguado de ti y tus amigos —respondió él acercándose con lentitud. Su tranquilidad y sangre fría producían auténtico pavor.

—¿Quién... quién eres? —Christine se sentía cada vez más aturdida.

—A su debido tiempo lo sabrás —respondió él susurrándole al oído—. Ahora descansa.

Los ojos de Christine se cerraron y cada músculo de su cuerpo se relajó a consecuencia del éter que impregnaba el pañuelo. Antes de que cayera al suelo, el intruso la cogió en brazos y, colocándola en una silla de ruedas, se dirigió hacia el ascensor. Una vez en el *parking*, la introdujo en el maletero de un lujoso coche negro y al salir se cruzó con un Audi R8 plateado. En su interior se encontraban Peter y Nathalie Dawson.

—Si no estás cansado podemos... ya sabes... acabar la noche de forma especial —dijo Nathalie rodeando con su dedo índice los labios de Peter.

—Yo nunca estoy cansado para mi mujercita —respondió él besándola en la boca y pulsando el botón del ascensor. Cuando el elevador llegó a su planta, sus labios se separaron y Peter palpó con la mano sus bolsillos.

—Creo que he perdido las llaves.

—Quizás las tengas en casa; anda, aparta, pequeño desastre.

—¿Qué es eso de llamarme pequeño desastre? ¿Qué confianzas son esas, señorita? —bromeó Peter tomándola de la mano—. Venga por aquí y prepárese para recibir su merecido...

—Mmm, suena bastante bien... ¿Qué es eso? —preguntó acercándose al reguero de gotas de sangre que manchaba la alfombra.

Peter encendió todas las luces del salón y acercó su cara al suelo.

—Es sangre. Dios mío, ¡Christine! —Peter subió el tramo de escalera que separaba el piso principal de los dormitorios seguido de Nathalie.

La cama de Christine estaba deshecha y el vestido negro que había llevado a la fiesta descansaba sobre la silla del escritorio.

El matrimonio Dawson se miró aterrado esperando obtener del otro una explicación lógica a todo eso, pero sólo encontraron el vacío insondable del

miedo auténtico.

Peter sacó su teléfono móvil de la chaqueta y marcó el número de la policía. En menos de media hora, el sargento Torres y su equipo ya se encontraban en el ático.

Mientras los detectives Dawkins y Maguire buscaban algún indicio que les permitiera avanzar en la investigación, el sargento Torres hablaba con Peter y Nathalie.

—Tenemos que llamar a su padre. Debe saber lo que ha ocurrido. — Nathalie andaba nerviosa de un lado a otro, mientras Peter, sentado en el sofá, mantenía la vista fija en el suelo y giraba su anillo de casado alrededor del dedo.

—No nos precipitemos, señora Dawson. Aún no sabemos lo que ha ocurrido —respondió el sargento Torres.

—¿Cómo que no saben lo qué ha ocurrido? ¿Acaso no está claro? Ese maníaco ha entrado en nuestra casa y se ha llevado a Christine. ¿Qué más hay que saber? —Peter pareció volver a la realidad súbitamente.

—No se preocupen de eso ahora, por favor. Yo me encargaré de llamar a su padre en cuanto terminemos aquí.

—Gracias, sargento.

—No hay de qué, señora. Es mi trabajo —dijo sacando del bolsillo interior de su americana su pequeña libreta negra—. Sé que no es el mejor momento, pero necesito que me respondan algunas preguntas. En estos casos, el tiempo es nuestro mejor aliado.

—Supongo que eso también se lo dijo a las familias de esas cuatro pobres chicas. —Nathalie apretó la mano de su marido—. Lo siento, sargento. Sé que están haciendo cuanto pueden.

—No tenga la menor duda, Peter. Como ustedes comprenderán, no podemos revelar ninguna información de nuestra investigación, pero me atrevería a decirles que estamos muy cerca del asesino. Estamos trabajando codo con codo con el FBI y con un colaborador externo que está arrojando mucha luz sobre el caso. —Las palabras del policía formaban parte del vano intento por tranquilizarlos.

—Sargento, tiene que ver esto —dijo Dawkins introduciendo en una pequeña bolsa de plástico un objeto metálico.

—Disculpenme —dijo acercándose al área que habían delimitado—. Es una insignia... ¿Has logrado distinguir la inscripción?

—Sí. Dice «Lux et veritas». Es latín. Significa luz y verdad.

—¿Encima el capullo ése nos está tomando el pelo? —preguntó retóricamente el detective Maguire.

—Quizás no sea eso. Fíjese, la aguja está doblada. Es posible que se le haya caído en el forcejeo. Tenemos que averiguar de dónde ha salido. *Lux et veritas*... el caso es que me suena —dijo mientras volvía con el matrimonio Dawson.

—¿Ha dicho *Lux et veritas*? —preguntó Peter.

El sargento Torres afirmó con la cabeza.

—Ése es el lema de la universidad de Yale.

Los agentes se miraron como si ese hecho confirmara alguna sospecha.

—Me pregunto por qué abandonó el baile tan pronto. Es la fiesta que todos los adolescentes esperan durante años. Seguramente sus amigos sigan celebrándolo en estos momentos. Por cierto, ¿quién ha sido la pareja de Christine esta noche?

—Me dijo el nombre, pero no me acuerdo... —Peter intentó memorizar—. Creo que era un tal Andrew o algo así. ¿Lo recuerdas?

Nathalie tuvo que enfrentarse en ese momento al secreto que había mantenido con Christine.

—No, no era Andrew. Su pareja ha sido Nathan Woodley.

Peter se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza.

—Cómo has podido dejarla... ¡Cómo has podido dejarla! ¿Creías que mis razones eran infundadas? Pues mira lo que ha pasado, Nathalie. Mira lo que has conseguido. Si le ocurre algo a Christine, tú serás la máxima responsable, ¿me has oído?

—Lo siento, Peter, yo no sabía... —dijo Nathalie acercándose a su marido.

—No quiero escuchar esas palabras. Te lo había dicho mil veces. No digas que no sabías... no digas nada. No digas... —A pesar del enfado, Peter buscó refugio en los brazos de Nathalie y así estuvieron un buen rato hasta que escucharon la voz del inspector Dawkins.

—Nosotros ya hemos acabado aquí, sargento.

—De acuerdo. Avisa a Torrance y ponle al día de lo que ha pasado. Señora Dawson, Peter, les mantendremos informados de todo lo que ocurra.

Lejos de allí, en el húmedo sótano de una cabaña de Greenwood Lake, Christine comenzaba a recuperar la consciencia. Pensaba que todo había sido un mal sueño pero, al abrir los ojos y ver a aquel loco a su lado, la realidad se impuso de la forma más dramática.

—Hola, Christine. ¿Cómo estás? —le dijo él apartándole el cabello de la cara cariñosamente.

Ella no contestó. El pánico le impedía pronunciar ni una palabra.

—No tienes nada de qué preocuparte. Si te portas bien no tendré que hacerte daño. Aquí estarás a gusto. Te prepararé las comidas que más te

gusten y te pondré películas para que no te sientas tan sola cuando yo no esté. Sé que te gusta mucho el cine...

—Pero ¿quién eres? —preguntó ella arrastrando las palabras.

—Shhh, no hables. Aún no puedes conocer mi verdadera identidad.

Su voz sonaba un tanto distorsionada a través de la máscara veneciana que cubría su rostro. Era una *maschera noble*, una de las caretas clásicas utilizadas en los carnavales, que tapaba completamente la cara. La eterna sonrisa dorada de aquella carátula era inquietante. En ese contexto de terror y desesperanza, la presencia de una sonrisa, aunque fuera una modelada con pasta de papel, le producía un pavor más intenso que cualquiera de las palabras que salían de la boca del raptor.

—Eres el mismo que ha matado a mis compañeras, ¿verdad?

—Yo no las maté. Ellas eligieron morir. Yo tan sólo fui el brazo ejecutor de una decisión que sólo ellas tomaron. Espero que tú sepas elegir bien. Espero que elijas vivir —le decía mientras acariciaba su rostro—. Ahora tengo que irme. Hay alguien que me echa de menos.

Cuando la puerta se cerró, Christine se levantó como un resorte. Tenía que encontrar la manera de salir de allí.

El asesino disfrutaba viendo a través de su móvil cómo su cautiva pasaba la mano sobre las superficies en busca de una rendija o de una pequeña corriente de aire que le indicara la proximidad de una salida, pero no encontró nada de eso. Atendiendo a una corazonada, Christine se sentó en el colchón y, disimuladamente, escudriñó cada rincón de aquella estancia.

La ausencia de ventanas o conductos de ventilación dejaba claro que la única alternativa para escaparse era enfrentándose al captor. Pero ¿cómo hacerlo cuando era evidente que, físicamente, era superior? Christine siguió pensando en esa posibilidad mientras posaba su vista con precisión milimétrica en cada una de las grietas, salientes y resaltes de la pared.

«Un momento —pensó—. ¿Qué es eso?»

Por si su primera impresión había sido correcta, Christine dejó de mirar en esa dirección y sólo de vez en cuando volvía su mirada hacia allí, disimuladamente, durante un par de segundos.

No había ninguna duda. Aquello era una cámara. Christine estaba siendo vigilada.

—Hijo de puta —masculó.

La cámara estaba colocada en una posición desde la cual dominaba casi toda la estancia. Christine calculó el espacio visual que abarcaba el objetivo y descubrió un par de puntos ciegos.

«Piensa, Christine, piensa.»

Su mente era una máquina funcionando al límite de sus posibilidades. ¿Cómo hacer que esa intensiva vigilancia a la que era sometida jugara a su favor? Determinada a salir de allí con vida, Christine decidió emplear los días siguientes en observar la rutina de su secuestrador. La información relativa a sus entradas y salidas, las veces que entraba al sótano y las horas a las que lo hacía, podrían determinar el éxito de su incipiente plan.

33. Silencio

«¿Dónde se mete la policía de Nueva York? El secuestro de Christine Rodríguez ha devuelto al debate social la efectividad de los departamentos de investigación de la ciudad de Nueva York...»

Carta del director en el *USA Today*.

Una semana después del secuestro de Christine, Nathan seguía sin pronunciar una sola palabra. Tras el interrogatorio de la policía, se dijo a sí mismo que ya había hablado bastante y decidió replegarse sobre sí mismo como cuando era un niño.

—Vamos, Nathan, guardarte las palabras no va a ayudarte a enfrentarte a todo esto. —Hailey abrazó a su amigo sentándose junto a él en la cafetería del instituto y continuó hablando—. Recuerdo aquel verano en casa de mi abuela. Debíamos tener nueve o diez años. Mi primo Adam vino a pasar el día con nosotros y tú te pusiste tan celoso que estuviste cinco días sin hablar. ¿Te acuerdas? ¡Qué inocentes éramos!

Las palabras de Hailey no consiguieron penetrar en su dura coraza externa.

Sus compañeros miraban desde la distancia a Nathan y muy pocos se atrevían a acercarse a él para decirle alguna palabra de ánimo. ¿Qué palabras podían emplearse en una situación como ésa? Además, Christine ya era la quinta chica secuestrada y la esperanza de volver a verla con vida era tan débil que dejaba sin sentido las palabras de consuelo.

En clase de Biología, Nathan intentó mantener la atención en la explicación del profesor Cohen, pero la visión del pupitre vacío de Christine se lo impedía y le provocaba un terrible dolor en lo más profundo de su corazón.

—Nathan, el timbre ya ha sonado. —Joe puso una mano sobre el hombro de su amigo—. Vamos, es la hora del almuerzo.

Como era de esperar, Nathan no probó bocado. Miraba a su alrededor con recelo, ya no se fiaba de nadie. Podría tratarse de cualquiera. ¿Cómo comer cuando el asesino podía estar sentado en una de aquellas sillas? ¿Cómo comer sabiendo que Christine estaría en algún sitio sola y muerta de miedo?

—¿Te apetece venir a la sinagoga central después de las clases? —Kendrick sabía lo mucho que Nathan disfrutaba de las visitas a aquel templo.

Aunque no compartía las creencias judías de su amigo, aquellos muros le proporcionaban la misma sensación de paz y tranquilidad que él anhelaba encontrar en su vida.

Nathan encogió los hombros en señal de indiferencia.

—Lo tomo como un sí, ¿OK?

—Yo os acompaño, chicos. Mi padre no llegará hasta tarde y últimamente no soporto estar sola en casa.

Aún a riesgo de parecer un buitre al acecho de carnaza, Hailey decidió no separarse de él. Pensaba que la vulnerabilidad de Nathan en esos momentos podría acabar jugando a su favor.

«Estoy en mi derecho —intentó justificarse a sí misma—. Llevo diez años loca por él, ¡diez años!»

—¿Sabéis dónde está Brandon? —preguntó Poppy. Llevaba quince minutos mirando la puerta del comedor, a la espera de que llegara.

—Está en el gimnasio —respondió Joe.

—Voy a ver si quiere algo —dijo ella levantándose de su asiento.

—Será mejor que le dejes solo, Poppy.

—Pero...

—Hazle caso, Poppy. Necesita descargar su furia contra el saco —añadió Kendrick.

Poppy se sentó y miró a Hailey fijamente. Ésta sostuvo la mirada durante unos segundos para acabar bajando la vista avergonzada por el daño que le estaba causando.

Nathan no quiso ir a la sinagoga central. La presencia de Hailey lo incomodaba de una forma que no conseguía explicar.

—Te dejo aquí la bandeja, Nathan —le dijo Margarita, su ama de llaves, con cariño—. Tienes que comer algo.

Nathan no despegó la vista de la televisión.

—Si necesitas algo estaré en la cocina, ¿de acuerdo?

La WABC estaba emitiendo un programa especial sobre el Asesino de la *jet set* y, a pesar de lo doloroso de su situación, Nathan lo observaba con atención. La reportera anunció una exclusiva y el corazón se le disparó. Pensó que iban a decir algo de Christine, pero de lo que se trataba era de dos imágenes del cuerpo de la última víctima. Nathan apretó los dientes con fuerza. Odiaba que las llamaran de esa forma. Aquella chica no era la «última víctima». Aquella chica tenía nombre: Yukino Aizawa.

Antes de mostrar las dos imágenes motivo de la exclusiva, avisaron de que su visionado podía herir la sensibilidad del espectador.

«Cuánto cinismo», pensó Nathan.

La primera imagen mostraba un primer plano de la lívida cara de Yukino, y en ella se recrearon un buen par de minutos. La segunda imagen hizo que Nathan se levantara como un resorte de la cama. Aquella fotografía se había

tomado en el mismo lugar en el que habían encontrado el cuerpo sin vida de Yukino, antes de manipular el cadáver. La ropa que llevaba le resultó bastante familiar. Aunque no podía distinguirse completamente el dibujo del jersey, Nathan no necesitó mucho más para caer en la cuenta de que era idéntico al de la fotografía de su madre que tantas veces había mirado.

—No puede ser casualidad —dijo con el marco de la fotografía entre las manos. El jersey mostraba unos renos y unos grandes copos de nieve, algo muy común, pero el pantalón vaquero con la línea negra en el dorso era algo tan típico de los años noventa que pensó que no podía ser fruto del azar.

Salió de la habitación corriendo por la casa y empezó a rebuscar en los cajones de un mueble del salón.

—Tienen que estar por aquí...

Buscaba las llaves de la cabaña de Greenwood. Algo le decía que allí podría encontrar a Christine. Si su intuición era cierta, pronto volvería a verla.

—¡Bingo! —Nathan agarró las llaves y volvió a su habitación para vestirse.

El llavero tenía escrito la dirección de la casa junto con el lema de la universidad de Yale, así que tecleó en la aplicación de mapas de su iPhone la dirección y confió en que el GPS hiciera el resto.

Su potente Triumph Speed Triple volaba sobre la carretera, pero sus pensamientos iban aún más rápido. Comenzó a atar cabos sobre el extraño comportamiento de su padre. ¿Era casualidad que las muertes hubieran comenzado justamente en el decimosexto aniversario de la muerte de su madre? ¿Acaso era una coincidencia que la gran N que había dibujado el asesino sobre el mapa se correspondiera con la inicial de su madre, Nadine?

En el puzle mental de Nathan, todas las piezas encajaban a la perfección. Ahora tan sólo esperaba no equivocarse y encontrarla con vida.

Christine había decidido poner en marcha su plan. Cada noche su captor le traía la cena y la comida del día siguiente y se llevaba el cubo donde hacía sus necesidades. Un par de minutos después regresaba con el cubo vacío y volvía a desaparecer hasta el día siguiente. Tenía que ser cuidadosa; si cometía un error, sería el último de su vida.

El sonido de la llave en la cerradura activó su sistema nervioso.

«Contrólate, Christine. Si nota algo raro estás muerta», se dijo a sí misma.

Al igual que los días anteriores, su captor llevaba en la mano la bandeja con los dos platos de comida.

—¿Cómo está hoy mi bella prisionera?

—Bien... gracias —contestó Christine intentando mantener la calma.

—Te he preparado carne asada y crema de verduras. Espero que te guste —dijo él como si la situación en la que estaban envueltos fuera lo más natural del mundo.

—Me encanta la crema de verduras, gracias.

—Así me gusta, ¿ves? Tienes que decirme lo que te gusta y lo que no.

Christine se reprimió las ganas de decirle que estar allí encerrada no le gustaba lo más mínimo y comenzó a comer.

Él subió las escaleras y desapareció tras la puerta del sótano con el cubo lleno.

«Éste es tu momento, Christine.»

Colocó la almohada debajo de la sábana del camastro y corrió hasta uno de los ángulos ciegos de la habitación. Él miró desde su móvil a través de la cámara de seguridad que había instalada en el sótano antes de volver con el

cubo vacío y se quedó tranquilo al ver que Christine se había acostado. Acto seguido, se metió el móvil en su bolsillo y abrió la puerta del sótano. Christine avanzó hasta el hueco de las escaleras y, cuando al raptor le quedaban diez escalones para llegar abajo, estiró sus brazos haciéndolo caer en redondo hasta el suelo.

—¡Putá! —dijo él, maltrecho—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Christine se encaramó a las escaleras desde la parte externa para evitar pasar por encima de él y subió de dos en dos los peldaños.

—¡No te irás muy lejos, zorra! —dijo él mientras se ponía en pie.

Él sabía muy bien de lo que hablaba. Todas las noches le administraba diazepam mezclado con la cena. De esta forma, el raptor se aseguraba el sueño profundo de sus víctimas y su propia tranquilidad.

Al llegar a la planta principal, el corazón de Christine se estremeció y la percepción de su mundo cambió por completo. Sobre una de las sillas del salón estaba la sudadera preferida de Nathan y al tomarla entre sus manos vio que estaba completamente manchada de sangre seca.

—¡Dios mío, es Nathan! —susurró girándose hacia las escaleras al ver que comenzaba a subir su captor con un poco de dificultad por el dolor de la caída.

—¡Ven aquí! Sabía que eras como las demás. Corre mientras puedas.

La máscara que portaba distorsionaba su voz, pero Christine se reafirmó en su idea. El tono de voz era muy similar al de Nathan.

Salió de la casa aterrada. La luz de la luna, en cuarto creciente, apenas iluminaba el bosque que se abría ante ella. Pasó junto al depósito bastante grande de propano que daba gas a la casa, rodeándolo, y penetró en la arboleda sin saber adónde la dirigía. «Sólo tengo que correr hacia delante. No mires atrás, Christine», se repetía a sí misma.

El sonido de su respiración ahogada era lo único que escuchaba. El crujido de las hojas secas a sus pies marcaba rítmicamente la velocidad de sus pasos. Corría como nunca lo había hecho. Su objetivo era llegar a la carretera.

—¡Christiiine! —La voz de su secuestrador sonaba cada vez más cerca, pero ella prefería no mirar atrás.

A pesar de que no se sentía cansada, sus piernas comenzaron a pesarle cada vez más. Sentía como si sus músculos estuvieran comenzando a relajarse, ajenos a su voluntad.

«Vamos, Christine. Un último esfuerzo.»

A lo lejos escuchó el sonido de un motor. La carretera estaba cerca. Sólo tenía que aguantar un poco, pero sus piernas pesaban cada vez más. Incluso su visión estaba comenzando a empeorar. Parecía como si los árboles se movieran de su sitio. Fue así cómo se golpeó el hombro y cayó al suelo.

—Ya te tengo, zorra —dijo él a dos escasos metros.

Christine lo miró y cuando estaba a punto de alcanzarla reunió todas sus fuerzas y se levantó de allí dolorida. El sonido de un motor se escuchó esta vez claramente. La carretera estaba a escasos metros.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Quieren matarme! —Christine pidió ayuda con todas sus fuerzas.

Siguió corriendo en dirección a la carretera y miró hacia atrás al advertir que ya no escuchaba los pasos de su perseguidor.

«Dios mío, estoy salvada.»

Desde la distancia podía ver la luz de los faros del vehículo.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —dijo escudriñando la oscuridad.

Christine hincó las rodillas en la tierra. Estaba a punto de desfallecer.

—¿Christine? ¿Eres tú? —preguntó desde las sombras una figura corpulenta.

Sus pulsaciones volvieron a acelerarse. Aquella voz era la de Nathan, aunque ya no llevaba puesta la máscara.

—¡No te acerques a mí!

—¿De qué estás hablando? —dijo él dando un paso hacia delante.

—¡No te acerques! He visto tu ropa manchada con la sangre de aquellas pobres chicas. Sé que eres tú, Nathan. ¿Cómo has podido hacerlo?

—¡Estás equivocada, Christine! Déjame explicártelo.

Christine se adentró de nuevo en el bosque y se escondió tras un árbol. Sus piernas le estaban fallando y estaba a punto de no poder tenerse en pie. Desde su posición, vio cómo Nathan se acercaba. Su respiración era lo único que se escuchaba.

—Christine. ¿Dónde estás? —Nathan se había detenido justamente delante del árbol en el que ella se había ocultado.

A duras penas consiguió mantener la respiración hasta que Nathan comenzó a caminar en dirección a la cabaña.

Cuando estuvo segura de que Nathan estaba bien lejos, Christine caminó arrastrando los pies hacia la carretera.

«Dios mío, lo he conseguido.»

A unos quinientos metros vio las luces de otro coche. Si no se daba prisa, no llegaría a tiempo de detenerlo. Sus extremidades pesaban una tonelada y sus ojos a duras penas conseguían vislumbrar algo. El coche estaba muy cerca y a ella le pareció estar cada vez más lejos de la carretera.

«Tengo que llegar como sea.»

Las lágrimas se confundían con las gotas de sudor que surcaban su rostro. En el último momento, unos segundos antes de que pasara el coche, Christine alcanzó la carretera.

Colocándose en el centro de la calzada, Christine levantó los brazos con la intención de parar el coche. Sin embargo, el conductor parecía no haberla

visto, ya que se estaba aproximando peligrosamente a ella sin aminorar la marcha. Sin tiempo a reaccionar, Christine cerró los ojos con fuerza.

En el último momento, el piloto presionó el pedal del freno y recorrió los veinte metros que lo separaban de ella quemando las ruedas en el asfalto. El vehículo se detuvo a escasos centímetros de Christine y ella abrió los ojos aliviada.

—Dios santo, Christine. Gracias a Dios... —dijo Tristan bajando del vehículo.

—¡Tristan! Tu hermano... él es el asesino... —La falta de aire en los pulmones apenas le permitía hablar.

—Tranquila, Christine. Ya ha pasado todo. Lo sé. Al ver que mi hermano no estaba en casa he venido aquí. Últimamente se estaba comportando de forma muy extraña. ¿Estás bien?

—Me siento aturdida.

—Ven, siéntate aquí.

Tristan la ayudó a meterse en el coche y aparcó en la calzada.

—¿Dónde está él?

—Creo que iba hacia la cabaña.

—Está bien, Christine. Ya estás a salvo, ¿de acuerdo? Ahora escúchame atentamente. Voy a llamar a la policía y me acercaré allí. No te bajes del coche bajo ningún concepto. ¿Me has entendido?

—No vayas, por favor. Es peligroso...

—Tranquila, no voy a ir solo —respondió sacando un arma de la guantera y guardándosela en el bolsillo de la chaqueta; también cogió una enorme llave inglesa del asiento de atrás.

Tristan le dio un beso en la frente y salió del vehículo.

Él avanzaba lentamente mirando en todas direcciones mientras sujetaba la llave inglesa con las dos manos. No había caminado ni un par de minutos

cuando su hermano apareció ante él con la máscara veneciana en la mano.

—No te acerques, hermano —amenazó Tristan.

—No es lo que parece. No he sido yo. Te lo juro —imploró Nathan sin dejar de caminar. Tristan dio un paso hacia atrás y volvió a hablar.

—Eso tendrás que explicárselo a la policía. Está al llegar.

—Tienes que ayudarme, Tristan —dijo sin dejar de avanzar hacia su hermano—; ¿no creerás que soy yo el asesino?

—Hay indicios que lo apuntan.

—Creo que el asesino es papá. Piénsalo. Tiene sentido. Falta muchas noches y las muertes comenzaron el decimosexto aniversario de la muerte de mamá. Además está lo de la N. Tienes que creerme...

—Sí, el nombre de mamá comienza por N, pero sé de otro nombre que también empieza así.

Nathan estaba desesperado. Estaba claro que su padre había orquestado todo eso con la finalidad de implicarlo. Si conseguía llevar a su hermano a la cabaña y que viera el escenario de los secuestros, tal vez conseguiría convencerlo.

Echó a correr a toda velocidad hacia la oscuridad del bosque, en un arranque que sorprendió a Tristan.

—¡Nathan! ¡Vuelve!

Se lanzó detrás de él. Nathan podía escuchar las zancadas de su hermano y los gritos con los que lo instaba a detenerse. Bien. Lo estaba siguiendo. A lo lejos avistó la casa con la luz del porche encendida. Su Triumph Speed Triple estaba aparcada junto al depósito de gas propano, con las llaves puestas, por si acaso. Lo comprobó de refilón antes de entrar en la casa.

—¡Vamos, Tristan, entra! —gritó a la figura de su hermano, que ya se estaba aproximando a la puerta a toda velocidad.

Nathan, con la respiración aún acelerada por la carrera, bajó al sótano directamente, siguiendo una súbita intuición. Allí vio la cámara y el escenario del secuestro de las chicas. Oyó cómo su hermano, en el piso de arriba, entraba en la casa.

—Nathan, sube. Vamos, si te entregas seguro que todo irá bien.

El tono de voz de su hermano no era muy convincente, en realidad. Oía, además, que iba caminando a pasos lentos, como si tuviera miedo de algo. ¿De él?

—Tristan, de acuerdo, voy a subir.

Cuando llegó arriba vio que su hermano lo esperaba con el arma apuntándolo directamente.

—¿De dónde has sacado eso, Tristan? ¿Por qué me apuntas?

—Vamos, Nathan, lo sabes perfectamente. No hagas nada extraño.

—Baja el arma, Tristan. No voy a hacer nada. Ven, baja conmigo al sótano.

—Ni hablar.

Los dos hermanos estaban casi quietos, separados unos dos metros y con los cuerpos en tensión. Si uno daba un paso hacia adelante, el otro lo daba hacia atrás.

—Vamos, Tristan, te juro que allí vamos a descubrir la verdad.

—Yo ya sé la verdad.

—¡No, no tienes ni idea, ven conmigo! —Nathan se acercó a su hermano y éste quitó el seguro a la pistola y apuntó directamente a su cabeza.

—¿Cómo puedes hacerme esto, Tristan? Vamos, baja el arma. Se te puede escapar un disparo. Por favor.

El rostro de Nathan se había puesto pálido.

—No —contestó tajante Tristan, ajeno a las súplicas de su hermano pequeño—. Vamos, sal fuera.

—De acuerdo, pero baja el arma, por Dios, es muy peligroso.

Pero el otro movió la cabeza de un lado a otro, negándose, sólo le señaló la puerta de salida con la punta de la pistola, en un movimiento imperceptible. Cuando Nathan empezó a caminar hacia allí, sin apartar la mirada de su hermano, éste volvió a apuntarlo directamente entre los ojos.

Avanzaron muy lentamente, dejando atrás la casa. Justo cuando pasaron cerca del depósito de propano, Nathan vio su oportunidad. No se lo pensó dos veces, en un movimiento rapidísimo dio media vuelta y, al poco, salió corriendo por detrás del depósito.

—¡¡¡¡Nathan!!!!

El sonido de un disparo detuvo la noche y Christine se llevó las manos a la boca. Un instante después, un atronador estallido hizo que la chica se echara instintivamente al suelo. Vio que cerca de la casa el cielo se iluminaba.

—¡Dios mío!

No sabía si acercarse a ver qué había ocurrido... tenía demasiado miedo del asesino, así que se quedó cerca del coche de Tristan, esperando, escrutando en la oscuridad del bosque por si veía algo y esperando que alguien hubiera oído la explosión y hubiera llamado a la policía.

Miró de nuevo en dirección al bosque y, de entre las sombras, se perfiló una silueta.

Era Tristan.

Venía caminando con dificultad y parte de su ropa estaba parcialmente quemada.

Christine bajó del coche y corrió a abrazarlo.

—¿Qué ha pasado, qué ha sido ese ruido?

—Yo no quería... el arma se disparó y él estaba junto al depósito de gas. Ha explotado todo, Christine, la cabaña entera está en llamas. No he podido encontrar a Nathan... creo que está muerto.

Aquellas últimas palabras se le quedarían instaladas a Christine de por vida en lo más profundo de su alma. Y se dejó abrazar por Tristan.

OceanofPDF.com

34. Flores para un asesino

«La pesadilla para la clase alta de Manhattan ha acabado. El asesino en serie conocido como el Asesino de la *jet set*, ya tiene identidad. Se trata de Nathan Woodley, hijo del conocido empresario hotelero George Woodley.»

The International Herald Tribune (portada)

—Estaba enfermo. Vuestro compañero Nathan estaba enfermo. —Fueron las primeras palabras del director Meyer desde el escenario del auditorio de alumnos, donde cientos de rostros de adolescentes estaban sentados escuchándolo.

Había pasado una semana, durante la cual el colegio había cerrado. La tragedia había alcanzado cotas que la dirección del Magnificence no había podido dejar pasar: habían estado en la portada de todos los periódicos del país y los estudiantes y profesores habían sido entrevistados en radio, televisión y prensa. En Twitter, el *hashtag* #nathanwoodley había estado entre los más populares durante cinco días.

El auditorio estaba en completo silencio. En una esquina, Christine estaba sentada, pálida. Para ella había sido muy difícil pero, después de siete días de interrogatorios policiales y periodistas a la puerta de su casa, había decidido asistir a la reunión escolar, eso sí, acompañada de Peter y Nathalie.

Todos seguían atentos las palabras del director Meyer.

—Eso es lo que tenéis que pensar. Todos los que habéis sufrido esta tragedia de un modo u otro debéis reconfortaros en la creencia de que el Nathan Woodley que conocisteis y amasteis existió. —Christine sintió que la mirada del hombre se dirigía directamente a ella cuando añadió—. Realmente existió.

A Christine se le hizo un nudo en la garganta. Recordó al Nathan que la había llevado al lago o que la había besado en la limusina y sintió un dolor muy hondo. Sintió nostalgia por aquel chico, al que su mente rehusaba relacionar con el asesino. Sin embargo, la conclusión de la policía había sido contundente. Incluso habían encontrado fotografías de los cadáveres de sus compañeras en la habitación de Nathan.

El director Meyer continuó, calmado, su discurso.

—Nathan fue un chico alegre, cariñoso, dedicado y muy querido. Un chico que sufrió una tragedia a edad muy temprana, una tragedia que lo transformó para siempre. Una parte de él no se recuperó. Pero Nathan fue mucho más que eso y por ello su padre —Señaló al señor Woodley, que también estaba en el escenario— desea organizar un funeral a su hijo, al Nathan que él conoció y amó y que todos conocimos y amamos, y espera que asistáis al entierro.

Un murmullo corrió por la sala. Muchas miradas se volvieron hacia Christine. Ésta miró al director Meyer, quien asintió. Christine, ante el asombro de Peter y Nathalie, se levantó con la barbilla erguida, respiró hondo y subió los escalones hasta llegar frente al micrófono en el centro del escenario. Los murmullos se acrecentaron y varios chicos empezaron a grabar con sus móviles.

—Hola —dijo Christine con voz temblorosa—. Yo quería decir que... yo... —Se calló porque se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

El director Meyer pasó un brazo cariñosamente por el hombro de Christine, que cerró los ojos y finalmente logró decir:

—Yo... iré al entierro de Nathan y espero que también vayáis.

Rápidamente, bajó del escenario y se sentó, echándose a llorar en el resguardo del hombro de Peter, quien le acarició la cabeza cariñosamente.

Cuando terminó la ceremonia, Christine se entretuvo charlando un rato con Clare y Chelsea a las puertas del Magnificence.

—No te imaginas, Chris, ha sido todo una locura por aquí —le contaba Clare—. Los periodistas no nos dejaban ni entrar en el instituto. Yo me encontré a uno en el ascensor el otro día cuando subía a casa. Se abrieron las puertas y ¡zas! el tipo me echó una foto con *flash*.

Las tres amigas rieron. Aunque, al momento, Christine se sintió culpable por divertirse con una situación que había causado tanto dolor a tanta gente.

—Eh —dijo Chelsea, agarrándole cariñosamente el brazo—. Tienes derecho a reírte y a divertirte otra vez, lo sabes, ¿verdad? Tú más que nadie, de hecho.

Christine asintió, sonriente.

—¿Puedo hablar contigo? —La voz de Hailey sorprendió a las chicas, que se dieron la vuelta.

Allí estaba la joven, mirando directamente a los ojos de Christine.

—Claro, Hailey —se apresuró a contestar ella, animando a Clare y Chelsea a dejarlas solas—. No os preocupéis, estaré bien.

—De acuerdo —dijo Clare dándole un beso en la mejilla—. Te llamaremos luego.

En cuanto se quedaron solas, Hailey cogió aire, como si tuviera dificultad para hablar.

—Ha sido muy valiente eso que has dicho.

Christine, a su pesar, se sonrojó. No era moco de pavo que Hailey, quien siempre se había creído superior a ella y la había odiado, la halagara de aquel modo. No supo qué decir. Por suerte, Hailey siguió hablando.

—¿De verdad vas a ir al entierro de Nathan?

—Sí —respondió Christine—. Bueno, aunque no sé si tiene mucho sentido porque en realidad no queda nada de él, ni cenizas, ni... nada.

La nostalgia la invadió de nuevo, a la par que un sentimiento de alivio. El chico que amaba había muerto y el chico que intentó matarla, también. Su cuerpo y su mente seguían sin poder juntar a los dos en uno solo, así que ambos sentimientos se manifestaban a la vez. Ella, siguiendo el consejo de un psicólogo al que la habían llevado Peter y Nathalie, se permitió sentir ambas cosas.

—Yo también quiero ir —afirmó Hailey—. Creo que el director Meyer tiene razón. Había un Nathan al que muchos amábamos, tú lo amabas... yo lo amaba.

Christine sintió una repentina simpatía por Hailey. La súbita confesión de la chica y los ojos empañados en lágrimas le hicieron ver que había tenido unos sentimientos por Nathan mucho más profundos de lo que ella sospechaba.

—Sí, nos despediremos de ese Nathan —concluyó Christine.

El viento movió las hojas de los árboles de la avenida.

—Y al otro Nathan lo olvidaremos —resolvió Hailey.

—Si es que hubo otro... —agregó Christine, con la mirada baja y casi en un murmullo inaudible. Pero la otra lo oyó perfectamente.

—¿Qué quieres decir, Christine? Claro que lo hubo. Te tuvo prisionera. La policía encontró pruebas en su cuarto.

—No lo sé, Hailey... No lo sé.

—Pero... ¡tú misma lo viste!

Christine se dejó caer en uno de los escalones de la puerta del edificio junto al Magnificence y Hailey se sentó a su lado.

—Siempre llevó una máscara, Hailey, y yo creo que siempre me tuvo drogada y sí, encontraron fotos impresas, pero no la cámara con la tarjeta de memoria y, además...

—Además ¿qué?

—Pues que Mylene nos dijo que «había conocido a un chico» y luego ese chico resultó ser su asesino...

—Exacto —la cortó Hailey—, estaba hablando de Nathan.

—No, Hailey, eso no puede ser —dijo Christine con una pequeña luz de esperanza en sus ojos—, porque dijo que lo «había conocido» esa mañana y a Nathan ya lo conocía, ¿entiendes?

Se quedaron las dos en silencio un momento.

—¿Quieres decir que tal vez se trataba de otro chico? —preguntó Hailey—. Pero ¿y la voz de Nathan? ¿Y su camiseta? ¿Y la N? ¿Y las fotos? ¿Y...?

Christine se levantó de pronto.

—Tienes razón, Hailey. Ya lo sé. El psicólogo dice que no puedo asumir lo que me ha pasado y por eso busco la forma de exculpar a Nathan. Seguramente sólo es eso. —Miró hacia donde Peter y Nathalie la estaban esperando, hablando con uno de los profesores—. Debo irme, Hailey.

La otra chica se levantó.

—Nos veremos en el entierro mañana —le dijo, y tendió la mano a Christine. Ésta se quedó mirándola y preguntó a su vez.

—¿Amigas?

—Yo diría que mejor una tregua —respondió Hailey sonriente.

Ambas se estrecharon las manos.

George Woodley decidió enterrar a su hijo junto a la tumba de su esposa, en el cementerio de Woodlawn. Tristan había manifestado su disconformidad de la forma más férrea posible no asistiendo al funeral.

Peter había intentado por todos los medios que Christine tampoco asistiera, pero a ella no se le ocurría otra forma mejor de superar todo eso que enfrentarse directamente con la realidad de su muerte.

—¿Te das cuentas de que esas flores son para un asesino? —le había dicho Peter esa misma mañana, antes de salir por la puerta.

El eco de aquellas palabras aún no la había abandonado.

Todos sus amigos estaban presentes. A pesar de lo que decían la policía y los periódicos, ninguno de ellos creía su versión.

Hailey, Poppy y Christine se situaron junto a George Woodley, que mostraba un aspecto bastante demacrado. Detrás de ellas, Joe y Kendrick flanqueaban a Brandon, que había tenido que ponerse unas gafas de sol oscuras para disimular las bolsas de los ojos.

Además de sus amigos íntimos, casi todos los alumnos de último año y muchos otros de cursos anteriores habían asistido al funeral, incluso la profesora Ames y el profesor Lawson habían decidido presentarle los últimos respetos, pese a que la dirección del Magnificence, en una nota interna, había aconsejado no asistir a las exequias.

El cura abrió su pequeño evangelio y comenzó a leer Juan, 11, 21-27:

—Marta entonces dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Y sin embargo, actualmente sé que cuantas cosas pidas a Dios, Dios te las dará». Jesús le dijo: «Tu hermano se levantará». Marta le dijo: «Yo sé que se levantará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. El que ejerce fe en mí, aunque muera, llegará a vivir; y todo el que vive y ejerce fe en mí no

morirá jamás. ¿Crees tú esto?». Ella le dijo: «Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, aquél que viene al mundo».

Al acabar la lectura, George Woodley se acercó al ataúd para depositar una rosa sobre él.

—Que Dios te perdone, hijo. Yo ya lo he hecho.

Después, Hailey y Christine, unidas en aquel doloroso trance, se acercaron al féretro portando la corona de flores en nombre de sus amigos y la depositaron a sus pies.

Detrás de todos ellos, a una distancia suficiente para no interferir en la intimidad del momento, el sargento Torres observaba aquella estampa. Cuando el resto de asistentes comenzó a acercarse ordenadamente para llevarle flores o lanzar un puñado de tierra a la fosa, dio por finalizada su tarea y, dándose media vuelta, caminó hacia la larga fila de coches negros.

Nathalie sugirió a Christine dar un pequeño paseo por el jardín botánico, que estaba muy cerca, antes de volver a casa. Fueron sólo las dos y empezaron a caminar por entre el verde de las plantas y el rosa palo de la flor del cerezo, algo que hizo que Christine automáticamente se sintiese mejor. Aunque el día estaba nublado, ya no hacía tanto frío y el paseo era agradable.

—Cómo me gusta la primavera —dijo Nathalie con entusiasmo—. Es, sin duda alguna, mi estación preferida.

Christine se esforzó por dibujar en su rostro una media sonrisa.

—Vamos a entrar en esa cafetería.

Christine, muda aún, siguió a Nathalie y entraron en una cafetería muy cálida, con ventanas de cristalera desde las que se podía divisar el parque. Ante su sorpresa, Nathalie encargó café, tortitas con nata y sirope de fresa para ambas.

—Necesitamos un poco de azúcar, ¿no te parece?

Efectivamente, también contribuyó a mejorar un poco su humor. Fue entonces cuando Nathalie se animó a iniciar la conversación que, probablemente, había tenido varios días en la cabeza.

—Christine, ¿cómo te sientes? ¿Quieres quedarte en Nueva York y continuar aquí tus estudios o prefieres volver a casa? Ya sabes que para nosotros será una delicia seguir teniéndote con nosotros, eso no lo dudes. — Le apretó cariñosamente la mano—. Pero entenderíamos que quisieras alejarte de todo.

—No lo sé, Nathalie. Tengo muchas dudas.

—Habla conmigo.

Christine la miró a los ojos. ¿Cómo decirle que se despertaba en mitad de la noche con pesadillas en las que Nathan la perseguía con una máscara? ¿Y que después no podía dormirse del dolor de echarlo de menos? ¿Que incluso tenía dudas sobre su culpabilidad? Optó por contar sólo otra parte de sus sentimientos:

—Parte de mí tiene ganas de salir corriendo.

—Cariño... —Los ojos de Nathalie la miraron intensamente mientras su mano apretaba aún más sus dedos.

—Sí, pero otra parte siente que eso sería rendirse —agregó Christine, resuelta—, sería como decir que Nat... que el asesino ha ganado. Esa parte quiere quedarse.

—Te entiendo perfectamente.

Nathalie soltó la mano de Christine mientras ambas seguían terminando sus tortitas.

—Hay una cosa que tengo que decirte, cariño. No te lo he dicho antes porque... bueno, no era el momento. Pero creo que es justo que lo sepas para que puedas tomar la mejor decisión.

Christine detuvo el tenedor a medio camino entre el plato y la boca, intrigada. Nathalie continuó.

—El día que... desapareciste. Bueno, a la mañana siguiente, recibiste una llamada en tu móvil. Era la oficina de Larry Adams, el productor. Te han dado ese pequeño papel en la película *All About You*.

—¡Dios mío!

Christine sintió algo alegre y cálido recorriéndola por dentro. Tenía el presentimiento de que, pese a todo, había un futuro ahí delante, esperándola, y ella sólo tenía que cogerlo.

—¿Influye eso en tu decisión? —quiso saber Nathalie, tomando un sorbo de café.

—Sí —dijo Christine—. Me quedo.

Miró a través de la ventana justo cuando las nubes se abrieron un poco y un rayo de sol iluminó su rostro, produciéndole una apacible sensación de serenidad.

Epílogo

La casa de campo era pequeña y estaba un poco destartalada. La había encontrado de oferta en Black Rock Forest, a unos cuarenta kilómetros de Greenwood Lake.

Cuando entró en la casa, lo primero que hizo fue abrir las ventanas para que se ventilara, pues olía todo a moho y a cerrado. Después, directamente bajó al sótano con las bolsas de deporte en la mano.

El sótano era, sin embargo, perfecto: oscuro y amplio, con una vieja mesa en el centro y un par de sillas. De momento, no necesitaba más.

Encendió la luz, que consistía en una bombilla colgada del techo, y dejó caer una de las bolsas sobre la mesa, levantando una pequeña nube de polvo que lo hizo toser. La abrió y sacó las herramientas: una cámara de vídeo, una de fotos, un cuaderno y una fotografía en la que se veía a una sonriente señora Woodley.

Se sentó en la silla y encendió la cámara de fotos. Fue pasando imágenes en las que se veían los últimos momentos de Mylene y de Yukino, una foto de Christine dormida en el sótano de la cabaña de Greenwood Lake y, finalmente, varias instantáneas de la chica con su familia y amigos.

Fue tomando notas en el cuaderno de los nombres: Nathalie, Peter, Clare, Hailey, Brandon, Poppy... Necesitaría recopilar datos esenciales: su horario habitual, sus costumbres. Se detuvo en una foto que mostraba a Christine sonriente.

—No te daré tregua, Christine. Perderás a los tuyos uno a uno y, cuando ya no tengas a nadie, vendrás corriendo a mí.

Acarició el rostro de la chica en la pantalla de la cámara de fotos.

—Esto no ha terminado.

OceanofPDF.com

Notas

1 En inglés, sótano es «basement», de ahí su confusión.

OceanofPDF.com

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web
y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

OceanofPDF.com